



*Legado  
de  
traición*

*Manuel Tabullo*

**Manuel Tabullo**

**Legado de traición**

Esta obra fue registrada el 30/03/2017 en [www.safecreative.org](http://www.safecreative.org) con el código de registro 1703301344222

**TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS**

Para alguien que, desde lejos,  
sigue alimentando mis ansias por escribir.

## ADVERTENCIA

Ninguno de los personajes que aparecen en esta novela está inspirado en personajes reales. Tampoco los sucesos que se narran están basados en hechos ocurridos, ni en el pasado ni en el presente. Por el contrario, alguno de los lugares que aparecen en este escrito sí están inspirados, libremente, en lugares reales; aunque por razones obvias, su nombre haya sido cambiado. Esta novela es fruto de la invención del que la ha escrito y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

## PRÓLOGO

*10 de diciembre de 2014*

El viejo se arrodilló sintiendo la humedad de las hojas y de la tierra a través de sus pantalones. Colocó a un lado la cesta y comenzó a rebuscar entre las hojas.

Allí estaba; aquel fruto que, años atrás, había saciado tantas bocas, se encontraba ahora desperdigado por el suelo, sin que ninguno de sus paisanos mostrase demasiado interés por él.

Se enfundó unos gruesos guantes para no destrozarse los dedos con las púas de los erizos y comenzó a recolectar castañas, eligiendo las de mejor tamaño.

En su semblante arrugado se dibujó una sonrisa de satisfacción y se relamió de gusto pensando en lo que haría al llegar de nuevo a casa. Unas cuantas las pondría a cocer, con una pizca de sal y unas ramas de anís para que le diesen sabor; el resto, las asaría espolvoreándolas con sal gruesa. Le gustaban más así, pero su dentadura ya no era lo que había sido, así que tendría que contentarse con comer las cocidas y dejar las otras para el resto de los habitantes de la casa.

Esperaba escuchar, de nuevo, los reproches de su hijo, recriminándole que saliese solo al monte, recordándole su dolencia cardíaca y sus cada vez más frecuentes despistes. Él se encogería de hombros y le respondería igual que hacía siempre: *“voy a morirme de todos modos; déjame que disfrute lo que me queda de vida”*. Su hijo negaría con la cabeza y se alejaría, mientras la criada, una mujer que pasaba de los cincuenta y que llevaba en la casa casi treinta, le sonreiría, le pasaría una mano por el hombro y lo conduciría hasta la cocina, donde se sentaría frente a una copa de vino, mientras ella procedía a preparar los frutos que él había recogido.

Los rayos del sol, filtrándose entre las copas de los árboles, incidían en las hojas que alfombraban el suelo, arrancando destellos rojizos y parduzcos, iluminando el lugar con una luz tenue y misteriosa. El viejo detuvo un momento

su quehacer y alzó la vista.

Recordó lo ocurrido en aquel lugar hacía ya diez años, cuando su padre había aparecido ahorcado en uno de los árboles. Cualquiera otro habría dejado de ir allí, o habría pensado que él lo hacía por morbo; pero él sabía la verdad. Sabía perfectamente por qué su padre se había quitado la vida y, con el tiempo, había llegado a entenderlo e incluso a comprenderlo. Hay cargas excesivamente difíciles de llevar; y la cabeza puede trastornarse en cualquier momento. Con la vista fija en el árbol, murmuró algo parecido a una oración durante unos instantes, y continuó con su recolecta.

Se sobresaltó al escuchar un leve ruido a sus espaldas; levantó la cabeza y, sin girarse, se puso en pie. Algo similar a un escalofrío recorrió su espalda; presentía la presencia de alguien... y no era un buen presentimiento. Se estiró los faldones de su chaquetón, cogió aire y lentamente se giró.

No se había equivocado; frente a él había alguien, una forma humana, pero que no podía distinguir debido a los destellos del sol. Dio un par de pasos hacia la persona que se encontraba frente a él y entonces la reconoció.

—¡Hombre! ¿Qué haces tú aquí?

El sujeto permaneció en silencio, acariciando la escopeta que sostenía en sus brazos.

—¿Qué haces? No es época de caza —volvió a preguntar el viejo, con un ligero temblor en la voz.

En la boca del hombre se dibujó una sonrisa malévola. Se echó la escopeta al hombro y apuntó al pecho del anciano.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué coño estás haciendo? ¡Baja el arma! — exclamó alargando su brazo y mostrando la palma de su mano, como si con ello pudiese impedir el disparo.

El sujeto echó hacia atrás los percutores de la escopeta. El sonido metálico puso más en guardia al viejo, que comenzó a retroceder buscando con la mirada un lugar dónde esconderse o por dónde huir.

Tan solo tenía dos opciones; una de ellas era un sendero demasiado empinado y pedregoso. Si se caía, quedaría a merced de su atacante. La otra opción era el camino por el que había llegado hasta allí: de tierra, con algunas hendiduras, pero lo suficientemente plano como para no dar con sus huesos en el suelo. Aun así, tendría que correr mucho; y aunque su forma física no era mala gracias a sus interminables caminatas por el monte quizá esa carrera fuese demasiado para él.

No lo pensó durante mucho tiempo. No lo tenía.

Cuando comenzó a correr pudo escuchar, a sus espaldas, la risa sorda del sujeto, que seguía apuntándole con el arma. Diez metros, veinte...No había ocurrido nada. Mientras continuaba alejándose pensó que quizá solo se trataba de una broma, o de un susto. Treinta metros, cuarenta...y entonces ocurrió.

Al principio comenzó como un dolor intenso en el pecho, que hizo que detuviese su carrera en el acto; después, el dolor fue extendiéndose hacia el cuello, la mandíbula y el brazo izquierdo. Apenas podía respirar. Todavía de pie, se dobló, con la mano sobre su pecho, intentando calmar aquel dolor que parecía partirle en dos. Las fuerzas le fueron abandonando y cayó, primero de rodillas y luego sobre un costado.

Desde el suelo, intentando respirar y sujetar la vida que se le iba en cada exhalación, pudo escuchar al hombre acercarse. Cuando estuvo a su altura, volvió a apuntarle con el arma, sin dejar de sonreír.

Fue en aquel momento, cuando pronunció sus primeras palabras; las últimas que el viejo escuchó, antes de cerrar, definitivamente los ojos.

—Viejo estúpido. ¿Creíste que ibais a salir con la vuestra? Eres un ingenuo; como tu padre.

El viejo no contestó. Su cuerpo estaba allí, pero su alma ya lo había abandonado. El esfuerzo de la pequeña carrera había sido demasiado para su enfermo corazón.

El hombre empujó con el pie el cuerpo, que aún permanecía de costado, hasta dejarlo boca arriba. Lo miró durante algunos segundos y dio media vuelta para irse de allí. Pero apenas se había alejado unos metros, cuando volvió sobre sus pasos, se acercó de nuevo al cuerpo tendido en el suelo y lo miró fijamente, negando con la cabeza.

—¡Maldito seas! ¿Por qué me obligáis a hacer esto?

Apuntó con su arma al pecho del viejo y disparó, dos veces, sobre el mismo. El impacto de las postas destrozó la caja torácica, dejando a la vista una masa sanguinolenta. Acto seguido, con la misma frialdad con la que había apretado el gatillo, retiró los cartuchos vacíos de la escopeta, se los guardó en el bolsillo y se alejó del lugar, sin mirar atrás.



# CAPÍTULO 1

*22 de febrero de 2015, domingo*

Llegué a la cita con casi una hora de antelación. Aparqué el coche en el acceso al puerto de Panxón y, durante unos instantes, pensé en las alternativas que tenía.

Me había costado bastante más de lo habitual levantarme de la cama, asearme y vestirme para salir; y no lo hubiese hecho tratándose de un domingo, si la llamada que había recibido, convocándome a un encuentro en mi antiguo lugar de residencia, no fuese de las que no podía rechazar. Mi antiguo jefe, el comisario Manuel Lamas, quería verme y, aunque no entró en detalles, me dejó entrever que el asunto tenía cierta importancia.

Sentado en el coche me dediqué a contemplar durante unos instantes el exterior.

Hacía casi un año que había dejado el lugar para instalarme en la ciudad, en un piso desde el que gozaba de unas impresionantes vistas a la ría, y en mi antiguo lugar de residencia nada había cambiado. El puerto y el paseo se encontraban desiertos, igual que todas las noches de todos los inviernos que había soportado allí. Apenas media docena de locales se encontraban abiertos al público y, de ellos, apenas la mitad acogía a algún parroquiano.

La tarde era fría y desapacible; el viento del sur soplaba con fuerza y llovía. No era una lluvia torrencial, pero las gotas de agua, impulsadas por el fuerte viento, se estrellaban contra el parabrisas como si fuesen perdigones.

Tenía dos opciones: o permanecer en el interior del coche durante casi una hora, sin más compañía que la de la radio, emitiendo los programas deportivos dominicales, o salir a caminar.

No me costó mucho decidirme; harto del fútbol, elegí lo segundo.

Caminar por el paseo marítimo de Panxón un domingo por la tarde, aunque sea desafiando a la lluvia, siempre había sido una buena manera de pasar el tiempo; sobre todo si uno dispone de mucho tiempo libre y no tiene en

qué ocuparlo. Y, definitivamente, ese había sido y era mi caso. Así que, arrebuñado en mi gabardina y provisto de un paraguas que corría el riesgo de no acabar intacto, me decidí a plantarle cara al mal tiempo que, desde hacía unos días, estábamos sufriendo de nuevo.

En Galicia, en invierno, las treguas climatológicas no suelen durar mucho; apenas el tiempo suficiente para que la ropa deje de oler a humedad y las paredes dejen de sudar.

Salí del coche y abrí el paraguas, que sufrió el primer embate del viento arqueando sus varillas y comencé a caminar por el paseo que bordeaba la playa. Apenas podía ver un metro por delante de mí, ya que tenía que llevar el paraguas delante de la cara para protegerme de la cortina de agua que, con fuerza, lanzaba el viento contra mí. El agua corría gabardina abajo, empapando los bajos de mi pantalón y haciéndome sentir en las piernas la frialdad de la lluvia. Con la cara vuelta hacia la playa, pude observar como las pocas embarcaciones fondeadas al abrigo del puerto, subían y bajaban hasta casi desaparecer entre las olas provocadas por el mar de fondo.

La marea estaba subiendo.

Tenía que darme prisa; cuando llegase la pleamar, las olas romperían con fuerza contra el muro del paseo, inundándolo de agua y cubriéndolo con restos de algas y trozos de madera arrancados de Dios sabe dónde.

Después de unos diez minutos peleando con aquella climatología adversa llegué al final del paseo, justo donde comenzaba Playa América, y decidí volver por la calle paralela al mismo, ya que, al volver la vista hacia el pueblo, pude comprobar cómo, tal y como había previsto, las olas rompían contra el paseo, levantando nubes de espuma que quedaba depositada sobre las losetas. El mar reclamaba con fuerza lo que había sido suyo: la playa y las dunas, desaparecidas bajo la piedra y el cemento.

Por la calle paralela al paseo el viento y la lluvia azotaban con menos fuerza, ya que los chalés construidos a ambos lados de la calle la protegían.

Eran viviendas de lujo, cerradas la mayor parte del año, ya que pertenecían a gente adinerada que vivía fuera del pueblo. Gente con dinero suficiente como para gastarlo en una casa de la cual disfrutaban, en el mejor de los casos, de un par de meses al año.

Lo mismo les ocurría a los apartamentos recién construidos. Los promotores inmobiliarios, ávidos de dinero, comenzaron a edificar y a vender apartamentos de uno y dos dormitorios a precios astronómicos, en una especie

de fiebre del ladrillo. El resultado fue que, los que consiguieron venderse, fueron adquiridos por gente pudiente ajena a la villa, por lo que siguieron vacíos durante muchísimos meses.

Los que no se vendieron, pasaron a formar parte de la inmensa bolsa inmobiliaria que se formó cuando la burbuja explotó.

En definitiva, esa era la causa de que, en invierno, Panxón se convirtiese en un pueblo fantasma, y que muchos negocios abiertos antes del verano esperando hacerse rentables, se vieran en la necesidad de cerrar por no poder hacer frente a los gastos en invierno.

En la rotonda situada frente al pabellón polideportivo, decidí volver al paseo dispuesto a enfrentarme de nuevo al temporal. Al llegar, me eché el paraguas sobre el hombro, ya que el viento del sur azotaba ahora mis espaldas. Al menos, tenía mejor visión y caminaba con menos dificultad gracias a la ayuda del viento. Cinco minutos más tarde, me encontraba de nuevo al lado de mi coche.

Con un rápido vistazo al reloj, constaté que todavía faltaban diez minutos para la hora acordada. Justo cuando iba a entrar de nuevo en el vehículo, distinguí las luces de un coche descendiendo por la calle que desembocaba en el acceso al puerto. Esperé a que pasase junto a mí y pude distinguir al viejo comisario al volante. Cuando aparcó, me dirigí a su encuentro.

Después de un breve apretón de manos nos dirigimos, refugiados bajo mi paraguas, a uno de los locales que se encontraban abiertos y, al mismo tiempo, menos concurridos. Nos sentamos al lado de una de esas estufas portátiles que se habían hecho habituales en las terrazas cerradas y ante sendos cafés, comenzamos a hablar.

—¿De verdad no tenías otro sitio mejor para citarme que éste? —pregunté con un punto de ironía.

—Pensé que te gustaba este sitio. ¿No me dirás que no echas de menos vivir aquí?

—Si lo echase de menos no me hubiese ido, ¿no crees?

—Nunca me contaste por qué.

—Ni voy a hacerlo; eso es secreto de sumario —respondí brusca y enigmáticamente.

—Sigues tan tajante cómo siempre.

—Y tú tan curioso.

—Eso, en un policía, es una virtud.

Bebimos un sorbo de café.

—¿Vas a decirme por qué me has citado aquí o no? ¿O es que solo te apetecía tomar un café y disfrutar de esta tarde tan agradable? —volví a preguntar, esta vez con sarcasmo.

—No quería que nos vieses en ninguno de nuestros sitios habituales. Además, no creí que fuese a quedarse tan mala tarde.

—¿Ahora te escondes? ¿De quién?

—No me escondo; pero últimamente me he vuelto un poco desconfiado. Supongo que será la edad.

—Manolo, ¿qué ocurre? —pregunté con un gesto de preocupación—. ¿Tienes algún problema? Intuí en tu voz que se trataba de algo importante.

—¿Tienes trabajo?

Negué con la cabeza.

—En este momento, no. El último fue aquel asunto que me pasaste; el del robo, ¿recuerdas?

—Y supongo que te interesa otro, ¿verdad?

—¡Hombre, eso nunca viene mal! Sabes que tengo la mala costumbre de comer todos los días. Aunque me haya ahorrado la pasta del tabaco y de las copas, mi economía sigue siendo de guerra. ¿Qué tienes?

El comisario cogió aire antes de contestar.

—¿Recuerdas al comandante Bermejo?

—¿El picoleto que encontró el cadáver de aquella chica, cuando me dedicaba a investigar la desaparición de la hija de Lucía?

—El mismo. Ahora es el comandante del cuartel de Felgueiras; y con él también está el cabo Jiménez; aquel que te hacía tanta gracia cuando lo escuchabas hablar.

—Sí, lo recuerdo —añadí, esbozando una sonrisa—. Tenía un acento andaluz muy marcado.

—El caso es que el cabo se ha puesto en contacto conmigo, aunque no creo que se lo haya dicho a su jefe.

—¿Y eso?

—Verás; hace un par de meses, más o menos, en un monte de una de las parroquias del ayuntamiento de Vila Verde, apareció un cadáver con dos disparos en el pecho. Todo el mundo pensó que se trataba de un simple asesinato, si es que se puede considerar algo simple que alguien le quite la vida a un semejante, hasta que le realizaron la autopsia. El cadáver tenía dos

disparos de posta en el pecho, pero se los hicieron después de muerto. Los forenses dictaminaron que la muerte se había producido por una parada cardiorrespiratoria debida a un infarto producido por un esfuerzo brusco.

—¿Qué tipo de esfuerzo?

—Una carrera o algo así. Parece ser que había salido a recoger castañas, como hacía habitualmente. Los vecinos dicen que lo veían frecuentemente pasear por el monte.

—Pasear no es correr. ¿Qué más dijeron los forenses?

—Tenía una dolencia cardíaca; por eso el esfuerzo le provocó el infarto. En cuanto a los disparos...fueron hechos a corta distancia, así que le destrozaron el pecho; aunque ya no pudo ni ver cómo le disparaban. Ya estaba muerto.

—Bien; ¿y qué pinto yo en todo eso?

—Cómo puedes imaginar, la Guardia Civil se puso a investigar y sospecharon de un vecino de la parroquia. Cuando lo llamaron al cuartel para que declarase se presentó con una abogada; le hicieron unas cuantas preguntas y lo dejaron marchar. Parece ser que todas las pruebas que tienen son circunstanciales; no tienen nada sólido que pueda incriminarlo rotundamente, así que su abogada exigió que lo dejaran en libertad. Además, el cabo, en contra de la opinión de su superior, no lo tiene tan claro. Está convencido de que el hombre es inocente.

—Pues tendrá que discutirlo con su comandante ¿no? Además, si tienen pruebas...

—Todas circunstanciales; ya te lo he dicho.

—Sabes tan bien como yo que a más de uno lo han enchironado con ese tipo de pruebas.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué?

—Jiménez me ha pedido que lo investigues. Se ha puesto en contacto con la abogada y le ha hablado de ti. Han venido a verme los dos y me han pedido que hablase contigo. Por eso te he llamado y por eso estoy aquí; para pedirte que aceptes el trabajo.

—Manolo, hace muchos años que nos conocemos. ¿Qué me estás ocultando? ¿Por qué tanto interés en que lo acepte?

El comisario bajó la mirada.

—¡Vamos, Manolo! ¿Qué ocurre?

—Te lo pido como un favor personal —rogó el comisario.

—¡No te me pongas sentimental, anda! Sabes que conmigo no te funciona el papel de viejecito. ¿Qué es lo que no me has contado?

—La abogada que defiende a ese hombre...es una persona un tanto especial para mí; y me gustaría ayudarla a demostrar la inocencia de su cliente.

—¿Ella también cree que es inocente?

—Sin dudarlo.

Me recosté en la silla mientras miraba fijamente a mi interlocutor. Sonreí.

—Sabes que por ti haría cualquier cosa ¿verdad?

—Por el dinero no te preocupes. El hombre no es rico, pero tampoco pasa dificultades.

—Eso está bien, pero eso no es lo que me preocupa ahora.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—El comandante. ¿Estás seguro de que no se opondrá a que meta las narices en sus asuntos?

—Eso déjalo de mi cuenta; yo hablaré con él. Nos conocemos desde hace muchos años y entre viejos nos entendemos.

—Siendo así...cuenta conmigo. ¿Por dónde sugieres que empiece?

—Mañana llamaré al comandante para explicarle todo. Mientras, podrías reunirte con el cabo Jiménez y con la abogada. Si quieres, puedo concertaros una cita en tu oficina; sigue estando en el mismo sitio ¿no?

Sonreí con resignación.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos, Manolo. Me temo que algunas cosas han cambiado...un poquito.

El comisario me miró extrañado, sin atreverse a preguntar nada, o quizá esperando que fuese yo el que le diese la explicación que necesitaba. Por supuesto, se la di.

—He tenido que dejar mi oficina; ya te lo he dicho: economía de guerra. En el piso en el que vivo me sobran dos habitaciones, así que he habilitado una de ellas para utilizarla como despacho. Gracias a eso me he ahorrado unos trescientos euros cada mes; y te aseguro que no me vienen nada mal.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba; ¿desde cuándo te da por la economía doméstica?

Volví a sonreír.

—Ya te he dicho que han cambiado algunas cosas. Sobre todo, a raíz del

susto que tuve hace un año.

Esta vez fue el comisario el que sonrió ampliamente.

—¡Acabáramos! ¡Así que le viste las orejas al lobo, eh! Bueno, hombre; no voy a decirte que me alegre por lo que te pasó, pero ya sabes: no hay mal que por bien no venga. Y ya veo que, en tu caso, te ha venido muy bien.

—Tampoco te pases. No me resultó nada fácil dejar el cigarrillo, ni renunciar a tomarme una copa al terminar el trabajo para ahuyentar a los demonios y a los fantasmas con los que me toca convivir, pero tengo que reconocer que me acojoné un poco con el amago de infarto.

—Nos diste un buen susto a Lucía y a mí; y a mi mujer también, por supuesto.

—Ya —añadí, con gesto serio y la cabeza baja—. Nunca os he dado las gracias por vuestra ayuda; sabes que me cuesta decir o hacer según qué cosas y que no me gustan los sentimentalismos, pero lo cierto es que os estoy muy agradecido. De no haber sido por vosotros, todavía estaría tumbado en el suelo de mi casa... perfumándolo todo —aclaré con ironía.

Permanecimos unos segundos en silencio, mirándonos fijamente. A decir verdad, ninguno de los dos necesitaba hablar; era como si nos comunicásemos por telepatía.

Yo pensaba en lo mucho que le debía al hombre que se encontraba frente a mí; en todas las veces que me había sacado las castañas del fuego, en las que me había apoyado frente a otros y en las que me había prestado sus oídos para verter en ellos todo lo que me reconcomía interiormente. Y mi mirada y la sonrisa de agradecimiento en mi boca, así se lo manifestaban.

Por su parte, el comisario me miraba mostrándome la sonrisa comprensiva que muestran los padres ante los fallos de un hijo díscolo, entendiendo que quizá se deben más a la poca experiencia que a la ignorancia. Esa sonrisa paternal que te perdona, pero también te desarma, dejándote sin argumentos para justificar tus meteduras de pata. Y yo la había metido muchas veces y con mucha gente; incluido con él. Y a pesar de todo, allí estaba, frente a mí, solicitando mi ayuda sí, pero también proporcionándome un trabajo; y eso es mucho más de lo que puede esperar la mayoría de la gente de sus antiguos jefes.

—¿Has vuelto a ver a Lucía? —preguntó de repente el comisario, sin borrar la sonrisa de su rostro.

Esta vez fui yo quien tuvo que coger aire, antes de responder a la

repentina pregunta.

—No. Desde que me dieron el alta no he vuelto a saber de ella. La he llamado unas cuantas veces, pero no he conseguido contactar; o quizá no ha querido responder; no sé.

—Yo sí he hablado con ella. Nos hemos visto un par de veces; y puedo decirte que, en ambas, el tema principal de la conversación fuiste tú.

—¿Y eso?

—Está un poco molesta. Supongo que porque obviaste sus advertencias... hasta que caíste. Pero no te preocupes —aclaró el comisario al ver la expresión de mi cara—; no está enfadada contigo. Es más, la última vez que nos vimos, hace unos quince días, me dijo que tenía pensado llamarte, pero que primero había querido comprobar que, efectivamente, habías cambiado de hábitos. Tampoco puedes reprochárselo; ya te he dicho que nos diste un susto de muerte y, como dice ella, se veía venir; mejor dicho, lo veíamos venir todos, excepto tú.

Agaché la cabeza sin decir nada, como un crío recibiendo una reprimenda, aunque sabía que no había reproche alguno en las palabras de aquel viejo policía; tan solo un atisbo de amargura por lo que les había hecho pasar. Sabía que tenía razón; que la tenían los dos; así que no podía hacer otra cosa que aceptar sus palabras.

—Lo siento, Manolo; de verdad. Sé que me comporté de un modo irresponsable, pero tampoco pretendo rasgarme las vestiduras por ello. Al menos, ya he pagado el primer plazo; espero que el segundo no llegue nunca.

—Yo también lo espero, Antón; yo también lo espero.

Se levantó e hice lo mismo.

—Tengo que irme. Ya sabes que Aurora tiene sus achaques; y no quiero dejarla sola mucho tiempo.

—Cuídala; es una buena mujer.

—La mejor.

Mientras el comisario se dirigía a su coche, recordé que no le había dicho mi nueva dirección. Caminé hacia él y lo detuve justo antes de entrar en el vehículo.

—Espera, Manolo; tengo que darte mi dirección —dije mientras extraía de la cartera una tarjeta que introduje en el bolsillo de su chaqueta—. Llámame tan pronto sepas la hora de la reunión con el cabo y la abogada.

El comisario asintió con la cabeza, se introdujo en el coche y arrancó,



enfilando la calle por la que había venido. Durante unos segundos permanecí observando cómo se alejaba, hasta que el frío de la noche me hizo reaccionar y me introduje rápidamente en mi vehículo.

Cuarenta y cinco minutos después, frente al cristal de la ventana del salón y con una humeante taza de café entre las manos, contemplaba las luces que poblaban la ría: las del puerto; las de posición de los barcos fondeados al abrigo de las islas; y la miríada de luces que se extendían a lo largo de los montes situados al otro lado de la misma, en la península del Morrazo. En el lienzo negro del cielo se dibujó un relámpago que impactó en el mar; al poco tiempo el ruido sordo del trueno fue creciendo e hizo temblar el cristal de la ventana. Iba a ser una noche de tormenta.

Me dirigí al aparato de música y puse sobre el plato giradiscos un vinilo. Me senté en el sillón, junto a la ventana, con la taza de café y cerré los ojos, mientras el “*Adagio*” de Albinoni se adueñaba de la estancia.

## CAPÍTULO 2

*23 de febrero de 2015, lunes*

En contra de lo que cabía prever, el día siguiente amaneció despejado, sin rastro de la tormenta del día anterior.

Dejé que la alarma del teléfono sonase un rato. Había elegido como tono de la misma, la música de la canción “*Greensleeves*” y me relajaba escucharla, aunque no podía evitar una sonrisa al recordar la historia de la misma.

Al parecer, había sido compuesta por Enrique VIII, rey de Inglaterra, para su amante, Ana Bolena, que acabaría siendo su reina. Se dice que ésta rechazaba los intentos del rey por seducirla, aunque, por lo que cuenta la historia, al final se rindió. Y más le hubiera valido no hacerlo, teniendo en cuenta que al final perdió la cabeza; literalmente.

El caso es que esa melodía, en su versión celta, servía para despertarme sin muchos sobresaltos y arrancarme poco a poco de los brazos de Morfeo. Mientras los acordes sonaban, agudos y pausados, me dejé estar; inmóvil, sin pensar en nada; simplemente dejando que la música inundase mi cabeza y ahuyentase de ella malos recuerdos y pensamientos.

Por desgracia, dicen que la alegría en casa del pobre dura poco; y así debe ser, ya que el tono de llamada del teléfono reemplazó a la suave melodía que me embargaba y me expulsó del mundo onírico en el que me encontraba, para devolverme al real. Recordé lo que me había dicho el comisario el día anterior y pude comprobar cómo era su número el que figuraba en la pantalla del teléfono.

—Buenos días, comisario —contesté con cierta desgana.

—Buenos días, Antón; supongo que no te habré despertado.

—No, no lo has hecho; pero sí que me has privado de otra actividad más placentera.

—¡Vaya, lo siento!

—No te preocupes; y no pienses mal. Estaba escuchando una melodía bastante más cautivadora que tu voz.

Al otro lado de la línea sonó una carcajada.

—Sinceramente, no esperaba que mi voz te cautivase.

—Bueno, vayamos al grano; ¿qué se te ofrece? —pregunté intentando acortar la conversación.

—He hablado con el cabo Jiménez y con la abogada. Estarán ahí sobre las doce; ¿te viene bien?

—¿Esa gente no duerme? Apenas son las ocho y cuarto.

—Algunos tenemos un horario que cumplir, Antón. No todos somos un espíritu libre; como tú.

—Está bien; les estaré esperando.

—Y, si no es mucho pedir, mantenme informado, por favor.

—Lo haré, descuida —respondí antes de oprimir la tecla de llamada finalizada.

Dejé el teléfono sobre la mesilla y me levanté. Aparté la cortina del salón y contemplé el mar, calmado y azul, bajo un cielo del mismo color en el que apenas se dibujaban unos cuantos jirones de nubes.

Me acerqué a la cocina y regresé a los pocos minutos al salón, con una dosis de cafeína entre mis manos. Seguí contemplando el mar y la actividad incesante y frenética del puerto: camiones entrando y saliendo del mismo; pequeñas embarcaciones descargando las capturas de la noche anterior; y los grandes barcos congeladores atracados en los muelles, inactivos desde hacía ya demasiado tiempo, cuando los caladeros se habían ido agotando.

En la calle, se advertía el frenesí de una ciudad que despertaba a una nueva jornada laboral: la riada incesante de coches; peatones caminando con paso apresurado; gente esperando al autobús urbano para dirigirse Dios sabe adónde... Tan solo el mar y el cielo parecían calmados; lo demás era todo premura.

A las once, después de haberme aseado y vestido, me senté en mi despacho con la intención de rebuscar en las hemerotecas de los periódicos digitales, alguna información sobre el suceso que me había relatado el comisario Lamas. No me fue difícil encontrar reseñas sobre el mismo.

La mayor parte de las noticias sobre el tema, se centraban en destacar la crueldad subyacente a descerrajar dos tiros en el pecho de un hombre, cuando éste ya había muerto por un ataque al corazón. Los forenses, así como los

investigadores y los expertos consultados, coincidían en que el autor tenía que ser un individuo frío, con una marcada ausencia de valores morales y un total desprecio por la vida humana.

Mientras leía las reseñas, asintiendo en silencio, mi mano buscó a tientas sobre la mesa. Detuve la lectura y me quedé mirando la mano y la mesa, mientras esbozaba una sonrisa triste; sin quererlo, inconscientemente, buscaba lo que hasta no hacía mucho tiempo había sido mi compañía: el tabaco. Abrí el cajón de la mesa y rebusqué en él hasta encontrar un paquete de caramelos, por supuesto sin azúcar, que me habían ayudado a deshacerme de la esclavitud del cigarrillo. Me llevé uno a la boca y continué la lectura.

Las crónicas apenas ofrecían muchos más datos, ya que la investigación estaba bajo secreto de sumario. Cerré la hemeroteca y me distraje, durante unos minutos, en leer las noticias más actuales.

Sonreí tristemente.

Con solo ver la portada de alguno de los periódicos podía deducirse, sin temor a equivocarse, que el mundo se había vuelto loco: guerras, atentados, violencia de género, parricidios, adolescentes consumando matanzas... Por no hablar de las otras noticias no menos espeluznantes: casos de corrupción, desahucios, despidos en masa... Pues sí; sin duda alguna nos habíamos vuelto locos.

Apagué el ordenador y eché un vistazo al reloj: apenas faltaban cinco minutos para las doce. En ese preciso momento, sonó el timbre del portero automático. Pulsé el botón que desbloqueaba la puerta sin preguntar y abrí la puerta de mi domicilio.

El edificio, de más de sesenta años, tenía dos pisos y una buhardilla y carecía de ascensor. El segundo piso, estaba habitado por la viuda de un coronel del ejército, cuya única ocupación era tejer bufandas y jerséis para sus nietos y preparar cantidades ingentes de postres, de los cuales yo era también destinatario. La buhardilla estaba desocupada y en el primero, como es de suponer, vivía un servidor.

A mis dos visitantes no les llevó más de medio minuto subir el pequeño tramo de escaleras que conducían a mi morada. Cuando los tuve ante mí no pude sino sorprenderme. Recordaba al cabo Jiménez como un hombre alto y delgado; por supuesto su altura no había disminuido, pero había trocado su delgadez en musculatura, haciéndose más corpulento; imaginé que por efecto del gimnasio.

A su lado, vestida con un traje de chaqueta que no ocultaba sus formas, se encontraba una mujer morena; mediría un metro setenta, aunque descendiese de los diez centímetros de tacón sobre los que se sostenía; su piel era blanca, muy blanca; su cara era delgada y de pómulos marcados, lo que hacía que sus mejillas se contrajesen formando dos grandes hoyuelos; en su rostro, enmarcados por dos finas cejas, brillaban unos ojos de un negro azabache. Al verme, una boca de labios rojos y carnosos, me sonrió.

—Buenos días, Antón; gracias por atendernos —exclamó el cabo, mientras mi mirada no podía abandonar aquel rostro—. Te presento a Daniela Vasile; es la abogada de la que te habló el comisario.

Al escuchar el nombre de aquella mujer, volví de repente a la realidad.

—¿Vasile? Curioso apellido; ¿de dónde es usted? —pregunté casi tartamudeando.

—Soy rumana, señor Veiga; aunque llevo en España desde los dieciséis años; tengo la doble nacionalidad.

—Rumana —repetí mientras mi boca se torcía en una mueca de extrañeza—. Por favor, pasad —dije rápidamente—; no os quedéis en la puerta.

Entraron en el piso y los conduje hasta mi despacho, sin poder evitar ver, de soslayo, como la abogada recorría con su mirada lo que, desde el pasillo, podía verse del piso.

—¿Le gusta? —pregunté dirigiéndome a ella una vez nos hubimos sentado.

—No está mal.

—Es un viejo edificio; aunque en realidad solo conserva, de original, la fachada. El interior fue vaciado y construido de nuevo —expliqué mientras rebuscaba en el cajón de la mesa—. ¿Les apetece uno? —pregunté ofreciéndoles el paquete de caramelos.

Jiménez me miró extrañado.

—¿Caramelos? —preguntó con un gesto de sorpresa.

Me limité a encogerme de hombros.

—¿No me dirás que has dejado de fumar?

—Así es —respondí con un suspiro—. Digamos que por obligación.

—Pues Hacienda se ha quedado sin unos buenos ingresos —dijo sonriendo—. Jamás he visto a nadie fumar tanto cómo lo hacía él —aclaró dirigiéndose a la abogada.

—Yo sí te acepto uno —dijo ella.

—¿Qué relación le une con el comisario, señora Vasile? —pregunté curioso mientras la mujer se deshacía del envoltorio del dulce.

—Es un viejo amigo —fue su escueta respuesta—. Y por favor, llámame Daniela, o Dana; no es necesario que me trates de usted. Además, a Jiménez lo tuteas ¿por qué a mí no?

Sentí que una oleada de sangre pugnaba por aflorar a mi rostro, pero la contuve.

—Daniela, pues. Creo que habéis venido a contarme algo ¿no? Pues comenzad.

Ambos se miraron y la abogada, con un gesto, le indicó al cabo que fuese él el que relatase lo sucedido.

—Hace un par de meses recibimos un aviso en la comandancia, informándonos de que habían encontrado un cadáver con un disparo en el pecho en un monte, en una de las parroquias de Vila Verde. Avisamos a la jueza de Vila Nova y nos desplazamos hasta el lugar. Al llegar, nos encontramos con un hombre que resultó ser Fernando Quiroga, de setenta y cinco años. Presentaba en el pecho dos disparos realizados con una escopeta de caza. En la inspección ocular que llevamos a cabo, no encontramos nada que pudiese darnos una pista de quién o quiénes podían ser los autores de los disparos. El tal Fernando Quiroga es...mejor dicho, era una persona muy conocida en la parroquia. Poseía varios negocios en Madrid, aunque ahora ya estaba retirado y es su hijo quién gestiona la empresa.

El cabo hizo un alto en su relato, momento que aproveché para ofrecerles un café que no rechazaron. Después de beber un sorbo, Jiménez continuó.

—Al llegar la jueza se procedió al levantamiento del cadáver y a su traslado al tanatorio, para practicarle la autopsia. Cuando recibimos el resultado de la misma, nos llevamos nuestra primera sorpresa: cuando le dispararon, ya estaba muerto. Según los forenses, padecía una cardiopatía isquémica y falleció por una parada cardíaca que le sobrevino después de realizar un esfuerzo que su corazón no pudo soportar. Además, afirman que estuvo sometido a un intenso stress emocional y físico; creen que estuvo corriendo.

—¿Corriendo? ¿Un hombre de setenta y cinco años con un problema de corazón? ¿Qué quería? ¿Suicidarse?

—Quizá huía de la persona que le disparó —apuntó Daniela.

—Es posible; pero en ese caso, lo más probable es que el tiro lo

recibiese en la espalda; aunque... ¿Y si la persona que efectuó el disparo conocía el problema de salud del viejo?

—¿Y qué, si lo conocía? —preguntó Jiménez.

—Quizá era eso lo que pretendía: asustarlo lo suficiente como para que echase a correr. Si sabía lo que le ocurría, sabía también que ese esfuerzo brusco podía provocarle el infarto, como así ocurrió.

—De acuerdo; pero entonces, ¿por qué dispararle cuando vio que se había desplomado? ¿Para asegurarse?

Sonreí, apreté los labios y negué con la cabeza.

—No; para ensañarse. Hay algo macabro y cruel en ese escenario. Fijaos: un viejo pasea por el monte y se topa con alguien que empuña una escopeta; ve que le está apuntando y, en su rostro, se refleja el terror. Echa a correr intentando huir, aun sabiendo que ese esfuerzo puede ser peligroso para él. Pero ante la seguridad de que va a morir de un disparo y la probabilidad de sufrir un infarto, elige la segunda opción. Al fin y al cabo, es una posibilidad; puede que no le ocurra nada y consiga huir. Por desgracia, no lo consiguió. Y ahí entra en escena su agresor. Le ve caído, muerto; se acerca a él y a corta distancia le dispara dos veces en el pecho. Imagino la cara de triunfo del sujeto, la frialdad con la que oprime el gatillo y la sensación de poder que lo invade. Lo ha matado dos veces: una de miedo y otra disparándole.

Jiménez y la abogada permanecieron en silencio.

—Supongo que no habéis encontrado los cartuchos, ¿verdad? —pregunté.

Jiménez negó con la cabeza haciendo una mueca de frustración.

—Eso quiere decir que se los llevó. Seguramente se deshizo de ellos en otro lugar; sabía lo que hacía. Sin embargo, cometió un error.

—¿Cuál? —preguntaron al unísono mis interlocutores.

—Disparar —respondí sonriendo y recostándome en el sillón.

—¿Por qué?

—Si os hubieseis encontrado el cadáver de un viejo en el monte fallecido por un ataque cardíaco ¿habríais pensado que se trataba de un asesinato?

—No, por supuesto; se trataría de una muerte natural, sobre todo con antecedentes de enfermedad coronaria.

Volví a sonreír.

—Sin embargo, ahora sí lo es ¿verdad?

—Todo induce a pensar que sí.

—Claro que... todavía puede haber algo más extraño en todo esto.

—¿El qué? —preguntó la abogada.

—Por el modus operandi, deduzco que se trata de un tipo frío, calculador. ¿Y si disparó precisamente para que se investigase?

—¿Estás insinuando que quiere que lo busquemos? —preguntó Jiménez—. ¿Por qué iba a querer eso?

—Porque, o bien se trata de un psicópata, un sádico narcisista, o se trata de un plan calculado; y me inclino por la última opción.

Les ofrecí de nuevo una taza de café que rechazaron y me serví una, que sorbí en silencio. Jiménez y la abogada permanecieron en silencio unos segundos, hasta que el cabo volvió a hablar.

—Hay algo más.

Levanté las cejas en señal de interrogación.

—El lugar en el que encontramos el cuerpo se ha hecho famoso en la parroquia. Hace diez años, encontraron allí a un hombre ahorcado.

—¡Vaya! Eso sí es una coincidencia.

—Es bastante más que una coincidencia, Antón. El hombre que apareció ahorcado era el padre de Fernando Quiroga, nuestro cadáver reciente.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué me estás contando? ¿Es una broma macabra?

—No se trata de ninguna broma.

—¿Crees que los dos casos están relacionados?

—No; no lo creo. El caso del ahorcado fue un suicidio; ni se investigó.

Permanecí en silencio, pensativo. Consulté mi reloj; pasaban unos minutos de la una de la tarde.

—Bueno, el caso es que todavía tengo algunas preguntas que haceros, pero preferiría hacerlo mientras comemos; ¿qué os parece? Abajo hay un mesón con un menú del día bastante completo y económico. ¿Por qué no me acompañáis? Invito yo, por supuesto.

Ambos se miraron y asintieron.

En la sobremesa, continué con mi interrogatorio.

—Me ha dicho el comisario que habíais interrogado a uno de los vecinos; ¿sospecháis de él?

—Sí y no. No hemos encontrado pruebas que lo incriminen directamente; aunque el hecho de presentarse a declarar con su abogada podría hacer pensar que tiene miedo a lo que pueda decir. Sin embargo, tanto Daniela como yo creemos que no tiene nada que ver con lo ocurrido; aunque sí tenía relación



con el muerto.

—¿Cómo es eso?

—Es una historia un poco larga de contar, pero intentaré resumirla. ¿Qué sabes de la guerra civil, Antón?

Le miré perplejo; la pregunta me había cogido por sorpresa.

—Supongo que lo que nos han enseñado en el colegio y algunas historias que contaba mi abuela. No es un tema que me interese mucho, si he de serte sincero. Revolver en el pasado no suele ser aconsejable.

—Pues me temo que vas a tener que hacerlo. Mi intuición me dice que el asunto que nos traemos entre manos tiene que ver con esa parte de la historia de este país.

—Explícate mejor.

—La persona a la que interrogamos se llama Gonzalo Veloso y le llaman *O Roxo*, igual que a su padre; un apodo heredado de los tiempos de la república y de la guerra civil. Su padre pertenecía a la dirección provincial del partido socialista. Una noche, vinieron a buscarle a casa, se lo llevaron y fue asesinado; dicen que por los falangistas. Lo encontraron atado a un árbol, con las manos cortadas y dos disparos, uno en la cabeza y otro en el pecho. Gonzalo y su madre tuvieron que abandonar la casa y marcharse, para evitar ser el centro de todas las miradas y el objetivo de todos los desprecios. Nadie quería tener contacto con ellos; no estaba bien visto tener amistad con familiares de ajusticiados por ser partidarios de la república o por pertenecer a un partido de izquierdas. Por lo que sé, estuvieron viviendo en Portugal, dónde la madre encontró trabajo como jornalera. No fueron buenos tiempos para ellos. La madre murió unos años después y él volvió a España. Trabajó en Asturias, en las minas, y después emigró a Suiza, donde trabajó diez años en las obras de construcción del túnel del San Gotardo. Cuando las obras terminaron, en 1.980, regresó. Había ahorrado el dinero suficiente para arreglar la casa paterna y, poco a poco, la fue acondicionando hasta dejarla en su estado actual. Te llevaré a verla, si quieres; está cerca de dónde apareció el cadáver de Fernando Quiroga.

—Una vida ajetreada —añadí suspirando.

—Bastante. Gonzalo parece un buen hombre; un poco huraño, pero tampoco es de extrañar; ha vivido toda su vida solo y eso lo ha endurecido. Aun así, me parece una persona noble; sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—No sé. Nunca se ha metido en problemas; pero en nuestro negocio no conviene poner la mano en el fuego por nadie; aunque ya te he dicho que no lo considero un mal hombre. Excepto cuando tiene un par de cervezas de más; entonces le cambia el carácter. Alguna vez ha reaccionado de forma violenta, aunque solo de palabra.

—¿Con quién?

—Con alguno que quiso tomarle el pelo.

—Eso no es nada extraño. Conozco a un montón de personas que reaccionan así incluso sin haber bebido nada. Yo mismo, por ejemplo.

—Supongo que tienes razón.

—¿Tiene familia?

—No; al menos que se sepa. Sus padres eran hijos únicos y él también lo es. No llegó a casarse nunca, aunque por lo que cuentan en la parroquia, estuvo a punto más de una vez. ¿Qué le hizo dar marcha atrás?; nadie lo sabe y a la gente tampoco le importa mucho. Sus vecinos evitan tener mucho contacto con él. Hace algunos trabajillos: jornalero, albañil, carpintero...sabe de todo. Y no solamente de trabajos manuales. No encontrarás en la parroquia a nadie que pueda hablarte de historia, filosofía o literatura como él. ¿Dónde adquirió esos conocimientos? Tampoco se sabe. Precisamente, el hecho de que posea todos esos conocimientos hace que, entre sus convecinos, sea considerado como un bicho raro, una rara avis, con la que es mejor no tener mucho roce.

—Interesante; pero sigo sin encontrar el nexo de unión con nuestra investigación.

—Sus vecinos sospechan que él mató al empresario.

Le miré perplejo, moviendo negativamente la cabeza.

—¿Y tú te lo crees? ¡No me jodas, Jiménez! Te creía un poco más avisado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el cabo con cierto aire de enojo.

—Porque en una aldea es normal que las culpas y las sospechas recaigan siempre sobre el que desentona. Y por lo que me has dicho...ese hombre no encaja en ese lugar.

El cabo movió la cabeza de un lado a otro.

—No te falta razón; pero lo cierto es que tienen razones para sospechar.

—Tengo la ligera impresión de que no me lo has contado todo —dije sonriendo irónicamente.

—¿Recuerdas que te dije que el padre de nuestro actual difunto había

aparecido ahorcado hace diez años?

Asentí.

—Pues el ahorcado era amigo del padre de *O Roxo*; pero lo traicionó y era uno de los integrantes del grupo que se lo llevó la noche en la que lo mataron. De hecho, entre los vecinos corre el rumor de que fue el que efectuó el disparo que acabó con la vida de su padre.

Miré en silencio al cabo, mientras mi cerebro intentaba procesar rápidamente el caudal de información que acababa de recibir.

—Espera un momento, ¿acaso los vecinos piensan que ese hombre está vengando a su padre?

El cabo asintió con la cabeza, en silencio, mientras yo continuaba desgranando mis pensamientos.

—¿Y tú qué opinas? ¿No creerás que ese hombre estuvo durante toda su vida alimentando su odio para darle ahora rienda suelta? ¿Por qué esperar tanto? ¿Para qué iba ahora a complicarse la vida?

—No lo sé; pero coincidirás conmigo en que motivos no le faltan para hacerlo.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De lo rencoroso que pueda ser ese hombre. Si cuando llegó la democracia a este país, todos los que tenían cuentas pendientes se las hubiesen cobrado, nos hubiésemos encontrado con otra guerra civil. ¿Para qué remover el pasado? ¿Para qué desenterrar viejos odios?

Negué con la cabeza y continué hablando.

—No, Jiménez; es mejor olvidar el pasado. Y no creo que ese hombre, después de todo lo que ha pasado en su vida, haya decidido arruinársela ahora, cuando puede vivir tranquilo y disfrutar de lo poco o mucho que pueda tener.

—Es posible que tengas razón; pero no sé por qué, siento que, de una manera u otra, está relacionado con el suceso. ¿Cómo? No lo sé; pero estoy seguro de que así es.

—Sin embargo, me has dicho antes que no crees que él sea el culpable.

—Y no lo creo; pero sí pienso que quizá sabe más de lo que cuenta.

—Está bien; lo investigaremos.

—Ahora debo irme, Antón —dijo el cabo levantándose—. Son ya las cuatro y todavía debo regresar al cuartel. Espero que el comandante no haya

preguntado por mí.

—¿Y tú? —pregunté dirigiéndome a la abogada.

—Yo me quedo; vivo aquí, en el centro. Vuelvo a casa, todavía me queda papeleo por hacer.

—Puedo acompañarte, si lo deseas; tengo que hacer algunas compras —mentí.

Observé de reojo como Jiménez sonreía y me lanzaba una mirada pícaro, que fingí ignorar, y esperé la respuesta de la abogada.

—No hace falta; pero si quieres, por mí no hay inconveniente.

Después de despedirnos del cabo, Daniela y yo comenzamos a caminar en dirección al centro de la ciudad, al principio en silencio, hasta que ella decidió romperlo.

—¿No vas a preguntarme nada?

—¿Qué tendría que preguntarte?

—No lo sé; pero sí sé que hay algo que te ronda la cabeza. No has dejado de mirarme a hurtadillas durante todo el tiempo; y ese gesto tan caballeroso de acompañarme a casa, no te pega. Querías estar a solas conmigo, eso se nota. Pues bien, ya lo estás; ahora pregunta.

Era directa, muy directa; y su voz mostraba un aplomo y una seguridad de la que seguramente haría gala en los juzgados. Me di por vencido, antes de empezar siquiera a luchar, y decidí preguntar.

—¿Desde cuándo os conocéis el comisario Lamas y tú?

—Así que era eso. ¿Por qué tienes tanto interés en saberlo?

—Supongo que es simple curiosidad; pero ayer cuando el comisario me habló de ti, le brillaban los ojos y esa reacción no se la he visto muchas veces.

—Lo conocí hace diecinueve años; yo tenía dieciséis.

—¿Y cómo os conocisteis?

Ella me miró en silencio durante unos segundos; tuve la sensación de que sopesaba si responderme o guardarse la contestación.

—Es una larga historia —dijo al fin.

—¡Vaya! Hoy es el día de las historias largas. Bueno, no tengo ninguna prisa; y me gustan los relatos largos, sobre todo si son interesantes.

Ella sonrió condescendiente.

—Quizá otro día; yo sí tengo prisa. Ya te he dicho que todavía me queda trabajo por hacer.

—Entonces, ¿cuándo nos vemos?

Ella soltó un bufido.

—¡No pierdes el tiempo, eh! Ya me avisó el comisario de que te gustaba ir al grano.

—Me gustan las cosas claras; supongo que a ti también, dedicándote a lo que te dedicas. Imagino que en tu trabajo te gusta tener todo atado y bien atado y creo que sueles conseguirlo.

—¿Intentas halagarme?

—Nada más lejos de mi intención; aunque reconozco que te mereces ciertos halagos. Además, como ya te he dicho, jamás he visto al comisario tan orgulloso de una persona como de ti. Si no fueses buena en tu trabajo, dudo que reaccionase así.

Soltó una carcajada y me mostró una sonrisa alegre.

—Vas a hacer que me ruborice.

—Tengo la ligera impresión de que es bastante difícil sacarte los colores; aunque tampoco lo pretendo.

Continuamos en silencio caminando por la calle del Príncipe, llamada la milla de oro por el alto coste de los alquileres. Los negocios más antiguos habían ido desapareciendo uno tras otro, dejando paso a establecimientos pertenecientes a multinacionales, sobre todo del sector textil.

Llamaba la atención que, en toda la calle, no se encontrase ni una sola cafetería, lo que hacía que, después de la hora de cierre de los comercios, la calle quedase prácticamente desierta, sin más habitantes que unos cuantos mendigos durmiendo en los bancos.

Ascendimos por la calle Eduardo Iglesias hasta llegar al solar que antaño habían ocupado dos viejos cines, en uno de los cuales había visto por primera vez *“Lo que el viento se llevó”*; y como se solía decir, lo que el trasero aguantó, debido a las cuatro horas que duraba el largometraje. El recuerdo de la película, así como el de la persona con la que la había visto me arrancó, como siempre que la recordaba, una sonrisa nostálgica.

En el solar se levantaba ahora un edificio moderno, pero en el que los arquitectos habían tenido el buen gusto de conservar la escalinata y el porche arcado que daba entrada a uno de los antiguos cines. Tras los arcos se extendía una pequeña plaza a la que se abrían los portales de los edificios.

La abogada se detuvo frente a las escaleras y se giró hacia mí, con ademán de despedirse.

—Bueno, Antón; ya hemos llegado. Yo vivo aquí.

Contemplé en silencio el edificio, con gesto de asombro.

—¡Vaya! Tu trabajo parece bastante rentable. Esta es una de las zonas más caras de la ciudad.

Ella se limitó a sonreír, sabiendo que si respondía comenzaría de nuevo una batería de preguntas que no deseaba responder.

—Entonces, ¿cuándo nos vemos? —insistí de nuevo.

—Te llamaré.

Le entregué una tarjeta y, al cogerla, sus dedos rozaron los míos por un instante. Me estrechó la mano, se dio la vuelta y agitando la mano en el aire se despidió sin volver la vista atrás, dirigiéndose al portal de su edificio.

Estuve tentado de permanecer allí hasta verla entrar en el mismo, pero ante la posibilidad de que se volviese y me viese allí esperando, como si estuviese vigilándola, giré sobre mis pasos y comencé a descender la calle, de vuelta a mi morada.

Mientras introducía la llave en el portal de mi casa, mi teléfono comenzó a sonar en el bolsillo de mi chaqueta. No conocía el número, pero respondí.

—¿Sí?

—¿Antón Veiga?

—El mismo; ¿con quién hablo?

—Soy el comandante Bermejo, de la comandancia de la Guardia Civil de Felgueiras.

—Esperaba su llamada.

—Me ha llamado el comisario Lamas. Me ha dicho que va usted a investigar un asesinato ocurrido aquí hace unos meses.

—Bueno; no exactamente. Como ya sabrá, los detectives privados no podemos investigar delitos de sangre; así que más bien voy a intentar demostrar la inocencia de su sospechoso; para eso me han contratado.

—Investigar para demostrar la inocencia de un sospechoso de asesinato, es tanto como investigar el propio asesinato ¿no le parece?

—Ya; bueno, un pequeño vacío legal; como tantos otros.

—Está bien; ¿puedo verle mañana?

—Claro; de hecho, tenía pensado acercarme hasta Felgueiras.

—Bien; le espero entonces después de comer; a las tres. Nos vemos mañana —concluyó sin darme opción a objetar nada.

Me quedé un instante mirando la pantalla del teléfono, me encogí de hombros, entré en el portal y subí, de dos en dos, las escaleras hasta llegar a

mi piso.

Mientras me ponía una ropa más cómoda, pensé en la conversación que había mantenido con el comandante Bermejo. La hora a la que me había citado iba a hacerme perder la mañana, a no ser que buscara algo en lo que ocupar esas horas.

Después de darle vueltas durante unos minutos, decidí llamar al cabo Jiménez; le expliqué lo que había hablado con su superior y quedé con él a las once de la mañana. Tenía interés por conocer la zona en la que había aparecido el difunto Fernando Quiroga.

Apenas eran las seis y media de la tarde, pero el invierno había vuelto, cesando en su tregua, a cubrir el cielo de oscuros nubarrones que hacían presagiar otra noche de agua. Esas nubes, junto a la ausencia de luna, eran la razón de que a esa hora fuese prácticamente de noche.

Me preparé una nueva taza de café y con ella entre las manos, me sometí a la habitual rutina de contemplar el diario brote de luces que se producía siempre a la misma hora. Las mismas luces que todos los días enmarcaban la negrura de la ría y la hacían parecer más misteriosa y atrayente.

Rebusqué en la estantería del salón hasta encontrar el único libro de historia de España que poseía, coloqué en el giradiscos un vinilo y me senté. Cuando la voz cálida y susurrante de Luis Eduardo Aute, comenzó a cantar los primeros versos de *“Al Alba”*, abrí el libro y busqué los capítulos en los que se hacía referencia a la guerra civil española. Suspiré profundamente y comencé a leer.

## CAPÍTULO 3

*24 de febrero de 2015, martes*

El día volvió a amanecer despejado. Parecía como si mi tierra se hubiese convertido en el trópico: lloviendo de noche y con el sol brillando durante el día.

Aun así, no me confié demasiado y añadí a mi atuendo una gabardina que ya no recordaba ni cuando la había comprado. Lo cierto es que, aunque algo ajada, me había librado de no pocos chaparrones y le tenía cariño; ese cariño que se le tiene a algunas cosas materiales que terminan por convertirse en parte de nuestro ser y con las que nos identificamos; como si fuesen de la familia, vamos.

Llegué a Felgueiras a las diez y media. Aparqué frente al cuartel y, al descender del coche, me entretuve unos minutos contemplando el verde brillante de las aguas del Miño.

La visión de la rampa de cemento que desembocaba en el embarcadero del antiguo ferri, me hizo recordar lejanos viajes al país vecino que se extendía al otro lado del río, para realizar compras para la casa o, simplemente, para tomar un café y uno de los muchos postres que sus pastelerías ofrecían.

La imagen de la persona que solía acompañarme en esas pequeñas aventuras me asaltó de nuevo; y de nuevo me arrancó la habitual sonrisa.

Me dirigí a un pequeño bar situado al otro lado de la plaza en la que se encontraba el edificio del cuartel; aún faltaban veinte minutos para la cita con Jiménez y todavía no le había ofrecido a mi maltrecho cuerpo ninguna dosis de cafeína ni, por supuesto, ningún tipo de alimento.

El bar estaba vacío. Tras la barra, una chica de unos veinte años, morena y de generosas curvas, acentuadas por la ropa ajustada que llevaba, leía una revista del corazón. Al escuchar el ruido de la puerta al abrirse, levantó la cabeza y me observó atentamente mientras me acercaba a ella.



—¡Buenos días! —exclamó con una voz aguda y un fuerte acento—. ¿Qué quiere tomar?

—Buenos días —respondí—. Un café solo, por favor.

Se giró hacia la cafetera y preparó, en un instante, lo que le había pedido, colocando la taza delante de mí, junto a un pedazo de bizcocho.

—Pruébelo; es casero.

Le di un pequeño mordisco y lo saboreé.

—Está bueno. ¿Lo has hecho tú?

—No; que va —respondió la chica negando con la cabeza—. Lo hizo mi madre; yo, en la cocina... pasaría hambre —terminó riendo.

La chica se enfrascó de nuevo en la lectura de la revista y yo me dediqué a hojear el periódico, sin detenerme en ninguna noticia en particular.

Cuando terminé mi breve lectura, pagué, me despedí de la chica y volví a la calle. Atravesé la plaza y me dirigí hacia la puerta del cuartel. El agente de la benemérita que se encontraba de guardia me observó mientras me acercaba y, al llegar a su altura, me saludó militarmente y me detuvo.

—Buenos días; ¿qué desea?

—Buenos días; tengo una cita a las once con el cabo Jiménez.

Se hizo a un lado y me indicó con un gesto el mostrador situado en el bajo del edificio.

—Pregunte allí.

Le di las gracias, me dirigí al lugar que me había indicado y descubrí al cabo sentado tras una mesa, revisando un informe.

—Buenos días, cabo.

Levantó la cabeza y me sonrió.

—En un momento estoy contigo, Antón.

Continuó hablando con uno de los guardias que realizaban tareas administrativas y, después de darle las últimas instrucciones, recogió de su mesa su teresiana, bordeó el mostrador y se dirigió hacia mí.

—¿Vamos? —preguntó después de estrecharme la mano.

—¿Adónde?

—¿No me dijiste ayer que querías ver el lugar del crimen? He hablado con el comandante y me ha dicho que te acompañe.

El cabo se puso al volante de un todoterreno y arrancamos en dirección a Vila Nova. Al llegar a la autovía, enfilamos la misma para, unos kilómetros más adelante, abandonarla e internarnos en una carretera estrecha y mal

asfaltada que, atravesando el monte, desembocaba en la explanada situada frente a la pequeña capilla de la parroquia que era nuestro destino.

Jiménez aparcó el vehículo bajo la mirada curiosa de un par de mujeres que hablaban delante de la puerta que daba acceso al cementerio y a la iglesia. Descendimos del coche y le propuse ir a tomar un café, mientras hablábamos del caso.

Al otro lado de la explanada se encontraba el único bar de la parroquia, que hacía las veces de tienda de ultramarinos. Cuando entramos, el hombre que atendía a los clientes nos miró con atención. Lo cierto es que no era muy normal que la benemérita apareciese acompañada por un civil, así que las miradas se dirigían más a mí que al propio cabo.

En la barra, sentado en un taburete y con una botella de cerveza en la mano, se encontraba un hombre de edad indefinida. Tenía el pelo blanco enmarañado y la piel llena de arrugas, pero estaba seguro de que no era tan viejo como aparentaba. El cigarrillo que fumaba, colgaba de sus labios como si estuviese sujeto por un hilo invisible.

Iba vestido con un mono de trabajo y unas botas de goma, pero al fijarme en sus manos me di cuenta enseguida de que no era un labrador. Sus manos eran callosas, pero no tenían el desgaste de piel que tienen las gentes del campo. La tierra da, pero también consume; sobre todo los cuerpos.

Después de sacar todas esas conclusiones con apenas un golpe de vista, me dirigí a una de las mesas y me senté. El cabo hizo lo propio y, frente a un par de cafés, comenzamos a hablar.

—Dime, Jiménez; ¿qué hicisteis cuando os avisaron del hallazgo?

—Seguimos el protocolo reglamentario.

—Ya; eso ya lo sé —interrumpí sonriendo—. Ahórrame el informe oficial.

—Pues entonces no sé qué quieres que te diga. Al llegar al lugar hicimos una primera inspección ocular, a la espera de que llegasen los de criminalística. Ni nosotros ni ellos encontramos nada reseñable. Interrogamos al vecino que había encontrado el cuerpo; nos dijo que había subido a recoger castañas y que le había extrañado encontrarse un vehículo aparcado a la entrada del sendero, pero como el lugar es accesible en coche, no le dio demasiada importancia. Después, se llevó el susto de su vida.

—¿Así que había un coche?

—Sí; el del muerto.

—¿Y no buscasteis más huellas de neumáticos?

—Nosotros no; imagino que los de criminalística sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque, a no ser que se trate de un fantasma o de un ángel, el que disparó también tuvo que llegar en algún medio de transporte; y lo más lógico sería en otro vehículo.

—Puedo revisar el informe y comprobar si encontraron algo.

—Hazlo; y avísame si encuentras algo. Sigue contando.

—No hay mucho más que contar. Esperamos la llegada de la jueza para proceder al levantamiento del cadáver y ahí terminó todo. El resto ya lo sabes; te daré una copia de la autopsia, por si quieres echarle un vistazo.

—Está bien. Ahora vamos al lugar —dije levantándome.

Me acerqué a la barra y pagué los cafés. El hombre del mono de trabajo y el cigarrillo en equilibrio seguía allí. Le miré mientras le daba un trago a la cerveza y, cuando la dejó sobre la barra, giró su cabeza y me miró fijamente.

Su mirada era profunda y sus ojos negros como un lago en una noche sin luna. Pero no era una mirada en absoluto inexpresiva, sino todo lo contrario. Destilaba tristeza y, al mismo tiempo, ira; como si un dolor nacido en las entrañas de su alma, no encontrase otro sitio para brotar más que a través de su mirada.

—Buenos días —exclamó con una voz que parecía provenir del mismo sitio que aquel dolor.

—Buenos días —respondí con una tímida sonrisa.

—¿De visita? —preguntó esbozando algo parecido a una sonrisa irónica. Sonreí abiertamente.

—No; asuntos de trabajo.

Frunció el ceño y movió negativamente la cabeza.

—¿Acompañado de un civil? Mal trabajo debe ser ese.

—¿Y cuál es bueno?

—Ninguno; pero cualquier asunto en el que anden por medio los picoletos...no debe ser bueno, no.

Me encogí de hombros y utilicé la frase recurrente.

—Es lo que hay —añadí mientras recogía la vuelta de lo que había pagado—. Tengo que irme; encantado de conocerle.

—Gonzalo Veloso; para lo que necesite —dijo, ofreciéndome su mano.

La estreché; era huesuda y callosa. Sentí su presión y su calor mientras me

miraba a los ojos sonriendo.

—Antón Veiga; lo mismo le digo.

Salí del establecimiento y busqué al cabo con la mirada. Lo encontré sentado en un banco, bajo un olivo situado delante de la iglesia, último vestigio de lo que hacía cientos de años había sido uno de los cultivos más importantes de Galicia.

Se encontraba con la mirada baja, pensativo; con un rictus de tristeza en su semblante que me hizo sentir algo parecido a la lástima. No por él; no acostumbro a sentir lástima por nadie. De hecho, es un sentimiento que desapareció de mi alma hace mucho tiempo, cuando descubrí que el manifestarlo no soluciona la causa que lo provoca, sino más bien al contrario.

Los humanos, al contrario que los animales, no soportan causar lástima ni aceptan, así como así, el consuelo. Un perro herido, cuando es curado y se le ofrece cariño, te mira con ojos de gratitud y su respuesta es convertirse en tu más fiel aliado.

Por el contrario, cuando es un humano el que recibe esa gratitud y ese cariño, se vuelve desconfiado y lo primero que te pregunta cuando ya ha desaparecido la causa que provocaba que sintieses lástima por él y que lo cuidases, es cuánto le va a costar o qué le vas a pedir a cambio. Está en nuestra naturaleza; es un miedo atávico a mostrarnos débiles; a que puedan atacarnos por donde más nos duele.

No; no sentía lástima por Jiménez, sino por sus circunstancias. Tenía la impresión de que escondía algo; de que debajo de esa imagen, algo bobalicona y despistada, se escondía una persona inteligente, con sus propias opiniones y con bastante más capacidad para pensar y deducir de la que sus superiores querían otorgarle.

Lástima que el hecho de hallarse destinado en un pueblo, lejos de las posibilidades que, para su carrera profesional, podía ofrecerle una gran ciudad, hiciese que todas esas cualidades permaneciesen ocultas a los ojos de la mayoría de la gente.

Por desgracia, de no cambiar pronto su situación laboral, es decir, de no conseguir pronto un destino mejor, sus esperanzas se irían difuminando, convirtiéndolo en un picoletto más, taciturno y amargado, que posiblemente descargaría su frustración multando a diestro y siniestro, para convertir su deseo de ser respetado y reconocido por sus capacidades, en el hecho de ser temido y odiado por su autoridad.

Cuando llegué a su altura se levantó y me miró seriamente.

—Ya le has conocido.

—¿A quién?

—A Gonzalo Veloso; te hablé de él ayer ¿recuerdas? De él es de quién sospechan todos.

—No me tiene pinta de asesino frío y calculador. En todo caso, lo vería como un asesino pasional; suponiendo que fuese capaz de matar, claro.

—Todo el mundo es capaz de matar, Antón.

—No estés tan seguro. Todo el mundo es capaz de pelearse; y no niego que en una pelea se pueda producir un homicidio, pero matar a sangre fría no es tan sencillo; saber que vas a disponer de la vida de una persona y que eso no te afecte...hay que estar hechos de una pasta especial.

El cabo me miró en silencio y de repente preguntó.

—¿Has matado a alguien alguna vez?

Suspiré fuertemente.

—Sí; y no me enorgullezco de ello; aunque tampoco me arrepiento. Se trataba de él o yo; y ante una disyuntiva así, todos sabemos perfectamente qué hacer.

El cabo daba patadas a las piedras, mientras escuchaba.

—¿Puedo preguntarte qué ocurrió?

—Puedes; pero no voy a responderte. Es una historia personal que no deseo compartir con nadie. Ni siquiera mi mujer supo lo que había ocurrido.

El cabo cesó en sus preguntas y permanecimos así, en silencio, durante unos minutos.

—¿Vas a llevarme al lugar, o no? —pregunté impaciente.

Jiménez comenzó a caminar en silencio por la carretera que, desde el lugar en el que nos encontrábamos, ascendía hasta llegar al monte cercano. Decidí seguirle sin decir nada.

Unos cincuenta metros más adelante la carretera se bifurcaba. El cabo tomó la desviación de la izquierda y siguió ascendiendo mientras yo, jadeando, me esforzaba por seguirle.

Sonreí entre dientes; no podía negar que el jodido estaba en forma. Jamás me había dejado amilanar por una caminata; de hecho, era el único deporte que practicaba, si es que se le podía considerar deporte; aunque debo reconocer que no por gusto, sino más bien por herencia de una etapa de mi vida en la que, por desgracia, no podía disponer de ningún vehículo a motor

que trasladase mis huesos de un lugar a otro. Lo malo era que mi caja torácica se veía incapaz de suministrar fuelle para aquella ascensión. Ese era el legado que me había dejado el exceso de tabaco.

Me detuve al borde de la carretera y me senté en una piedra, mientras respiraba pesadamente. Intenté llamar al cabo, pero mis pulmones apenas conseguían bombear el aire necesario para respirar; lo de emitir palabra alguna tendría que esperar. El cabo se giró y me miró.

Al verme de aquella guisa, sentado, con las manos en las rodillas y respirando profundamente, sonrió. Recorrió los pocos metros que lo separaban de mí y, al llegar, se sentó a mi lado.

—¿Estás bien?

Le miré y sonreí irónicamente.

—¿Cómo Dios!

Soltó una carcajada.

—¿Cómo Dios o cómo Jesús?

—¿Qué diferencia hay?

—Que Jesús estaba crucificado; o sea, en las últimas.

Hice una mueca.

—Tienes razón; cómo Jesús, entonces.

—En serio —dijo con cara de preocupación—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes; solo es por culpa del tabaco. Y eso que dicen que en cuanto lo dejas empiezas a respirar mejor.

Continué respirando entrecortadamente hasta que, poco a poco, me fui recuperando del esfuerzo hecho al subir la maldita cuesta. Al encontrarme mejor, me encaré con el cabo.

—¿Falta mucho? Esta subidita va a acabar conmigo.

—Un poco; pero iremos caminando poco a poco.

Hice un esfuerzo y me levanté. Eché los hombros hacia atrás, intentando ensanchar mi caja torácica para someterla de nuevo al esfuerzo de la subida y reanudamos la ascensión. Minutos después, abandonábamos la carretera para internarnos por un sendero que penetraba en el bosque de pinos y eucaliptos.

El sendero comenzaba también con una pendiente bastante pronunciada, lo que hizo que al terminar la subida tuviese que detenerme de nuevo para respirar, lo que provocó de nuevo la risa del cabo. Lo miré furioso y continué tras sus pasos.

Unos metros más adelante el sendero se ensanchaba hasta convertirse en

un cortafuego delimitado a la derecha por un pequeño muro, detrás del cual podía verse un bosque de pinos jóvenes, limpio y cuidado y más abajo un pequeño prado. Al fondo, se divisaba una casa con un patio interior.

Continuamos nuestra caminata y el bosque cambió; los pinos y los eucaliptos desaparecieron y en su lugar surgieron los castaños. El suelo estaba alfombrado por los erizos que guardaban el fruto que, durante muchos años, había sido la base de la alimentación en Galicia, sobre todo en los tiempos de la posguerra, cuando todo, menos el hambre, escaseaba.

El cabo se detuvo y me señaló un gran castaño que se inclinaba sobre el camino.

—Ahí lo tienes.

—¿El qué, Jiménez? —pregunté resignado.

—El árbol en el que se ahorcó Fernando Quiroga, abuelo.

Se giró y señaló un punto en el camino en el que nos encontrábamos, a unos cincuenta metros del árbol.

—Y ahí apareció Fernando Quiroga, padre, con los dos disparos.

No pude dejar de pensar que, aunque macabra, tenía su gracia. Los dos, muertos de forma violenta y a cincuenta metros uno del otro. Comencé a remover el suelo con el pie, seguro de que no iba a encontrar nada, aunque no por ello iba a dejar de intentarlo. Alcé de nuevo la cabeza y observé el árbol. De repente, una alarma saltó en mi cerebro.

—¿Cuándo ocurrió lo del ahorcado?

—Hace diez años, en 1.995 —respondió Jiménez.

—En esa época ni tú ni el comandante estabais en Felgueiras, ¿verdad?

—No; solo llevamos aquí un par de años.

—¿Llegaste a leer el informe que redactaron tus compañeros?

—Sí; pero ya te dije que no se investigó; era un caso de suicidio de libro.

—¿Qué se encontraron cuando llegaron aquí?

—Lo que te he dicho —respondió Jiménez con aire cansino—. Un hombre ahorcado; en ese árbol.

—¿Nada más? ¿Ningún objeto extraño?

—No; nada más. ¿Adónde quieres llegar?

—¿Cuántos años tenía el hombre?

—Unos ochenta, más o menos; no lo recuerdo con exactitud.

Sonreí con satisfacción.

—Y explícame; si no había ningún objeto, como por ejemplo una escalera

¿cómo trepa un hombre de ochenta años a ese árbol para colgarse?

El cabo me miró sorprendido, con los ojos como platos. Apenas unos segundos después se repuso y movió negativamente la cabeza.

—No; no puedes estar pensando eso. ¿Me estás diciendo que a ese hombre también lo mataron?

—Si no lo mataron, al menos le ayudaron a suicidarse.

—Pero ¿quién?

—No soy adivino, Jiménez; solo investigador —respondí con ironía.

Permanecimos en silencio durante un buen rato, cada uno sumido en sus propias cavilaciones.

—¿De quién es esa casa? —pregunté al fin.

—De Gonzalo Veloso —respondió ufano el cabo—. El que conociste en el bar.

—Pues a la distancia a la que está tuvo que oír los disparos.

—Declaró que no se encontraba en casa; que salió de ella por la mañana y no regresó hasta bien entrada la tarde.

—¿Alguien puede corroborar eso?

—No; nadie lo vio en todo el día. Por eso sospechan de él.

—Está bien; vámonos —dije después de comprobar en el reloj la hora.

Recorrimos de nuevo el sendero hasta llegar a la carretera. Mientras descendíamos por la misma pude observar la casa de Veloso y la finca que se extendía ante ella, con su pequeña huerta y una gran profusión de frutales y viñas. Me detuve un momento a contemplarla y, cuando reanudamos la caminata, divisamos a un hombre que subía la cuesta lentamente. Al irse acercando, comprobé que se trataba de él, del hombre de la barra del bar, del propietario de la casa, de Gonzalo Veloso. Al llegar a nuestra altura se detuvo.

—Buenos días tenga la benemérita —dijo con sarcasmo—, y la compañía —añadió dirigiéndose a mí.

—Buenos días de nuevo, señor Veloso —respondí, con una inclinación de cabeza.

El cabo murmuró un “buenos días” imperceptible.

—Veo que recuerda mi nombre, señor Veiga.

—Lo mismo le digo.

—¿Qué? ¿Dando un paseíto? —volvió a preguntar con aquella sonrisa irónica que me descolocaba.

—Más o menos; admirando un poco el bosque.



Negó con la cabeza y chasqueó los labios.

—Es una lástima.

—¿El qué? —pregunté intrigado.

—Que no sea época de castañas. Seguro que en el sitio de donde vienen hubiesen podido recoger un buen puñado.

Sonreí en silencio; era más listo de lo que pensaba. Sabía perfectamente lo que hacíamos allí y adónde habíamos ido. El cabo me miró con gesto serio.

—Antón, tenemos que irnos; se nos va a hacer tarde.

—Cómo digas, Jiménez. Encantado de volver a verle, señor Veloso — dije despidiéndome del hombre.

—Igualmente.

Apenas nos habíamos alejado unos metros cuando volví a escuchar mi nombre.

—¡Señor Veiga!

Me giré; el hombre me miraba fijamente. Ya no sonreía.

—¡Venga cuando quiera; le invitaré a un vino y a unas castañas asadas; yo aún conservo unas cuantas!

Levanté mi mano agradeciéndole la invitación y asentí con la cabeza. Luego vi cómo se giraba y continuaba su camino; hice lo propio y me reuní de nuevo con el cabo.

Durante el tiempo que duró el viaje de vuelta al cuartel apenas nos dirigimos la palabra. El cabo permanecía silencioso, pensativo y con un cierto aire de enojo.

Yo, por mi parte, me limité a contemplar a través de los cristales del vehículo el paisaje. A pesar de ser casi la una de la tarde, todavía brillaban en las hojas las gotas de agua de la lluvia nocturna; sobre todo en aquellas zonas situadas a la sombra y protegidas por los rayos de aquel sol débil.

Al llegar a nuestro destino, el cabo aparcó el coche frente al cuartel, apagó el motor y continuó en silencio, esperando.

—¿Puedo saber qué te pasa? —pregunté—. Te noto enojado.

—No me ha hecho mucha gracia encontrarnos con Veloso.

—¿Por qué?

—¿Acaso no te has dado cuenta de que sabía de dónde veníamos?

—Pues claro ¿y qué?

—Sabe que sus vecinos y nosotros sospechamos de él, pero parece hacerle gracia; nos saludó con cierto aire de prepotencia. No me gustó; y

menos que me llamen “*la benemérita*” así, con sorna.

Sonreí.

—¿Acaso no perteneces a ella?

—Sí; pero no me gusta esa alusión irónica.

Moví la cabeza negativamente.

—Eres demasiado susceptible; deberías aprender a reírte de ti mismo.

—¡Tonterías! Soy un agente de la autoridad, Antón; no lo olvides. Y me merezco un respeto.

Lo miré fijamente; el cambio hacia el picoletto amargado se estaba produciendo.

—Jiménez, ¿recuerdas por qué en otros tiempos se odiaba tanto a la Guardia Civil?

—Reconozco que antes quizá algunos guardias abusaban un poco de su autoridad.

—Pues no te conviertas en uno de ellos. Aún eres muy joven; encontrarás un destino mejor, acorde a tus conocimientos y, probablemente, ascenderás. No dejes que una sonrisa irónica eche por tierra tus esperanzas. Y, sobre todo, hazte respetar por quién eres, no por lo que eres.

Permaneció en silencio, con la cabeza baja.

—Puede que tengas razón —dijo al fin—. En el fondo eres un psicólogo ¿sabes?

—No soy psicólogo, pero la vida me ha enseñado muchas cosas; y no todas malas —rematé, mientras abría la portezuela del coche y descendía del mismo—. Baja; te invito a un café.

—No puedo, Antón; tengo que volver al cuartel. Aún me quedan muchas cosas por hacer antes de ir a comer.

—Como quieras; por cierto...necesito un pequeño favor.

—¿Cuál?

—Necesito copias de los informes de los dos fallecidos, así como de las autopsias. Y quiero que averigües todo lo que puedas sobre ese hombre, Veloso. Quiero saber si le queda familia en algún sitio; si tiene antecedentes de algún tipo; en fin, todo lo que puedas saber de él. Y también sobre los tres miembros de la familia Quiroga.

—Entendido, pero tendré que pedirle autorización al comandante; ¿cuándo volverás?

—Aún no lo sé; pero te llamaré. Y por el comandante, no te preocupes.

Lo vi alejarse en dirección al cuartel y volví a consultar mi reloj. Se acercaban las dos de la tarde, así que decidí que era una hora perfecta para comer y estirar después un poco las piernas, mientras aguardaba el momento de encontrarme con el comandante. Me dirigí al bar en el que había estado tomando café esa misma mañana y entré.

Terminé de comer cuando todavía faltaban veinte minutos para la hora de mi cita así que, al salir del bar, comencé a caminar en dirección al parque situado a la orilla del río. Había sido remodelado hacía poco tiempo y la primera vez que lo vi me gustó.

El césped bajo los árboles invitaba a tumbarse y disfrutar de una buena siesta; claro que, en la época del año en la que nos encontrábamos, no era lo más aconsejable, por mucho que el sol luciese. La tierra estaba húmeda y la hierba fría, lo que la convertía en un peligro para mi maltrecha espalda.

Me senté en uno de los bancos e, inconscientemente, metí la mano en el bolsillo de mi gabardina buscando, de nuevo, a mi antiguo compañero. En determinadas ocasiones se me hacía difícil prescindir de él; sobre todo cuando necesitaba pensar. Me levanté y me dediqué a pasear por el sendero que discurría entre los tilos y que finalizaba en un robledal.

Volví sobre mis pasos al escuchar tañer tres veces las campanas de la iglesia y me dirigí hacia el cuartel.

El despacho del comandante Bermejo se encontraba en la primera planta del edificio. Era un lugar austero: una mesa, un sillón y un par de sillas; una pequeña biblioteca con textos legales situada a la derecha de la mesa y, a la izquierda de la misma, dos banderas, una de España y otra de Galicia, flanqueando el retrato del rey. El comandante levantó la vista y me miró fijamente.

—Buenas tardes, Veiga —dijo levantándose y ofreciéndome su mano que estreché enseguida.

—Buenas tardes, comandante —respondí, mientras él, con un gesto, me invitaba a sentarme.

—Parece ser que vamos a contar con sus valiosos servicios, por lo que me ha dicho el comisario Lamas.

Noté en su voz un deje de ironía. Lejos de molestarme, sonreí.

—Intentaré ayudar en lo que pueda.

—Bien, si necesita algo hable con el cabo Jiménez. Pero quiero dejarle algo claro: esta investigación la lleva la Guardia Civil, así que si descubre

algo tendrá que informarme. No quiero que mis superiores piensen que no somos capaces de resolver un asesinato y acaben enviándome a los de la central a meter las narices aquí. Además, estoy a punto de jubilarme y me gustaría hacerlo con un pequeño éxito.

—Por supuesto, comandante; delo por hecho.

—Bien; pues aclarado ese punto, dígame ¿qué necesita?

—¿Ha hablado con el cabo Jiménez?

—No; ¿por qué?

—Le he pedido que me consiga una copia del informe del suceso, así como de la autopsia y me dijo que tendría que pedirle su autorización.

—Todavía no me ha pedido nada.

—Además, necesitaría también el informe y la autopsia de otro fallecido.

—¿De quién?

—Me ha dicho el cabo que el lugar en el que apareció Fernando Quiroga, es el mismo en el que encontraron a su padre ahorcado hace diez años; y me gustaría investigarlo. Sospecho que no fue un suicidio.

—Desconozco el caso; en esa época no estaba destinado aquí, pero hablaré con él y le diré que le facilite todo lo que le pida.

—Hay algo más.

Me interrogó con la mirada.

—Me gustaría contar con la ayuda de Jiménez. Usted sabe mejor que yo que su uniforme abre bocas que de otro modo permanecerían cerradas.

—De acuerdo; le diré que se ponga a su disposición.

Me levanté, le ofrecí mi mano y me despedí de él. La charla con el comandante no me había llevado más de media hora, así que regresaría a mi ciudad todavía con luz diurna. Me alegré; cada vez me resultaba más complicado conducir de noche, así que evitaba hacerlo, en la medida de lo posible.

En el momento en que iba a poner en marcha mi vehículo, el teléfono comenzó a sonar. Al ver aquel nombre en la pantalla, sonreí.

—Hola, Lucía.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Tengo tu número en la memoria del teléfono.

—Ya; por si acaso no te apetece responder ¿no?

—Te he llamado unas cuantas veces; más bien creo que a la que no le apetece hablar es a ti —respondí enojado.

—Tenía razones más que suficientes para no hacerlo ¿no te parece? Pero, aunque no lo creas, estoy al tanto de todos tus movimientos.

—¿No me habrás puesto un detective? —pregunté soltando una carcajada.

—No me hace falta; Lamas me tiene bien informada. ¿Dónde estás?

—En este momento en Felgueiras, a punto de volver a casa.

—Me ha dicho el comisario que tienes trabajo.

—Sí, así es.

—¿Y te queda tiempo para cenar conmigo?

—Ya no disfruto las comidas y las cenas como antes, Lucía; llevo muy mal lo de comer con agua.

Esta vez fue ella la que soltó una risotada.

—¡Vaya por Dios! ¡Cuánto sacrificio!

—No te burles; hablo en serio.

—¡No digas tonterías, anda! No vas a morirte por beber agua, pero si ese es el problema no te preocupes; dejaré que tomes una copa de vino. Ya sé que últimamente estás haciendo los deberes, como un buen crío.

—¿Ahora soy un crío?

—Siempre lo fuiste; siempre te comportaste como tal.

No respondí.

—Bueno, entonces ¿qué? ¿cenamos juntos o no?

—Está bien —concedí—. ¿Dónde y a qué hora?

—En el restaurante de siempre, a las ocho y media.

—Te veré allí; hasta luego.

Me quedé un instante contemplando la pantalla del teléfono mientras a mis labios asomaba una sonrisa. Hacía mucho tiempo que no veía a la que había sido mi clienta, pero con la cual me unía una relación más amistosa que profesional.

Recordé a su hija, secuestrada por su propio padre y obligada a prostituirse y de repente, mi semblante se oscureció. La imagen de mi antiguo compañero, Varela, apareció entre esos recuerdos para despertar la rabia que todavía guardaba en mis entrañas.

Habían pasado ya cuatro años desde lo ocurrido, pero su recuerdo volvía a ponerme de mal humor. Aún ahora me sentía incapaz de comprender el porqué de su actuación y, sobre todo, de su traición. Me resistía a pensar que el dinero podía cambiar cualquier tipo de sentimiento, incluido el de la amistad y el cariño, pero así había sido; y por desgracia no era el primer caso,

ni sería el último.

Borré de mi mente el recuerdo y me dispuse a volver a la ciudad. Atravesarla, desde la entrada a la misma, hasta el lugar en el que vivía, a las cuatro y media de la tarde, era una labor que requería paciencia y templanza, virtudes de las que no ando muy sobrado.

Después de unos cuantos exabruptos y un poco de slalom con el coche, lo acomodé en la calle que, desde el lugar en el que se encontraba mi piso, descendía por la zona vieja hasta llegar al puerto. No era un lugar demasiado seguro, ya que por las noches se llenaba de mendigos y yonkis durmiendo en los locales vacíos situados bajo el mirador, pero tenía la certeza de que ninguno de ellos iba a mostrar demasiado interés por mi destartado y viejo vehículo.

Crucé a la carrera la calle y cuando estaba a punto de introducirme en el portal, una voz demasiado conocida y muy poco esperada pronunció mi nombre.

Durante unos segundos mi cuerpo permaneció paralizado; cerré los ojos y cogí lentamente aire, intentando tragar bilis y no volverme, pero la voz volvió a pronunciar mi nombre; entonces me giré.

Frente a mí se encontraban dos hombres. Uno de ellos era un tipo alto, posiblemente sobrepasase el metro ochenta; moreno y con los ojos ocultos tras unas gafas de un diseño bastante moderno. Lucía una incipiente calvicie, pero llevaba el pelo que le quedaba, bien arreglado. Tendría poco más de cuarenta años, pero su cara estaba surcada por profundas arrugas, que le hacían parecer bastante más viejo. Bajo el chaquetón, vestía un traje de corte clásico que parecía hecho a la medida. Terminé mi escáner ocular fijándome en los gemelos de oro en los puños de su camisa y en sus relucientes zapatos italianos, complemento perfecto para alguien que demuestra en su vestir su nivel económico.

Pero no había sido él quien me había llamado, sino la persona que se encontraba a su lado.

Cuando me crucé con su mirada, mis labios se contrajeron en una mueca de furia y mis puños se cerraron, aunque me esforcé en no proyectarlos contra el rostro de aquel hombre. Metí las manos en los bolsillos de mi gabardina, volví a coger aire y me encaré con él.

—¿Qué coño haces tú aquí, Varela?

—Yo también me alegro de verte, Antón.

—¿Piensas que yo me alegro? Bien poco me conoces. ¿Ya se te han acabado las vacaciones en el hotel al que te mandaron? —pregunté cáustico.

No respondió; se limitó a bajar la mirada y a suspirar.

—No me has respondido, ¿qué haces aquí? ¿y quién es este? —pregunté señalando con un gesto a su acompañante.

—Es mi jefe; y quería conocerte.

—Pues ya me ha visto; ahora largaos los dos. ¡No tengo tiempo para perderlo con un delincuente! —exclamé, dejando que el sarcasmo impregnase cada una de mis palabras.

—Tus pullas no me molestan, Antón; es más, considero que tienes todo el derecho a mostrarte así. No he venido a hacerte sentir mal, aunque sé que el solo hecho de verme te revuelve las entrañas; pero como te he dicho, mi jefe quería conocerte y creo que deberías hablar con él; tarde o temprano tendrás que hacerlo.

—¿Por qué? ¿Quién es usted?

El hombre me mostró una sonrisa de satisfacción.

—Mi nombre es Fernando Quiroga, señor Veiga; encantado de conocerle —dijo ofreciéndome su mano.

La estreché mientras mis ojos, abiertos como platos, no podían dejar de contemplar la cara del hombre que se encontraba frente a mí.

—Debo suponer que es usted hijo del Fernando Quiroga que apareció muerto hace dos meses en Vila Verde ¿no es así?

—Así es; me han dicho que está usted investigando el suceso.

—¡Vaya, las noticias vuelan!

Esta vez, la sonrisa que me mostró fue amplia y sus labios finos se contrajeron en una línea que parecía dividir la cara en dos. Sus ojos me escrutaron, fríos; y cuando volvió a hablar el poder impregnaba su voz y sus palabras.

—Yo sé todo lo que deseo saber; es lo que tiene el dinero: que se puede comprar todo con él.

—Yo no estaría tan seguro, señor Quiroga; pero si usted lo dice...

No respondió y yo continué.

—Bien, imagino que no habrá venido hasta aquí para decirme la pasta que tiene ¿verdad?

—Me gustaría hablarle de mi padre; a poder ser en algún sitio que no sea en mitad de la calle.

Sopesé durante unos segundos la conveniencia de darle entrada a mi casa a Varela, pero lo cierto es que, más pronto que tarde, tendría que hablar con aquel hombre si quería desentrañar el asunto que tenía entre manos. Así que resolví aceptar, aunque con una pequeña condición.

—Acompáñeme; subiremos a mi despacho. Pero los dos solos; él no — añadí señalando con un gesto de odio a Varela.

El hombre volvió a regalarme su fina sonrisa.

—No estoy aquí para negociar nada, señor Veiga. El señor Varela es mi guardaespaldas; donde voy yo, va él —añadió con suficiencia.

Varela no dijo nada; se limitó a permanecer a un lado sin ni siquiera mirarme. Respiré hondo, me tragué la rabia que llegó a mi estómago quemándome por dentro y acepté asintiendo con la cabeza.

—Pase y siéntese, por favor —dije una vez hubimos llegado a mi despacho.

El hombre atravesó la puerta del mismo, se despojó del chaquetón que me ofrecí a colgar en el perchero y se sentó cruzando las piernas.

—¿Puedo? —preguntó mientras me mostraba el habano que había sacado del bolsillo interior de su chaqueta.

Hacía mucho tiempo que había dejado de aspirar el humo del tabaco y no me hacía demasiada gracia el olor que aquel puro iba a dejar en mi despacho, pero asentí.

El hombre comenzó el ritual de encender el habano sin decir nada. Sacó un cortapuros de plata y guillotínó el extremo cerrado del cigarro; acto seguido, lo encendió haciéndolo girar entre sus labios, mientras aplicaba al extremo del mismo la llama de un encendedor también de plata.

Por fin, cuando terminó el rito, exhaló una bocanada de humo, dirigió una mirada a su alrededor, observando con detenimiento el despacho y, finalmente, me miró. Yo había permanecido en silencio, contemplando toda la parafernalia que había desatado para encender su habano, labor durante la cual me hubiese dado tiempo a fumar dos cigarrillos y durante la cual sonreí más de una vez.

—¿Ha terminado? —pregunté no sin cierta ironía.

—Creo entender que no le gustan los puros.

—Nunca he sabido apreciarlos; y he dejado de fumar. Aunque siempre he preferido los cigarrillos; son más cómodos...y más baratos.

—Supongo que sí —añadió el hombre, volviendo a dirigir una mirada a mi despacho y haciendo una mueca de disgusto.



—Imagino que no ha venido usted hasta aquí para admirar la decoración de mi despacho ni para hablar de puros ¿verdad?

—No, ciertamente. Como le dije me gustaría hablarle de mi padre.

—Pues soy todo oídos.

—Sé que está usted investigando su asesinato; una tragedia. Era un buen hombre y un empresario notable, con importantes negocios en Madrid. Era viudo; mi madre falleció al poco de nacer yo y me crie con mi abuela materna, también viuda. Soy hijo único, así que cuando terminé mis estudios, me incorporé a la empresa de mi padre. Desde que se jubiló, yo soy el administrador único y, a decir verdad, no me ha ido mal.

—Ciertamente, no —concedí.

—Por desgracia, parece que la tragedia se ha instalado en nuestra familia. No sé si sabe que, hace diez años, mi abuelo se suicidó ahorcándose, no muy lejos del lugar en el que apareció el cadáver de mi padre.

—Lo sé; me lo han dicho en el cuartel.

—Pues yo no estoy tan seguro de que fuese un suicidio; mi abuelo no tenía ninguna razón para hacerlo. Más bien creo que alguien tiene algo en contra nuestra. Esa es la razón por la que he contratado los servicios de su amigo Varela.

Moví negativamente la cabeza repetidas veces.

—¡No, no, no! No se equivoque, señor Quiroga; su empleado hace mucho tiempo que dejó de ser amigo mío.

Se encogió de hombros y suspiró.

—En realidad, la relación que haya entre ustedes no me interesa lo más mínimo. Lo único que quiero es que él me proteja y que usted encuentre al asesino de mi padre. Tienen un sospechoso ¿no es así?

Aquel hombre me desconcertaba; parecía saber muchísimo más que yo sobre el caso.

—Está usted muy bien informado.

—Ya le dije antes que sé todo lo que quiero saber —añadió mostrándome de nuevo su perfil de hombre poderoso.

—Su padre... ¿tenía enemigos?

—Que yo sepa, no. Tanto mi abuelo como mi padre fueron personas muy apreciadas en la parroquia; ayudaban a todo el que lo necesitaba, así que todo el mundo los quería.

—Si tiene usted razón en sus sospechas, no todo el mundo —aclaré.

—La única persona que no se hablaba con ellos es ese loco de Gonzalo Veloso; supongo que por eso la Guardia Civil sospecha de él.

—¿Por qué lo tilda de loco?

—Porque lo está. Va diciendo por ahí que mi abuelo mató a su padre durante la guerra civil; ¡mi abuelo! que nunca le hizo daño a nadie. No sé qué tiene en contra de mi familia, pero ese hombre no me gusta; no me fío de él. Veloso es un pobre desgraciado; ninguno de sus vecinos quiere tener mucho trato con él; por algo será, ¿no? —preguntó; y en su pregunta descargó una buena dosis de ira.

No respondí; me limité a mirarle a los ojos y pude distinguir en ellos el brillo del odio. Aquel hombre me estaba mintiendo; no sabía todavía la relación que podía haber o había habido entre los dos, pero sentí como me estaba predisponiendo en contra de él; y eso no estaba dispuesto a tolerarlo.

—Señor Quiroga, de momento no tengo ninguna razón para sospechar de nadie y si la Guardia Civil no lo ha detenido es porque tampoco tienen pruebas que lo incriminen.

—¡Pues no sé qué más quieren! ¡Si va diciendo que mi abuelo mato a su padre! ¡Lo que pretende es vengarse de mi familia! —exclamó gritando.

—No se altere, por favor. Creo que es mejor que dejemos por el momento esta conversación —dije levantándome—. Cuando tenga alguna información se la haré saber, en la medida en que no interfiera en mis pesquisas, claro está.

Acompañé a los dos hombres hasta la puerta, les vi salir y, sin contestar a la despedida que murmuró Varela, cerré la puerta y vacié bruscamente el aire de mis pulmones.

Sentí curiosidad y, desde la ventana del salón, contemplé a los dos hombres en la calle. Varela hablaba por teléfono mientras su jefe esperaba al borde de la acera todavía con el habano en la mano.

Apenas un par de minutos después un coche se detuvo junto a él, arrojó con fuerza el cigarro al suelo y se acomodó en las plazas traseras, mientras Varela se sentaba al lado del conductor; luego desaparecieron en dirección al centro de la ciudad.

Sentado en el sillón, con la taza de café que se había convertido en mi compañera desde que había dejado el cigarrillo, pensé en todo lo que había sucedido esa tarde. No podía negar que la visión de mi antiguo compañero me había revolucionado el espíritu. Su sola presencia me había hecho recordar todo lo sucedido hacía... ¿cuánto?... ¿cuatro años?; sí, más o menos.

A Varela le había caído una condena de seis años así que, haciendo cuentas, imaginé que le habrían concedido la libertad condicional; y la verdad es que había tenido suerte al encontrar tan pronto trabajo. ¿O quizá no había sido suerte?

El azar había hecho que acabase trabajando para el hijo de un hombre que había muerto asesinado y cuyo caso yo investigaba. Negué con la cabeza; nunca creí en las casualidades y no imaginaba de qué podían conocerse Varela y su jefe. Y tampoco me imaginaba a Fernando Quiroga poniendo un anuncio en el periódico solicitando un guardaespaldas y a Varela llevándole su curriculum. Algo les unía, pero ¿qué?

Hice una mueca de indiferencia; eso no era algo que me preocupase ahora, tenía cosas más importantes en las que pensar. Dejé la taza de café sobre la mesa, recosté mi cabeza en el sillón y cerré los ojos, con la intención de relajarme unos instantes.

La relajación se convirtió en un sueño profundo del que desperté casi dos horas más tarde, con un lacerante dolor de cabeza que intenté sofocar con un analgésico.

Apenas faltaba media hora para mi encuentro con Lucía, así que después de adecentarme un poco, cogí mi gabardina ya que volvía a amenazar lluvia y salí a la calle.

El restaurante se encontraba no muy lejos del lugar en el que vivía; desistí de coger de nuevo mi coche para no tener que perder el tiempo buscando dónde aparcar y comencé a caminar hacia el centro de la ciudad.

No me llevó más de quince minutos llegar al lugar en el que nos habíamos citado y lo hice con antelación. Lucía ya esperaba en la puerta y, al llegar junto a ella, me recibió con dos besos en ambas mejillas.

—¡Has llegado pronto! ¡Qué raro en ti! —exclamó mientras repasaba mi figura de arriba abajo.

—He venido caminando, con lo cual me he ahorrado la pérdida de tiempo que supone encontrar dónde aparcar.

—¿Cómo estás? Te encuentro un poco más rellenito.

—Como menos, pero picoteo más; es lo que tiene la falta del cigarrito —expliqué con una sonrisa burlona—. Te entra ansiedad.

—¡También tiene cosas buenas, eh! Te evita ciertos...sustos —añadió irónicamente Lucía.

—¿Entramos? —pregunté cambiando de conversación.

Ella sonrió.

—Sí; pero no creas que la conversación se ha terminado. Vas a tener que escucharme un poquito.

—¡Qué se le va a hacer! —exclamé suspirando.

Nos dirigimos a la mesa que solíamos ocupar cada vez que cenábamos allí, encargamos la cena y miré con avidez la botella de vino que el camarero depositó sobre la mesa a instancias de Lucía. Serví dos copas y, cerrando los ojos, bebí con fruición el líquido rojizo bajo la mirada sonriente de Lucía.

—¡Saboréalo bien! —exclamó sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Echaba de menos una copa de un buen vino, la verdad.

—Si no fueses tan cabezota, hubieses podido seguir tomándola; aunque fuese de vez en cuando —me reprendió.

No respondí, porque justo en ese momento apareció de nuevo el camarero con nuestros platos. Dimos cuenta de la cena sin más charla que preguntas intrascendentes. Fue al finalizar, mientras Lucía me servía una segunda copa de vino, cuando empezó su interrogatorio.

—Bueno, cuéntame; ¿cómo te encuentras?

—A gusto —respondí, intentando evadirme.

—No me refiero a cómo te encuentras ahora; hablo de tu salud, no te vayas por la tangente —me recriminó.

—Bien; sigo tomando la medicación que me recetaron y, como ya sabes, he dejado de fumar y, hasta hoy, de beber.

Ella movió la cabeza negativamente.

—¿Por qué no me hiciste caso? ¿Por qué fuiste tan estúpido?

No supe qué responder. Ella continuó.

—¿Cuántas veces te dije lo que ocurriría si no parabas? Esa manía tuya de autodestruirte...Y de destruirnos a los demás, por añadidura —añadió con tristeza.

Seguía sin saber qué contestar.

—¿No vas a decir nada?

—¿Qué quieres que te diga? —pregunté, al fin—. ¿Qué tienes razón? Eso ya lo sabes; pero como le dije el otro día a Lamas, no voy a rasgarme las vestiduras. Cometí un error, de acuerdo; y pagué por él. No necesito que me lo estéis recordando a cada momento; ¡ya me sentí bastante mierda en su día! —exclamé enojado.

—Antón, no te enfades; no estoy discutiendo contigo y, aunque te lo

parezca, tampoco te estoy echando nada en cara. Solo quiero que entiendas lo que sentí y lo que me preocupé, cuando Lamas me dijo que te había encontrado en tu piso, tirado en el suelo, inconsciente. Y después lo del infarto... ¡tuviste suerte de que te diese estando ya en el hospital! Si te hubiese sucedido en casa ahora estaría llevándote flores.

Mi única respuesta fue mirarla comprensivamente y murmurar un “gracias” que, aunque convertido en un susurro, ella escuchó perfectamente. No respondió; se limitó a llamar al camarero, pagar la cuenta y arrastrarme al exterior del local. Me agarró del brazo y me miró fijamente.

—¡Vamos a dar un paseo, anda! ¡Y alegre un poco esa cara! Pareces un crío al que le acaban de soltar una reprimenda.

Sonreí tristemente; era la segunda vez en el día que me llamaba crío. Empecé a pensar que sí lo era, pero me abstuve de decirlo. Mientras caminábamos bajo los árboles del parque de la Alameda, envueltos en un silencio solamente roto por el ruido que hacían nuestras pisadas en la arena, recordé todo lo que me había sucedido. Apenas fueron unos minutos, ya que Lucía decidió romper el silencio que nos envolvía.

—Así que estás trabajando.

—Sí; estoy investigando un caso de asesinato en una parroquia de Vila Verde.

—¿Y cómo pinta?

—De momento, no tengo nada; apenas he empezado hoy. Me está ayudando un cabo de la Guardia Civil y la abogada del único sospechoso que tienen.

El recuerdo de la abogada Vasile vino acompañado de su rostro y de la curiosidad por saber la relación que la unía con el comisario.

—Por cierto ¿desde cuándo conoces al comisario? —pregunté de repente.

—Desde hace muchísimo tiempo; los dos éramos jóvenes.

—¿Te suena el nombre de Daniela Vasile?

—¿Quién?

Noté el ligero temblor en la voz de Lucía.

—Daniela Vasile; es el nombre de la abogada de la que te he hablado. Es rumana; y parece que el comisario tiene una relación con ella...un tanto especial.

—Pues no; no me suena de nada —respondió Lucía mordiéndose el labio inferior, que había empezado a temblar.

—Mientes muy mal, Lucía —dije sonriendo—. La conoces ¿verdad?

Ella se rindió y asintió con la cabeza.

—¿Por qué Lamas se preocupa tanto por ella? ¿Quién es?

—Creo que eso deberías preguntárselo a él...o a ella. Yo no puedo ni debo decirte nada.

—¡Joder! ¡Estáis de un misterioso!

—No es ningún misterio; pero es un tema personal del comisario. Yo no tengo por qué hablar de él.

No dije nada y continuamos caminando.

—Es muy guapa, ¿verdad? —preguntó irónicamente Lucía.

—Sí que lo es, sí —reconocí—. Y parece bastante lista.

—Lo es; terminó la carrera de derecho con el número uno de su promoción y ya tiene el doctorado. Por lo que me ha dicho el comisario, quiere opositar a la judicatura.

—¡Vaya! Últimamente la carrera judicial está copada por las mujeres.

—Por algo será. Y tú qué, ¿sigues solo? —preguntó cambiando radicalmente de tema.

La pregunta me cogió por sorpresa.

—Sí, claro; ¿por qué no iba a estarlo?

—Podías haber buscado pareja.

—Igual que tú —argumenté a la defensiva.

—No es lo mismo; yo aún tengo a mi hija.

—Bueno; digamos que no me apetece complicarme la vida.

—¿Para ti una relación es complicarse la vida?

—La mía sí.

—No lo entiendo, ¿por qué?

Suspiré.

—Sabes que llevo un equipaje demasiado pesado; y no tengo derecho a exigirle a nadie más que cargue con él.

—A lo mejor es hora de que te deshagas de ese equipaje.

La miré e incliné la cabeza en señal de desaprobación.

—Eso...ni puedo, ni debo, ni quiero hacerlo.

—Vuelvo a preguntarte por qué.

—Porque es mi pasado, mi vida; y haya sido buena o mala está ahí; es lo que me ha hecho ser lo que soy.

—No te pongas trascendental —me reprochó—. El pasado es pasado y

hay que dejarlo atrás. ¿Acaso piensas que los demás no hemos soportado situaciones desdichadas o frustrantes? Todos hemos tenido vivencias no del todo agradables, pero no por eso nos encerramos en un caparazón; miramos hacia delante y nos levantamos todos los días esperando que ese día sea mejor que el anterior. Al menos lo intentamos; lo que ocurra después es otra cosa. Y aunque ese día no sea todo lo bueno que esperamos, lo vivimos, porque incluso de las malas experiencias se extrae algo bueno.

—Eso no tiene nada que ver con mantener una relación con alguien — interrumpí.

—Sí que lo tiene. Tú vives anclado en un pasado infeliz y piensas que eso no va a cambiar nunca; que jamás volverás a ser feliz y, lo que es peor, te niegas a reconocerlo. Eso es lo que hace que te escondas en ti mismo. Es más fácil sentarse solo en casa, refugiado en una copa, intentando olvidarlo todo ¿verdad?

Le dirigí una mirada interrogativa y ella sonrió.

—Te preguntas cómo lo sé ¿verdad? Es fácil; he visto esa actitud en mucha gente y todos actuáis igual. Parecéis tortugas encerradas en vuestra concha, asomando la cabeza solo para beber sorbos de vuestra copa.

—Y ahora es cuando vas a decirme que hay otra solución ¿no? —volví a interrumpir.

—No voy a decirte nada porque tú ya sabes que la hay. Quizá si dejases de comportarte como un amargado y decidieses intentar ser un poco más feliz, lo conseguirías. O quizá no, como tú piensas. Pero si no lo intentas jamás lo sabrás. Y en cuanto a lo de tener una nueva relación... Bueno, eso surge, no se busca; pero si aparece no la puedes espantar, como haces tú, porque con eso solo conseguirás seguir estando solo. Además, lo primero que deberías hacer es quererte un poco más; mal se puede querer a alguien si uno no se quiere a sí mismo.

—Ya te he dicho que no quiero que nadie comparta mi carga.

—¡Déjate de tonterías! Todos llevamos una carga, pero cuando la compartimos con alguien es menos pesada; incluso a veces desaparece. Se va haciendo más y más ligera, hasta que dejamos de sentirla.

—Es decir, según tú, si tuviese una relación conseguiría dormir sin tener pesadillas y dejarían de aparecer todas las noches los fantasmas que me acompañan hasta que consigo cerrar los ojos ¿no?

—Sí; posiblemente acabaría sucediendo eso.

—Eres demasiado optimista —dije sonriendo.

—Y tú demasiado cabezota; y demasiado ciego ¿por qué no decirlo?

—Entiendo lo de cabezota; siempre lo he sido. Pero lo de ciego... ¿a qué viene?

Llegamos de nuevo a la puerta del restaurante. Se detuvo frente a mí y me miró fijamente.

—¿Seguro que no sabes por qué lo digo?

—No —respondí con una mueca de extrañeza.

—Entonces, Antón, además de ciego eres tonto —remachó moviendo negativamente la cabeza.

Me encogí de hombros, me despedí de ella con un beso, prometiéndole que volveríamos a vernos y regresé a casa. Mientras esperaba a que el sueño hiciera aparición recordé las palabras de Lucía; esas últimas palabras que para mí carecían de sentido.

De ese pensamiento me arrancó el tono de llamada del teléfono. No conocía el número que figuraba en la pantalla y no podía imaginarme quién podía llamar a esas horas; estuve tentado de no responder, pero se impuso mi curiosidad, encendí la luz y lo hice.

—¿Quién es?

—¿Antón? Buenas noches; soy Daniela Vasile. ¿Puedo hablar contigo un minuto?

—Sí, claro; ¿qué ocurre?

—Me ha llamado Gonzalo Veloso, mi cliente; al parecer estuvisteis hoy con él ¿es así?

—Bueno, no exactamente; Jiménez y yo fuimos a inspeccionar el lugar en el que apareció el cadáver de Fernando Quiroga; estuvimos en el bar de la aldea tomando un café y cuando me acerqué a pagar, Veloso se me presentó. Después, cuando volvíamos del monte, nos cruzamos de nuevo con él y me invitó a pasar por su casa para tomar un vino. Eso fue todo.

—Si quieres hablar con él quiero estar presente —dijo en tono autoritario.

Nunca me habían gustado las órdenes y no iban a empezar a gustarme ahora.

—¿Estás intentando decirme cómo tengo que hacer mi trabajo? —pregunté con ironía.

—No; de ninguna manera. Pero es mi cliente y no quiero que se le moleste



sin motivo. Además, ya lo interrogó la Guardia Civil y no encontraron pruebas de nada. ¿Por qué no dejáis de acosarlo?

—¡Oye, perdona un segundo! ¿A quién estamos acosando? Te repito que fue él quien se me presentó; incluso se burló un poco de Jiménez. Y voy a interrogarle las veces que haga falta ¿te queda claro? —añadí airado, colgando seguidamente el teléfono y arrojándolo sobre la cama.

A los pocos segundos volvió a sonar; suspiré resignado y respondí.

—¿Antón?

—Sí, ¿qué pasa ahora?

—Me gustaría pedirte disculpas. Quizá me excedí en lo que te dije, aunque sigo pensando lo mismo: que Gonzalo Veloso está demasiado acosado; y eso le crea problemas con sus vecinos. Y me gustaría estar presente cuando hables con él; sabes que puedo exigirlo, pero te lo pido como un favor personal.

Sonreí ladinamente. Había aflojado y ya no era la abogada autoritaria de hacía unos segundos.

—Está bien; si me lo pides así te avisaré. Pero no vuelvas a intentar imponerme nada; no me gusta que me den órdenes. Y ahora hasta mañana.

—Hasta mañana.

Sus dos últimas palabras habían sido prácticamente un susurro y volvieron a arrancarme una sonrisa. Dejé el teléfono sobre la mesilla, apagué la luz, me giré sobre un costado y me abandoné al sueño.

# HUÍDA

*24 de julio de 1936*

Aquel mes de julio de 1.936 estaba siendo caluroso, extremadamente caluroso. A primeras horas de la tarde, el sol dejaba caer con fuerza sus rayos sobre la pequeña aldea que, en aquellos momentos, se encontraba silenciosa y vacía como un pueblo fantasma. En esas condiciones, sus habitantes solo podían soportar el estiaje encerrados en sus casas o a la sombra fresca y protectora de algún árbol.

La carretera de tierra que partía desde el centro de la aldea, donde se encontraba la iglesia y la pequeña taberna, lugar de reunión de los paisanos para compartir sus vidas con una taza de vino, hasta terminar en el monte cercano, estaba desierta y sumida en un silencio roto tan solo por el canto de los grillos y de los pájaros.

Las únicas personas que en aquel momento se atrevían a recorrerla eran la pareja de guardias civiles; un sargento que frisaba en los cincuenta años y un guardia de no más de veinticinco, que patrullaban asiduamente por la zona.

Las gotas de sudor se deslizaban por debajo de sus tricornios, empapando sus rostros y haciéndolos brillar bajo la luz del sol. Ambos caminaban lentamente, recorriendo la empinada carretera y sintiendo como el peso de sus fusiles parecía multiplicarse a cada paso. Ascendían en silencio, arrastrando sus pies enfundados en unas botas gastadas por el uso, con las suelas prácticamente lisas, lo que les hacía resbalar cada vez que posaban sus plantas sobre los guijarros del camino.

Y mientras recorrían su particular calvario, intercambiaban de vez en cuando miradas llenas de preocupación. No era para menos; las noticias que habían recibido eran cualquier cosa, menos tranquilizadoras.

Se avecinaba tormenta; pero no una tormenta de verano, sino una más

cruel y despiadada.

Paso a paso se acercaron a su destino: un pequeño sendero que se desviaba a la derecha de la carretera. Al llegar a la bifurcación, tomaron aliento durante unos segundos, aspirando el aroma penetrante y dulzón de las mimosas que crecían al lado del camino, antes de adentrarse en el mismo para alcanzar la casa situada a su final.

En las escaleras que daban acceso a la vivienda se encontraba sentado un hombre joven, de unos veinticinco años, moreno, de complexión fuerte y con la cara curtida por el trabajo en el campo, bajo las inclemencias del tiempo, lo que hacía que pareciese más viejo de lo que realmente era. En aquel momento se encontraba liando un cigarrillo de picadura; lo único que podía encontrarse en esos tiempos en una aldea olvidada por Dios.

La sombra que proyectaba la casa lo protegía de la canícula; y el rumor del agua de la fuente situada al otro lado del camino, así como el canto de algún pájaro, eran los únicos sonidos que escuchaba. Sentía también el frescor del líquido elemento procedente de las entrañas del monte, de dónde brotaba fresca en verano y extrañamente templada en invierno.

Cerca de él, junto al lavadero situado bajo la fuente, un niño de unos cuatro años, rubio como el trigo y con unos ojos negros y profundos, se entretenía en lanzar pequeñas piedras a la fuente, riendo cada vez que el agua le salpicaba.

Su padre, el joven que fumaba en silencio, sonreía cuando el crío no le veía, pero movía la cabeza de un lado a otro en señal de desaprobación, cada vez que el pequeño le miraba y reía a carcajadas.

—Hijo, no echas piedras en el lavadero. Después tendré que limpiarlo — dijo con resignación.

El crío continuó su juego sin hacerle caso; su padre encogió los hombros y continuó fumando.

Cuando los dos guardias llegaron a su altura, levantó la cabeza y frunció el ceño; la visita de la Guardia Civil casi nunca auguraba nada bueno, pero en aquel caso su gesto no denotaba disgusto, sino más bien reproche. El sargento era su tío, así que su presencia no resultaba del todo inusual.

—Vosotros no estáis bien de la cabeza. ¿Cómo se os ocurre andar por ahí con este calor? —exclamó, acompañando la frase con un movimiento negativo de cabeza.

—Buenas tardes, Ubaldo.

El que había respondido era el mayor de los dos guardias beneméritos, mientras apoyaba el fusil en la pared y metía la cabeza bajo el agua fresca. Se frotó el pelo con la mano, para escurrir el exceso de agua y se sentó en uno de los peldaños de la escalera, al lado del joven. El otro guardia realizó la misma operación con el arma, pero se abstuvo de despojarse del tricornio; aunque no por falta de ganas.

—Eduardo, quítate el tricornio y refréscate, muchacho. Se te va a derretir el cerebro —le indicó el sargento.

El guardia soltó un bufido.

—Gracias, mi sargento; lo cierto es que estoy seco; me hace falta un buen trago.

—Pues bebe, pero con cuidado; está fría y es traicionera. No quisiera tener que excusarte para que te alivies detrás de un matorral.

Ubaldo, que había terminado el cigarrillo, arrojó la colilla al camino mientras soltaba una sonora carcajada.

—¡Qué mala leche tiene, Indalecio!

—¡Oye, más respeto! Para ti soy tío Indalecio. Sigo siendo el hermano de tu madre, no lo olvides —respondió con semblante serio.

—Eso ya lo sé. Pero a estas alturas le he perdido un poquito el respeto, querido tío —respondió el joven irónicamente, apoyando su mano en el hombro del sargento.

—¡Pues ándate con ojo! Si no me respetas por ser tu tío, quizá tenga que recordarte mi graduación.

—¡Vamos, Indalecio! No me venga con esas. Si jugaba conmigo cuando yo era un crío y me permitía todas las perrerías que le hacía.

—También tienes razón; y buenas jugadas me tienes hecho, condenado —admitió el sargento resignado.

Permanecieron un instante en silencio, escuchando el canto de los pájaros y el rumor del agua. A lo lejos, se oyó cantar a un gallo.

El sargento miró a su sobrino y se acercó al crío, que continuaba con sus juegos, ajeno a la conversación de los mayores. Lo agarró por los hombros y le dio un beso en la frente sin decir nada. Después, él y su sobrino se miraron durante un instante, en silencio. Ubaldo asintió con la cabeza mientras el guardia bajaba la suya.

—Bueno, ¿va a soltarlo o no? —preguntó al fin el joven.

—¿El qué? —respondió el sargento.

—Lo que ha venido a decirme.

—¿Por qué tendría que venir a decirte algo? Puede que solo sea una visita de cortesía.

—¡Vamos, tío! Le conozco de sobra cómo para saber que con este puñetero sol y a esta hora, no andaría por los caminos para venir hasta aquí a darle solamente un trago al agua de la fuente.

El guardia sonrió.

—Tienes razón.

—¿Entonces? ¿Va a decirme qué pasa o no?

El sargento miró de reojo a su acompañante, se acercó a su sobrino y bajó la voz.

—Ubaldo, tienes que irte.

—¿Irme? ¿Adónde? ¿Por qué? —preguntó el joven también en voz baja.

—Demasiadas preguntas; no sé si tengo respuestas para todas.

—Pruebe.

—¿Cómo está Carmen? —preguntó de nuevo en tono normal.

—Está descansando un rato. ¿Quiere hablar con ella?

—No, déjala. Invítame a un vino, anda —respondió el sargento mirando de nuevo de reojo al joven guardia que, con la cabeza entre las manos, parecía dormir.

—Vamos adentro entonces —dijo el joven levantándose.

Cruzaron la puerta y se dirigieron a la cocina, situada a la derecha de la entrada. El sargento apartó una silla y se sentó, mientras su sobrino sacaba de la alacena una botella de vino y dos vasos, que llenó mientras el guardia lo miraba fijamente.

—Aquí podremos hablar mejor; aún no me fío mucho de ese pipiolo —dijo mientras señalaba con la cabeza hacia la ventana, tras la cual podía verse al guardia fumando un cigarrillo.

—Ya me he dado cuenta. Esas miradas de reojo y esos susurros... ¿Va a decirme de una vez qué demonios pasa? ¿O tengo que adivinarlo?

—Ya te lo he dicho. Tienes que irte.

—De acuerdo, tengo que irme. ¿Puedo preguntar dónde?

—Cruza la raya. Vete a Portugal.

—¿Y qué se me ha perdido a mí en Portugal? ¿Por qué tengo que irme allí?

—Hay problemas.

—¿Problemas? ¿Qué tipo de problemas?

El guardia suspiró fuertemente.

—Ubaldo, eres un buen chaval. Sé que perteneces al partido socialista y que siempre que has podido has ayudado a todo el que aparecía por tu puerta solicitando tu auxilio. Sé que has apadrinado a muchos críos en esta parroquia y que te has negado a pagar sus bautizos a la iglesia, diciéndole al cura que ese dinero le venía mejor a la madre que a él. Como ya sabes, yo no te reprocho nada de eso; incluso me enorgullezco de que actúes así. Tienes un gran corazón, pero...

—Pero ¿qué?

—Te has granjeado muchos enemigos obrando así. Lo sabes ¿verdad?

—Sí, pero no me preocupa. Tengo la conciencia muy tranquila.

—Ya, pero ese no es el problema.

—¿Joder, Indalecio! ¿Quiere hablar claro de una vez?

—Ubaldo...estamos en guerra.

El joven miró fijamente a su tío.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que has oído. Ha habido un levantamiento en Marruecos comandado por el general Franco y apoyado en la península por los generales Sanjurjo, Mola y Queipo de Llano. Las últimas noticias que nos han llegado dicen que Sanjurjo ha muerto en un accidente de aviación. Parece ser que todo el poder recae ahora en Franco.

—¿Y cómo ha reaccionado el gobierno?

—Ha conseguido sofocar el levantamiento en algunas zonas con ayuda de milicias armadas, formadas por socialistas, comunistas y anarquistas. Bueno, excepto en Cataluña.

—¿Qué pasa con Cataluña?

—Allí también ha tenido el apoyo de la Guardia Civil.

—Bueno, entonces puede que ocurra lo mismo en el resto de España, ¿no?

—Ubaldo, un tercio del territorio nacional está en manos de los sublevados. Además...

—¿Qué?

—Mussolini ha enviado un escuadrón de aviones para apoyar a Franco; y se rumorea que los alemanes van a hacer lo mismo.

—Ya. Supongo que los fascistas se apoyan entre ellos, ¿no?

—No quiero calificar a nadie; no en público ¿me entiendes? —respondió

el viejo sargento mientras volvía a indicar con un gesto el exterior de la casa.

—Le entiendo, tío; le entiendo. Pero sigo sin comprender en qué me afecta a mí todo eso. No soy más que un labrador que vive de su trabajo en el campo.

—¿Cuántos amigos falangistas tienes? —preguntó el sargento con sorna.

—¿Falangistas? Ninguno, por supuesto —respondió el joven con una sonrisa—. Esos son unos...unos...Bueno, prefiero no calificarlos.

—Pero seguro que conoces a unos cuantos.

—Sí, claro; igual que usted. ¿Qué tiene que ver eso con lo que me está contando?

—Verás, los falangistas y los carlistas se han unido a Franco. Se dice que están dedicándose a detener a todos los afectos a la república. Van a buscarlos a casa, normalmente de noche, y les dan un paseo.

El joven alzó inquisitoriamente las cejas.

—¿Un paseo?

—Se los llevan en camionetas a zonas alejadas de los pueblos. Al día siguiente, sus cuerpos aparecen en las cunetas de los caminos. Un par de disparos y sanseacabó. Eso, en el mejor de los casos; en el peor, son torturados y mutilados antes de darles muerte.

—¿Está seguro de lo que dice? —preguntó el joven con incredulidad.

—Yo mismo lo he visto. En Felgueiras han aparecido varios; y también en Vila Nova.

—¿Y la Guardia Civil no hace nada? Se supone que está para mantener el orden público ¿no?

El viejo guardia sonrió y se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que hagamos? Somos militares, nos limitamos a cumplir órdenes. Y si la orden proviene de un superior que aplaude el alzamiento pues...ya puedes imaginar. A los falangistas ni tocarlos; es más, tenemos la orden de colaborar con ellos.

—¡Pero esta es una zona republicana! —exclamó airado Ubaldo—. La Guardia Civil le debe obediencia al gobierno de la república.

—No está tan claro que sigamos siendo fieles a la república. Por de pronto, El Ferrol y La Coruña se han unido a los sublevados; que el resto de Galicia los secunde tan solo es cuestión de días.

Los dos hombres permanecieron en silencio, bebiendo sus vasos de vino. La tensión que flotaba en el ambiente, mezclada con el calor, convertía el aire que respiraban en algo tan espeso que se hubiese podido cortar. El guardia apuró de un sorbo el resto de vino que quedaba en el vaso y lo depositó con cuidado sobre la mesa, alejándolo de él. Después, se recostó en la silla y miró con cariño a su sobrino.

—Estoy demasiado viejo para una guerra, Ubaldo; y tú demasiado joven. Te lo repito: vete; vete de aquí hasta que todo esto se aclare; hasta que podamos continuar en paz con nuestras vidas; hasta que los odios se entierren.

—O hasta que nos entierren a nosotros —sentenció el joven.



—Esperemos que eso no ocurra.

—Esperemos.

Se oyeron pasos sordos en el pasillo. Los dos hombres levantaron la cabeza y dirigieron la mirada hacia la puerta de la cocina. Segundos después, la puerta se abrió y una mujer rubia, menuda, con el cabello revuelto y la cara soñolienta, entró en la estancia.

—Buenas tardes —dijo sonriendo al sargento—. ¿Cómo está tío Indalecio?

El guardia se levantó y la abrazó.

—Bien, hija, muy bien. Y tú ¿cómo estás?

—Ya ve; medio dormida. Este calor me mata —respondió la joven sin dejar de sonreír.

—Ven, siéntate con nosotros.

La joven obedeció y tomó asiento en la silla que el viejo guardia le había acercado.

—¿Te apetece algo, cariño? —preguntó Ubaldo.

—Un vaso de agua, por favor.

El joven cogió una pequeña jarra de cristal que se encontraba sobre la encimera de piedra de la cocina, llenó un vaso de agua y se lo acercó seguidamente a su mujer. Ella bebió un largo trago y se secó los labios con el dorso de la mano. Acto seguido, se dirigió al sargento.

—¿Qué le trae por aquí, tío?

—He venido a haceros una visita; ya hacía bastante tiempo que no me acercaba hasta vuestra casa y me apetecía saber cómo estabais —mintió el viejo.

La mujer lo miró sin dejar de sonreír.

—Tío, miente usted muy mal. Hace un rato les he oído discutir; o eso me pareció.

—No discutíamos; simplemente hablábamos.

—Es posible, pero por el tono no era una conversación sin importancia.

—Hablábamos del futuro, hija; de vuestro futuro y el de vuestro hijo.

—Ya.

El sargento se levantó y se encasquetó de nuevo el tricornio.

—Debo irme; tenemos que seguir la ronda.

Ubaldo se levantó también y su mujer hizo ademán de imitarlo, pero el guardia la detuvo.

—No te levantes Carmen —dijo, mientras se acercaba a ella y la besaba en ambas mejillas—. Y tú —añadió dirigiéndose a su sobrino—, haz lo que te he dicho.

—Lo pensaré.

El joven acompañó al sargento hasta la puerta de la casa, se despidió de él con un abrazo y saludó con un gesto al joven guardia, que se había levantado al ver salir de la casa a su superior.

El sargento bajó las escaleras, recogió su arma y se la echó al hombro, le hizo una seña a su compañero y se marcharon por el camino por el que habían venido, mientras el joven contemplaba cómo se alejaban.

Ubaldo dio media vuelta y entró de nuevo en la casa dirigiéndose a la cocina, dónde esperaba Carmen, su joven esposa. Se sentó junto a ella y le cogió las manos, apretándolas con fuerza. Ella le miró en silencio durante unos instantes, hasta que se decidió a hablar.

—¿Vas a decirme qué pasa o vas a ocultármelo, como ha hecho el tío?

Ubaldo suspiró.

—Hay problemas, cariño.

—¿Problemas? ¿Qué problemas?

—El tío ha venido a decirme que estamos en guerra.

—¿Qué dices! ¿Contra quién? ¿Cuándo ha empezado?

—Espera, no te impacientes. No se trata de una guerra contra otro país; es una guerra civil. Y por lo que me ha dicho el tío, ha empezado hace unos días.

—Pero eso es imposible.

—Por desgracia no lo es. El tío me ha dicho que ha habido un levantamiento en Marruecos, secundado por algunos generales de la península. Según él, Galicia no tardará en unirse a los sublevados, al igual que lo ha hecho ya la tercera parte de España.

—Bueno, aquí estaremos tranquilos. No creo que esta aldea le interese a nadie.

—No estés tan segura.

—¿Por qué?

—Porque según el tío, los falangistas y los carlistas se han unido a los sublevados. Están dedicándose a matar a todos los partidarios de la república. Han empezado por los cargos políticos y continuarán por todos los afiliados a partidos de izquierdas.

—¡No puede ser!

—Por desgracia así es. Por eso vino aquí el tío; para decirme que me vaya a Portugal durante un tiempo; hasta que todo esto pase.

—¿Tú? ¿A Portugal? ¿Por qué tienes que irte?

—Porque pertenezco al partido socialista; porque estoy en la ejecutiva provincial y porque tengo bastantes enemigos entre los falangistas.

—¿Acaso piensa el tío que puedes estar en peligro?

—Si no lo pensase no me diría que me fuese.

—Pero se supone que la Guardia Civil obedece al gobierno ¿no?

—Eso tampoco está claro; depende de la zona. Ya sabes que la Guardia Civil es un cuerpo militar, así que los que se encuentren en zonas sublevadas, recibirán órdenes de los militares alzados.

La joven bajó la cabeza, pensativa. Dudaba entre hacer o no la pregunta que le rondaba por ella. Al final, haciendo de tripas corazón, se decidió.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué quieres que haga?

—Si de verdad estás en peligro... irte.

—No pienso dejarte sola ahora. Y menos con un crío de cuatro años; no estoy tan loco —dijo señalando con la cabeza el exterior de la casa.

La mujer sonrió.

—Ubaldo, no seas niño. A mí no va a pasarme nada, pero a ti pueden detenerte o...o algo peor. Me haces más falta vivo; aunque sea lejos de aquí.

—No puedo irme, Carmen; no quiero abandonaros a ti y a Gonzalo.

—No vas a abandonarnos. El tío tiene razón; tienes que irte hasta que toda esta locura termine. Al menos así nuestro hijo podrá seguir viendo a su padre.

Permanecieron en silencio. Ubaldo se levantó y se acercó a ella, le cogió la cara con ambas manos y la besó suavemente. Ella respondió al beso con un abrazo repleto de amor, mientras sentía una lágrima desprenderse de sus ojos. Todo lo que le había dicho era lo que pensaba, pero no lo que realmente sentía.

En lo más recóndito de su corazón se habían instalado la angustia y el miedo a perder aquello que más quería. Tenía un mal presentimiento. No podía evitar pensar en su muerte y en que su hijo crecería sin ver a su padre. Intentó no pensar en ello, se separó de él y le miró fijamente.

—Comienza a preparar tus cosas; esta noche te vas —dijo con resolución.

El joven asintió de mala gana, la besó y se adentró en la casa dirigiéndose a su habitación. Rebuscó en el armario hasta encontrar el viejo zurrón de cuero

que su padre utilizaba cuando iba de caza. No era muy grande, pero serviría para acoger las pocas pertenencias que tenía pensado llevar consigo.

Comenzó a llenarlo, mientras le embargaba una sensación de miedo e impotencia. Tenía miedo, pero no por él, sino por su mujer y su hijo. No le agradaba dejarla sola en aquellas circunstancias. Si alguien venía a por él, quizá tomase algún tipo de represalia con ella si no le encontraban. Por otro lado, sentía impotencia por no poder hacer frente a todo lo que se avecinaba; a la tormenta que amenazaba sus vidas y que iban a tener que soportar sin saber muy bien por qué.

## CAPÍTULO 4

*25 de febrero de 2015, miércoles*

Desperté relajado y descansado como si hubiese dormido varios días y decidí regalarle a mi cuerpo un desayuno en condiciones. Frente a él me encontraba, en una de las cafeterías situadas cerca de mi vivienda, cuando escuché el sonido de mensaje entrante en el teléfono. Era de Jiménez, así que lo abrí enseguida. *Tengo los informes; te espero a las once en la comandancia.* Sonreí, cerré la aplicación de mensajería y continué desayunando; todavía tenía tiempo suficiente.

A la hora acordada llegué a Felgueiras. Aparqué como siempre frente al cuartel y, cuando iba a entrar en el mismo, el agente que estaba de guardia en la puerta me detuvo.

—¿Es usted el señor Veiga?

—Sí; vengo a ver al cabo Jiménez.

—El cabo ha tenido que salir un momento; me ha dicho que le espere en aquel bar —dijo señalando el establecimiento que yo ya conocía.

Le di las gracias y me encaminé despacio hacia el mismo. Seguía tan desierto como la última vez que había estado allí y la muchacha que lo atendía continuaba con la lectura de las revistas del corazón. Me senté junto a la cristalera, pedí un café y me dispuse a esperar al cabo.

No aguardé más de quince minutos. Apareció por la puerta, erguido como si estuviese desfilando, y esgrimiendo una sonrisa de satisfacción. Cuando se sentó a mi lado me acerqué a él sonriendo.

—Traes una cara de satisfacción que no sé si es por lo que has averiguado o porque vienes de echar un polvo —dije susurrando.

Miró a uno y otro lado, mientras su rostro enrojecía.

—¡Antón!

—¡Relájate, hombre! ¿No me dirás que aún no sabes cómo respiro?

—Sí; ¡pero tienes unas salidas...!

—¿Te hago sentir violento?

—Pues a veces sí; ¿qué quieres que te diga?

—Eso es porque todavía eres virgen —y viendo su expresión añadí—; me refiero a mis comentarios.

Pidió un café y, cuando lo tuvo delante, me mostró la carpeta que portaba.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —preguntó.

—Empecemos por nuestro amigo, *O Roxo*.

—Bien; se llama Gonzalo Veloso Valverde. Nació en 1.932; hijo único de Ubaldo Veloso y Carmen Valverde. Como te dije anteayer, cuando tenía seis años, en 1.938, en plena guerra civil, su padre fue asesinado por unos desconocidos. Me ahorraré explicarte de nuevo su vida; además está todo en el informe. Sí te diré, que no tiene antecedentes de ningún tipo; nada, ni siquiera una multa.

—¿Tiene familia?

—Directa, no; pero tiene un primo segundo. Su abuela, Amalia Nogueira, tenía un hermano, Indalecio. Éste, a su vez, tuvo un hijo, Alberto Nogueira, primo carnal del padre de Gonzalo. Todavía vive, pero tiene ya noventa años; su hijo es el primo segundo de nuestro hombre. Se llama Indalecio, como su abuelo, tiene sesenta años y es abogado. Y hay un detalle que me sorprendió.

—¿Cuál? —pregunté ansioso.

—Pues que el tal Indalecio Nogueira, el hermano de la abuela de Veloso, pertenecía al cuerpo; era sargento de la Guardia Civil.

—Bueno; eso no es que tenga mucha importancia —añadí defraudado.

Noté la frustración del cabo.

—Tranquilo, Jiménez; lo has hecho muy bien. Continúa, por favor; háblame de los Quiroga.

—Empecemos por el abuelo. Se unió a la Falange durante la guerra civil; de hecho, en la parroquia se rumorea que fue él quien delató al padre de Gonzalo, aunque hasta ese momento habían mantenido una buena amistad. Después de la guerra, se benefició de su posición; consiguió dinero y emigró a Portugal, donde tuvo varios negocios. Hizo un poco de todo: hostelería, inmobiliarias, alguna fábrica... En 1.974, cuando ocurrió la revolución de los claveles, se trasladó a Madrid, dónde continuó con sus negocios hasta que se jubiló. Regresó aquí y ya sabes cómo acabó. Tenía ochenta y tres años cuando falleció.

Asentí con la cabeza y Jiménez continuó hablando.

—Su hijo, nuestro cliente, se hizo cargo de los negocios familiares al

jubilarse su padre. De él no hay mucho que contar; se limitó a dirigir la empresa, pero no tenía el mismo interés ni el mismo empuje que su padre, así que cuando cumplió los sesenta dejó todo en manos del tercer Fernando Quiroga. Y éste sí que es un personaje interesante.

—¿Por qué?

—Desde que se hizo cargo de ella, su empresa ha experimentado un crecimiento espectacular. Tiene buenos contactos y buenas amistades; y eso en Madrid es sinónimo de buenos negocios. Por desgracia, a veces los buenos negocios no son del todo legales. He sabido que fue investigado en un par de ocasiones.

—¿Por qué razón?

—Está metido en temas inmobiliarios y en negocios relacionados con la noche; ya sabes lo que puede moverse por ahí.

—¿Drogas? ¿Corrupción?

—Un poco de todo; incluso aparece su nombre en una investigación sobre una red de locales de alterne donde prostituían a menores; aunque nunca se le ha podido probar nada.

—¿Sabes que le conocí ayer?

—¿A Fernando Quiroga? ¿Y eso?

—Se presentó en mi despacho con un guardaespaldas que resultó ser un antiguo compañero de la policía. El tipo es todo un personaje; frío, calculador y destila poder por todos sus poros. Está muy bien informado; de hecho, sabía que habíais interrogado a Gonzalo Veloso. Está totalmente convencido de que fue él quien mató a su padre.

—¿Y cómo sabe eso?

—A mí no me preguntes —respondí encogiéndome de hombros—. Quizá tenéis un charlatán en el cuartel.

Cerró la carpeta y me miró preocupado.

—Tendré que comentárselo al comandante.

—No digas nada de momento; tengo que hablar con él y quizá averigüe quién le informa. Por cierto, ¿me has traído el informe de la autopsia?

—El del abuelo sí, el del padre aún no me lo han enviado; en cuanto lo reciba te lo haré llegar por correo electrónico.

—Está bien; te diré lo que vamos a hacer. Voy a llamar a la abogada, quizá conozca a Indalecio Nogueira y pueda ponernos en contacto con él para que nos permita hablar con su padre. ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

—¿Por qué?

—Me gustaría hacerle una visita a Fernando Quiroga para interrogarlo a él y al personal del servicio. Y quiero que estés presente en ese interrogatorio.

—De acuerdo; avisaré al comandante —dijo levantándose.

—Espera un momento; déjame que lo llame primero.

Marqué el número en mi teléfono y esperé. Respondió a la llamada su criada y, poco después, volví a escuchar la voz cargada de poder del día anterior.

—Fernando Quiroga ¿con quién hablo?

—Buenos días, señor Quiroga; soy Antón Veiga, nos conocimos ayer.

—¿Qué se le ofrece?

—Me gustaría tener una charla con usted esta tarde; a ser posible un poco más calmada que la de ayer.

La línea telefónica se mantuvo en silencio unos instantes. Cuando volvió a hablar, la voz de mi interlocutor sonaba enojada.

—No sé si a usted le sobra tiempo para perderlo, pero a mí no. En lugar de charlar ¿por qué no se dedica a resolver el asesinato de mi padre? ¿Por qué no charla con Veloso?

Volví a intentar encaminarme.

—Necesito aclarar algunos puntos para saber por dónde tengo que llevar mi investigación. No le robaré mucho tiempo; me consta que es usted una persona ocupada.

—Por supuesto.

Unos segundos más de silencio y el hombre continuó.

—Venga a las cinco; intentaré encontrar un hueco para atenderle.

Sonreí guiñándole un ojo a Jiménez. La adulación, según con quién, siempre daba resultado.

—Muchas gracias, señor Quiroga; allí estaré. Y discúlpeme por la molestia —dije con voz empalagosa.

La única respuesta que obtuve fue el tono que indicaba que la llamada había finalizado.

—Nos recibirá hoy a las cinco —informé a Jiménez—. Te recogeré a las cuatro.

—Eres un adulator —me respondió sonriendo.

—Hay tipos a los que le gusta que les pases una mano por la espalda; y Fernando Quiroga es uno de ellos.



Jiménez se levantó, dispuesto a volver al cuartel; nos despedimos y, en cuanto se fue, volví a llamar.

—¿Daniela?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Soy Antón Veiga; necesito que me hagas un pequeño favor.

—Tú dirás.

En su voz no había la contundencia de la noche anterior.

—Hemos averiguado que Veloso tiene un primo segundo, un tal Indalecio Nogueira. Es un abogado de sesenta años, ¿te suena el nombre?

—No; la verdad es que no.

—¿Podrías localizarlo? Nos gustaría hablar con su padre.

—Si ejerce aquí no me será muy difícil; lo malo es si está fuera.

—Haz lo que puedas; es importante.

—De acuerdo; y... Antón; discúlpame de nuevo por mi comportamiento de ayer.

Sonreí.

—No te preocupes; ya está olvidado. Pero te perdonaré definitivamente cuando me aceptes una cena.

En la línea se hizo el silencio; casi podía sentir la duda a través de ella.

—¿Cuándo?

—¿Esta tarde?

—Tendrá que ser a partir de las ocho; hasta esa hora estoy ocupada.

Acepté y le propuse vernos a las ocho y media en el mismo restaurante en el que había cenado con Lucía. Quedaba prácticamente a la misma distancia de su casa que de la mía, así que parecía ser un punto neutral, para evitar malos entendidos. Me despedí de ella y salí a la calle.

En la campana de la iglesia cercana sonó un tañido. Consulté el reloj: la una de la tarde. Aún era pronto para buscar un sitio para comer y todavía tenía por delante tres horas antes de salir en dirección a la casa de los Quiroga, así que me decidí a pasear de nuevo por el parque de Felgueiras.

El sol brillaba y sus rayos calentaban aquellas zonas del parque en las que caían directamente. No ocurría lo mismo con las que estaban situadas en la umbría, que se mantenían frías y húmedas por el efecto de las lluvias nocturnas.

Caminé por la avenida principal del parque hasta llegar a unas jaulas situadas al final de la misma, dónde unas pocas aves exóticas dormitaban bajo

los rayos del sol que se filtraban a través de las hojas de los árboles hasta sus jaulas. El ruido de mis pisadas sobre la gravilla hizo que algunas levantasen la cabeza y me observasen ladeándola. Luego, al comprobar que no llevaba nada en mis manos que pudiese alimentarlas, volvieron a bajarlas, reanudando su siesta.

Recordé los sábados de mi niñez, cuando mi padre me llevaba a otro parque similar al que ahora recorría. Invariablemente, terminábamos el paseo en el estanque de los patos dónde, provistos de nuestras bolsas con mendrugos de pan, nos entreteníamos en darles de comer, riéndonos con sus luchas y sus carreras interminables por conseguir el mejor bocado. Al terminar, con nuestras bolsas vacías, caminábamos hasta la cafetería situada cerca del estanque para tomarnos un refresco.

La última vez que había vuelto a pasar por allí me había deprimido. Los patos nadaban ahora entre bolsas de plástico y restos de basura; y los niños que los visitaban no les lanzaban migas de pan, sino piedras para espantarlos, bajo la mirada de unos padres que se limitaban a charlar entre ellos, sin importarles mucho lo que hacían sus crueles vástagos. El ver como destruían todo aquello con lo que yo había disfrutado me irritaba y tenía que abandonar el lugar rápidamente, para evitar ser yo el que arrojase a padres e hijos al estanque.

Volví sobre mis pasos y me senté en uno de los bancos en los que incidían los rayos de sol. Con la cabeza entre las manos, cerré los ojos y un dulce sopor se fue adueñando de mí hasta verme sumido en un duermevela en el que tan solo distinguía el rumor lejano del agua del río y el susurro de los árboles mecidos por el viento.

El duermevela se fue haciendo más y más profundo y tan solo me arrancó de él, casi una hora después, el sonido de las risas de unos niños. Levanté la cabeza y los contemplé durante un buen rato.

La jornada escolar había terminado y algunas madres, antes de llevar a sus hijos a casa para comer, dejaban que consumiesen sus energías en correr un poco y jugar en las instalaciones del parque infantil. Pensé que eso era bastante mejor que plantarlos delante de la caja tonta, dejando que los contenidos de la misma obnubilasen sus mentes.

Me levanté y, dejando atrás a los críos y sus risas, volví hasta el bar en el que me había reunido con Jiménez con la intención de comer algo. Esa labor me mantuvo entretenido durante un buen tiempo.

El bar no parecía el mismo; se encontraba ahora lleno de obreros con la intención de imitarme, así que no había ninguna mesa libre y tuve que esperar un buen rato para poder sentarme. No me importó; pedí un agua en la barra y eché mano del periódico, entreteniéndome con su lectura hasta que, por fin, me acomodaron en una mesa.

Después de rematar la comida con un café bastante más aguado que el de la mañana, salí del establecimiento en dirección al cuartel. A los pocos minutos, Jiménez apareció por la puerta, lo saludé y subimos a mi coche, en dirección a Vila Nova.

Seguí sus indicaciones y, después de recorrer unos cuantos kilómetros por la antigua carretera nacional, llegamos a un cruce dominado por los restos de un antiguo castillo; giramos a la izquierda y, apenas a cien metros, contemplé el magnífico chalé de piedra que se alzaba a la derecha de la carretera. Jiménez me dijo que me detuviese y aparqué junto a la entrada del mismo.

—Esta es la casa de Fernando Quiroga —me aclaró.

—¡Buena choza, sí señor! —exclamé después de soltar un silbido de admiración—. Te diré lo que vamos a hacer: mientras yo hablo con el señor, tú vas a interrogar a la criada; así podrá hablarte con más tranquilidad, sin sentirse intimidada por la presencia de su jefe.

Jiménez me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres que la interroge yo?

—Sí; ¿qué pasa? ¿no te ves capaz de hacerlo?

—Sí, claro que sí; es que...

—A ver Jiménez ¿qué coño te pasa ahora? —pregunté con resignación.

—Pues que es la primera vez que voy a hacerlo.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué? Siempre hay una primera vez para todo. ¡Venga, vamos allá! No tenemos todo el día y si nos retrasamos el gran hombre se va a ofender.

Apenas hube pulsado el botón del interfono, un par de perros manifestaron su presencia al otro lado de la puerta. No tuvimos que esperar mucho.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.

—Soy Antón Veiga; tengo una cita con el señor Quiroga.

—Muy bien; pase —respondió la voz, mientras se escuchaba el sonido de desbloqueo de la cerradura.

Permanecí a la espera y volví a pulsar el botón.

—Perdón, señora...o señorita. No tengo ningún inconveniente en pasar,

siempre y cuando alguien se avenga a sujetar al par de guardianes que me esperan al otro lado del portal —aclaré—. No me apetece volver a casa con un costurón en los pantalones...o con algo peor.

—Disculpe; ahora mismo los encierro.

Apenas unos segundos después los perros se alejaron del portal y ya no volvimos a verlos. Franqueamos la entrada y caminamos por un sendero que discurría desde el portal hasta la entrada de la casa. Allí nos esperaba una mujer madura, de unos cincuenta años, que nos recibió con un semblante triste mientras con un gesto y un saludo nos invitaba a entrar en la casa. La seguimos hasta el salón y, mientras lo hacíamos, admiré la suntuosidad de la vivienda.

Desde el vestíbulo arrancaba una escalera de madera de roble que comunicaba la planta baja con la superior, dónde supuse que estarían las habitaciones. A la derecha de la entrada, una pequeña habitación hacía las veces de estudio; a la izquierda otra estancia más pequeña, que imaginé sería un baño y, al lado de esta, la cocina, inmensa y reluciente.

Frente a la puerta de entrada se encontraba el salón. Sus dimensiones eran tales que acogía, a la derecha, una zona de estar presidida por una soberbia chimenea que en aquel momento permanecía encendida, y a la izquierda el comedor, con una mesa de madera de castaño, con las patas labradas y doce sillas a su alrededor. De las paredes, colgaban cuadros de todo tipo, desde acuarelas de pintores a los que no conocía, hasta abstractos como un Miró. Todo el conjunto, comedor y zona de estar, estaba rodeado por una cristalera desde la que se contemplaba el jardín en toda su extensión.

—Aguarden aquí, por favor; el señor bajará enseguida.

Asentí con la cabeza mientras sonreía. Miré a Jiménez y ambos soltamos un bufido. No me cabía duda de que los Quiroga no lo habían pasado del todo mal.

Aquella casa indicaba la posición a la que habían accedido y, seguramente, la debía haber alcanzado el abuelo en la posguerra, afianzándola después el padre y disfrutando de ella el nieto.

Pensé en la frase tan manida que afirma que las empresas las crean los abuelos, las hacen crecer los padres y las liquidan los nietos. Este caso era la excepción que confirmaba la regla. El nieto no solo no la había liquidado, sino que la había hecho crecer y, por lo que podía contemplar, mucho.

Fernando Quiroga apareció justo en el momento en el que me encontraba observando el Miró, intentando encontrarle algún sentido a lo que, para mí,

solo eran garabatos.

—¿Le gusta?

Me volví al escuchar su voz. Permanecía de pie en el umbral de la puerta, con un habano en la mano y vestido con un batín de seda marrón.

—No es que no me guste; simplemente, no lo entiendo.

Quiroga se encogió de hombros.

—Yo tampoco; pero es un Miró.

Sonreí, comprendiendo lo que me quería decir. Los libros por metro y los cuadros al peso; conocía a unos cuantos nuevos ricos que actuaban de la misma manera a la hora de decorar sus suntuosas casas.

—No me dijo que iba a venir acompañado —dijo haciendo un gesto hacia el cabo al que ni se dignó saludar.

—Le presento al cabo Jiménez, del cuartel de Felgueiras; está colaborando conmigo en la investigación de lo ocurrido con su padre.

Se limitó a asentir con la cabeza y con un gesto nos señaló los sillones y el sofá situados frente a la chimenea.

—Siéntense, por favor.

—Si nos permite, mientras usted y yo hablamos, el cabo hablará con su criada; unas preguntas sin importancia.

—Ella no tiene nada de qué hablar con ustedes —respondió con autoridad.

Intenté contenerme.

—Señor Quiroga, como le digo, son solo unas preguntas; no se trata de un interrogatorio ni muchísimo menos y nos ayudaría a reconstruir los últimos momentos de la vida de su padre. Claro que si prefiere que la citemos en el cuartel...—añadí con un tono de advertencia en mi voz que no pasó desapercibido para él—. Yo preferiría evitarle el engorro de tener que acercarse hasta Felgueiras, sinceramente.

Quiroga me miró con ojos centelleantes, se llevó el habano a la boca, aspiró con fuerza y soltó el humo lentamente. Su voz se volvió falsamente meliflua.

—Está bien; no quiero que piense que no quiero colaborar en su investigación. Puede hablar con ella en la cocina, agente —añadió dirigiéndose a Jiménez y señalándole con un gesto la puerta.

—Cabo, señor Quiroga; soy cabo —respondió Jiménez con un retintín que me hizo sonreír.

El hombre no respondió. Con un gesto de cabeza le indiqué a Jiménez que saliese. Mientras, mi anfitrión se había acercado al mueble bar y se había servido un whisky.

—¿Le apetece algo? —preguntó girándose hacia mí.

—No, gracias —respondí mientras tomaba asiento en uno de los sillones.

Él hizo lo mismo.

—¿Qué quiere saber?

—Hábleme de su familia; empiece por su abuelo, por ejemplo.

—No sé qué importancia puede tener eso —dijo con desdén—. Pero, en fin. Mi abuelo era un hombre bueno y trabajador; antes de la guerra civil, era fontanero. Cuando ocurrió el alzamiento se afilió a la Falange, no por ideales, sino porque vio una oportunidad para salir de aquella aldea y conocer gente nueva. En aquella época, las oportunidades de prosperar eran escasas y pasaban, indefectiblemente, por tener buenos contactos. Esos contactos eran normalmente gente de derechas, con dinero y afectas al alzamiento; y entre ellos se ayudaban. Ya sé que, en la parroquia, se rumorea que perteneció a un grupo que se dedicaba a eliminar a los partidarios de la república; los famosos paseos ¿ya sabe? Pero lo cierto es que él nunca comentó nada sobre esa época y dudo mucho que hubiese sido capaz de matar a alguien.

—¿Qué hizo al acabar la guerra?

—Como puede suponer, tuvo ayuda financiera de sus amistades y emigró a Portugal. Tuvo varios negocios hasta que, en 1.974, con la revolución, tuvo que huir para no arruinarse y se trasladó a Madrid. Allí continuó con sus negocios hasta que se jubiló. Su final...imagino que ya lo sabrá; se suicidó ahorcándose.

—¿Y su padre?

—Mi padre se limitó a mantener y a intentar hacer crecer los negocios de mi abuelo. La verdad es que su vida fue, en cierto modo, gris. No tenía el empuje de mi abuelo y no mostraba mucho interés por la empresa. Mientras existió mi abuelo, vivió bajo su sombra. Después de morir, ya ve...duró relativamente poco.

—Pues solo queda usted.

—Me hice cargo de los negocios de mi familia, junto con mi padre, al morir mi abuelo. Estudié económicas en Madrid, lo cual me ayudó a saber llevar y controlar la empresa, así como a contactar con personas que, durante mi vida laboral, me han ayudado a prosperar. Con su ayuda, he podido ampliar

la empresa a los negocios inmobiliarios.

Calló, mientras aspiraba el humo de su habano. Todo lo que me había contado coincidía exactamente con lo que había averiguado Jiménez. Estaba perdiendo el tiempo, así que me decidí a atacar.

—Creí entender ayer que no tiene muy buena opinión de Gonzalo Veloso.

Me miró fijamente y en su rostro se dibujó una sonrisa torcida.

—¿Qué opinión tendría usted de alguien que va por ahí diciendo que su abuelo mató a su padre? —preguntó con desprecio.

—Imagino que no buena —concedí—. Pero intentaría averiguar por qué lo dice —aclaré—. Además, aunque no lo digan abiertamente, hay gente en la parroquia que rumorea que su abuelo fue el que delató al padre de Gonzalo; incluso hay quién afirma que fue el que efectuó el disparo que lo mató.

—¿Qué digan lo que quieran! Eso no es cierto —respondió airado.

—En todo caso, ahora sería difícil de probar.

—Si no se puede probar el crimen, no se puede condenar a nadie.

—Pero usted lo está haciendo —añadí irónicamente—. Ayer mismo, me preguntó por qué la Guardia Civil no lo había detenido; que pretendía vengarse de su familia.

—Porque todo apunta hacia él. ¿Quién si no iba a querernos tan mal?

—¿Cuál es su relación con él?

Mi pregunta pareció cogerle por sorpresa.

—Ninguna; he hablado con él un par de veces, pero como ya le he dicho él no quiere ni dirigirnos la palabra; las dos veces acabamos discutiendo.

—Si realmente piensa que su abuelo mató a su padre... hasta cierto punto es normal que no quiera saber nada de ustedes ¿no cree?

—No, no es normal. La guerra acabó hace muchos años; y ni mi padre ni yo tuvimos nada que ver con ella; pero él parece no comprenderlo.

—¿De qué hablaron esas dos veces?

—Le propuse comprarle la casa.

Fruncí el ceño, extrañado.

—¿Y eso?

—Tanto mi padre como mi abuelo estuvieron interesados en esa casa. ¿La conoce?

—Sí, la he visto.

—Es un buen caserón; está muy bien situada y tiene unas vistas preciosas. A mi abuelo siempre le gustó y mi padre quiso conseguirla para complacerle,

pero no hay manera; ese condenado no quiere vender a ningún precio.

—¿Y por qué quiere usted conseguirla ahora?

—En realidad, la casa no me interesa lo más mínimo.

Pude percibir en sus ojos un destello de codicia y en su voz un matiz de falsedad.

—¿Entonces?

—Simplemente es por conseguirla; por cumplir el deseo de mi abuelo. Además, nada ni nadie se me ha opuesto nunca.

Me aburría aquella superioridad y aquella prepotencia. Cambié de tema.

—Me ha dicho antes que su abuelo jamás comentó nada de la guerra. ¿Nunca?

—Así es; era un tema que no le gustaba.

—Pero supongo que tendría alguna opinión ¿no?

—Decía que había sido un mal necesario; que los rojos acabarían por destruir España.

—Sin embargo, uno de sus mejores amigos, el padre de Gonzalo, pertenecía al partido socialista.

—Sí; antes de que empezase la guerra eran buenos amigos. Después, el padre de Gonzalo huyó a Portugal, o eso decían; parece ser que en una de las ocasiones en las que vino a ver a su familia lo capturaron. El final...ya lo sabe.

—¿Qué opinaba su abuelo sobre lo ocurrido?

—Como le he dicho, no le gustaba hablar del tema; pero lo cierto es que, al llegar a viejo, le dio por encerrarse en sí mismo; permanecía pensativo durante largo tiempo y murmuraba cosas que no llegábamos a entender.

—¿Qué cosas?

—No lo recuerdo; ya le he dicho que apenas se le entendía.

—Supongo que, lógicamente, su abuelo no hizo testamento.

—Pues sí; sí que lo hizo. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Siendo su padre hijo único...imagino que no haría demasiada falta.

—Mejor que quede todo por escrito; por si acaso.

—Ya; *verba volant, scripta manent*.

—¿Qué coño dice usted?

—Las palabras vuelan, lo escrito queda. Es latín.

Le dio un sorbo a su copa y una calada al habano. Noté que empezaba a impacientarse.



—Señor Veiga...lamento tener que decírselo, pero soy una persona bastante ocupada. ¿Tiene alguna pregunta más?

—¿Dónde vivía su padre?

—Aquí, por supuesto; conmigo.

—¿Recuerda usted lo que hizo el día que falleció?

—Lo mismo que todos los días; era un hombre de costumbres fijas. Se levantó a eso de las diez, desayunó leyendo la prensa y caminó un rato por el jardín.

—¿Estaba usted con él?

—No; tuve que salir por motivos de trabajo; pero la criada me informaba de todo lo que él hacía.

—Me imagino que después salió ¿cierto?

—Sí, claro; le dijo a la criada que iba a comer fuera, con un amigo.

—¿Le dijo con quién? —pregunté con interés.

—No; y como puede suponer la criada no preguntó; no era de su incumbencia.

—¿Su padre conducía?

—Sí; tenía un todoterreno.

—Supongo que es el mismo vehículo que encontramos en el lugar en el que falleció.

—Está usted en lo cierto.

—¿Y dónde está ahora ese coche?

—Durante un tiempo permaneció bajo la custodia de la Guardia Civil; imagino que para buscar huellas y esas cosas. Después me lo devolvieron, pero me deshice de él; como puede imaginar, no me traía buenos recuerdos.

Me levanté disponiéndome a salir. Me acompañó a la entrada, dónde esperaba Jiménez. Antes de traspasar la puerta, se me ocurrió una pregunta y quería ver la reacción de mi anfitrión al escucharla, así que me volví y le miré fijamente.

—Señor Quiroga, sus negocios en Madrid... ¿fueron alguna vez investigados?

Su cara cambió bruscamente. Primero fue una expresión de sorpresa, después de ira y, finalmente, se dibujó en su rostro una sonrisa irónica.

—¿Le han estado contando chismes, señor Veiga? —preguntó mirando de reojo al cabo.

Me encogí de hombros.

—¿Lo fueron o no?

—Sí; los investigaron. Pero como puede suponer no encontraron nada ilegal. Por desgracia, la envidia sigue siendo el deporte nacional.

—En eso estoy de acuerdo; buenas tardes.

Salimos de la casa y un par de minutos después nos encontrábamos sentados en el coche.

El cabo Jiménez salió del salón dejando a los dos hombres a solas. Siguió a la criada hasta la cocina y se sentó.

—¿Le apetece un café? —preguntó la criada.

—Sí, gracias...perdón, no me ha dicho su nombre.

—Me llamo Mercedes González, para servirle —respondió la mujer sin dejar de preparar las dos tazas de café.

Volvió a los pocos segundos con ellas, las depositó sobre la mesa y se sentó frente al cabo.

—¿Qué desgracia, Dios mío! ¡Pobre hombre! Acabar así...

—Mercedes, ¿puedo hacerle unas preguntas? —preguntó Jiménez, sacando del bolsillo de su cazadora una pequeña libreta y un bolígrafo.

—Pregúnteme lo que quiera, cabo —dijo la mujer mientras sujetaba la taza con las manos, en las que Jiménez pudo distinguir un leve temblor.

—¿Hace cuánto tiempo que trabaja para los Quiroga?

—¡Uy, ya casi ni lo recuerdo! Yo tenía por entonces unos diecinueve años y ahora estoy a punto de cumplir cincuenta y cuatro; eche cuentas.

—Eso son muchos años; conoció también al abuelo de su actual jefe ¿verdad?

—Pues claro, ¡no iba a conocerlo! Ya le digo que son muchos años en esta casa. Esa fue otra desgracia; parece que a esta familia la ha visto un tuerto.

Jiménez sonrió.

—Hábleme del padre de su jefe.

—Era un buen hombre; un *poquiño* apocado, pero buena persona. No tenía el carácter de su padre ni mucho menos el de su hijo. El señor se parece más a su abuelo.

—¿Recuerda lo que hizo el día en que falleció?

La mujer asintió con la cabeza, sacó un pañuelo del delantal y se enjugó una lágrima que se las había ingeniado para deslizarse por su mejilla.

—Pues lo mismo de todos los días. Después de desayunar y de tomar su medicación, salió al jardín a pasear un rato. A eso de las doce, más o menos, me dijo que iba a salir y que no vendría a comer a casa; que comería en Vila Nova, con un amigo. También me dijo que, después de comer, iba a acercarse hasta el monte para recoger unas castañas. Lo que pasó después...ya lo sabe.

—¿Le dijo con quién iba a comer?

—No, señor.

—¿Y usted no se lo preguntó?

—¡Yo! ¿Por quién me toma, cabo? —preguntó enojada—. ¿Acaso cree que soy una criada metomentodo y chismosa, cómo las que se dedican a contar en el mercado lo que hacen o dejan de hacer sus señores? ¡De eso nada! Y si el señor me comentaba algo, eso iba conmigo a la tumba. ¡Faltaría más!

—No se enfade, Mercedes. Simplemente necesito saber los movimientos de su jefe, para intentar averiguar lo que le pasó.

Ella asintió con la cabeza y volvió a secar otra lágrima.

—¿Sabe en dónde iba a comer o dónde solía hacerlo, al menos?

—Ya le dije que en Vila Nova; ¿acaso no me ha escuchado?

—Sí, me lo ha dicho; pero le pregunto por el restaurante.

—No sé en cuál iba a comer ese día; pero solía hacerlo en el restaurante “*Lar*”, en el centro de la villa.

—Bien; así que, a las doce, salió. ¿Solía conducir él?

—Sí; su hijo se empeñaba en que no lo hiciese, por lo del corazón ¿sabe usted?; siempre le decía que llamase al chófer, pero él no le hacía caso.

Jiménez dejó de escribir y levantó la mirada hacia la mujer, que permanecía con la cabeza baja, jugando nerviosa con el delantal.

—¿Cuántos trabajadores hay en la casa?

—Solo yo, señor. De vez en cuando viene un jardinero para cortar el césped, podar y esas cosas; pero lo envía una empresa.

—¿Y el chófer?

—En realidad, es un empleado del señor; una especie de chico para todo. Le hace recados y, de vez en cuando, lo utiliza como chófer.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

Jiménez suspiró. Carácter gallego; una pregunta para responder a otra pregunta.

—Ese chico.

—Óscar; pero no sé sus apellidos. Y ya no es un chico ¡eh! Tiene sus años.

Jiménez rodeó el nombre en la libreta con un círculo y escribió al lado un signo de interrogación.

—Mercedes, ¿qué recuerda de Fernando Quiroga, abuelo?

Ella lo miró, extrañada; aun así, respondió.

—Era muy distinto a su hijo. Antes de empezar a desvariar, le gustaba mucho la fiesta y pasárselo bien...y también las mujeres —añadió con un gesto de desaprobación que Jiménez captó perfectamente.

—A usted eso no le hacía mucha gracia ¿verdad?

—¡Pues no señor! ¡Qué quiere que le diga! No está bien que un hombre hecho y derecho ande a los setenta años recorriendo antros de perdición.

Jiménez alzó las cejas.

—¿Qué quiere decir?

—Usted es un hombre, cabo; seguro que sabe muy bien a qué me refiero —respondió con una sonrisa sibilina.

—Le aseguro a usted que no tengo ni idea de qué me está hablando —mintió el cabo con la esperanza de que la mujer siguiese explayándose.

Ella acercó su cabeza a la del cabo, miró a ambos lados, como para asegurarse de que nadie podía oírla y susurró una sola palabra.

—Puticlubs.

Inmediatamente volvió a su posición inicial y a jugar con el delantal.

—¿Me está diciendo que el abuelo frecuentaba locales de alterne?

—Creo que hacía algo más que frecuentarlos; para mí que alguno de esos negocios era de su propiedad.

Jiménez sonrió. Puede que no se considerase una criada chismosa, pero desde luego tenía bastante interés por los negocios de su jefe.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Bueno...una palabra de aquí...otra de allá...Y una no es tonta, no se crea —añadió con suficiencia—. Con escuchar palabras sueltas una se hace una idea de lo que se está hablando.

Jiménez sonrió de nuevo.

—¿Qué más puede contarme del abuelo?

—Que la alegría le duró muy poco —dijo con sarcasmo—. Cuando cumplió los ochenta empezó a tener achaques y se le acabó la juerga; después comenzaron los desvaríos, dejó de hablar, se pasaba pensativo casi todo el

día, murmurando.

—¿Qué decía?

—Apenas se le podía entender; decía frases sin sentido.

—¿Cómo cuáles? —insistió el cabo.

—No recuerdo muy bien; decía “*me equivoqué*” y también “*tengo que arreglarlo*” ...no sé, cosas sin mucho sentido, ya le digo.

—¿Recuerda el día en que falleció?

—Sí señor; por eso le digo que a esta familia le han echado un mal de ojo.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—Pues ocurrió lo mismo que el día que murió su hijo. Los dos hicieron lo mismo. Los dos me dijeron que no iban a venir a comer y que habían quedado con un amigo. Y los dos acabaron igual.

—Y supongo que tampoco sabe con qué amigo fue a comer ese día el abuelo ¿verdad? —preguntó el cabo resignado, ya que temía la respuesta.

—No, señor; no lo sé. Por lo menos, no lo conozco personalmente; solo sé que se llamaba Gonzalo.

Jiménez alzó la cabeza; sobresaltado.

—¿Cómo sabe eso?

—Pues porque antes de salir de casa el señor hizo una llamada de teléfono. Estuvo hablando un buen rato y pasé por su lado justo en el momento en el que iba a colgar. Se estaba despidiendo y dijo “*entonces, a las dos, Gonzalo*”; y colgó. Después salió de casa y ya no volvió con vida.

Jiménez cerró la libreta con la sensación de que en aquellos papeles estaba el hilo del qué tirar. Se levantó justo en el momento en el que Antón salía del salón. Ambos se encaminaron a la puerta y se despidieron de sus anfitriones.

—¿Qué tal te ha ido Antón? —preguntó el cabo mientras me disponía a arrancar el motor del vehículo.

—No sabría decirte —respondí—. Pero me temo que no he sacado mucho en limpio. Pero por lo que veo tu sí —añadí al ver la cara de satisfacción de mi ayudante.

—Creo que hemos dado con el filón de la mina.

—Volvamos al cuartel; allí me lo cuentas. Son casi las seis y tengo una

cita a las ocho y media.

Jiménez sonrió malévolamente.

—No me lo digas, con la abogada ¿verdad?

—Cabo, no sea usted indiscreto —respondí sin apartar la vista de la carretera.

Conduje lo más rápido que pude y apenas media hora después, nos encontrábamos sentados frente a frente en uno de los despachos vacíos del cuartel. Jiménez no tardó mucho en relatarme la conversación que había tenido con la criada y en mostrarme las anotaciones que había ido tomando en su libreta. Cuando terminó, en su rostro brillaba la satisfacción.

—Tengo que reconocer que has tenido más suerte que yo. Yo no he obtenido gran cosa.

—Me alegro de haberte sido de utilidad.

—Creo que deberíamos comentar con tu comandante todo lo que hemos averiguado. ¿Por qué no le avisas? Y haz que nos traigan una pizarra —añadí cuando el cabo se disponía a salir del despacho.

Jiménez regresó a los pocos minutos, acompañado del comandante Bermejo. Después de los saludos de rigor, les indiqué que se sentasen, mientras un par de guardias instalaban la pizarra que había solicitado. Una vez se hubieron ido, comencé mi exposición.

—Bien; vamos a poner en orden todo lo que tenemos. En primer lugar, sabemos que el nombre de Fernando Quiroga apareció en una investigación realizada en Madrid relacionada con locales de alterne que prostituían a menores. Y según la criada del señor Quiroga, su abuelo era propietario de un local de ese tipo. Tenemos que solicitar acceso al informe de esas investigaciones.

—Eso no va a ser fácil —objetó el comandante.

—No sé si va a ser fácil o no, pero tenemos que tener acceso a ese informe, comandante; tenemos que averiguar si entre los negocios de Fernando Quiroga está el de la prostitución.

—¿Qué importancia puede tener eso para la investigación de nuestro asesinato?

—Mucha; tenemos que descartar que haya podido tratarse de un ajuste de cuentas. No sería nada extraño en ese tipo de negocios.

El comandante asintió en silencio y yo continué.

—En segundo lugar, tenemos que localizar e identificar al tal Óscar; ese

que, según la criada, le hace de chófer y los recados a su jefe. Por último, también según la criada, los dos fallecidos comieron, el último día de sus vidas, con un amigo. Sabemos el nombre del que comió con el abuelo, un tal Gonzalo; hay que averiguar si comieron en ese restaurante...¿cómo se llamaba, Jiménez?

—“*Lar*”; ese fue el nombre que me dio la criada.

—Bien, pues tenemos que pasarnos por allí, por si alguien lo recuerda y puede identificarlo.

Terminé mi exposición y miré a mis dos interlocutores. El comandante permanecía de brazos cruzados, recostado en la silla, como esperando a que continuase. Jiménez, con los codos sobre la mesa y las manos frotándose el mentón, miraba fijamente la pizarra.

—¿Qué piensas Jiménez? —pregunté sonriendo.

Tardó un rato en contestar y cuando lo hizo se mostró serio.

—Estaba pensando que quizá tenga razón Fernando Quiroga; que puede que sea una venganza personal.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté intrigado.

—Tanto el abuelo como el padre, hicieron lo mismo el día que murieron: comieron con un amigo; un amigo que bien pudo ser su asesino. Recuerda que tú mismo dijiste que no te imaginabas a un hombre de ochenta y tres años trepando a un árbol para colgarse. Y tenemos el nombre de la persona que quedó a las dos de la tarde con el abuelo, probablemente para comer; a esa hora...sería bastante probable. Casualmente, ese nombre coincide con el del único sospechoso que tenemos: Gonzalo. ¿Y si tiene razón Quiroga? ¿Y si es el mismo Gonzalo y fue él quien se cargó al abuelo y al padre?

Le escuché circunspecto y taciturno. No podía negar que su argumentación entraba dentro de lo posible, lo cual, dicho sea de paso, no me producía ninguna satisfacción. No acababa de ver a Veloso como un asesino frío y calculador; y tampoco me encajaba que comiese con los que, según él, le habían robado la vida a su padre y arruinado la de su madre y la suya propia.

Además, el mismo Quiroga con el que me había entrevistado no hacía ni una hora, aseguraba que Veloso no se hablaba con nadie de su familia.

Había algo que no encajaba en ese puzle.

Así se lo expuse al cabo y, mientras lo hacía, pude comprobar cómo su semblante se iba oscureciendo. Sonreí para mis adentros y me dije que tendría que tener una pequeña charla con él para intentar que controlase mejor su

frustración.

—Aun así, Jiménez, no debemos descartar esa línea de investigación —añadí mientras observaba como la luz volvía al rostro del cabo.

—Bien; ¿qué hacemos ahora entonces, Antón? —interrumpió el comandante.

—Comandante, encárguese usted de conseguir el informe de la investigación en la que aparece el nombre de Fernando Quiroga. Jiménez se acercará a Vila Nova, para averiguar dónde comieron los fallecidos. Llévate una fotografía de Veloso —añadí dirigiéndome al cabo—. A ver si alguien lo reconoce. Y, por cierto, todavía tienes que conseguirme el informe de la autopsia.

—Intentaré que me lo envíen lo antes posible.

—No lo intentes; haz que te lo envíen. Usa tu autoridad.

—¿Y qué hacemos con el tal Óscar? —preguntó el cabo.

Pensé durante unos segundos.

—De momento, nada. Lo dejaremos en *stand by*.

En el preciso momento en que el comandante se levantaba para salir del lugar en el que nos habíamos reunido, se abrió la puerta; en el umbral, se encontraba un guardia que, después del saludo militar de rigor, se dirigió al comandante.

—A sus órdenes, mi comandante; la jueza Salinas le espera en su despacho.

Bermejo asintió sin pronunciar palabra alguna y mostrando un gesto de fastidio. Lo que menos le apetecía en aquel momento era tener que enfrentarse a la judicatura. Me miró y en sus ojos creí ver la petición, o mejor dicho el ruego, de que lo acompañase.

Recorrimos el pasillo en silencio hasta llegar a la puerta de su despacho. Dentro de él, sentada frente a la mesa, se encontraba la jueza Marta Salinas, a quién ya tenía el gusto de conocer, aunque nuestro primer encuentro se había producido hacía ya unos años.

Contaba a la sazón cuarenta años y ya llevaba casi diez al frente del juzgado de Vila Nova. Era una mujer alta, de casi un metro setenta y cinco, con una melena larga y castaña enmarcando un rostro afilado, triangular. En él, destacaban sus ojos de un azul intenso; su nariz, pequeña y afilada; sus pómulos marcados y sus labios finos, pero bien delineados. Si bien la edad había hecho que su cuerpo perdiese algo de la lozanía que lucía cuando la



conocí, todavía seguía siendo atractivo, de formas rotundas y proporcionadas. Recordé haber vuelto la vista para ver cómo se alejaba el día que la conocí y sonreí para mis adentros.

El comandante la saludó en primer lugar, se dirigió a su sillón y me tocó a mí presentarme.

—Buenas tardes, señoría.

—Buenas tardes, señor Veiga; no esperaba encontrarle aquí. El mundo es un pañuelo.

—Sí; que cada día se va llenando de mocos —respondí sonriendo.

—No ha perdido usted la ironía ¡eh!

No respondí; me limité a sentarme en la silla que se encontraba al lado de ella.

—Dígame, señoría ¿qué se le ofrece? —preguntó el comandante Bermejo.

—Comandante, hace dos meses que se produjo el hallazgo del cadáver del señor Quiroga y todavía no me ha ofrecido usted nada. He recibido la visita de su hijo y le aseguro que no ha sido una visita agradable.

—Lo imagino —interrumpí.

La jueza me lanzó una mirada de reproche y continuó.

—Quisiera creer que son ustedes capaces de resolver este caso; de no ser así, me vería obligada a solicitar la presencia de sus compañeros de la unidad central. Y no creo que eso le haga mucha gracia ¿me equivoco, comandante?

—No señoría; no se equivoca. Precisamente por eso está aquí el señor Veiga; digamos que está...colaborando con nosotros.

—¿En calidad de qué?, si puede saberse. Que yo sepa, en nuestro país los investigadores privados no pueden investigar delitos de sangre.

—He sido contratado por la persona de la que la Guardia Civil sospecha, para demostrar su inocencia —aclaré.

La jueza sonrió.

—Ya; ha encontrado usted un pequeño vacío legal ¿no es así? Bien; en ese caso... ¿pueden decirme cómo va la investigación?

Bermejo me hizo un gesto y le expliqué a la magistrada todo lo que habíamos averiguado. Ella escuchó en silencio, grabando en su cerebro toda la información que le estaba proporcionando. Cuando terminé mi exposición hizo un gesto de aceptación.

—Bueno, tengo que reconocer que es más de lo que esperaba escuchar. Parece que van haciendo avances. Manténganme informada si se produce

alguna novedad —dijo mientras se levantaba, dispuesta a irse.

—Espere un momento, señoría; todavía no he acabado.

Ella volvió a tomar asiento, un tanto perpleja.

—Usted ha venido aquí a buscar información y se la hemos dado; ahora somos nosotros los que necesitamos algunas cositas —dije sonriendo irónicamente.

—¿Qué cositas? —preguntó la jueza devolviéndome la misma ironía.

—Verá; tenemos razones para creer que no nos enfrentamos a un solo asesinato, sino a dos. El padre de nuestro difunto falleció hace diez años ahorcado, muy cerca del lugar en el que encontramos nuestro actual cadáver. Sospechamos...mejor dicho, sospecho que no fue un suicidio, sino un asesinato; y quisiéramos investigarlo.

—¿Por qué sospecha que fue un asesinato?

—Porque en el lugar en el que se encontró al abuelo de los Quiroga, no había ninguna escalera ni ningún otro objeto al que alguien que quisiese colgarse de un árbol pudiese subirse; y...sinceramente, no me imagino a un hombre de ochenta y tres años trepando a un árbol ¿usted sí? —pregunté con un gesto de incredulidad.

La jueza me miró con asombro.

—¡Vaya! No puedo negarle que es una hipótesis creíble; aunque imagino que conoce el resultado de la autopsia. A los forenses no les va a gustar que ponga su informe en tela de juicio.

—Yo no me dedico a juzgar nada, me limito a investigar y a tratar de esclarecer hechos. Y para conseguirlo me veo en la obligación de dudar de todo y de todos; no es nada personal, simplemente procedimiento policial.

—Y yo no pretendo decirle como ha de hacer su trabajo, pero usted sabe muy bien que, en una investigación, participan muchos profesionales que realizan su trabajo escrupulosamente, por mucho que sus conclusiones le disgusten o no las comparta. Y si no está de acuerdo ya sabe lo que tiene que hacer: obtenga pruebas concluyentes. Como hacerlo es cosa suya; el investigador es usted, no yo.

—Ya; por eso yo me dedico a cazar a los malos y usted a enchironarlos. Aunque no en todos los casos, claro —añadí con un punto de sarcasmo.

Sabía que era difícil, pero en alguna ocasión, hacía mucho tiempo, había conseguido sacarle los colores a la jueza Salinas; y esa fue otra más que sumar a mi cuenta. Por desgracia, enseguida me arrepentí.

—Usted lo ha dicho, Veiga —respondió con dureza—. La que juzga soy yo. Haga bien su trabajo y no tendré que dejar libre a quien no deba estarlo.

¡Touché!

—Discúlpeme, señoría; no pretendía decirle cómo tiene que hacer su trabajo. Reconozco que no ha sido un comentario acertado, lo siento.

—Disculpas aceptadas. Ahora díganme que es lo que necesitan; no tengo toda la tarde.

—Que autorice la exhumación y una segunda autopsia del cadáver de Fernando Quiroga, abuelo. Y que se coteje dicha autopsia con la que se le realizó cuando se encontró su cuerpo.

—¿Sabe lo que me está pidiendo? ¿Sabe lo que significa para una familia tener que exhumar a uno de sus miembros para realizarle de nuevo una autopsia? Además, ¿qué pretende encontrar después de diez años?

—Sí, lo sé, señoría; pero si no fuera necesario no se lo pediría, créame. Sé que no es un plato de buen gusto.

La jueza se levantó.

—Está bien; lo pensaré. ¿Alguna cosa más?

—De momento no; si necesitamos algo la avisaremos.

—En ese caso, buenas tardes.

Recogió su abrigo y su bolso y salió por la puerta. No pude evitar girarme para verla, al igual que había hecho hacía muchos años. Cuando cerró la puerta, el comandante se dirigió a mí.

—Le ha echado un par de cojones, Veiga.

—Su señoría y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo; ambos sabemos hasta dónde podemos llegar —aclaré con una sonrisa.

Consulté mi reloj: eran casi las siete; tenía que darme prisa o llegaría tarde a mi cita con la abogada Daniela Vasile. Me despedí del comandante y, cuando me disponía a irme, Jiménez apareció.

—Menos mal que aún estás aquí —dijo dirigiéndose a mí, después de saludar al comandante.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Acaba de llegar el informe de la autopsia; te he sacado una copia. Para que tengas lectura antes de dormirte —añadió con una sonrisa pícaro.

Cogí la carpeta que me ofrecía, le palmeé el hombro sonriendo y salí del cuartel. Apenas cinco minutos después me había incorporado a la autovía que me conduciría de nuevo a la ciudad.

A las ocho, después de aparcar mi renqueante vehículo en el lugar de costumbre, bajo las miradas de un par de mendigos a los que conocía por su diaria costumbre de refugiarse en los locales abandonados y que, en ese momento, compartían un cigarrillo y un cartón de vino peleón, me dirigí caminando al lugar en el que me había citado con la abogada.

—Comprad algo para comer; ese vino os va a agujerear el estómago — dije al pasar junto a los mendigos, entregándoles un billete de cinco euros—. Y vigiladme el coche ¡eh!

—Gracias, Antón —respondió uno de ellos con la voz ronca por el alcohol.

Apreté el paso y llegué al restaurante antes que ella. Entré en él y, después de sentarme en la misma mesa que había ocupado con Lucía, pedí una copa de vino. No era lo habitual en mí, pero como me había dicho Lucía, si me portaba bien podría tomarla de vez en cuando.

Estaba saboreando el primer sorbo del rojizo caldo, cuando Daniela Vasile entró en el local. Tosí atragantado al verla y me vino a la mente la película “*Vestida para matar*”.

Bajó las escaleras que conducían al comedor como una modelo desfilando por la pasarela. Bajo el chaquetón que la cubría llevaba un vestido de punto de color azul y cuello redondo, dejando a la vista un pequeño espacio de piel que ocupaba un brillante solitario. El vestido, sin mangas y ceñido en la cintura con un broche metálico, terminaba a la altura de las rodillas y, siendo más elegante que provocativo, no dejaba de resaltar con rotundidad las curvas de su cuerpo. Completaba su conjunto con unos zapatos negros, de tacones imposibles y un bolso del mismo color a juego.

Se acercó hasta la mesa, colocó el chaquetón sobre la silla contigua y se sentó, mientras yo no podía dejar de contemplar a aquella belleza.

—Buenas tardes, Antón.

—Hola, ¿qué tal estás? —pregunté estúpidamente mientras pensaba que estar, estaba muy bien.

—Un poco cansada; hoy he tenido bastante trabajo.

—¿Te apetece que pidamos ya la cena?; así no nos entretendremos mucho. Ella asintió y, una vez el camarero se alejó, se dirigió a mí.

—He encontrado al abogado que me pediste.

—¡No me digas! ¿Está aquí?

—Sí, ejerce en la ciudad; tengo su teléfono —respondió mientras extraía

del bolso una tarjeta suya, al dorso de la cual había escrito el teléfono del abogado Nogueira—. Su especialidad es el derecho administrativo.

—¡Mira qué bien! Quizá él pueda decirme por qué alguien que solo tiene un hijo decide hacer testamento.

—¿De quién hablas?

—De Fernando Quiroga abuelo; el que apareció ahorcado.

—Esa pregunta puedo contestártela yo.

—Pues ya estás tardando.

—Aunque solo se tenga un hijo, las ventajas de hacer testamento son dos: en primer lugar, se puede disponer de una parte de los bienes para otras personas; en segundo, se evita que el heredero tenga que realizar la declaración de herederos, que es un trámite más complejo y costoso.

—¿Y cómo se podría saber si Quiroga le dejó algo en herencia a otra persona?

—Habría que leer el testamento; pero no creo que su nieto te permita hacerlo.

—¿Y no hay otra manera?

Se encogió de hombros, lo que hizo que su pecho se elevase y volviese a atraer mi mirada. Ella se dio cuenta y sonrió.

—Lo único que se me ocurre es que el notario tenga una copia y te la deje ver; pero no sé...son muy cuidadosos con esos temas. Aunque siempre puedes pedir una orden judicial.

Llegó la cena y mientras dimos cuenta de ella, apenas conversamos; tan solo respondí a un par de preguntas que Daniela me hizo sobre la investigación, sin referirle nada de lo que habíamos descubierto esa misma tarde.

Al terminar, para ayudarme a hacer la pregunta que me bullía en la cabeza, me atreví a pedir un whisky junto con el café. Para mi sorpresa, ella hizo lo mismo, regalándome de nuevo su sonrisa al ver mi extrañeza.

—¿Tienes algo más que contarme? —preguntó sonriendo sibilinamente, mientras me miraba fijamente y bebía un sorbo de su copa.

Le devolví la sonrisa. Era inteligente; sabía perfectamente cuáles eran mis intenciones.

—No; tan solo me gustaría hacerte una pregunta; pero no me contestes si no lo deseas.

—No te preocupes; creo que sé lo que quieres preguntarme.

—¿Cómo os conocisteis el comisario y tú?

Sonrió con un punto de tristeza, lo que me hizo sospechar que no se trataba de una historia agradable; pero no se negó a responder.

—Sabía que volverías a preguntármelo; ¡no te rindes jamás! Es una historia larga; y no es muy agradable.

—Por la cara que has puesto, lo imagino; si no quieres hablar de ello no lo hagas.

—Antón, sé que vas a seguir intentando averiguarlo, así que cuanto antes lo sepas, mejor. Nací en un pequeño pueblo de Rumanía; mi padre murió cuando yo tenía tres años, así que mi madre tuvo que cuidar sola de mis dos hermanos mayores y de mí. Te aseguro que no fue fácil para ella; mi país no es como el tuyo y hace treinta años todavía era peor. Tuve que ponerme a trabajar muy joven, con apenas doce años; pero ni siquiera así conseguíamos comer todos los días. Un día llegó al pueblo un hombre ofreciendo trabajo en España como asistenta doméstica y la gente se volvió loca; todas mis amigas se apuntaron y yo, después de hablarlo con mi madre y con mis hermanos, también lo hice. Fue una decisión difícil de tomar, pero se trataba de mejorar nuestras condiciones de vida así que, el día que aquel hombre vino a recogernos, salí del pueblo sin mirar atrás para que los míos no viesen las lágrimas que recorrían mi cara.

Hizo un alto y bebió un sorbo de whisky. Su mirada era triste; lo que estaba recordando no era para ella agradable.

—¿Estás bien?

—Sí, no pasa nada; solo que algunos recuerdos...duelen.

—¿Puedes continuar?

Asintió con la cabeza y prosiguió su relato.

—El autobús que me había recogido a mí y a diez chicas más se detuvo, al cabo de dos horas, en un lugar desierto, sin casas alrededor. Tan solo había un tráiler aparcado y al lado de él dos hombres. Nos hicieron bajar y comencé a tener un mal presentimiento; aquello no era lo que nos habían ofrecido. Nos habían dicho que nos dirigiríamos a Bucarest para coger un avión que nos trasladaría hasta aquí y no era lo que estaba ocurriendo. El hombre que nos había contratado nos dijo que subiésemos al camión; algunas de nosotras protestamos y dijimos que eso no era lo pactado. La respuesta que recibimos fue un par de bofetadas y la contemplación de las armas que los dos hombres que se encontraban esperándonos esgrimieron contra nosotras. Como puedes

suponer, habíamos caído en una red de tráfico de mujeres.

Volvió a beber otro sorbo y continuó.

—Nos encerraron en un compartimento situado al fondo de la caja del camión, sin agua, sin comida y casi sin ventilación. Por más que intento recordar, no soy capaz de saber cuánto tiempo estuvimos allí; solo recuerdo cuando se abrieron de nuevo las puertas y nos dijeron que saliésemos. Era de noche; las únicas luces que podía distinguir eran las de las linternas de los dos tipos que nos custodiaban y los focos de una furgoneta. Nos subieron a ella y nos llevaron hasta una casa bastante grande situada al lado de una carretera. No se veía ninguna luz; nos hicieron entrar y bajamos por unas escaleras estrechas hasta un sótano; encendieron la luz y, al ver los colchones en el suelo, supe que aquel iba a ser mi alojamiento durante bastante tiempo. A los pocos minutos, aparecieron dos mujeres con algo de comida y prácticamente nos abalanzamos sobre ellas. Mientras devorábamos lo que nos habían traído, apareció el hombre que había venido al pueblo; le acompañaba un hombre joven, de unos treinta años, no más; alto, muy alto; moreno; con unos ojos fríos y una sonrisa cruel. Sin embargo, lo peor era su voz, dura y cargada de desprecio.

Daniela volvió a detenerse en su relato. Respiró hondo, terminó su copa de un solo trago y continuó hablando, mientras yo la escuchaba atentamente.

—Nos dijo que el traslado a España nos costaría seis mil euros. Todas protestamos y respondimos que no teníamos ese dinero. “*En ese caso*”, nos dijo muy serio, “*trabajareis para mí hasta que me paguéis lo que me debéis*”. Me atreví a preguntar en qué íbamos a trabajar y su respuesta, sonriendo malvadamente, se me clavó en el alma como un estilete. “*¿De secretarias, no te jode! ¿De qué va a ser? De putas, naturalmente. ¿Es que acaso servís para otra cosa?*”, preguntó soltando una carcajada. Después se marchó y nos dejaron allí, encerradas. Por la cantidad de veces que vinieron a traernos de comer, supe que estuvimos una semana en aquel sótano. Un día, vinieron a buscarnos las dos mujeres que habitualmente nos traían la comida acompañadas por dos hombres armados. Nos hicieron subir y descubrí el lugar en el que nos encontrábamos; era un local de alterne, un puticlub, vamos. En aquel momento estaba cerrado y no había nadie; nos hicieron subir al piso superior donde se encontraban las habitaciones y nos metieron de dos en dos en cada una de ellas. Nos ordenaron que nos duchásemos y dejaron, sobre la cama, ropa limpia. Una hora después, cuando ya habíamos terminado de

asearnos nos reunieron en un salón y nos dijeron que esperásemos. Al poco rato entró una mujer de unos cuarenta años que se nos presentó como la encargada del local, nos preguntó las edades que teníamos y, al descubrir que dos de nosotras éramos menores, sonrió con lujuria. Nos apartaron del resto, nos indicaron que nos quedásemos en el salón hasta que nos avisasen y nos advirtieron que, por ningún motivo, se nos ocurriese aparecer por el local. Y ahí empezó todo.

—Me imagino lo que debiste haber pasado.

—Eso duró dos años; dos años horribles. No me dejaban salir del salón; tan solo lo hacían cuando algún cliente reclamaba algo especial; entonces, me conducían a la habitación en la que esperaba y hacían guardia en la puerta, para evitar que pudiese escapar. ¡Cómo si eso fuera tan sencillo! Durante esos dos años soporté todo tipo de vejaciones; tantas, que durante mucho tiempo me fue imposible volver a estar con un hombre. ¡Me dabais asco, Antón! ¿Lo entiendes?

—Sí, claro que lo entiendo —susurré sin poder decir nada más—. ¿Volviste a ver a alguno de los dos hombres que os obligaron a prostituirse?

—Al joven —murmuró con odio—. Él fue el primero que estuvo conmigo; lo primero que hizo fue estrellar su mano contra mi cara, advirtiéndome de que habría más si no me portaba como debía. Mientras hacía conmigo todo lo que se le antojaba, me decía que no me preocupase, que gracias a lo que estaba haciendo mi deuda se había reducido en cincuenta euros; y volvía a soltar una de sus horribles carcajadas. Cuando terminó, se fue y no volví a verle.

—Afortunadamente, todo aquello acabó.

—Sí, por fortuna sí; pero todo lo que he vivido no puedo olvidarlo y marca mi día a día. Como sabes, soy abogada penalista y cada vez que me encuentro con un caso de maltrato o de trata de mujeres, me lanzo a por los culpables como un lobo a por un cordero.

—Eres demasiado indulgente, tachando a esos tipos de corderos.

—Era tan solo un símil.

Sonreí asintiendo.

—¿Cómo conseguiste salir de allí?

—En 1996 hubo una redada en el club y fue cuando me encontré, por primera vez, con el comisario. Cuando me interrogaron en comisaría, me dijo que habían detenido a la encargada y a los dos matones que se encargaban de



la seguridad del local, pero que no habían conseguido dar con los jefes de la red. El club estaba a nombre de una empresa fantasma y todos los datos que figuraban de ella eran falsos. Me pidió que describiese a los dos hombres que me habían estado reteniendo, pero después de dos años sin verlos, había olvidado sus caras; o quizá mi cerebro se negaba a recordarlas. Le pregunté al comisario que iba a pasar conmigo, me miró, sonrió y me preguntó qué quería que me pasase. Le dije que no deseaba volver a mi país y no sé cómo lo hizo, pero se las arregló para que le diesen mi custodia. Me llevó a su casa, me presentó a su familia y me dio una nueva vida. Se ocupó de todo: manutención, ropa, estudios...Se empeñó en que estudiase derecho; para que algún día puedas defender a los que han sufrido tanto como tú, me decía; y lo hice. Terminé la carrera con el número uno de mi promoción, hice el doctorado y mi intención es opositar a jueza. Y eso es todo —terminó alzando los hombros—. Espero que hayas quedado satisfecho.

No supe cómo ocurrió, pero de repente me di cuenta de que estaba cogiéndole la mano. Ella bajó la cabeza, miró mi mano estrechando la suya y luego me miró a los ojos; su mirada mostraba seriedad y disgusto.

—Antón, ¿qué haces?

Retiré mi mano como si hubiese sentido una descarga eléctrica.

—Discúlpame, lo siento; no sé por qué lo he hecho.

Su rostro mostraba dureza.

—Creo que es mejor que nos vayamos.

—Espera, Daniela; no te vayas aún, por favor. Discúlpame de nuevo; fue...no sé, un impulso. Tomemos otra copa, anda.

Ella relajó el semblante.

—No quiero que te hagas ilusiones conmigo; que hace años me hayan obligado a ser una puta, no quiere decir que ahora lo sea; o que sea una chica fácil.

—¿Sabes una cosa, Daniela? —pregunté enojado—, no me gusta cuando utilizas ese tono autoritario. Ni he dicho que seas una chica fácil ni muchísimo menos, que seas una puta. No creo haberte ofendido por coger tu mano; tan solo fue un gesto de amistad. Deberías aprender a distinguir con quién tienes que utilizar tu ira; desde luego, conmigo no. Y sí, tienes razón, será mejor que nos vayamos. Se me han quitado las ganas de otra copa.

Daniela me escuchaba con la mirada baja, sin decir nada. Cuando hice ademán de levantarme, alzó la cabeza, llamó al camarero y le pidió otras dos

copas. Luego se dirigió a mí.

—¿Vas a dejar que me tome yo sola dos copas de whisky?

Fruncí el ceño, suspiré fuertemente y negué con la cabeza.

—Eres demasiado rápida.

—¿Por qué?

—Disparas muy pronto y te arrepientes más pronto aún. Deberías ser un poco más equilibrada.

—Supongo que tienes razón, pero después de todo por lo que he pasado, entenderás que esté a la defensiva.

Llegaron nuestras copas y le propuse un brindis.

—¿Por nosotros?

—Por nosotros —respondió haciendo chocar su copa con la mía y bebiendo seguidamente un sorbo.

Continuó contándome detalles de su vida y de su relación con el comisario y lo cierto es que no me extrañaba nada la reacción del viejo Lamas.

Ahora entendía por qué le brillaban los ojos cuando me hablaba de ella; para él era como una hija y él para ella como un padre. Le pregunté si mantenía alguna relación con su familia en Rumanía y me dijo que, desde que había escapado de la red que la prostituía, les enviaba todos los meses una cantidad de dinero. Al principio, lo había hecho el comisario, pero desde que había comenzado a trabajar y a ganarse su propio sueldo, lo hacía ella.

A las once y media, salimos del restaurante. Ascendimos hasta la calle del Príncipe y, al entrar en la misma, pudimos contemplar a una docena de mendigos durmiendo en los bancos. Daniela se enganchó a mi brazo y se acercó a mí. No pudo observar mi sonrisa.

—Me da miedo caminar por esta calle de noche —se justificó—. Por eso procuro llegar a casa antes de que cierren los comercios.

No respondí; me limité a seguir caminando con ella del brazo sintiendo como se apretaba a mí cuando pasábamos cerca de alguno de aquellos pobres indigentes.

Unos minutos más tarde, después de subir las escaleras que conducían a la plaza en la que se encontraba el edificio en el que vivía, nos detuvimos delante de uno de los portales. Se separó de mí y buscó en su bolso las llaves. Cuando las hubo encontrado me miró antes de proceder a abrir la puerta. Había un brillo extraño en sus ojos que quise creer que se debía al alcohol

ingerido.

—¿Te apetece una última copa? —preguntó en un susurro.

Tardé en responder. Lo cierto era que no me apetecía; ya me había excedido bastante y no quería volver a caer en las garras del que había sido mi compañero habitual; pero sí me apetecía su compañía.

—No, Daniela; creo que por hoy es suficiente. Ambos necesitamos descansar, ¿no crees?

—Sí, tienes razón —respondió decepcionada—. Otro día, entonces. Hasta pronto.

Me acerqué a ella para despedirme con un beso en la mejilla, pero en el momento en el que iba a depositarlo ella giró la cabeza, haciendo que mis labios rozasen la comisura de los suyos. No dije nada, me separé de ella y esperé a que abriese la puerta. Antes de que se cerrase, ella se volvió y me miró fijamente. Creí ver algo brillante deslizándose por su mejilla, pero no me dio tiempo a comprobarlo; se giró y se adentró en el portal.

Al llegar de nuevo a las escaleras, me detuve un momento y volví la vista atrás. Sonreí y pensé que mucho tenía que haber cambiado o que quizá me estaba haciendo viejo; nunca había sido de los que dejan escapar una oportunidad y Daniela me la había puesto en bandeja o eso me había parecido, pero no era el momento; todavía no. ¿O sí? Me encogí de hombros, eché una última mirada a la plaza, recordé la película que había visto en el antiguo cine y, al igual que su protagonista, me dije “*ya lo pensaré mañana*”.

Apenas media hora más tarde estaba de vuelta en mi domicilio. Dejé la carpeta con el informe de las autopsias encima de la mesa del salón y me preparé un café. Volví con él al salón y encendí la estufa de gas al sentir un escalofrío. Me senté, bebí un sorbo del negro brebaje y me dispuse a leer.

Desperté al cabo de dos horas, con la carpeta sin abrir sobre mis piernas y la taza de café mediada y fría sobre la mesa auxiliar. No había podido ni comenzar a leer. Me levanté, me dirigí a la habitación y dejé que las mantas abrazasen mi cansancio.



## CAPÍTULO 5

*26 de febrero de 2015, jueves*

Los acordes compuestos por Enrique VIII para Ana Bolena me devolvieron a la rutina diaria, pero cuando quise levantarme de la cama, los timbales comenzaron a sonar en mi cabeza. El exceso cometido la noche anterior me estaba pasando factura.

Me levanté como pude y me dirigí al baño para proveerme de un analgésico que luchase por mí contra la resaca. Después, me di una ducha caliente para hacer que mi cuerpo reaccionase y, una vez me hube transformado en una persona normal, salí a la calle con la intención de desayunar algo más consistente que una taza de café.

Mientras le concedía a mi cuerpo algo de sustento sonó el teléfono. Lo rescaté del fondo del bolsillo de mi chaqueta con desgana y comprobé en la pantalla que era el comisario. Su intención no era otra que pedirme que le hiciera partícipe de lo que había averiguado, así que en unos minutos le hice un rápido resumen de la situación. Pareció satisfecho con mi información; no lo parecía tanto cuando me hizo la última pregunta.

—¿Ya has averiguado todo lo que querías saber?

—No te entiendo, Manolo; ya te dicho lo que tenemos.

—No me refiero a esa investigación, sino a la otra que estuviste realizando.

En su voz había algo de desagrado. Imaginé por dónde iban los tiros.

—No sé qué quieres decir; que yo sepa solo tengo ese caso.

—¡No me tomes por idiota, Antón! Sé que le preguntaste a Lucía por Daniela; y sé que ayer estuvisteis cenando juntos y que te contó su historia.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Tenías que averiguarlo ¿verdad? Tenías que hacerle recordar toda aquella mierda.

—¡Vamos, Manolo! ¡No te pongas así!

Escuché un suspiro del otro lado de la línea. Cuando volvió a hablar, el comisario parecía más calmado.

—¿Por qué crees que no te hablé nunca de ella?

—Eso también me lo he preguntado yo.

—Cuando la encontramos en aquel club solo tenía dieciséis años; pero había sufrido tanto que decidí ayudarla y, sobre todo, esconderla. Si te contó todo, imagino que te dijo que no conseguimos dar con los jefes de la red ¿verdad? Pues ese fue siempre mi temor: que acabasen encontrándola y secuestrándola; o algo peor. Por eso no le hablé de ella a nadie, salvo a mi familia; ni siquiera a ti. Espero que lo comprendas.

—Lo comprendo; pero sabes que tu secreto y el de ella está a salvo conmigo ¿verdad?

—Eso espero, Antón; eso espero. Si le llegase a pasar algo...no me lo perdonaría.

—No va a pasarle nada; no te preocupes. Y siento que te hayas disgustado por mi culpa, pero me pudo la curiosidad. Te pido disculpas.

—La curiosidad, la virtud del policía, sí. Bueno, te dejo; y...Antón...trátala bien; esa chica se merece lo mejor.

—Lo haré, descuida; un abrazo, Manolo.

Devolví el teléfono al refugio de mi chaqueta y continué con el desayuno. Regresé a mi piso al terminar, dispuesto a enfrascarme en la lectura de los informes de las autopsias. Me senté en el despacho y, antes de comenzar, decidí llamar a Jiménez para encargarle que se pusiese en contacto con el abogado Nogueira y concertase una entrevista con él y con su padre.

Después de una hora leyendo el informe de los forenses, tenía clara dos cosas: la primera, que los forenses no se habían esforzado mucho en la autopsia del abuelo Quiroga. Su conclusión era tan escueta como rotunda: las marcas de la cuerda en el cuello confirmaban la muerte por asfixia provocada por ahorcamiento; punto final. Y eso no me satisfacía.

No lo hacía porque, en el caso de que hubiese sido el viejo el que se colgase, el peso de su cuerpo hubiese provocado lesiones en las arterias cervicales o en las vértebras, lo que no hacían constar los forenses. Además, tendrían que haber aparecido algún tipo de lesiones traumáticas por las convulsiones agónicas y la boca debería haber aparecido abierta. Tampoco se hacía mención en el informe a ninguno de esos signos. Cada vez tenía más claro que al abuelo Quiroga lo habían estrangulado y luego colgado para

simular un suicidio.

En segundo lugar, en el caso de Fernando Quiroga hijo, aunque hubiese recibido los disparos cuando ya estaba muerto, el caso era un asesinato. Según el informe de la autopsia, la víctima había fallecido por una cardiopatía isquémica provocada por la rotura de placas de ateroma que ocasionaron una obstrucción completa de la pared arterial. Continuaban indicando que, si bien las causas de la rotura de las placas son en gran parte desconocidas, sí se conocen muchos factores que desencadenan la complicación de dichas placas y los síndromes coronarios agudos, por ejemplo esfuerzos físicos, estrés agudo, ansiedad... Concluían afirmando que, basándose en los altos niveles de adrenalina y noradrenalina encontrados en la sangre y dado que estas sustancias producen taquicardias y elevación de la presión arterial entre otras alteraciones, podía afirmarse que la víctima había estado expuesta a un estrés físico y emocional tan agudo que le había provocado la muerte.

No necesité leer más. De hecho, el examen de la herida producida por los disparos no arrojaba más luz sobre el asunto. Habían sido realizados cuando el sujeto ya había fallecido, así que poco o nada podía aportar su análisis, salvo que los restos de los tacos de papel comprimido, utilizado para separar la pólvora de la munición dentro de los cartuchos, que los forenses habían extraído del fondo de la herida, nos permitiesen averiguar el fabricante de los mismos y el calibre de la escopeta.

Todo indicaba que nos encontrábamos ante un asesino frío, al que no le importaba mucho matar de un disparo o provocando un infarto, aunque pude imaginar su cara de disgusto cuando descubrió que el viejo ya estaba muerto antes de que disparase; aun así, quiso llevar a cabo su obra y se ensañó con su cadáver.

Aún no había terminado de cerrar la carpeta con el informe cuando mi teléfono volvió a sonar. Esta vez era el cabo Jiménez.

—Cuéntame.

—Hola Antón, tengo dos noticias para ti.

—No me lo digas: una buena y una mala ¿no?

—¡Hombre de poca fe! No; las dos son buenas. La primera es que la jueza ha autorizado la exhumación del cadáver del abuelo de los Quiroga. La segunda que he hablado con el abogado Nogueira; le he dicho que queríamos tener una entrevista con él y a ser posible también con su padre. Me ha dicho que no tiene inconveniente ninguno, pero que si vamos a hablar con su padre le

gustaría estar presente; y lo mejor de todo es que hoy va a comer con él; así que me dijo que, si queríamos, podíamos hablar con los dos a las cuatro de la tarde, en la residencia dónde está ingresado el viejo, aquí en Felgueiras.

—¡Vaya, eso sí que no me lo esperaba! Tienes razón, son buenas noticias. ¿Por qué no comemos juntos y preparamos la entrevista a conciencia?

—De acuerdo; te espero a las dos en el bar de costumbre; pero Antón... esta vez invito yo; y te advierto que no acepto un no por respuesta.

—A tus órdenes, cabo; te veo a las dos.

Colgué, y después de comprobar en el reloj que se acercaba la una de la tarde, decidí desplazarme ya hasta Felgueiras. Al mediodía, el tráfico en la carretera que me conduciría hasta allí solía ser abundante y, en el caso de llegar con bastante antelación, daría un paseo por el parque para abrir el apetito y despejar mi cabeza de los restos del exceso nocturno que aún pululaban por ella.

Por desgracia, no me equivoqué en la predicción del tráfico, así que llegué a mi destino cinco minutos antes de la hora acordada con el cabo. Cuando entré en el bar, lo encontré sentado frente a una copa de vino, hojeando sin ganas el periódico. En su cara no se reflejaba la satisfacción que había detectado en su voz hacía apenas una hora. Lo saludé, me senté frente a él y esperé.

La comida transcurrió envuelta en un silencio que comenzaba a hacérseme incómodo, así que decidí romperlo mientras tomábamos el café.

—¿Has estado callado todo el tiempo? ¿Ocurre algo?

Continuó en silencio, removiendo con parsimonia el café.

—¡Jiménez! ¿Qué coño te pasa? Cuando hablé contigo por teléfono parecías animado, pero ahora tienes una cara de funeral...

Levantó la cabeza y me miró tristemente.

—Nada; problemas personales.

—¿Puedo ayudarte? —pregunté recostándome en la silla.

—No creo.

—¿Tiene que ver con tu trabajo?

—No; no es un asunto de trabajo.

—Entonces es personal; ¿mucho?

Asintió con la cabeza sin decir nada.

—Apostaría a que se trata de una mujer.

Levantó la cabeza y me miró sorprendido.



—¿Por qué dices eso?

—Porque para que un tío como tú esté sumido en el aire de melancolía en el que estás, tiene que haber una mujer por medio. Si no es un problema de trabajo, no se me ocurre otro motivo.

—Ya te dije que eras todo un psicólogo —dijo sonriendo forzosamente.

—¿Puedo preguntarte que ha pasado?

—Problemas conyugales.

Le miré sorprendido.

—No sabía que estuvieras casado.

—Hace un año.

—¿Y ya tienes problemas? —pregunté sin poder evitar una carcajada.

—Pues sí —respondió enojado.

—¡Venga, Jiménez! Después de un año aún se está en la luna de miel.

Asintió con una mueca.

—Eso creía yo.

—Si puedo ayudarte... cuenta conmigo.

—¿Cómo ibas a ayudarme?

—A veces los problemas compartidos se hacen más pequeños y una visión exterior con frecuencia aclara las cosas. ¿No has oído eso de que a veces los árboles no nos dejan ver el bosque?

Siguió removiendo el café nerviosamente.

—Mi mujer quiere tener un hijo.

Solté un bufido.

—¡Pues date por jodido! Cuanto antes asumas la paternidad, mejor; en cuanto les suena la alarma del reloj biológico y deciden ser madres, no hay manera de quitárselo de la cabeza. Y tú no estás de acuerdo ¿claro?

—No es que no esté de acuerdo; claro que quiero tener hijos. Pero creo que todavía es pronto.

—No me seas antiguo; ¿no pensarás que tenéis que esperar a una edad determinada?

—No es eso; simplemente me gustaría tener mi carrera algo más encauzada.

—Como esperes a eso, se te pasará el arroz. ¿Qué tiene que ver un crío con tu carrera?

—¡Hombre! No es lo mismo aceptar un traslado si tienes un crío que si no lo tienes.

—¡Déjate de tonterías, Jiménez! Los críos van adonde los padres deciden. No le des más vueltas; si la quieres lo suficiente como para tener un hijo con ella, adelante. Además...puede que sea lo que necesitas.

—¿Por qué?

—¿No dicen que los niños vienen con un pan debajo del brazo? A lo mejor, éste viene con un ascenso y un traslado, ¿quién sabe? Y ahora, levanta ese ánimo; te necesito espabilado para la entrevista que tenemos pendiente.

—Lo que tú digas, Antón; y gracias por tus consejos. Para no tener hijos comprendes muy bien lo que significa la paternidad.

Me levanté y le palmeé el hombro sonriendo.

—¡No hay de qué, hombre; no hay de qué!

Salimos del bar y caminamos en silencio hasta la residencia de la tercera edad, situada al lado del parque de Felgueiras, en la que se encontraba ingresado Alberto Nogueira, primo del padre de Gonzalo Veloso.

La recepcionista nos indicó, con una sonrisa, que el viejo se encontraba en la cafetería del centro, con su hijo. Al hacerle saber que no lo conocíamos personalmente, avisó al abogado a través de la megafonía e instantes después, éste se presentó ante nosotros.

El abogado Indalecio Nogueira era un hombre alto que ya peinaba canas y, para contar sesenta años, su constitución era más atlética de lo que cabía esperar en una persona de su edad. Su mirada era profunda y penetrante y su voz pausada poseía un timbre de tenor. Parecía un hombre tranquilo y seguro de sí mismo, cualidades que, para su trabajo, debían serle de bastante utilidad.

Después de las presentaciones, propuse acercarnos hasta dónde se encontraba su padre y mientras lo hacíamos se dirigió a mí.

—Señor Veiga, me gustaría pedirle un pequeño favor.

—Por supuesto; si está en mi mano.

—Por lo que me ha dicho el cabo por teléfono, quiere hacerle usted a mi padre algunas preguntas relacionadas con un suceso ocurrido durante la guerra civil ¿me equivoco?

—En realidad, más que por un suceso me gustaría preguntarle por el primo segundo de usted, Gonzalo Veloso.

—Entenderá usted que ambas cosas están relacionadas.

—Señor Nogueira, comprendo su recelo. Imagino que no desea usted que su padre evoque recuerdos que puedan lastimarle o hacerle sentir mal; nada más lejos de mi intención. Simplemente deseo conocer algo más a las personas

con las que me he encontrado en la investigación que estoy llevando a cabo. Intentaré ser lo más cuidadoso posible al tocar ciertos temas. De todas formas, estando usted delante, le agradecería que me ayudase a llevar la conversación por derroteros que causen a su padre el menor daño posible.

—Cuenta con ello; y gracias por su delicadeza.

—Soy investigador, abogado; puedo ser mordaz, irónico y sarcástico, pero también sé ser respetuoso; sobre todo con las personas de edad.

Llegamos a una mesa frente a la que se encontraba, sentado en su silla de ruedas, el viejo Nogueira. Sus noventa años le habían pasado una alta factura. Encorvado, con las manos temblorosas y el rostro surcado por profundas arrugas, poseía sin embargo una mirada firme y penetrante. Al verle, me di cuenta de quién había heredado el abogado los ojos y la mirada. Me senté a su derecha mientras su hijo hacía lo propio a la izquierda, dejando al cabo frente al viejo.

Éste, al ver a alguien vestido de Guardia Civil frente a él, se irguió en su silla y le miró fijamente, desviando después la mirada hacia su hijo.

—¿Quién es? —preguntó con una voz potente, más de lo que había podido esperar de alguien en su estado.

—Es un cabo del cuartel de Felgueiras, padre.

—Allí estuvo destinado tu abuelo.

—Ya lo sé, padre; ya lo sé.

—¿A qué ha venido?

—Verá, padre; el cabo y ese señor que tiene a su derecha quieren hacerle unas preguntas sobre mi primo Gonzalo, el hijo de Ubaldo Veloso.

—¿Quién? —preguntó el viejo haciendo pantalla con su mano en la oreja para poder oír mejor.

—Gonzalo Veloso; el hijo de *O Roxo*.

Al escuchar aquel apodo, el temblor de sus manos se hizo más intenso.

—Sí, sí; Gonzalo, el hijo de mi primo Ubaldo. ¡Pobre chaval!

—¿Lo recuerda, don Alberto? —pregunté.

El viejo me miró atentamente; después se volvió hacia su hijo, señalándome.

—¿Quién es?

—Me llamo Antón Veiga, don Alberto; soy amigo de Gonzalo Veloso —mentí—. Se acuerda de él, ¿verdad?

—Sí, sí, me acuerdo; pero era un crío. Solo tenía seis años...le dejaron

sin padre...al pobre.

—Cuénteme la historia, don Alberto; me gustaría escucharla.

El viejo volvió a mirar a su hijo, como pidiendo permiso. Éste, asintió con la cabeza.

—Cuéntesela padre; dígale todo lo que recuerda.

El viejo bajó la cabeza y empezó a frotarse las manos nerviosamente. Miré a su hijo, que negó con la cabeza quitándole importancia.

—No se preocupe; está bien. Se pone un poco nervioso al recordar, pero no pasa nada —susurró.

—Yo tenía trece años —comenzó el viejo—. Mi padre era sargento de la Guardia Civil. Iba a visitar a la mujer de mi primo una vez por semana; le llevaba cosas que podía sisar de los estraperlos que incautaban; sobre todo café. Había poco, ¿sabe usted?; en realidad había poco de todo...excepto hambre; de eso sobraba —aclaró con una mueca triste—. Un día llegó a casa, a la hora de comer, con el rostro desencajado. Mi madre le preguntó qué había ocurrido y él, antes de contestar, se sentó, me miró y me mandó a mi cuarto. Le dije que yo también quería saber qué había pasado y su respuesta fue ordenarme de nuevo que me fuera a mi habitación. Obedecí; mi padre no era de los que pedían las cosas dos veces; en cualquier otro momento ya me hubiese ganado un sopapo por no obedecer a la primera. Así que me fui pensando que algo muy grave tenía que haber ocurrido. Los críos son muy curiosos ¿sabe usted? Y yo también lo era, así que me quedé escuchando detrás de la puerta de la cocina; y lo oí todo. Mi padre le contó a mi madre que su sobrino Ubaldo había venido la noche anterior desde Portugal para ver a su mujer y a su hijo; le dijo que los falangistas habían ido a su casa, que lo habían descubierto y que se lo habían llevado. Después...después le dijo que esa misma mañana lo habían encontrado en el río...muerto; con un disparo en el pecho y otro en la cabeza y...y con las manos cortadas.

Hizo una pausa; sacó un pañuelo del bolsillo de su batín y se secó una lágrima que había asomado a sus ojos. Después continuó hablando.

—Mi madre le preguntó qué iba a hacer y él le respondió que no podía hacer nada; que los falangistas campaban a sus anchas con el beneplácito de sus superiores y que él, un simple sargento, no podía enfrentarse a ellos. Le dijo que lo único que podía hacer era ayudar a la viuda; que le daría algo de dinero para que pudiera irse a Portugal con su hijo y empezar una nueva vida. Mi madre asintió y, de repente, los dos se quedaron en silencio. Por desgracia,

en ese momento, tuve un ataque de tos y mis padres se dieron cuenta de que estaba detrás de la puerta, escuchando. Mi madre abrió la puerta de golpe y me hizo entrar en la cocina. Cuando me encontré frente a mi padre no pude contener las lágrimas. Entonces, lo recordaré siempre, mi padre me dijo que me acercase a él, me abrazó y me dijo que me tranquilizase; me dijo que debía mantener en secreto lo que había escuchado y que ya era un hombre para comprender lo que significaba todo aquello. Asentí con la cabeza y mi padre me secó las lágrimas con su mano; después me besó, mientras mi madre me acariciaba la cabeza.

El viejo calló y permaneció pensativo unos instantes, momento que aproveché para preguntar.

—¿Qué ocurrió con el hijo de *O Roxo*, don Alberto?

—Vivió en Portugal con su madre hasta que ella murió. Después se marchó a trabajar a las minas de Asturias. Luego volvió a irse...creo que a Suiza; ahora no sé dónde está.

—Está en la parroquia, viviendo en la casa de sus padres —aclaré.

—¡Ah! Eso está bien —dijo el viejo asintiendo con la cabeza—. Era una casa preciosa...muy linda.

Calló, sin dejar de asentir con la cabeza y frotándose las manos. Viendo que el hombre recordaba todo lo ocurrido mejor de lo que había esperado, decidí continuar un poco más el interrogatorio.

—Don Alberto, ¿qué recuerda de Fernando Quiroga?

Levantó la cabeza y me miró fijamente. Había ira en su mirada.

—Ese...ese cabrón —dijo con voz temblorosa—. Era el mejor amigo de *O Roxo*; y el muy hijo de puta lo delató.

—¿Qué le ocurrió después de la guerra?

—Hizo buenas amistades en Falange; le prestaron dinero y se fue a Portugal a hacer negocios. Luego, tuvo que escaparse a Madrid; la revolución lo arruinó —aclaró sonriendo irónicamente—. Dios hizo bien su trabajo; no merecía otra cosa, el muy...

—¿Y después?

—Al poco de retirarse se vino de nuevo a vivir aquí. Un día apareció ahorcado y sanseacabó. ¡Sí señor! ¡Quién mal anda mal acaba!

—¿Sabe usted que el hijo de Fernando apareció hace dos meses muerto, asesinado cerca del lugar dónde se ahorcó su padre?

—Me lo han dicho, sí; y no siento pena por él. ¡Otro cabrón menos en el

mundo!

—¿Cree usted que Gonzalo, el hijo de su primo, pudo haberlo matado?

Se encogió de hombros.

—Yo no lo creo, pero... ¿quién sabe? A ese crío le destrozaron la vida. Tiene suficientes cuentas pendientes como para querer cobrárselas; pero es un viejo como yo ¿para qué complicarse la vida?

Asentí con la cabeza.

—Bueno, don Alberto, no lo molesto más. Ha sido todo un placer hablar con usted.

Estreché la mano de aquel hombre y Jiménez y yo nos dirigimos hacia la entrada de la residencia, acompañados por el abogado. Allí nos despedimos.

—Gracias por todo, señor Nogueira.

—No tiene por qué dármelas; en todo caso, debería dárselas yo por la delicadeza con la que ha tratado a mi padre.

—¡Vamos, señor Nogueira! Va a hacerme pensar que soy un lobo.

—Sé que lo es; yo también me he informado sobre usted. Por eso le doy las gracias.

Sonreí, le estreché la mano y salimos al exterior.

—Vamos a tomar un café.

—No puedo, Antón; tengo trabajo.

—Bueno; entonces me vuelvo a casa. Por cierto, me dijiste que la jueza había autorizado la exhumación ¿cierto?

—Sí, para mañana mismo.

—Pues si va a estar presente no le arriando la ganancia; dan lluvia. El escenario perfecto para un trabajito así.

—Supongo que ya estará acostumbrada.

—Eso tenlo por seguro.

Me despedí del cabo y, cuando iba a recoger mi coche, el teléfono comenzó a sonar. Era Fernando Quiroga. Imaginaba el motivo de la llamada, así que me armé de toda la paciencia que me fue posible y respondí.

—Buenas tardes, señor Quiroga.

—¡Y una mierda, buenas tardes! ¡Lo serán para usted!

—Entiendo que no tiene usted un buen día.

—¡Pues no, no lo tengo! ¿Qué es eso de que van a exhumar el cadáver de mi abuelo? ¿A quién se le ha ocurrido tamaña aberración? ¿A usted?

—Es un paso más en la investigación, señor Quiroga —respondí con

calma—. Y si la jueza no lo hubiese estimado oportuno, le garantizo que no la habría autorizado.

—No sé a qué están jugando ustedes, pero le advierto que ya he hablado con mi abogado. Van a tener ustedes problemas graves cómo no me expliquen claramente por qué se ha ordenado esa barbaridad.

—Le repito que forma parte de la investigación. Tan solo queremos aclarar la forma en que falleció su abuelo.

—Y mientras Veloso sigue libre ¿no?

Había tardado más de lo que esperaba en reconducirme.

—Veloso está dónde tiene que estar, señor Quiroga.

La línea permaneció unos segundos en silencio.

—Tendrán noticias más, señor Veiga; y no van a ser buenas —concluyó con el tono de superioridad al que ya me había acostumbrado.

No me dio opción a responder; cuando quise hacerlo ya había colgado.

Sonreí, me encogí de hombros, recogí mi coche y, tres cuartos de hora después, llegué a casa escuchando las campanadas que indicaban las seis de la tarde.

Antes de subir, decidí regalarme un café, así que entré en el mesón que se encontraba al lado del portal de mi edificio. ¿Por qué lo hice? No lo sé; pero al entrar me llevé la sorpresa agradable del día. En la mesa situada junto a la ventana se encontraba sentada, frente a una taza de café, Daniela Vasile. No iba, a diferencia de la noche anterior, vestida para matar; pero hube de reconocer que más de uno estaría dispuesto a morir por aquella mujer.

Me acerqué hasta su mesa y, después de saludarla con un par de besos y un apretón de manos, me senté frente a ella.

—¿Qué te trae por aquí?

—Te esperaba; tengo algo para ti que creo que te va a alegrar.

—Bueno, ciertamente el verte ha sido la única alegría que he tenido en el día, así que una segunda no me vendría nada mal.

Sacó una tarjeta de su bolso y la deslizó frente a mí.

—¿Qué es esto?

—Creí entender ayer que estabas interesado en saber el nombre del notario que redactó el testamento de Fernando Quiroga ¿no? Pues ahí lo tienes.

—Hernán Villanueva González —leí en voz alta—. Y tiene el despacho aquí cerca, ¡mira qué bien! No sé qué decir... muchas gracias.

—No tienes por qué dárme las. ¿Te apetece tomar algo? Invito yo.

Pedí un café y mientras esperaba por él Daniela siguió preguntando.

—¿Has estado ya con el abogado Nogueira?

Asentí mientras bebía un sorbo.

—Esta misma tarde; con él y con su padre. Ni te imaginas todo lo que nos ha contado.

—¿Por qué no me cuentas cómo va la investigación? ¿Ya habéis descartado por completo a Gonzalo como sospechoso?

—Mucho me temo que no, Daniela; lo siento. Y lo peor es que quizá esté más implicado de lo que pensamos.

—¿Y eso?

Procedí a relatarle la entrevista del día anterior con el señor Quiroga y con su criada, y las conclusiones que habíamos extraído de lo que nos habían contado; así como lo que nos había relatado el padre del abogado. No me extendí gran cosa; tampoco era cuestión de informarla de todo, pero cuando terminé su cara reflejaba disgusto y extrañeza.

—¿Qué opinas?

—El investigador eres tú; se supone que eres el que debe sacar conclusiones.

—Pues si te digo la verdad, todavía no tengo un hilo fiable del qué tirar. No consigo materializar mis sospechas.

—Supongo que sospechas de Gonzalo ¿verdad?

—Lo siento; pero sí. Es el que tiene más motivos; pero no lo veo claro. Por otro lado, tampoco me fío mucho de Fernando Quiroga; no me parece trigo limpio. Y están esas frases que murmuraba su abuelo: que se había equivocado, que tenía que arreglarlo. ¿En qué se había equivocado? ¿Qué tenía que arreglar?

Daniela permaneció en silencio unos segundos, pensativa.

—¿En qué piensas?

—Le doy vueltas a esas frases. ¿Y si el viejo se arrepentía de lo que había hecho? De haber delatado a su amigo.

La miré fijamente con una mueca en los labios, mientras asentía con la cabeza.

—Eso que has dicho no es ninguna tontería. El tema es: si el viejo se refería a eso ¿cómo quería arreglarlo?

—Eso ya es más complicado. ¿Cómo se le devuelve un padre a un hijo? ¿Cómo se le devuelve la vida perdida? ¿Cómo se le compensa por tantos años



de sufrimiento y necesidad?

Permanecí pensando mientras mis dedos tamborileaban sobre la mesa. Daniela continuó.

—Ese es el dilema, ¿cómo se compensa todo eso? No es fácil.

Suspiré y sonreí ampliamente.

—Pues yo creo que sí. Para una persona que se afilió a un partido político con el fin de tener contactos y medrar, creo que todo se reduce a una cosa.

—¿A cuál?

—Al dinero, Daniela; al dinero.

—¿Insinúas que el abuelo Quiroga sopesaba dejarle a Gonzalo algo en herencia?

—Sería una manera de lavar su conciencia ¿no? Pero tengo la sensación de que eso no era del agrado de su hijo ni de su nieto.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El nieto no le tiene en mucha estima; mejor dicho, en ninguna. Cada vez que habla de él le brota el odio por los poros. Ayer me dijo que más de una vez habían discutido.

—Gonzalo no me dijo nunca que había hablado con él. ¿Por qué discutieron?

—Al parecer su abuelo había mostrado interés por la casa de Gonzalo, pero nunca había conseguido que se la vendiese. Él y su padre también lo intentaron; con el mismo resultado. Gonzalo siempre se negó a vender, así que sus encuentros siempre acabaron en enfrentamientos.

—¿Y por qué tanto interés por esa casa? Tampoco es que sea un palacio.

—Eso es lo que me intriga. Quiroga tiene en Madrid varios negocios inmobiliarios, pero desconozco si aquí también los tiene. Pero espera un momento...

Cogí el teléfono de mi chaqueta y marqué el número de Jiménez.

—¿Dime, Antón?

—Necesito que mañana sin falta me hagas un favor. Averigua que propiedades posee Fernando Quiroga.

—¿Buscas algo en concreto?

—No; busca todo lo que puedas: casas, pisos, fincas, locales, empresas... Mañana a las cuatro nos vemos; avisa al comandante.

—De acuerdo; le avisaré. Hasta mañana.

Colgué y miré a Daniela.

—¿Tienes algo que hacer este fin de semana?

Me miró extrañada.

—En principio no; ¿vas a pedirme una cita? —añadió sonriendo.

—Lamento decepcionarte, pero no; tan solo me gustaría que me acompañases a visitar a Gonzalo en su casa.

—¿Para qué?

—Necesito que me aclare algunas cosas; tú eres su abogada ¿no? Tienes derecho a estar presente en el interrogatorio —añadí con un deje de ironía.

—¿Me la estás devolviendo, eh!

—Tan solo era una broma. Bueno, ¿te apuntas o no?

—Con una condición.

—Dispara.

—Que me acompañes hasta mi casa. Se ha hecho de noche y ya te dije ayer que tengo miedo a pasar entre todos aquellos mendigos.

Sonreí; si no me lo hubiese pedido ella acabaría por proponérselo yo, pero me gustó que tomase la iniciativa.

—Por eso no hay problema ninguno; te acompañaré encantado.

En el momento en que nos disponíamos a salir del local, mi teléfono volvió a sonar. Cuando vi en la pantalla el número y el nombre al que estaba asociado, solté un bufido que no pasó desapercibido para Daniela.

—¿Algún problema?

—No; discúlpame un momento, tengo que responder.

Me alejé unos metros para evitar que Daniela pudiese escuchar la conversación y respondí.

—Buenas tardes.

—Muy buenas —respondió con algo de socarronería la voz de Lucía—. ¿Qué tal estás?

No supe por qué, pero me puse a la defensiva.

—Como siempre; trabajando. ¿Y tú?

—Yo ya he terminado; había pensado que podíamos cenar juntos en mi casa. Así podríamos continuar la conversación del otro día.

—Lo siento, Lucía; pero no me va a ser posible. Tengo algo que hacer.

El silencio que invadió la comunicación no presagiaba nada bueno.

—Y supongo que ese algo es alta, guapa...y rumana ¿no?

¡Mierda! pensé; las noticias vuelan. Intenté escabullirme.

—¿Por qué dices eso?

—¿Vas a cenar de nuevo con Daniela?

En su voz detecté el sabor amargo de un cóctel de enojo y celos.

—No, Lucía; no voy a cenar con ella, pero, aunque así fuera, no creo que hubiese nada de malo en ello. He cenado contigo muchísimas más veces.

—Pues hoy es la primera vez que rechazas mi invitación.

—Siempre hay una primera vez para todo, Lucía.

—Está bien; cómo quieras. Ya nos veremos...cuando estés menos ocupado —dijo con sarcasmo, antes de colgar.

Me quedé mirando la pantalla del teléfono moviendo la cabeza en señal de negación. No entendía ese brote de celos, pero me preocupaba. Y, además, estaba el hecho de que mis pasos fuesen tan pronto conocidos tanto por ella como por el comisario. Miré a uno y otro lado, como si tuviese la sensación de que estaba siendo vigilado.

Daniela se me acercó.

—¿Ocurre algo?

—¿Le has dicho a alguien que ayer estuvimos cenando?

Bajó la mirada y supe que había sido ella la que había hecho correr la voz.

—Me llamó el comisario por la noche y sí, se lo comenté. Sabes que para mí es cómo mi padre.

—En lo sucesivo, intenta ser un poco más celosa de tu intimidad...y de la mía; por favor.

No respondió, se limitó a cogerme del brazo y comenzamos a caminar en dirección a su casa.

Recorrimos la distancia que nos separaba de su domicilio en apenas veinte minutos y en un completo silencio. Cuando nos encontrábamos frente al portal y mientras ella lo abría, comencé a despedirme.

—Te llamaré el viernes para hablar de la visita a Gonzalo.

—¿Ya te vas?

—Ya estás en casa ¿no? ¿No pretenderás que haga guardia en el portal? —pregunté sonriendo.

—¿Te apetece un café? ¿O una copa?

Presentí el peligro; pero como suele ocurrir, a menudo ignoramos las advertencias que nuestra mente nos hace, lanzándonos de cabeza sin comprobar si la piscina tiene agua suficiente como para no estrellarnos.

Sí, sabía el riesgo que corría y sin embargo lo asumí sin importarme las

consecuencias. Me encogí de hombros.

—Te acepto un café.

Subimos hasta su piso, entramos en él y señaló el sofá que se encontraba en el salón.

—Siéntate; voy a cambiarme y enseguida preparo el café.

Recorrí con la mirada el salón y me detuve un instante frente a la librería atestada de ejemplares de todo tipo, desde novela romántica a negra, pasando por textos referentes a su trabajo. Me senté y esperé a que apareciese de nuevo.

Cuando lo hizo, antes de dirigirse a la cocina para preparar los cafés, la luz roja de advertencia parpadeó desbocada en mi cerebro.

El amplio cuello de la camiseta que se había puesto caía sobre su pecho, haciéndome imaginar lo inimaginable; y el pantalón corto que llevaba, dejaba al descubierto la blancura de sus piernas.

Por un momento, el diablo que casi todos los hombres llevamos dentro intentó hacerme pensar lo que no era. Lo mantuve a raya y pensé simplemente que lo único que había hecho había sido ponerse una ropa más cómoda, exactamente lo mismo que hacía yo cuando llegaba a casa. Así que dejé de ver conspiraciones y no dije nada; aunque no pude evitar contemplarla ensimismado mientras se giraba para dirigirse a la cocina. Antes de salir del salón se volvió.

—¿Me has oído?

—¿Qué? Perdona; estaba pensando.

—Te he dicho que ahora traigo los cafés.

—Sí, sí; de acuerdo. No te preocupes, no tengo prisa.

Cuando desapareció, me revolví inquieto en el sofá, hasta que decidí que debía imponerme un poco de autodisciplina y disfrutar de la compañía y del momento, sin imaginar situaciones que quizá no debieran producirse.

Volvió a los pocos minutos con una bandeja que depositó sobre la mesa del salón y se sentó junto a mí. Mientras servía los cafés percibí el roce de su pierna contra mi pantalón e, inconscientemente, cómo intentando minimizar el riesgo, separé levemente mi pierna de la suya. Me ofreció una de las tazas y, en silencio, bebimos un primer sorbo.

—Cuéntame algo de ti.

—¿Qué quieres que te cuente? Mi vida es bastante simple —respondí mientras colocaba el pocillo sobre la mesa.

—Fuiste policía ¿verdad?

—Sí; pero de eso hace ya mucho tiempo. Estuve a las órdenes del comisario Lamas.

—Me lo dijo; pero no me contó por qué te habías ido.

—Ni yo voy a hacerlo; es algo que no me apetece recordar. No es una historia agradable.

Le dimos el último sorbo a nuestros respectivos cafés.

—¿Te apetece una copa?

—No, gracias; ayer ya me excedí lo suficiente.

Clavó sus ojos en los míos y permaneció así, mirándome fijamente, durante unos segundos. Bajé la cabeza incapaz, sin saber por qué, de sostener su mirada. Sentí el impulso de besarla, pero me contuve. En lugar de eso, miré el reloj e hice una mueca de disgusto.

—Se ha hecho tarde. Tengo que irme, mañana tengo bastante trabajo.

Ella no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza, mientras contemplaba como yo me levantaba, recogía mi chaqueta y me dirigía hacia la puerta. En ese momento se levantó y se acercó a mí.

—¿Dime que no estás huyendo? —preguntó seria.

La miré con extrañeza.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—No lo sé; pero tengo esa sensación. ¿Te disgusta mi compañía?

—¿Disgustarme? Por supuesto que no, pero ya te he dicho que es un poco tarde. Volveremos a vernos, te lo aseguro.

Se acercó a mí y depositó un par de besos en mis mejillas.

—De acuerdo. Llámame o ven a verme cuando quieras.

—Lo haré —respondí mientras atravesaba el umbral de la puerta.

Mientras esperaba al ascensor sentí en mi nuca la mirada de Daniela. Antes de entrar en el mismo, me giré y me despedí de ella con un gesto al que correspondió lanzándome un beso. Salí del edificio y veinte minutos después me encontraba en mi residencia, con una nueva taza de café y pensando en lo que había ocurrido; y de repente, me asaltó de nuevo la famosa frase: “*ya lo pensaré mañana*”.



## CAPÍTULO 6

*27 de febrero de 2015, viernes*

Como era de esperar, al día siguiente no quise pensarlo; al menos, no demasiado.

Tampoco es que hubiese mucho qué pensar; comenzaba a sentirme atraído por Daniela, me gustaba e imaginaba que yo a ella también; al menos lo suficiente para regalarme su compañía. Los dos éramos adultos, sin ataduras ni obligaciones; libres como dos pajaritos, pensé mientras esbozaba una sonrisa.

Recordé la conversación mantenida con Lucía sobre el tema de mis relaciones y mi boca se torció en una mueca. Si llegara a enterarse de lo que Daniela había despertado en mi interior, quizá cambiase la opinión que tenía de mí. Aunque no había sido más que una cena y un café.

En realidad, tampoco tenía muy claro lo que sentía y no se me pasaba por la cabeza la idea de mantener una relación de pareja con Daniela ni entraba en mis planes enamorarme de nadie; ni muchísimo menos.

En mi cabeza apareció también el recuerdo de su llamada y de la invitación para cenar que yo había rechazado. Y cómo no, su reacción, rayana en el enojo y los celos; pero celos ¿por qué?

De repente, recordé la frase con la que me había despedido el día que habíamos cenado, su opinión de que además de ciego era tonto; y creí entender. Aún a riesgo de pecar de presuntuoso, deduje que era ella la que se sentía atraída por mí, de ahí su enfado cuando rechacé su invitación y cuando supo que había estado cenando con Daniela.

Sabía que tenía que hablar con ella y aclararle algunos aspectos de mi vida privada.

Tampoco es que tuviese la obligación de darle ninguna explicación, pero en mi fuero interno sentí que tenía que hacerlo; que se lo debía. Lo que dudaba era que ella quisiese hablar conmigo. Así que, sin mucha convicción, marqué en el teléfono su número.

Como era de esperar, nadie respondió, por lo que decidí enviarle un

escueto mensaje a través de la aplicación de mensajería instantánea: *“Tenemos que hablar. Llámame y cenamos hoy”*.

Todavía en la cama, comencé a ordenar mentalmente las tareas que tenía pendientes. Decidí dedicar la mañana a intentar entrevistarme con el notario Hernán Villanueva; por la tarde, me acercaría hasta Felgueiras, para reunirme con Jiménez y Bermejo.

Me levanté y me asomé a la ventana del salón. La predicción meteorológica no había fallado: estaba lloviendo. Una lluvia serena, calmada, sin viento, que no iba a impedirme ir hasta el despacho del notario caminando, protegido por un buen paraguas. Recordé lo que me había dicho el cabo y sonreí malévolamente; la jueza iba a mojarse.

Después de asearme y tomar un café bien cargado en el mesón situado al lado de mi edificio, me encaminé hasta el centro de la ciudad en busca del despacho del notario.

Estaba situado en la primera planta de un antiguo edificio que, al igual que la mayoría, había sido completamente renovado en su interior. Una secretaria cincuentona me franqueó la entrada; se sentó tras su mesa de trabajo y me preguntó el motivo de mi visita.

—Mi nombre es Antón Veiga y soy investigador privado. Quisiera ver al señor Hernán Villanueva, el notario.

—¿Puedo preguntarle para qué?

No me apetecía mucho darle explicaciones a nadie que no fuese la persona a la que buscaba; pero lo hice.

—Verá usted, estoy investigando un suicidio y un asesinato. En mis averiguaciones ha aparecido el nombre del notario, ya que fue el que redactó el testamento del suicida. Quisiera preguntarle si recuerda a la persona, para aclarar algunos puntos.

—Me temo que eso no va a ser posible, señor Veiga.

—¿Por qué?

—Pues porque el señor Villanueva falleció hace un año.

Ese sí era un contratiempo.

—¡Vaya, lo siento! No lo sabía; ¿era muy mayor?

—No; de hecho, no murió de enfermedad.

—Puedo preguntar de qué murió, entonces.

La mujer suspiró.

—No es algo que me apetezca recordar, pero...en fin...el señor



Villanueva murió al enfrentarse a dos atracadores que entraron en el despacho.

—¿Qué me está diciendo?

—Lo que oye. Hace un año entraron aquí dos individuos y me dijeron que les entregase todo el dinero; el señor notario, al oír los gritos, salió de su despacho y se enfrentó a ellos. Uno de ellos lo empujó contra la pared y, sin mediar palabra, le asestó dos puñaladas. Murió prácticamente en el acto; luego huyeron sin nada.

—¿Les cogieron?

—Sí, pero eso no nos devolvió al señor notario.

—Comprendo. ¿Y quién lleva ahora la notaría?

—Su hijo. Ya trabajaba aquí cuando ocurrió el suceso, pero en ese momento estaba fuera del despacho. Cuando llegó se encontró con su padre muerto. Jamás he visto a un hombre llorar tanto —dijo recogiendo con la punta de su meñique una pequeña gota en uno de sus lacrimales.

—¿Sería mucha molestia hablar con él?

—Tendré que preguntárselo; espere un momento.

Se levantó y se dirigió hacia una puerta situada a la izquierda de su mesa; golpeó quedamente la misma y entró. Instantes después volvió a aparecer en el vestíbulo y, con un gesto, me indicó que pasase.

—El señor notario le puede dedicar unos minutos.

Entré en el despacho. Detrás de una mesa de caoba se encontraba un hombre de unos cuarenta años, de cara redonda, con una extensa calvicie y gafas gruesas de pasta. Por la manera en la que se encontraba inmerso en su sillón, deduje que debía ser más bien bajo. Sus manos regordetas descansaban sobre una escribanía de cuero. A su derecha tenía un abrecartas de plata y, a su izquierda, al lado de un pesado crucifijo, se encontraba un ordenador portátil. Las paredes del despacho estaban cubiertas por una librería con puertas de cristal, llena de libros de tema legal.

El notario, con un gesto, me señaló una de las pesadas sillas que se encontraban frente a su mesa.

—Siéntese, por favor.

—Gracias por su tiempo, señor Villanueva —respondí mientras tomaba asiento en la dura e incómoda silla.

—No dispongo de mucho, por desgracia; usted dirá.

—Soy investigador privado y, en estos momentos, colaboro con la Guardia Civil en la resolución de un asesinato y en el esclarecimiento de un

suicidio. La persona que se suicidó se llamaba Fernando Quiroga y, por lo que he podido averiguar, su difunto padre fue quien redactó su testamento. Tengo razones para pensar que en ese documento hay algo que puede ayudarme a esclarecer lo sucedido.

—Imagino que sabe usted que ese tipo de documentos son confidenciales ¿verdad?

—Lo sé; pero también sé que lo son solamente mientras viva el testador. El señor Quiroga falleció hace diez años; lo que pudiese haber en ese testamento ya es de dominio público.

—Aun así...

—Señor Villanueva, le ruego que me ayude. Podría pedirle a la Guardia Civil de Felgueiras que solicitasen una orden judicial, pero creo que sería perder un tiempo precioso. Además, nadie tiene por qué saber que usted me ha ayudado.

El notario me observó atentamente, mientras tamborileaba con sus dedos sobre la mesa. Suspiró y, acto seguido, tecleó en su ordenador.

Transcurrieron unos minutos durante los cuales el notario siguió tecleando. Le miré mientras él observaba con detenimiento la pantalla; por fin, se volvió hacia mí, mientras asentía con la cabeza.

—Recuerdo a la persona; estuve presente en la redacción del testamento.

—¿Qué puede decirme?

—Su hijo y su nieto estuvieron presentes en la apertura del documento; no había nada de particular en él; su hijo era el único heredero. Se le hizo entrega de una copia del mismo, así como de un sobre cerrado.

—¿Qué contenía ese sobre?

—No lo sé; pero por mi experiencia, cuando se adjunta un sobre cerrado a un testamento, suele contener un manuscrito; una carta, vamos. Suele hacerse así cuando el testador quiere que se lleve a cabo una última voluntad que no desea que aparezca en el testamento.

—¿Por ejemplo, un legado para otra persona?

—Podría ser, sí.

—¿Y quién tiene ahora esa carta?

—Imagino que la tendrá su hijo o su nieto.

Permanecí un instante en silencio. El notario se impacientó.

—Señor Veiga, lo siento, pero tengo bastante trabajo.

Levanté la cabeza, le miré y me levanté.

—Gracias por su tiempo, señor Villanueva; me ha sido de gran ayuda.

—Eso espero. Buenos días, señor Veiga —dijo sin levantarse de la mesa.

Salí del despacho del notario y me encaminé hacia una cafetería; necesitaba una dosis de cafeína urgente.

Mientras tomaba el café pensé en todo lo que me había dicho el notario; en el misterioso sobre. Imaginé que estaría en poder del gran hombre y que, de ser importante, lo guardaría en un lugar seguro.

Pensé en la reunión que tenía esa misma tarde con Bermejo y Jiménez. Iba siendo hora de que tomasen cartas en el asunto. Se estaba complicando demasiado y, si había que hacer algún registro, tendrían que ser ellos los que solicitasen la orden.

Mientras volvía a casa recibí la llamada de Jiménez informándome de que ya se había realizado la exhumación del cuerpo de Fernando Quiroga abuelo y de que la autopsia se realizaría esa misma tarde. Después de darle las gracias le dije que hablase con su comandante y le propusiese que comiésemos los tres juntos.

No tardé mucho en tener la respuesta; el eficaz servicio de mensajería me hizo llegar la respuesta de Jiménez: *“a las dos y media, en el lugar de costumbre”*.

Para hacer algo de tiempo me dediqué, en mi despacho, a poner en orden toda la información de la que disponía con el fin de no perderme en la maraña en que se había enredado el caso.

Me llevó más tiempo del que hubiese deseado, así que tuve que salir a toda prisa de casa y enfilarse la carretera hacia Felgueiras a la mayor velocidad posible, teniendo cuidado, eso sí, de no contribuir involuntariamente al presupuesto de la Guardia Civil.

El tráfico era más denso de lo que había pensado, así que llegué a mi cita apenas cinco minutos antes. Bermejo y Jiménez ya se encontraban sentados a la mesa; los saludé y tomé asiento. Pedimos el menú del día y, mientras comíamos, charlamos de temas intrascendentes, intentando olvidar por un momento el asunto que nos ocupaba.

Cuando entramos en el despacho que habíamos ocupado hacía tan solo dos días, la vista que se ofreció ante mí me sorprendió; Jiménez había hecho los deberes.

Había colocado un gran panel en el que había ido colocando notas adhesivas con todos los personajes de aquella función, así como un gran plano

de la parroquia de Vila Verde en la que se habían encontrado los dos cuerpos. Nos sentamos en una mesa redonda situada frente al panel y el comandante comenzó a hablar.

—Bien, empecemos. En primer lugar, he conseguido el informe de las investigaciones que se llevaron a cabo en la unidad central en las que apareció el nombre de Fernando Quiroga. Fueron dos casos: uno de corrupción urbanística en uno de los municipios limítrofes con la capital. Parece ser que había sospechas de soborno al concejal de urbanismo para conseguir la recalificación de unos terrenos propiedad de una de sus empresas. Por desgracia, no pudo demostrarse nada, pero me han dicho que el caso no está definitivamente cerrado. El otro, fue un caso de prostitución de menores en una red de locales de alterne. Tampoco se le pudo probar nada; así que está limpio como una patena; al menos, de momento.

—Que lo esté no quiere decir que lo sea —aclaré.

—Para el caso es lo mismo; no hay pruebas...no hay delito.

—Pues yo tampoco tengo mucho más. Esta mañana he estado con el notario que redactó el testamento del abuelo de los Quiroga; mejor dicho, con su hijo, ya que su padre fue asesinado en su despacho hace un año. Me dijo que, junto con el testamento, les habían entregado a los herederos un sobre, del que desconoce su contenido; añadió que solía hacerse así cuando se quería que se llevase a cabo una última voluntad, sin que constase en el documento. Probablemente ese sobre esté en estos momentos en poder del nieto. Y por ahora, no tengo más. ¿Y tú qué has averiguado Jiménez?

El cabo sonrió.

—Pues parece que hoy me toca a mí ser el portador de las buenas noticias.

—Pues ya está usted tardando, mi cabo —añadí sonriendo.

—La persona con la que comió el abuelo de los Quiroga el último día de su vida...es Gonzalo Veloso; y lo mismo hizo su hijo. He estado en el restaurante donde comieron y, tanto el propietario como los empleados, lo han identificado. Y hay más; el propietario se mostró muy locuaz y, por lo que hablaba de los Quiroga, no eran santos de su devoción; sobre todo el abuelo. Me ha dicho que estaba metido en negocios raros y que le gustaban mucho las mujeres.

—Eso no es de extrañar, pero ¿qué tipo de negocios raros?

—Me ha dicho que uno de los clubes que se encuentran en la carretera

que conduce a Vila Nova, era de su propiedad.

—¿Está seguro?

—Al cien por cien; se lo dijo el mismo Quiroga. “*Pero figura a nombre de otra persona*”, le dijo, “*a ver si te crees que soy tonto*”, añadió.

—¡Pues qué bien! ¡Otra incógnita más! Esto se está liando demasiado.

—No seas impaciente, Antón; quizá yo te lo deslíe un poco. Tal y como me pediste, he ido al registro para averiguar qué propiedades posee Fernando Quiroga. Aparte de locales en Vila Nova y de la casa donde vive, tiene una serie de terrenos en Vila Verde; los iré marcando en el plano.

Durante unos instantes, el cabo fue tachando en el plano las parcelas que eran propiedad de Quiroga. Cuando terminó, se volvió hacia nosotros con una sonrisa en los labios.

—Ahí lo tiene, mi comandante —y añadió—. Antón, fijate bien.

El comandante y yo observamos atentamente el plano, aunque tengo que reconocer que no veía nada que me hiciese compartir la sonrisa de satisfacción que seguía teniendo el cabo en su rostro. Al cabo de un par de minutos, me di por vencido.

—Jiménez, lo siento; no lo veo.

Se dirigió al plano y señaló un grupo de parcelas marcadas agrupadas en torno a una que no lo estaba.

—¿Ves estas parcelas? ¿Ves la que está en medio, sin marcar?

—Jiménez ¿puedes ir al grano? —pregunté impaciente.

—Antón, esa parcela sin marcar es la casa de Gonzalo Veloso. Todas las que están a su alrededor pertenecen a Fernando Quiroga.

Miré fijamente el plano y una lucecita se encendió en mi cabeza.

—¡Coño, ahora lo entiendo!

—Pues compartílo conmigo, porque yo sigo sin enterarme —añadió el comandante.

Sonreí al cabo, mientras me levantaba y me acercaba al plano de la parroquia. Al pasar junto a él, le palmeé la espalda.

—Comandante, Fernando Quiroga me dijo que tanto su abuelo como su padre habían estado interesados en comprarle la casa a Gonzalo Veloso, pero que siempre se había negado a vender. También me dijo que él también se había ofrecido a comprársela, con idéntico resultado. Cuando le pregunté a que venía tanto interés por la casa, me dijo que era simplemente un capricho. Ahora ya sé por qué tiene tanto interés en ella; porque posee todas las parcelas

que la rodean. Jiménez ¿qué más has averiguado en el registro de la propiedad?

—Algo interesante. Teóricamente, esas fincas, al igual que las del resto de la parroquia, deberían estar calificadas como suelo rústico; pero en realidad no es así. Todas las de Quiroga fueron recalificadas hace un par de años; en este momento son urbanizables.

—Es decir, que puede edificar en ellas y construir lo que le venga en gana —añadí.

Durante un momento, permanecimos los tres en silencio, mirándonos unos a otros. El comandante lo rompió.

—Todo eso que habéis averiguado está muy bien, pero no nos sirve de mucho. Os recuerdo que no estamos investigando a Fernando Quiroga, sino el asesinato de su padre y el esclarecimiento del suicidio de su abuelo. Y en eso, de momento, no tenemos nada.

—Comandante —repliqué—, eso no es del todo correcto. Podemos investigar a Fernando Quiroga por un delito de corrupción urbanística.

—No sabemos si la ha habido; para eso habría que hablar con el concejal de urbanismo de Vila Verde.

—Pues lo hacemos.

—¿Y eso de qué nos va a servir? ¿Va a aclararnos el asesinato y el suicidio?

—No; pero va a permitirnos efectuar un registro en el domicilio de Quiroga. Quizá nos encontremos con el famoso sobre perdido.

El comandante sonrió.

—Ya veo por dónde va; pretende desviar su atención.

—Más o menos. Ahora entiendo por qué está tan interesado en que sospechemos de Veloso. Imaginemos por un momento que, efectivamente, Gonzalo Veloso asesinó al padre de Quiroga y conseguimos probarlo y detenerlo. Lógicamente, en un juicio sería condenado y, aparte de una temporadita en la cárcel, se le impondría también el pago de una indemnización a los familiares de la víctima. En el caso más que probable, de que no pudiese abonar dicha suma, sus propiedades serían subastadas.

—¿Y? —preguntó el comandante.

—Fernando Quiroga podría pujar en esa subasta; si no él directamente, sí por medio de alguno de sus testaferros, y se haría con la finca de un modo legal...y gratis.

—Gratis, porque el dinero obtenido de la venta se utilizaría para abonar la indemnización a la familia Quiroga —añadió el cabo.

—Efectivamente, Jiménez. ¡Vas progresando!

Bermejo dejó caer sus manos sobre la mesa.

—Bien, suspendamos la reunión hasta el lunes. Intentaré hablar con la jueza para que nos permita investigar los manejos urbanísticos del señor Quiroga. Veremos cómo se lo toma.

—Y también deberíamos averiguar a nombre de quién están todos los clubes que se encuentran en la carretera que llega a Vila Nova —añadí—. Si alguno pertenecía al abuelo, pertenecerá ahora al nieto. Encárgate tú de eso, Jiménez.

Nos despedimos y salí al exterior del cuartel. Había dejado de llover y entre las nubes comenzaban a asomar algunos retazos de un cielo ya más rojizo que azul, por la proximidad del ocaso.

Me introduje en el coche y, antes de salir en dirección a la ciudad, mi teléfono comenzó a vibrar y a sonar con estridencia. Lo rescaté de mi bolsillo rápidamente esperando ver el número que deseaba. Por desgracia, no fue así.

—Buenas tardes, Daniela.

—¡Hola, fugitivo!

Percibí en su exclamación la ironía.

—¿Por qué me llamas así?

—Porque ayer huiste como un recluso de su cárcel.

—Ya te dije que se me hizo tarde. Además, necesitaba descansar e imaginé que tú también.

—¡Qué galante! ¿Dónde estás?

—En Felgueiras, a punto de volver a casa.

—¿Te apetece cenar conmigo?

Sonreí; jamás había estado tan solicitado. Mi ego estaba recibiendo últimamente sobredosis de autoestima.

—No puedo; tengo un asunto pendiente y voy a intentar solucionarlo. Mejor otro día.

—Como quieras. ¿Sigue en pie lo de ir a visitar a Gonzalo?

—Sí, por supuesto.

—¿Y cuándo tenías pensado ir?

Pensé unos segundos.

—Mañana por la tarde, después de comer.

—En ese caso, podemos comer juntos e ir después a visitarlo. ¿Qué te parece?

—¡Tú tampoco te rindes, eh! Está bien; acércate por mi casa sobre la una.

—¡Vaya! ¿Ya se te agotó la galantería? Deberías recogerme tú a mí ¿no?

—Lo haría, mi querida abogada —aclaré con sorna—, pero la calle en la que vives es peatonal.

—Pero hay aparcamientos cerca, señor investigador —respondió devolviéndome la sorna.

Claudiqué.

—De acuerdo; te recogeré a la una. Ahora debo irme.

—Hasta mañana Antón, un beso.

No me dio tiempo a responder, ya había colgado. Arrojé el teléfono en el asiento del copiloto y encendí el motor. Aún no había comenzado a rodar, cuando la estridencia volvió a invadir el habitáculo. Miré de reojo la pantalla y suspiré.

—Hola, Lucía.

Su respuesta fue un escueto y lacónico hola.

—Dime ¿qué quieres? —pregunté.

—¿Yo? Nada.

—Me has llamado ¿no?

—Y tú me has mandado un mensaje ¿verdad? ¿Qué es lo que quieres tú?

Seguía enojada; podía sentirlo en su voz.

—¿Por qué no cenamos juntos y hablamos un rato?

—¿De qué quieres hablar?

—De muchas cosas, Lucía; de muchas cosas.

El silencio que invadió la línea se hizo tan largo que temí que se hubiese cortado la comunicación.

—Lucía ¿estás ahí?

—Sí; estaba pensando. Supongo que si quieres cenar conmigo es porque no estás demasiado ocupado, ¿me equivoco?

Enojo, silencio, sarcasmo; el cóctel se estaba volviendo peligroso, explosivo. Aun así, bebí un trago.

—Si estuviese ocupado no te pediría que cenases conmigo. Y no seas sarcástica, por favor; si no te apetece verme lo acepto, pero no tienes ningún motivo para tratarme así. Siempre he procurado ser sincero contigo.

De nuevo el silencio.



—A las nueve, en mi casa.

Colgó sin darme ocasión de responder. Volví a arrojar el teléfono sobre el asiento y comencé a conducir en dirección a la ciudad.

A las ocho, después de haberme puesto las mejores galas que pude encontrar en mi armario, salí de casa con la intención de pasar por una vinoteca antes de dirigirme hacia la casa de Lucía. Pensé en presentarme con un par de botellas de su rioja preferido, como muestra de buena voluntad. Ese gesto le supuso a mi maltrecha cartera un golpe bastante duro, pero del que esperaba poder recuperarme pronto. A las nueve, frente a los botones del portero automático, suspiré fuertemente antes de presionar el de su piso.

No escuché su voz, simplemente el zumbido que indicaba que la puerta estaba desbloqueada. Subí los tres pisos que me separaban de ella y llamé a la puerta. Cuando se abrió, un rostro serio y duro me contempló en silencio desde el umbral.

Lucía se hizo a un lado y, con un gesto, me indicó que entrase. Cerró la puerta y volvió a observarme en silencio, mientras yo esgrimía las dos botellas de vino como quién ondea una bandera blanca.

—Te he traído el vino que te gusta.

—Muy amable; pero ya sabes que tú no puedes beber.

El sarcasmo seguía dominando la situación y empecé a hartarme de él.

—Lucía, si vas a estar así durante toda la cena, será mejor que me vaya. No me apetece pasarme la velada arrancándome los dardos que te has empeñado en lanzarme.

No respondió, se limitó a indicarme la mesa.

—Siéntate; traeré la cena.

Comenzamos a cenar en medio de un silencio invadido por miradas de reproche y muecas de disgusto. A punto de finalizar, Lucía decidió romperlo de manera brusca.

—¿Te has acostado con Daniela?

Dejé sobre el plato el trozo de carne que iba a llevarme a la boca, me limpié lentamente los labios con la servilleta, la coloqué con cuidado sobre la mesa y la miré fijamente.

—Jamás hubiese esperado que me hicieras esa pregunta.

—¿Por qué? Es una pregunta como otra cualquiera —añadió con indiferencia—. Tampoco es que me importe mucho.

—Si no te importase, no lo hubieses preguntado. El tema es ¿por qué te

importa? Jamás te inmiscuiste en mi vida privada ¿por qué ahora? ¿Por qué ese enfado y esos celos?

—¡Celos! ¡Ja! ¿Por qué iba a tener celos?

—Eso es lo que me pregunto yo ¿por qué?

—No son celos; es simplemente curiosidad.

—Pues es una curiosidad malsana; yo jamás te he preguntado si ocupaba alguien tu cama. Y no, no me he acostado con ella ¿satisfecha?

Hubiese podido negarme a responder y dejar que la duda se instalase entre los dos, pero iba en contra de mis principios.

Además, tal y como le había dicho por teléfono, siempre había procurado ser sincero con ella; aunque a veces la sinceridad duela. Tardó en responder; y cuando lo hizo el enojo había desaparecido, sustituido por la melancolía y la tristeza.

—Tampoco me extrañaría que lo hubieras hecho, la verdad; lo cierto es que es muy guapa y tiene un cuerpo precioso. Si además le sumas que es inteligente, eso la convierte en una mujer apetecible para cualquier hombre. ¿Vas a salir con ella?

Sonreí, recostándome en la silla.

—No te imagines lo que no hay, Lucía. Entre ella y yo solo ha habido un encuentro casual y nada más; tan solo una cena y un café. Ni yo estoy enamorado de ella ni ella de mí; no habrá nada más, te lo aseguro.

—¡Muy seguro estás!

—De acuerdo; y si lo hubiera ¿qué?

—Supongo que nada; eres libre para estar con quién quieras.

—Entonces no entiendo tu enojo.

—¿Tomamos un café? —preguntó cambiando de conversación y levantándose.

Asentí, me levanté y me dirigí hacia el sofá. Lucía apareció al cabo de unos minutos con dos tazas de café y dos vasos con hielo. La miré intrigado.

—¿Y eso? —pregunté señalando con la cabeza los vasos.

—Voy a levantarte el castigo; me apetece tomar una copa contigo; whisky, ¿verdad?

Asentí sonriendo. Al terminar el café y después de beber un sorbo de mi copa, continué la conversación.

—Todavía no me has dicho a qué se debe tu enojo; sobre todo el de ayer.

—No tuve un buen día, lo siento.

—¿Puedo preguntarte qué ocurrió?

—Tengo un pequeño problema.

—¿Laboral? ¿De salud? ¡Vamos, Lucía! ¿Qué ocurre?

—Sentimental.

La luz roja de advertencia comenzó a lanzar tímidos destellos en mi cabeza. La ignoré. Ella, al escuchar mi silencio, continuó.

—Antón...he encontrado a alguien. Alguien que me gusta.

—¿Y eso es un problema? No creo que haya nada de malo en eso. Esa persona ¿lo sabe?

—No. Es más, creo que ni se lo imagina.

—Has dicho que te gusta ¿mucho?

Tardó en responder y cuando lo hizo, sus ojos brillaban.

—Creo que me he enamorado.

Lancé un silbido.

—Eso es un poco fuerte; ¿no te estarás precipitando?

Negó con la cabeza y bajó la mirada.

—Pienso en él durante todo el día y, por la noche, me duermo pensando en él e imaginándomelo junto a mí, en mi cama. Cada vez que le veo, siento un cosquilleo en el estómago; si eso no es estar enamorada...entonces no sé lo que es el amor.

—Bueno; la cosa no está entonces difícil. Si estás enamorada de esa persona deberías, antes de nada, averiguar lo que piensa.

—Eso ya lo sé; sé perfectamente lo que piensa y sé que no está enamorado de mí. Creo que, en el fondo, ni se fija en mí como mujer.

—Entiendo; es un amigo y solo te ve como una amiga ¿no?

—Más o menos.

—¿Os veis a menudo?

—Menos de lo que yo quisiera.

—Y cuando os veis, ¿cómo se comporta?

—Sé que cuando estamos juntos está a gusto; o eso me parece. Pero me temo que no tiene muchas ganas de complicarse la vida.

La luz aumentó su intensidad y la cadencia del parpadeo.

—Imagino que será un compañero del hospital ¿no?

—No; no lo es. Pero tú lo conoces —respondió mirándome de reojo.

No volví a preguntar; tenía un mal presentimiento. Sentía temor por cada una de las respuestas que podía obtener si seguía indagando. Lucía me

observaba a hurtadillas; podía sentir su mirada aun teniendo mis ojos fijos en la copa. Ella no aceptó mi silencio.

—¿No vas a seguir preguntando?

—Es que no sé qué preguntar, ni qué decirte. Es tu vida y no sé si debo meterme en ella.

Después de unos segundos en silencio, el enojo volvió a hacer acto de presencia en su voz.

—¿Así que ya no quieres saber más? Creí que te importaba.

—No te enfades conmigo; no tienes motivos. Me importas, claro que me importas, pero sigo opinando que es tu vida. Creo que sabes perfectamente lo que debes hacer.

—¡Ah sí! ¿Y qué debo hacer?

—Hablarle claro; decirle lo que sientes; preguntarle lo que piensa.

—Eso es lo malo; que sé cómo piensa y lo que va a decirme.

—¿Y qué va a decirte?

—Que no quiere problemas; que en su vida no cabe nadie; que no quiere complicaciones; que no puede querer a nadie. ¡Qué sé yo!

—Muy segura estás.

Me miró fijamente, sonrió y los destellos iluminaron toda mi cabeza. De repente, lo soltó.

—Es lo que llevas diciéndome desde que te conozco.

Fue como recibir un puñetazo en la boca del estómago; de repente me costaba respirar.

Me levanté y caminé unos segundos por el salón, intentando encontrar el aire que me faltaba. No me atrevía a enfrentarme a su mirada, aunque sabía que tendría que hacerlo.

Volví a sentarme, bebí un sorbo de mi copa y dejé el vaso sobre la mesa, buscando tiempo. Ella me observaba en silencio, con el semblante serio.

—¿No vas a decir nada? —preguntó tímidamente.

Respiré profundamente.

—Es que no sé qué puedo decir.

Sonrió irónicamente.

—Pues tiene gracia. Acabo de confesarte lo que pienso y lo que siento y no sabes qué decir; ¡qué decepción!

—¿Te sientes decepcionada?

—¡Hombre, me dirás! Creí que reaccionarías de alguna manera. ¿O es que todos los días se te declara una mujer? No me esperaba esa indiferencia, la verdad —añadió con un punto de enojo.

Sopesé la respuesta.

—No se trata de indiferencia; simplemente no sé qué responder. Me has cogido totalmente por sorpresa.

—Ya te dije el otro día que además de ciego eras tonto. Alguna opinión tendrás, ¿supongo?

—A ver, intentaré decir todo lo que se me pasa por la cabeza. Por supuesto que me siento halagado; que una mujer cómo tú me diga que se ha enamorado de alguien como yo, con todos mis defectos y rarezas, no deja de ser un halago. Por otra parte, no creo haber hecho nada para enamorarte, lo cual me induce a pensar que, o bien no lo has pensado mucho, o bien tienes muchísima moral para querer entablar una relación con alguien tan problemático como yo.

Hice una pausa, bebí un sorbo y continué.

—Además, tú lo has dicho: sabes que no me apetece complicarme la vida con una nueva relación; pero eso no quiere decir que no pueda querer a nadie. El hecho de no querer emparejarme no implica necesariamente que me haya vuelto misógino o egocéntrico; es más una cuestión de temor.

—¿Me estás dando calabazas diciéndome que tienes miedo?

—No me interrumpas, por favor; yo no lo he hecho. Y no te estoy dando calabazas; simplemente estoy intentando explicarte lo que yo siento. No te voy a negar que me gustas; que tal vez en alguna ocasión se me pasó por la cabeza tener algo contigo; pero como ya te he dicho, tengo demasiados defectos y temo que, al final, eso acabase por destrozar la relación. Lo peor es que, seguramente, también destruiría nuestra amistad; y eso no me lo perdonaría.

No puedo permitirme perder una amistad como la tuya.

Me levanté y me dirigí al mueble bar para servirme otra copa. Lucía me observaba en silencio, atentamente. Cuando volví a sentarme capté en sus ojos la decepción y el enfado.

—No me lo esperaba, sinceramente. Creí que, a pesar de tus recelos y tus miedos, tendrías el valor de intentar comenzar una relación; máxime cuando acabo de decirte que estoy enamorada de ti. Pero ya veo que, en el fondo, no es más que cobardía por tu parte. Te creía más decidido, la verdad.

—Siento que pienses eso y si algo de lo que he dicho te hace sentir mal, pero no puedo decirte otra cosa; no quiero acabar haciéndote daño. Yo no soy lo que tú te mereces.

—¡Déjate de idioteces! ¡Y no te atrevas a decirme lo que me merezco! ¡Eso ya lo sé! Y ya me has hecho daño; me has hecho quedar como una estúpida, como una colegiala a la que le da calabazas el primer chico del que se enamora.

Me levanté, me dirigí al perchero y me puse la chaqueta. Ella me miraba fijamente, con los ojos vidriosos y llenos de ira.

—Creo que será mejor que me vaya, Lucía.

—Sí, huye; es lo que mejor sabes hacer; huir y esconderte —dijo con ironía.

—Eres injusta —respondí negando con la cabeza.

Me encaminé hacia la puerta y salí del piso. Mientras cerraba la puerta escuché como murmuraba.

—Y tú un cabrón —dijo mientras rompía a llorar.

De camino a casa me invadió una sensación extraña; de sentimientos encontrados. Por un lado, sentía que no me había comportado del todo mal, por mucho que ella se sintiese dolida; había sido sincero, le había expuesto claramente mis motivos, no era culpa mía si no los aceptaba.

Por otro lado, me invadía una sensación de pérdida; como si al cerrar su puerta hubiese cerrado la última ocasión para reconducir mi vida y ser feliz.

La sensación de angustia y el nudo en el estómago fueron haciéndose cada vez más grandes, apoderándose de todo mi interior y extendiendo sus tentáculos hasta mi cabeza.

Aparqué el coche y, antes de subir a mi piso, entré en el mesón contiguo. Estaba desierto. El camarero me observó fijamente; nos conocíamos y creí detectar una mueca de disgusto en su rostro.

Miré mi reloj: pasaban unos minutos de las once y media y supuse que tenía intención de cerrar pronto. Desde la puerta pregunté.

—¿Vas a cerrar ya o puedo tomarme la última?

—Hasta las doce aún tienes tiempo.

Entré en el local y, cuando iba a dirigirme a la barra, algo tiró de mí hacia la máquina expendedora de tabaco. Saqué unas monedas de mi bolsillo y me hice con una cajetilla. Luego, me senté en un taburete, frente a la barra.

—¿Tienes fuego?

—¿Has vuelto a fumar? —preguntó el camarero extrañado mientras me ofrecía su encendedor.

—He vuelto a hacer muchas tonterías —respondí tristemente mientras encendía el cigarrillo.

—Recuerdas que aquí no se puede fumar ¿verdad?

—¿Por qué no cierras ya? Baja las persianas, ¡anda!; tómate algo conmigo, yo invito. Pero antes ponme un whisky.

El camarero sonrió y cuando iba a servirme lo que le había pedido lo detuve.

—No, ese no; ponme a mi verde amigo Jameson.

Me sirvió la copa y salió de la barra para cerrar el local. Acto seguido, apagó unas cuantas luces y volvió a su lugar, dentro de la barra, como si quisiese establecer una barrera entre los dos.

Bebí un sorbo del líquido dorado y el sabor de la vainilla, de la madera y de la miel, invadió mis papilas gustativas.

La música sonaba en el aparato de radio. En el preciso momento en que el licor descendía por mi esófago, con la misión de deshacer el nudo de mi estómago, la voz de Freddie Mercury comenzaba a cantar “*The show must go on*”.

Escuché atentamente la canción durante los cuatro minutos largos que duró, sin hacer otra cosa que darle caladas al cigarrillo y beber sorbos de mi copa, mientras mi casual acompañante se dedicaba a limpiar, sin dejar de mirarme de reojo. El poco inglés que chapurreaba apenas me dejaba entender frases sueltas; frases que penetraban en mi cabeza y se quedaban allí flotando. “*¿Sabe alguien para qué vivimos?*”; “*sea lo que sea que ocurra, dejaré todo a la suerte*”; “*otro desamor, otro romance fallido, sin parar*”; “*tengo que encontrar la voluntad para continuar*”; “*el espectáculo debe continuar*”.

Sí, el espectáculo debía continuar y yo debía ser su principal

protagonista, pero tendría que ser en otro momento. En el que me encontraba, lo único que deseaba era envolver toda mi angustia en el humo del cigarrillo y ahogarla en mi copa. Apuré lo que quedaba en ella de un solo trago y con un gesto le indiqué al camarero que volviese a llenarla. Lo hizo.

—¿No tomas nada? Te dije que invitaba yo.

Sonrió, sacó una cerveza de la nevera, la abrió y bebió un largo trago. Le imité y vacié media copa.

—Sienta bien después de currar ¿verdad?

—Lo cierto es que sí; y más con el día de trabajo que hemos tenido hoy.

—Eso es bueno; me refiero a que haya trabajo. Hay que levantar este país que algunos chorizos se han empeñado en derrumbar —dije con una mueca de desprecio.

—Parece que no has tenido un buen día ¿eh!

—Hay días en los que uno no debería levantarse de la cama.

—Y días en los que habría que acostarse pronto.

Levanté mi copa fingiendo brindar.

—Captada la indirecta. No te preocupes, no vas a quedarte aquí toda la noche. Con que me pongas una más mientras terminas, me conformo.

—Aún la tienes mediada.

Sonreí y vacié la copa de un trago.

—Asunto solucionado; ya puedes servírmela.

Salí del mesón a las doce y media y, después de lidiar durante unos segundos con la cerradura del portal, subí las escaleras y entré en mi piso. Encendí un cigarrillo y me senté en el sillón que tenía junto a la ventana mientras lo fumaba. Notaba como el sopor producido por la ingesta del whisky se iba apoderando de mí, así que cuando finalicé el cigarrillo, arrastré mis pies hasta la habitación y me envolví en las sábanas sin ni siquiera desvestirme.





## ESPERANZA

*20 de noviembre de 1937*

La noche ya había caído sobre la pequeña aldea. Una noche de otoño, pero que más parecía de invierno, dado lo fría y lluviosa que se presentaba. La lluvia caía con fuerza, haciendo que todos los senderos que se adentraban en el monte se convirtiesen en acueductos por los que el agua discurría con fuerza, arrastrando tierra y piedras a su paso.

Dentro de la casa, alumbrada por la tenue luz de una bombilla eléctrica que parpadeaba de vez en cuando, presagiando la llegada de la oscuridad, una mujer se afanaba en lavar el pote que había utilizado para preparar la escasa cena que tanto ella como su hijo de cinco años, que todavía permanecía sentado a la mesa frente a un tazón de leche, habían engullido hacía tan solo unos instantes.

Cada vez que la luz amenazaba con huir de la estancia, la mujer levantaba la cabeza y fruncía el ceño. Después, volvía a frotar con energía el pote, intentando terminar la limpieza del mismo antes de que la corriente eléctrica huyese definitivamente. Dirigió la mirada hacia su hijo, que jugaba con la cuchara en el tazón.

—Gonzalo, hijo, termina la leche; si no lo haces, se enfriará. Y ya es tarde, tienes que acostarte.

El niño la miró sonriendo.

—Sí, madre —respondió sujetando el tazón con ambas manos y bebiendo un gran trago.

Fuera, seguía lloviendo.

Aunque apenas eran las ocho, ya era noche cerrada.

A un par de kilómetros de allí, en lo alto de un monte cercano, dónde se cruzaban los caminos procedentes de un par de parroquias cercanas con los que conducían a Felgueiras y al centro de la pequeña aldea, se encontraba una desvencijada motocicleta ocupada por dos hombres. Uno de ellos, descendió de la misma y se despidió de su compañero con un abrazo y un apretón de

manos.

—Recuerda, mañana al amanecer —dijo el hombre que permanecía subido a la motocicleta.

—Descuida, no lo olvidaré.

—Y...Ubaldo...ten mucho cuidado, por Dios. Si te ocurriese algo no me lo perdonaría. Más, habiendo sido yo el que te ha traído hasta aquí.

Si hubiese habido más luz que la que desprendía el foco de la motocicleta, el hombre que había hablado habría visto la sonrisa de agradecimiento que había aparecido en el rostro del hombre que, después de dar media vuelta, se encaminó hacia un sendero que se adentraba en el monte, tras dejar atrás el cruceiro situado en el centro de los cuatro caminos.

Paso a paso, bajo la incesante lluvia, caminó por el sendero forestal con cuidado de no dar un mal paso y acabar con sus huesos en el suelo, así como de permanecer oculto; aunque con aquella noche y cubierto por el grueso capote que lo protegía del agua, sería bastante difícil que alguien lo viese.

Después de recorrer unos quinientos metros, el sendero comenzaba a descender entre muros espesos de maleza hasta que, unos cien metros más abajo, se despejaba. Podían verse, entonces, las ruinas de una pequeña casa al lado de otra no menos pequeña, pero en bastante mejor estado. Después, el sendero continuaba descendiendo hasta terminar uniéndose al camino que conducía a la casa donde la mujer continuaba con sus labores de limpieza.

Al llegar, se sentó en las escaleras que daban acceso a la vivienda, tomándose un respiro.

El agua que resbalaba por el pequeño alero situado sobre la puerta de entrada, caía a chorro sobre su cabeza. Aunque protegido por el grueso capote, no pudo evitar sentir un escalofrío; el frío y la humedad se filtraban por el tejido hasta llegar a su cuerpo.

Dentro de la casa, la mujer permanecía ajena a su presencia.

El hombre meditó un momento cómo revelarse sin sobresaltarla; miró al cielo y éste le dio la solución. Se había desatado una tormenta, así que, aunque los relámpagos podían delatarlo, los truenos amortiguarían cualquier posible ruido que hiciese.

Esperó un momento hasta que descargó un rayo y, cuando la luminosidad desapareció, se acercó hasta la pequeña puerta que daba acceso al patio interior. Cuando se escuchó el trueno la abrió y bajó las escaleras rápidamente, dirigiéndose al establo situado bajo la casa.

Cuando estuvo al abrigo de la lluvia se desembarazó de su pesado capote, lo colocó fuera de la vista de cualquiera que se dirigiese al establo y, caminando pegado a la pared de la casa con sigilo, alcanzó el retrete situado en la pared más opuesta de la misma.

Éste, no era más que un cajón de madera lleno de agua y comunicado con un pozo adónde iban a parar todas las heces, una vez abierta la trampilla situada bajo el cajón. Estaba instalado en un pequeño cobertizo de madera, provisto de una puerta que lo aislaba de las miradas y de un ventanuco que no era más que un hueco abierto en el muro de la casa, a través del cual podía verse la huerta situada a los pies de la misma.

El hombre entró en él y, entrecerrando la puerta para poder ver las escaleras que desde la cocina conducían al patio, esperó.

Dentro de la casa, en la cocina, la mujer había terminado la limpieza. Se dirigió hacia dónde se encontraba su hijo y, sentándose junto a él, le miró mientras éste terminaba el cuenco de leche.

—Eres igualito a tu padre, cielo —dijo sonriendo, mientras cogía la cara del niño con ambas manos y le besaba en las mejillas.

El niño la miró fijamente.

—Madre, ¿dónde está padre?

La mujer oscureció su semblante.

—Muy lejos, hijo; trabajando.

—¿Volverá?

—Eso ni lo dudes. Tu padre jamás nos abandonará.

Callaron los dos, mirándose en silencio.

La mujer se levantó.

—Cariño, es hora de acostarse.

El niño se levantó y se dirigió hacia la pequeña habitación situada al final del pasillo. La madre lo acompañó y comenzó a desvestirlo, mientras el pequeño le lanzaba una mirada llena de reproche.

—Ya soy mayor; puedo hacerlo solo.

—Está bien —respondió la madre sonriendo—. Entonces, mientras te acuestas, voy a echarle algo de comer a la vaca ¿te parece?

—Vale —respondió ufano y lleno de orgullo el pequeño.

La mujer salió de la habitación y volvió a la cocina. Recogió el tazón vacío que todavía permanecía sobre la mesa y lo depositó en el fregadero.

Luego, volviendo al pasillo, cogió un impermeable del perchero situado

al lado de la puerta, se lo echó por los hombros y después de encender el candil que se encontraba en la repisa situada sobre la encimera de la cocina, se dispuso a salir al patio.

Abrió la puerta y el aire húmedo y frío de la noche la golpeó en el rostro. Comenzó a descender con cuidado las escaleras de piedra, hasta que sus pies se hundieron en la hierba del patio; giró a la izquierda y apresuró el paso hasta llegar a la puerta del establo.

Colgó el candil en un gancho que sobresalía de una de las piedras del muro y, del bolsillo de su delantal, sacó una llave que introdujo en la cerradura.

Mientras, el hombre que esperaba escondido en la sombra la observaba en silencio. En el cielo brilló un relámpago. Cuando el trueno se dejó oír, salió rápidamente de su escondrijo y corrió hacia la mujer que forcejeaba con la cerradura.

Al llegar a su altura la sujetó por la cintura y colocó una de sus manos sobre la boca, evitando que la mujer emitiese sonido alguno.

—No grites —le susurró al oído—. Soy yo, Ubaldo.

La mujer, que había comenzado a debatirse intentado liberarse de los brazos que la sujetaban, se relajó.

—Ahora voy a retirar mi mano. Por favor, Carmen, no grites —volvió a rogar el hombre.

Retiró la mano de la boca de su mujer y la soltó. Ésta, se giró y le miró. En la oscuridad, apenas podía distinguir sus facciones. Estiró su brazo, cogió el candil y lo levantó a la altura de su cara.

Cuando la luz iluminó el rostro de aquel hombre, que no era otro que su esposo, se llevó una mano a la boca, reprimiendo un grito.

Él, mientras, sonreía.

Una vez se hubo repuesto de su sorpresa, Carmen volvió a colgar la fuente de luz y se abrazó a su marido, que respondió a su abrazo y buscó su boca con avidez, fundiéndose con ella en un beso largo y dulce, un beso largamente esperado y deseado. Después se separaron.

Ubaldo cogió la llave de la puerta del establo y, con un par de movimientos, venció la resistencia de la cerradura entrando en la cuadra seguido por su mujer.

Sin hablar, la ayudó en la labor que había ido a realizar y, una vez hubieron terminado, salieron de nuevo al patio. Ubaldo cerró la puerta,

recogió su capote de donde lo había escondido y acompañó a su mujer de vuelta a la casa.

Al llegar de nuevo a la cocina, la mujer se hizo con el capote y con el impermeable y los depositó en el respaldo de una silla, acercándola a la cocina de leña, todavía encendida, para que se secaran.

Se volvió hacia su marido que se había sentado a la mesa; le miró durante unos segundos, se acercó a él y volvió a besarlo. Después se sentó a su lado.

—¿Quieres comer algo? —preguntó con un susurro.

—Bueno; no me importaría.

—¿Te preparo algo caliente?

—No, no; no te molestes. Bastará con un poco de embutido y un trozo de pan. Eso sí, con un vaso de vino; me ayudará a entrar en calor.

La mujer se levantó y, del armario situado frente a la mesa, sacó un poco de chorizo que colocó en un plato frente a su marido. Luego, cortó un buen trozo de pan de maíz y le sirvió un vaso de vino.

—Mientras comes, voy a echarle un vistazo al niño. Acaba de acostarse.

—¿Cómo está?

—Cada vez más alto. Es un traste; siempre me hace alguna jugarreta; pero en el fondo es bueno... como tú.

Carmen salió de la cocina y se dirigió a la habitación donde el pequeño ya dormía. Ubaldo la siguió y contempló sonriendo cómo su mujer arropaba a su hijo con ternura, como solo las madres saben hacerlo. Al terminar, ambos depositaron un beso en la frente del niño y salieron de la alcoba, volviendo a la cocina.

—Cuéntame —pidió la mujer después de sentarse junto a su marido—. ¿Dónde estás?

—En Portugal; ya lo sabes.

—Sí, pero ¿dónde? —insistió ella.

—Preferiría que no lo supieses. Así, si alguien te pregunta, no tendrás que mentir.

—Cómo quieras —admitió Carmen, algo defraudada—. ¿Puedo saber al menos si trabajas?

—Sí. Estoy trabajando con un tipo que se dedica a la construcción; ha acogido a algunos compañeros más que también han tenido que huir.

Ubaldo metió su mano en el bolsillo y sacó una pequeña bolsa de cuero que depositó sobre la mesa, frente a su mujer.

—Te he traído algo de dinero; supongo que te vendrá bien, ¿verdad?

Carmen sonrió asintiendo.

—¿Y cómo has venido?

—Uno de mis compañeros consiguió una motocicleta y me ha traído hasta aquí. También ha venido a ver a su familia; es del ayuntamiento de Vila Verde.

—¿Te quedarás mucho tiempo?

—No, cariño; mañana al amanecer tengo que irme. Si me quedase más tiempo no estaría seguro; ni tú tampoco.

La mujer frunció el ceño. Albergaba la esperanza de que se quedase al menos unos días; sin embargo, sabía que eso podía ser peligroso para él y, seguramente, también para ella y su hijo. Alargó su brazo y le acarició la mano.

—Tenía tantas ganas de verte —dijo susurrando.

Ubaldo dejó sobre el plato el trozo de pan que tenía en la mano; sujetó la mano de su mujer entre las suyas y la miró con tristeza.

—También yo tenía ganas de veros. Cada noche, antes de que me venza el sueño, mi último pensamiento es para ti y para Gonzalo. ¡Si supieras cuánto os echo de menos!

Carmen se acercó a él, le acarició la mejilla y volvió a besarlo. Luego, se separó de él y se levantó.

—¿Quieres un poco de café?

—¿Tienes café? —preguntó su marido extrañado.

En los tiempos que corrían, conseguir café era casi tan difícil como conseguir oro. El poco que circulaba lo hacía clandestinamente; no en vano procedía del contrabando con el país vecino, Portugal, que lo obtenía de sus colonias en África.

A lo más que se podía aspirar era a preparar algo parecido con achicoria, una planta cuya raíz, tostada, se usaba como sucedáneo del café, aunque resultaba bastante más amarga que éste.

—Tío Indalecio me trae de vez en cuando un poco; del que decomisan. Lo guardo para ocasiones especiales; y ésta desde luego lo es.

Ubaldo sonrió.

—Así que el tío sigue viniendo por aquí.

—Prácticamente todas las semanas; no ha dejado de hacerlo desde que te fuiste —respondió Carmen mientras calentaba sobre la cocina una cazuela con agua.

—¿Y qué cuenta?

—Nada bueno. Me ha dicho que en Vila Nova y en Felgueiras siguen apareciendo cadáveres en las cunetas. Muchos de ellos mutilados.

Ubaldo negó con la cabeza.

—Esto es una locura. ¿Cuándo acabará todo esto?

—No lo sé, cariño. Pero por lo que dice el tío, va para largo; y ya llevamos más de un año.

Cuando el agua de la cazuela rompió a hervir, Carmen vertió una cucharada de café molido en la misma y removió la mezcla. Después, cogió una taza y un colador de tela e hizo pasar a través del mismo la infusión. Una vez hubo llenado la taza, se la acercó a su marido, repitiendo la operación para servirse otra para ella. Cuando terminó, se sentó de nuevo.

Ubaldo vertió un par de cucharadas de azúcar en el café y, después de disolverlas, bebió con cuidado un pequeño sorbo.

—Ten cuidado —advirtió Carmen—. Está caliente.

—Ya me he dado cuenta —dijo Ubaldo sonriendo mientras soplaba suavemente sobre la superficie de la taza—; casi me abraso los labios.

—De eso nada; los necesito para besarte —añadió riendo su esposa.

Hacía mucho tiempo que en aquella estancia no resonaban las risas. Eran como un soplo de brisa fresca; como una brizna de alegría flotando en el medio de la tormenta que se había desatado hacía un año. Aquella tormenta de odio que, en lugar de derramar lluvia, derramaba sangre inocente.

En aquel momento, Ubaldo y Carmen se encontraban muy lejos de todo aquel terror.

Sus miradas, sus besos, sus risas, eran como un bálsamo para sus preocupaciones y sus miedos. Ante ellas, la angustia huía y desaparecía de sus vidas, aunque solo fuese por una noche; una noche que ambos recordarían durante bastante tiempo.

Carmen se levantó y obligó a su esposo a seguirla. Cogiéndole de la mano salió de la cocina, apagó la luz y lo condujo hasta su alcoba. Una vez allí, encendió la pequeña lámpara que tenía sobre la mesilla de noche, cerró la puerta y se abrazó de nuevo a su marido.

—Hazme el amor —le susurró al oído.

Acto seguido, se desnudó ante él.

Ubaldo la contempló en silencio. Frente a él, estaba aquella mujer menuda de la que se había enamorado perdidamente hacía ya seis largos años. Apenas



tenía veinticuatro años y, a pesar de haber sido madre, todavía conservaba en su cuerpo la lozanía de la juventud.

Acarició sus senos, pequeños y firmes; la sujetó por la estrecha cintura y la acercó hacia su pecho, sintiendo el calor que desprendía su cuerpo. La besó apasionadamente y, mientras ella se tumbaba sobre la cama, se desvistió. Luego, se tumbó a su lado comenzando a acariciarla.

Una hora más tarde, Ubaldo se encontraba acostado de espaldas, abrazado a Carmen y con su cabeza sobre el pecho. Había echado muchísimo de menos estar así, junto a ella, después de hacer el amor, sintiendo el latir de su corazón y su respiración relajada.

Por desgracia, por su cabeza volvían a pasar pensamientos extraños. Sabía que, apenas unas horas después, tendría que volver a huir como un proscrito. A escapar de todo lo que había vivido desde que era un crío. A dejar aquella aldea que había sido su mundo y a separarse de lo que más quería: su mujer y su hijo. A vivir en un país que, aunque lo había acogido bien, le había proporcionado un trabajo y en el que no se sentía demasiado forastero ya que el idioma no representaba un obstáculo insalvable, no era el suyo.

Se sentía como un cobarde que había huido cuando sus compañeros, aquellos que aparecían un día sí y otro también masacrados en las cunetas, más le necesitaban. Sentía que debía haberse quedado a defender sus ideales y a luchar por aquella joven república que tanto les había costado conseguir.

Inclinó la cabeza y miró a su mujer, que dormía plácidamente. En el fondo, si se había ido, si había huido, había sido por ella y por Gonzalo, su pequeño. Si a él le ocurriese algo...

Sacudió la cabeza, intentando alejar de su mente los malos pensamientos que lo asaltaban. Se había ido, sí; pero para intentar que la vida que les esperaba fuese un poco mejor. Para que cuando toda esa locura terminase pudiesen retomar su vida en el punto dónde la habían dejado.

Todavía albergaba la esperanza de que todo se solucionase. Pensaba que aquel alzamiento era tan solo un toque de atención a la república, para que cogiese el toro por los cuernos y se pusiese manos a la obra en solucionar todos los problemas que habían llevado a aquellos militares a alzarse en armas contra un gobierno legítimamente establecido. Sobre todo, en cuanto al orden público.

En el fondo, si fuese solo por ese motivo, hasta les daría la razón. Había

unos cuantos grupúsculos que se habían desmadrado y había que poner freno a todo aquello. Pero organizar una guerra civil...eso era demasiado. ¿Cuántos inocentes habían muerto ya? Y lo peor de todo, ¿cuántas venganzas personales se escondían en aquellos paseos que terminaban en masacres?

Mientras su mente giraba una y otra vez intentando encontrar respuestas a todas aquellas preguntas, el sueño fue apoderándose de él y se durmió. Y en su sueño volvió a revivir todos aquellos miedos, todas aquellas angustias que, despierto, le martirizaban.

Cuando, unas pocas horas más tarde, despertó, estaba sudoroso como si en lugar de noviembre se encontrase en pleno agosto.

Abrió los ojos. Carmen continuaba durmiendo en la misma postura. Intentó levantarse sin que ella se despertase, pero fue imposible. Tan pronto se movió, ella abrió los ojos y le miró sin decir nada. En realidad, no había nada que decir; sabía lo que iba a ocurrir. Él tenía que marcharse y ella quedarse allí con su hijo, capeando aquel temporal.

Ubaldo se vistió en silencio mientras ella se echaba por los hombros una bata que anudó a su cintura. Cuando después de vestirse salieron de la habitación, ella hizo ademán de dirigirse a la cocina, pero él la detuvo.

—Espera un momento; quiero ver a Gonzalo.

Abrió con cuidado la puerta de la alcoba del pequeño y entre la penumbra lo contempló durante unos segundos. Dormía tranquilo, ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

Ubaldo se acercó a la cabecera de la cama y lo besó ligeramente, procurando no despertarlo. Después, sigilosamente, volvió al pasillo dónde aguardaba su mujer.

—¿Te preparo algo? —preguntó ella al llegar a la cocina.

—No; no tengo tiempo. Está amaneciendo y no puedo retrasarme; si no, mi compañero se irá sin mí.

Carmen frunció el ceño.

—Dame un beso al menos.

Ubaldo se acercó a ella, la abrazó fuertemente y la besó como si fuese la última vez que se veían. Una sombra siniestra pasó fugazmente por su cabeza. ¿Y si en realidad fuese la última vez?

Se separó de ella, se echó el capote sobre los hombros y salió al exterior.

La mañana estaba fría, pero había dejado de llover. El sol aún no había despuntado, pero en el horizonte se podían distinguir ya las primeras luces del

alba.

Comenzó a ascender por el mismo sendero que había recorrido la noche anterior y, minutos después, fatigado por la ascensión y sudoroso por el esfuerzo, llegó al cruce de caminos donde, la noche anterior, se había despedido de su compañero.

Apenas esperó un par de minutos refugiado entre las sombras de los árboles. Cuando divisó la luz procedente del foco de la motocicleta, salió de su escondrijo y le hizo una seña con la mano.

—Buenos días, Ubaldo. ¿Cómo ha ido todo? —preguntó su amigo al detenerse junto a él.

—Bien, muy bien.

Ubaldo subió a la parte de atrás de la motocicleta y ambos enfilaron la bajada que conducía a la carretera que llevaba a Felgueiras. Llegados allí, subirían a una de las barcas que transportaban a la gente entre las dos orillas del río. Después de haberlo cruzado, lo ocurrido aquella noche no sería más que un recuerdo; un maravilloso recuerdo.

## CAPÍTULO 7

*28 de febrero de 2015, sábado*

El sonido del teléfono sonando con insistencia me hizo abrir los ojos. Alargué la mano hacia la mesilla y respondí con una voz pastosa sin ni siquiera comprobar quién llamaba.

—¿Dígame?

—¡Antón! ¿Eres tú?

¡Joder con el cabo!, pensé. Ni siquiera descansa los sábados.

—Sí, Jiménez; ¿qué ocurre?

—¿Te encuentras bien? ¿Qué te ocurre en la voz?

—Se llama resaca, Jiménez; te vendría bien tener alguna de vez en cuando.

—Llevo toda la mañana llamándote.

—No seas exagerado; ¿qué hora es?

—Son las doce; y te he llamado cinco veces. ¿No has oído el teléfono?

—¡Las doce! —exclamé incorporándome de un salto, lo que provocó que mi cerebro rebotase contra las paredes de mi cavidad craneal.

—Sí; tengo noticias importantes.

—Pues tendrás que esperar al lunes para dármelas; hoy no estoy en condiciones de asimilar nada.

—¿No puedes acercarte hasta la comandancia?

—Malamente puedo acercarme hasta el baño y tú pretendes que conduzca ¿se te ha ido la olla o qué?

—¿No ibas a ir a ver a Veloso?

Era el segundo golpe en mi cerebro en menos de cinco minutos. De repente recordé que tenía que recoger a Daniela a la una y sentí que el mundo se derrumbaba sobre mí.

—Sí, eso tenía pensado; pero no sé si estoy en condiciones. Quizá lo deje para otro día. ¿Qué es eso tan importante que querías decirme?

—Tengo el informe de la autopsia practicada ayer al abuelo Quiroga; y

hay muchas novedades.

Mi cabeza apenas podía mantener una conversación, cuanto menos leer y entender un informe médico. Decidí que podía esperar.

—Jiménez, diga lo que diga el informe, ninguno de nuestros muertos se va a mover de dónde están. Hablaremos el lunes, por favor; ahora tengo que hacer una llamada urgente.

—Está bien —aceptó el cabo, y en su aceptación flotaba la decepción—. Pero si cambias de idea y al final vas a ver a Veloso, pásate por aquí; yo voy a estar toda la tarde en el cuartel.

—¡Vale, Jiménez! Hasta el lunes.

Colgué y marqué, seguidamente, el número de Daniela. No tardó en responder.

—¿Ya has llegado? ¿No es un poco pronto?

—No, Daniela, no he llegado; de hecho, dudo que llegue.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

—Si exceptúas los timbales y el coro cantando el “*Fortuna Imperatrix Mundi*” de “*Carmina Burana*” que tengo en la cabeza, no estoy del todo mal.

Escuché una carcajada al otro lado de la línea.

—¡No me lo digas! Estás de resaca ¿verdad?

—Es mucho más que eso; estoy noqueado.

—Pues tendrás que espabilarte si quieres llegar a tiempo a buscarme.

—Por eso te llamaba; no estoy en condiciones de conducir. Creo que es mejor que dejemos la visita a Gonzalo para otro día.

—¿No eres capaz de superar una resaca? ¡Vamos hombre! Te creía una persona de recursos. ¡Venga! Levántate, date una ducha caliente y tómate un par de analgésicos con un zumo de tomate. Es mano de santo.

—No me gusta el tomate.

—Pues haces cómo los niños: te tapas la nariz y te lo tragas. Y ahora cuelga y haz lo que te he dicho. Te doy de margen hasta la una y media.

Colgó sin darme tiempo a replicar y yo me quedé observando el teléfono ensimismado, sin saber muy bien qué hacer. Decidí empezar por quitarme la ropa del día anterior y darme la ducha caliente.

Cuando terminé y después de vestirme y esconder mis ojos tras unas gafas de sol, cogí en el botiquín un par de analgésicos y bajé al mesón para tomarme un café bien cargado y el dichoso zumo de tomate.

El camarero me recibió con una sonrisa comprensiva, colocó delante de

mí lo que le había pedido y se retiró sin decir nada. Tragué el brebaje rojo haciendo de tripas corazón y, después de tomarme el café, salí en busca de mi coche.

A la una y veinte, después de dejar mi vehículo aparcado en uno de los garajes cercanos a la casa de Daniela, con cuidado de no aumentar el número de abolladuras que ya padecía, me acerqué hasta su edificio.

Daniela me esperaba en el portal. Cuando me vio, oculto tras la negrura de los cristales, no pudo evitar una sonrisa. Se acercó a mí y me saludó con dos besos.

—Con esas gafas de sol tienes más pinta de policía que de detective.

—No me tomes el pelo, anda. Hoy no tengo el cuerpo para muchas bromas.

—El cuerpo las hace, el cuerpo las paga. Se lo oí decir muchas veces al comisario.

—¡Y bien cierto que es!

Comenzamos a caminar en dirección al aparcamiento.

—¿Puedo preguntar qué te pasó para que acabarás así?

—Un mal día.

—Todos tenemos días malos; pero esa no es la mejor solución; lo sabes ¿verdad?

Lo que menos necesitaba en ese momento era un sermón que me recordase a los que Lucía me había endilgado más de una vez.

—¿Vas a soltarme un sermón? Te aseguro que no estoy para escuchar recriminaciones.

—Tranquilo; me callaré si eso es lo que quieres.

—Tampoco pedía eso.

Llegamos al aparcamiento, pagué la estancia y salimos del mismo en dirección a Vila Nova.

El día estaba soleado y relativamente cálido para encontrarnos todavía en invierno, así que conduje durante todo el trayecto con la ventanilla bajada para que al aire contribuyese a despejar mi cabeza y mis ideas. Daniela permaneció en silencio durante el viaje, un silencio que solo rompió al llegar a la villa.

—¿Conoces algún sitio para comer por aquí?

—No, pero me han hablado de un restaurante en el centro. Se llama “*Lar*”, y es dónde comieron por última vez los dos Quiroga fallecidos.

—Un poco morbosos, ¿no?

—Me han dicho que se come bien. Es de lo que se trata ¿no?

No respondí y yo me dediqué a buscar un sitio donde aparcar. Lo hice cerca del juzgado y nos dirigimos caminando hasta el centro de la villa.

No nos costó demasiado dar con el lugar. Desde fuera tenía pinta de un local más bien soso, impresión que desechamos tan pronto entramos en el mismo. La decoración tenía como base la madera: vigas rústicas; mesas y sillas robustas; aperos de madera colgados en las paredes...La cocina, amplia e impoluta, se encontraba a la vista, al lado de una gran parrilla que, en aquel momento, acogía unos cuantos chuletones y varias tiras de costilla.

Miré a Daniela y ambos hicimos un gesto de extrañeza. Lo cierto es que, desde la calle, no se podía sospechar que aquel local escondiese aquellos tesoros.

Me saqué las gafas de sol y me aproximé un poco a la parrilla para admirar aquellas piezas de carne que habían hecho que mi estómago comenzase a emitir gruñidos de satisfacción.

Daniela, mientras tanto, se alejó en dirección al baño con la excusa de arreglarse un poco. Mientras permanecía absorto en la contemplación de mis deseos, el dueño del local se aproximó.

Era un hombre grande; y cuando digo grande no me refiero a su altura ni a su peso, era la conjunción de todo. Mediría cerca de dos metros y la visión de sus hombros me hizo recordar el armario que tenía en mi habitación. No estaba gordo, pero si algo destacaba en su tronco era su abdomen. Sonreí pensando en cuántos chuletones cabrían allí.

—Buenas tardes, ¿van a comer? —preguntó con una voz recia y profunda.

—¡Cómo para no hacerlo! —exclamé señalando con un gesto las piezas de carne que se encontraban asándose.

Sonrió y con un gesto me pidió que lo acompañase hasta una de las mesas situadas frente a una cristalera protegida por cortinas, desde la que se podía observar toda la calle.

Daniela no tardó en regresar y, cuando lo hizo, yo ya me había enfrascado en la lectura de una carta en la que primaban los platos de carne.

—¿Qué te apetece comer? —pregunté en cuanto se sentó.

—No sé; no soy muy carnívora, la verdad.

Sonreí pícaramente.

—Permíteme que eso lo ponga en duda —susurré.

—¡Qué gracioso!

—También tienen pescado.

Ella abrió la carta y deslizó sus ojos negros sobre las páginas leyendo atentamente. Al cabo de un par de minutos, llamamos al propietario.

—¿Han decidido ya? —preguntó la voz ronca.

—Sí, la señorita tomará lenguado y yo voy a lanzarme a por el chuletón de buey; poco hecho, por favor. Y traiga una botella de Alión 2004.

—Buena elección; es uno de nuestros mejores vinos.

Se retiró y volvió, a los pocos segundos, con la botella de vino. Sirvió una copa y lo probé, constatando que no me había equivocado. Los aromas a frutos negros, cuero y vainilla entre otros, se complementaban con los sabores a especias y frutas silvestres, haciéndome disfrutar con cada sorbo y consiguiendo que la resaca del día anterior desapareciese por completo.

Mientras esperábamos por la comida, Daniela comenzó a interrogarme.

—Dime, ¿de qué quieres hablar con Gonzalo?

—Me gustaría preguntarle por los Quiroga.

—No tenía contacto con ellos, ya lo sabes. No creo que vaya a serte de mucha ayuda.

—Te equivocas; tenía más contacto con ellos de lo que nos ha hecho creer —aclaré mostrándole una sonrisa ladina.

—¿Por qué dices eso?

—Porque hemos averiguado que los dos Quiroga, el abuelo y el padre, comieron por última vez aquí con Gonzalo. Y el nieto ha tenido un par de conversaciones con él; aunque no acabaron muy bien.

—¿Estás seguro de eso?

Señalé con la cabeza al dueño del restaurante.

—Reconoció a Gonzalo cuando le enseñamos su foto. Nos dijo que estuvo con los dos Quiroga aquí, el mismo día de su muerte.

—Vale; pero eso no lo incrimina. El hecho de que estuviese comiendo con ellos no quiere decir que los matase.

—No, tienes razón, pero Gonzalo os mintió; a la Guardia Civil y a ti; os dijo que no tenía ningún tipo de contacto con los Quiroga ¿verdad?

Daniela respondió con un sí decepcionado. En ese preciso momento, un camarero se acercó a nuestra mesa con los platos que habíamos pedido.

—Dejemos de hablar de Gonzalo; comamos —dije zanjando la conversación.

En la sobremesa, mientras tomábamos el café, el dueño del restaurante se



nos acercó. Vi la posibilidad de indagar un poco más sobre las costumbres de los Quiroga, así que intenté sonsacarle al propietario alguna información.

—¿Le ha gustado la carne? —preguntó al llegar a la mesa.

—Estaba realmente exquisita.

—Me alegro; me la traen expresamente de Lugo. Si les apetecen otros cafés, están invitados por la casa.

—Muchas gracias. ¿Podría hacerle un par de preguntas?

Noté que el hombre se ponía en guardia, pero asintió.

—Tenía un par de conocidos que solían venir por aquí a comer. Padre e hijo. Ellos fueron los que me recomendaron este sitio.

—¿Tenía? dice usted.

—Sí, por desgracia ya han fallecido.

—¡Vaya! Lo siento.

—Se apellidaban Quiroga, ¿quizá los recuerde?

—¿Quiroga? ¿Fernando Quiroga?

—Sí, eso es; los dos se llamaban igual.

—Claro que los recuerdo; y también conozco al que aún vive; al nieto. También viene a veces por aquí.

—¡Menudo era el abuelo, eh! Le gustaba la fiesta más que comer con los dedos; y a su hijo también.

El hombre sonreía sin decir nada. Intenté hacerle entrar en la conversación.

—¿Sabe dónde me citaba cuando quería hablar de negocios conmigo? En su club ¿qué le parece? —dije casi susurrando—. En ese que tenía en la carretera ¿cómo se llamaba? ¡Joder! Hace tanto tiempo de eso que ya ni recuerdo el nombre. Seguro que su nieto ya se ha deshecho de él.

—Se llama “*El Paraíso*”, y no, no lo han cerrado ni vendido ni traspasado. Ahora lo lleva el nieto, aunque...

Hizo una pausa, miró a uno y otro lado como si quisiera asegurarse de que nadie lo escuchaba, y continuó.

—No creo que figure como propietario. El abuelo solía decir que no era tan tonto como para poner un puticlub a su nombre, así que imagino que su nieto hará lo mismo.

—¿Les conocía bien?

Se encogió de hombros.

—Nunca se conoce a nadie del todo y los Quiroga tenían, y me imagino

que tienen, mucho que ocultar.

—¿Cómo es eso?

—En ese club ya hubo problemas hace años —dijo bajando la voz—. Se rumorea que tenían menores; de hecho, estuvo cerrado durante un tiempo. Pero a ninguno de los Quiroga pudieron acusarlos de nada. Al no tener el local a su nombre...

Me fijé en la cara de Daniela. Permanecía atenta a lo que estaba escuchando y observé un ligero temblor en sus manos. La mención a la prostitución de menores la enervaba.

—Había oído que habían investigado al nieto por un tema parecido, pero en Madrid.

—Sí, así es. El mismo Quiroga me lo comentó una de las veces que vino a comer, pero se jactaba de que jamás conseguirían implicarlo en nada ilegal. Es un sinvergüenza prepotente que va por ahí despreciando a todo el mundo y haciendo gala de su poder y su dinero; y de lo bien cubiertas que tiene las espaldas.

—Deduzco, por lo que me dice, que no le cae muy bien.

El hombre dudó en contestar.

—Puede hablar con tranquilidad. Nos conocíamos, pero no éramos amigos. A mí tampoco me caían bien.

—Mire, llevo toda la vida trabajando en esto y no he conseguido más que tener mi propia casa y llevarle a mi familia un sueldo decente cada mes. No, no me gusta. No me gustan las personas que alardean de lo que tienen, solo porque lo heredaron de alguien que lo consiguió con no muy buenas artes. No me gusta ese tipo de gente. Yo soy una persona honesta, no engaño a nadie; cobro por la comida lo que creo que es justo, ni más ni menos, y no intento timar a nadie ni hacerme rico rápidamente. Los Quiroga tenían y tienen un objetivo muy claro: quieren dinero y lo quieren ya; y no les importa lo que tengan que hacer para conseguirlo.

—Ya; el fin justifica los medios ¿verdad?

—En su caso, sí.

Di la conversación por terminada, le pedí al hombre la cuenta y me despedí de él, prometiéndole que volveríamos otro día.

Salimos del restaurante y, mientras caminábamos hacia el coche, Daniela comenzó a hablar.

—¿Por qué no le has preguntado cuándo cerraron el club?

—No quise indagar demasiado; por si se cerraba en banda y dejaba de hablar. Tenía miedo de que pensase que era policía.

—Pues fue una pena. Quizá fue en ese club dónde me tuvieron encerrada y si pertenece a los Quiroga...

—Daniela, lo siento; estoy investigando un asesinato y un suicidio, y ahora ha aparecido un posible caso de corrupción. No puedo enfrascarme también en otro de prostitución; serían demasiados frentes. Pero no te preocupes, intentaré aclarar todo lo que vaya surgiendo. Confía en mí.

Se acercó y me besó en la mejilla.

—Ya lo hago.

Apenas media hora más tarde, aparqué el coche en la entrada del camino que conducía al domicilio de Gonzalo Veloso. Bajamos del mismo y miré alrededor, divisándolo en la huerta situada a los pies de la casa.

Sentado en un taburete, se afanaba en podar y atar los sarmientos de la viña. A su lado, tumbado, dormitaba un perro que, por lo que abultaba, no debía ser poca cosa.

Descendimos por la carretera unos metros hasta llegar a la altura de nuestro hombre. Me acerqué a la verja y lo llamé. En ese momento, el perro se irguió y se lanzó como una exhalación hacia dónde nos encontrábamos, apoyando sus patas delanteras contra la tela metálica y comenzando a gruñir y a ladrar como un poseso. Su dueño se levantó y, colocando una mano a modo de visera, miró en la dirección en la que nos encontrábamos. Imaginé que nos había reconocido al ver que se levantaba y venía hacia nosotros. Antes de llegar a la verja, llamó al perro, que cesó en sus ladridos, se acercó a su dueño y se mantuvo quieto junto a él, aunque sin quitarnos los ojos de encima.

—Buenas tardes, señor Veloso. No sé si me recuerda.

—El amigo del picoletto ¿no? Veiga.

—Así es; y a Daniela, su abogada, ya no tengo que presentársela, ¿verdad?

La saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Qué les trae por aquí?

—Nos gustaría hablar un rato con usted, si no es mucha molestia, claro.

—¿Hablar? ¿De qué?

—De usted...de lo ocurrido...un poco de todo.

—No creo que pueda serle de ayuda; ya le dije a la Guardia Civil todo lo que sabía. Ella puede decírselo —añadió señalando con un gesto de su cabeza

a su abogada.

—Bueno, en ese caso...siempre podemos tomarnos ese vino y esas castañas ¿no?

Sonrió irónicamente.

—Tiene buena memoria.

Alcé los hombros.

—Eso dicen.

Dio media vuelta y temí que fuese a dejarnos allí, pero se volvió y me indicó el camino dónde había dejado aparcado el coche.

—Vengan por allí.

—¿Y el perro?

—¿Qué pasa con él?

—No quisiera llevarme un mal recuerdo —dije sonriendo.

—No se preocupe; mientras yo no se lo ordene no se acercará a ustedes.

Unos minutos después llegamos al final del camino donde se encontraba la casa. Veloso apareció por una pequeña puerta que daba entrada a un patio interior alfombrado de hierba y cubierto por una pérgola de madera medio oculta por una buganvilla. Uno de los laterales del patio se encontraba techado y en el lugar se apilaban pequeños troncos de madera junto a un asador de ladrillo refractario. En el centro del patio, una mesa y unos bancos de piedra hacían pensar en el disfrute de aquella sombra las tardes de verano.

Daniela y yo estrechamos la mano de nuestro anfitrión.

—Tiene esto muy bien cuidado, señor Veloso.

—Es mi casa; me gusta cuidarla.

—Sin embargo, debe llevarle mucho tiempo conseguir que tenga este aspecto.

—Señor Veiga...si algo me sobra es tiempo.

Nos sentamos en uno de los bancos de piedra. Mi mano encontró, en el bolsillo de la chaqueta, el paquete de cigarrillos que había comprado la noche anterior y del que, prácticamente, me había olvidado. Lo saqué y le ofrecí uno. Mientras encendía el mío me observó en silencio.

—¿Les apetece un vino?

Daniela y yo asentimos.

Subió las escaleras y entró en la casa. Volvió al cabo de unos minutos, durante los cuales el perro no dejó de observarnos, con una botella y tres vasos. Colocó todo en la mesa, se sentó de nuevo y nos sirvió. El perro

abandonó la vigilancia y volvió a tumbarse en la hierba. Veloso le dio un trago al vino y se dirigió a mí.

—Díganme, ¿qué quieren saber?

—Imagino que sabe que estoy investigando el asesinato de Fernando Quiroga ¿verdad?

—Lo supuse al verlo con aquel guardia.

—¿Conocía usted al muerto?

—Sí, claro; a él, a su hijo y al hijo de puta de su padre.

—Veo que no le tenía mucho aprecio.

—¿A Fernando Quiroga, abuelo? Ninguno. Es más, me alegré de su muerte.

—¿Y al que murió hace dos meses?

—No era como su padre; era un don nadie. Vivió siempre bajo la sombra de su padre y después bajo la de su hijo. Ese también es una buena pieza. Se parece más a su abuelo.

—¿Usted cree?

—No es trigo limpio. ¿Sabe usted que lleva años queriendo comprarme la casa?

—Sí, me lo dijo él; y también me dijo que su padre y su abuelo también habían querido comprarla.

—Es cierto, pero nunca pusieron tanto interés como él.

—¿Y por qué cree que le interesa tanto?

—Eso pregúnteselo a él.

—Hábleme del abuelo.

Veloso suspiró y bebió un trago de vino.

—Como ya le he dicho, era un hijo de puta. Él formaba parte del grupo que se llevó y asesinó a mi padre. Por su culpa, mi madre y yo tuvimos que marcharnos de aquí. Mi pobre madre nunca se recuperó de aquello y yo la vi como se consumía poco a poco, hasta que murió. Mientras, él vivió sin pasar ningún tipo de apuros, haciéndose rico gracias a sus amigos fascistas.

—¿Sabe usted que poco antes de morir murmuraba cosas sin sentido?

—¿Cómo cuáles?

—Según la criada, decía que se había equivocado y que tenía que arreglar algo.

Veloso se encogió de hombros, pero distinguí un leve temblor en sus manos y en sus labios cuando volvió a hablar.

—Seguramente deliraba.

—Puede ser; pero he averiguado que, cuando hizo testamento, añadió al mismo un sobre, probablemente una carta de su puño y letra. Por desgracia, el sobre ha desaparecido; es probable que su nieto lo tenga a buen recaudo.

—Eso a mí no me incumbe. No sé qué tengo que ver yo con ese asunto.

—Me ha dicho antes que no sabe por qué le interesa la casa a Fernando Quiroga ¿verdad?

Afirmó con la cabeza.

—Puede que yo sí lo sepa. ¿Sabe usted a quién pertenecen todas las fincas que rodean su casa?

—No; no es algo que me interese.

—Pues casualmente pertenecen todas al señor Quiroga.

—¡Vaya, vaya! Ahora entiendo el interés por mi casa; está intentando hacerse con una buena extensión de terreno. Lo que no sé es para qué la quiere; es suelo rústico.

—Ya no lo es, Veloso; las parcelas de Quiroga fueron recalificadas; ahora es suelo urbanizable.

La boca de Gonzalo se torció en una mueca irónica.

—¡Igualito que su abuelo!

Bebí un sorbo de vino y seguí preguntando.

—¿Qué hizo el día que murió el segundo de los Quiroga?

—Salí por la mañana a Vila Nova, para hacer unas compras y luego regresé a casa.

—¿Comió solo?

—Sí, claro; en mi casa.

Miré a Daniela; también ella se había dado cuenta de que nos estaba mintiendo. Fue ella la que tomó la palabra.

—Gonzalo, no nos está diciendo la verdad. Si quiere que la Guardia Civil deje de sospechar de usted, va a tener que ser sincero y decirnos todo lo que sabe.

—¿Me está llamando mentiroso? —preguntó enojado.

—No, pero sabemos que no comió en casa; sabemos dónde lo hizo y con quién. El dueño del restaurante lo ha reconocido.

Gonzalo se echó hacia atrás, se rascó la cabeza y comenzó a liar un cigarrillo, intentando encontrar tiempo y una salida. Retomé el interrogatorio.

—Comió usted con Fernando Quiroga ¿verdad? Y lo mismo hizo con el

abuelo el día que se ahorcó ¿cierto?

—Sí, comí con ellos.

—¿Y por qué no se lo dijo a la Guardia Civil?

—Porque no me lo preguntaron; y porque si se lo decía iban a sospechar aún más de mí. Y yo no los maté.

—Cuénteme qué ocurrió el día que comió con el abuelo de los Quiroga.

Le dio una calada al cigarrillo y suspiró.

—Me llamó por la mañana y me dijo que quería verse conmigo. Le respondí que no teníamos nada de qué hablar y que, si iba a insistir con lo de la casa, la respuesta seguía siendo la misma. Me contestó que no se trataba de eso, que quería comentarme un asunto importante y que me invitaba a comer. Durante la comida lo noté raro, como ausente. Empezó a hablarme de su muerte, decía que ya estaba cerca, que la presentía. Después continuó hablando de lo ocurrido durante la guerra. Le dije que no quería recordar aquello y respondió que lo dejase continuar. Me dijo que se arrepentía y me pidió perdón; me dijo también que sabía que no podía remediar lo que había hecho, pero que sí podía, al menos, compensarme por tantos años de sufrimiento. Le pregunté cómo y me dijo que tendría la respuesta cuando él muriese; que su hijo se pondría en contacto conmigo.

—¿Lo hizo?

—Espere un momento; eso no es todo. Cuando terminamos de comer le hice la pregunta que durante años guardaba en mi cabeza: ¿por qué? ¿Por qué a mi padre?

Sonrió tristemente.

—¿Sabe qué me respondió? Por despecho. El muy idiota estaba enamorado de mi madre, pero el que la conquistó fue mi padre y él nunca se lo perdonó. Ya ve usted; menuda estupidez.

—¿Qué pasó luego?

—Salimos del restaurante y me trajo hasta aquí; se despidió de mí diciéndome que iba a dar un paseo por el monte antes de volver a casa y se fue. Ya no bajó vivo. Yo me quedé sentado ahí, en las escaleras, fumando un rato.

—¿Apareció alguien más?

—Al poco de marcharse él, llegó un coche; pequeño, de color rojo; uno de esos deportivos. Se detuvo a la entrada del camino que lleva al castañar y de él bajaron dos hombres. Uno de ellos era alto, muy ancho de hombros;

parecía un boxeador; y estaba calvo. Al otro no pude verlo bien. Subieron por el camino y volvieron al cabo de un cuarto de hora, más o menos; cogieron el coche y se fueron.

—Y el día que mataron al segundo Quiroga, ¿qué ocurrió?

—Pues va a pensar que es solo una casualidad, pero casi lo mismo. Estuve comiendo con él; me dijo que había estado discutiendo con su hijo, pero que creía haberlo convencido y que pronto se solucionaría todo. Después de comer, me acompañó a casa, igual que había hecho su padre y me dijo que iba a recoger castañas. Al poco de marcharse volvió a aparecer el mismo coche deportivo, pero esta vez solo venía una persona; no pude verla bien, pero llevaba una escopeta sobre el hombro. No era época de caza, pero a veces algún cazador sale a practicar el tiro, con cuidado de que no lo pillen los picoletos, claro. Escuché dos disparos y, al poco tiempo, el hombre apareció de nuevo, subió al coche y se marchó.

—¿A qué se refería Quiroga cuando le dijo que pronto se solucionaría todo?

—Eso es un tema personal.

—Gonzalo, es la investigación de un asesinato. No puede guardarse nada —aclaró Daniela.

Veloso volvió a suspirar.

—Al poco de morir el abuelo, su hijo vino a verme. Me dijo que su padre había dejado escrito que, a su muerte, se me hiciese entrega de una cantidad de dinero en concepto de indemnización por la muerte de mi padre. Al principio le dije que no quería nada de ellos, pero luego lo pensé mejor y me dije que si ellos querían lavar sus conciencias de ese modo, no iba a ser tan tonto como para despreciar un dinero que me vendría bien para seguir arreglando la casa.

—¿Llegó a recibirlo?

—No. El nieto se opuso a que su padre llevase a cabo la última voluntad del abuelo. Vino un día aquí y me dijo que si quería el dinero tendría que ser a cambio de algo. Imaginé lo que iba a decirme y no me equivoqué: a cambio de entregarme esa herencia, tenía que venderle la casa; me negué y me llamó estúpido, añadiendo que con el dinero del legado y con el de la casa, podría comprar otra nueva dónde quisiese. Acabé echándole y prometiéndole que si volvía a aparecer le azuzaría al perro.

Miré a Daniela y sonreí satisfecho.

—Ya sabemos que contiene el sobre del testamento.



Ella asintió en silencio. Bebimos los tres al mismo tiempo y continué preguntando.

—Todavía no entiendo por qué no le dijo todo esto a la Guardia Civil.

—Ya se lo he dicho: porque no me lo preguntaron. Además, tengo la costumbre de no meterme dónde no me llaman y de no molestarme por asuntos que no me conciernen. Así vivo más tranquilo.

—Y no se lo reprocho; pero en este caso...

—No me interesa nada de lo que les pase a los Quiroga. Ya pensé en ellos durante mucho tiempo.

—¿Para vengarse?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Por lo que le hizo el abuelo Quiroga a su padre.

—Eso fue hace mucho tiempo. Que no les desee ningún bien no quiere decir que esté dispuesto a causarles algún mal. No estoy tan loco; aunque mucha gente lo crea.

—Hay muchas personas que opinan que tenía usted suficientes razones para vengarse.

—No me preocupa lo que piense la gente; tengo la conciencia muy tranquila.

—Así se duerme mejor ¿verdad?

—No lo sabe usted bien.

Apuré el vino que quedaba en el vaso y me levanté; Daniela y Gonzalo hicieron lo mismo.

—Gracias Gonzalo; nos ha sido usted de gran ayuda.

—Me alegro; me cae usted bien.

Sonreí.

—Pues debe ser de los pocos que opinan así.

—Eso es porque no lo conocen.

—Ni usted tampoco.

—Señor Veiga, si algo he aprendido en esta vida es a valorar a la gente; y no suelo equivocarme. De hecho, no me he equivocado nunca. Usted es un buen tipo; y usted también, por supuesto —añadió dirigiéndose a Daniela—. Vengan por aquí cuando lo deseen; siempre habrá un vaso de vino esperándoles.

Le estrechamos la mano y nos acompañó hasta el coche. Subimos en él y mientras nos alejábamos lo saludé agitando una mano por la ventanilla.

Consulté la hora en el reloj del coche y, al comprobar que eran poco más de las seis de la tarde, dudé si acercarme hasta Felgueiras para ver el informe de la segunda autopsia realizada al abuelo de los Quiroga.

La visión de Daniela, dormitando en el asiento del copiloto, despejó todas mis dudas. Ya estaba bien de trabajo para ser sábado. Fuese lo que fuese lo que dijese aquel informe tendría que esperar hasta el lunes. Ni el muerto iba a protestar, ni teníamos a nadie lo suficientemente sospechoso como para que corriésemos el peligro de que huyera al sentir en el cogote nuestra presión.

Dejé dormir a Daniela durante todo el trayecto de vuelta y la desperté con una caricia en la mejilla una vez hube aparcado el coche en el lugar de costumbre. Se despertó y me observó fijamente. Cuando habló, su voz aún no había despertado.

—¿Ya hemos llegado?

—Pues sí; ¡te has echado una buena siesta, eh!

—El vino ha conseguido amodorrarme.

—Estamos al lado de mi casa; ¿quieres subir y sigues durmiendo un poco más?

Sonrió pícaramente.

—El lobo me lleva a su guarida ¡qué miedo!

—¡Oye! Ni soy un lobo ni te llevo a ninguna parte; tan solo estoy ofreciéndote mi casa por si quieres descansar —exclamé fingiendo enojo.

Surtió efecto.

—¿Te has enfadado?

—Sí —respondí arrastrando la sílaba—. Muchísimo; acaso no se me nota.

—De acuerdo; no me vendrá mal dormir un poco más, a ver si me despejo.

Cruzamos la calle, entramos en el edificio y la acompañé hasta la habitación contigua a la mía y que utilizaba escasas veces, ya que por desgracia no solía recibir demasiadas visitas.

Le ofrecí una de mis camisetas para que no arrugase el traje que llevaba puesto y, después de decirle que podía dormir el tiempo que quisiese, salí de la habitación.

Minutos después, con una taza de café en la mano, me senté en el salón no sin antes colocar en el giradiscos un vinilo y encasquetarme los auriculares inalámbricos, para que el sonido de la música no perturbase el sueño de mi

huésped.

La primera canción, el aria “*Belle nuit, ô nuit d’amour*”, de la ópera “*Los cuentos de Hoffmann*” de Offenbach, me arrancó una sonrisa; la segunda, la habanera de “*Carmen*” de Bizet, “*L’amour est un oiseau rebelle*”, me la borró; con la tercera, “*Vestí la giubba*”, de la obra “*Pagliacci*” de Leoncavallo, brotaron las primeras lágrimas, que ya no me abandonarían hasta quedarme dormido.

Desperté al filo de las ocho y media y pude comprobar que Daniela seguía durmiendo. Me dirigí al cuarto de baño para limpiar el rastro salado que las lágrimas habían dejado en mis mejillas y volví de nuevo al salón. Encendí un cigarrillo y me dediqué a contemplar la calle casi desierta y la ría, sumida en la negrura de la noche. Me volví al escuchar un ruido y contemplé a Daniela en la puerta del salón. Sonreí al verla vestida con mi camiseta; casi hacía las funciones de un vestido corto y su cuerpo parecía perdido dentro de ella. Se acercó a mí y se asomó a la ventana.

—¿Qué haces? —preguntó todavía con voz soñolienta.

—Nada; contemplar la calle y el mar.

—¿Qué hora es?

—Pasan unos minutos de las ocho y media.

—¡Dios mío! ¿He dormido tanto?

—No; simplemente lo que te ha apetecido. ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres irte a tu casa o te apetece que cenemos juntos? Algo ligero, no te preocupes — aclaré al ver su gesto de asombro.

—Bueno, de acuerdo; pero después me acompañarás hasta casa ¿verdad? Ya sabes lo que me ocurre con aquella calle por las noches.

—Eso ni lo dudes.

Salí en dirección a la cocina, mientras ella se metía en el cuarto de baño; preparé un par de sándwiches y una ensalada y, de uno de los armarios, rescaté del olvido una botella de vino que no recordaba ni cuándo la había guardado allí.

Media hora después, con todo en una bandeja volví al salón. Daniela continuaba mirando por la ventana. Cuando me vio aparecer, sonrió un tanto asombrada.

—¡Vaya! ¿No sabía que también te defendías en la cocina?

—Me defendiendo en muchos sitios; ahí también.

Mientras cenábamos, comentamos el encuentro que habíamos tenido con

Gonzalo Veloso. Al terminar, mientras bebíamos los últimos sorbos la miré fijamente.

—Son casi las diez; ¿quieres que te acompañe ahora a casa?

—¿Ya quieres que me vaya?

—No, claro que no; ¿es que no sé a qué hora quieres irte?

—Se está bien aquí; aunque si te apetece ir a tomar algo...

—La verdad es que no. Aún no he eliminado del todo el exceso de ayer noche.

—¿Qué te pasó?

—Nada que debas saber, hay veces en que es mejor quedarse callado.

—Está bien; no me lo digas si no quieres. De todas formas, siempre podemos tomarnos un café mientras me acompañas hasta casa.

Suspiré. Lo cierto es que no me apetecía lo más mínimo abandonar la seguridad de mi guarida, pero por otro lado sabía que, si no lo hacía, si no la llevaba de vuelta a su casa, podría suceder algo que, si bien mi cuerpo deseaba, mi mente se ocupaba de refrenar, sujetando mis impulsos más primarios. Ni era el momento, ni se daban las circunstancias necesarias para un acercamiento más allá de la amistad. Así que acepté.

—De acuerdo. Vístete y salimos.

Tomamos un par de cafés en una de las cafeterías que encontramos durante el trayecto hasta su casa y los acompañamos de una buena dosis de silencio, cada uno sumido en nuestros propios pensamientos. No volvimos a hablar hasta que abandonamos la cafetería y llegamos al portal de su edificio.

—¿Qué vas a hacer mañana? —preguntó.

—Nada. Descansar y recuperar fuerzas; presiento que va a ser una semana ajetreada.

—¿Quieres que te llame y quedamos?

Por un momento dudé y no supe qué responder.

—Pues no sé; depende de cómo me levante.

Ella me miró escrutadora.

—¿Te ocurre algo Antón? ¿Conmigo, quiero decir?

—No —respondí tajante—. ¿Qué iba a ocurrirme?

—No sé; te noto raro. A veces tengo la sensación de que estás ausente, de que te encierras en ti mismo; como si yo te estorbases.

Sonreí tristemente.

—No me estorbas; pero a veces tengo que lidiar con mis propios

pensamientos; y no es una lidia fácil, te lo aseguro.

Ella se encogió de hombros.

—Como tú digas. Te llamo mañana, entonces —terminó mientras se despedía de mí con un beso en la mejilla—. Que descanses.

—Tú también —susurré mientras la veía entrar en el portal sin volver la vista atrás.

Volví a casa, me aisé y me metí entre las sábanas, deseando encontrar su cuerpo bajo las mismas, pero solo encontré la soledad fría que me acompañaba desde ya no recordaba cuanto tiempo. Cerré los ojos imaginando su cara y su cuerpo junto al mío y me dormí.

## CAPÍTULO 8

*1 de marzo de 2015, domingo*

A la mañana siguiente, desperté con mi cara enterrada en el pelo de Daniela y con mi brazo circundando su pecho. Su cuerpo desprendía una agradable calidez que hizo que me acercase más a ella, para sentir más cerca de mi piel el terciopelo de la suya.

Abrí los ojos para ver su rostro y descubrí que lo único que abrazaba era la almohada. Daniela no estaba allí, tan solo había sido un sueño; un sueño que deseaba que alguna vez se materializase, pero que tenía tantas probabilidades de hacerlo como yo de convertirme en presidente del gobierno.

Hacía mucho tiempo que no despertaba con la compañía de un cuerpo femenino a mi lado y lo cierto es que, más veces de las que estaba dispuesto a aceptar, lo había echado de menos.

Me había acostumbrado a la soledad de mi guarida, pero tenía que reconocer que, como animales sociales que somos, de vez en cuando sentimos la necesidad de compartir algo más que fluidos. Una palabra, un gesto, una sonrisa, una caricia...tienen, en determinadas ocasiones, más valor que el mejor sexo; aunque tampoco tengan por qué ser excluyentes.

Me dejé estar así durante largos minutos, imaginándome abrazado a ella, desgranando pensamientos que, o bien me arrancaban sonrisas, o bien me producían inquietudes. Y por desgracia, acabaron ganando los últimos.

Me deslicé fuera de la cama y, después de cubrir mi desnudez, me acerqué hasta el salón para encender la estufa al notar como mi cuerpo reaccionaba al frío de la mañana. Seguidamente, me preparé una taza de café y me acerqué a la ventana para contemplar el día, que había amanecido frío y lluvioso.

Daniela apareció al cabo de una media hora en forma de llamada telefónica. Durante unos segundos tuve la tentación de no contestar, pero lo hice.

—Buenos días, ¿has dormido bien? —preguntó susurrando.

—Sí, ¿y tú?

—También. ¿Te apetece una taza de café?

—¿Qué hora es?

—Algo más de las once.

—¿Y por qué no salimos a desayunar algo más sólido?

—Tampoco es mala idea. ¿Dónde quedamos?

—En la misma cafetería en la que estuvimos ayer noche.

—Perfecto; dame una hora —dijo colgando el teléfono.

Apareció, vestida con ropa deportiva, después de algo más de tiempo que la hora prometida y, minutos más tarde, dábamos cuenta de un desayuno contundente: café, tostadas con aceite y zumo de naranja, como mandan los cánones, mientras hojeábamos cada uno las noticias de los periódicos. Al terminar, fue ella la que comenzó a hablar.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—En principio, ninguno; y tampoco está un día muy agradable.

—¿Puedo sugerir un plan?

—*Of course*, querida abogada.

—¡Uy, qué políglota! Vale; propongo comer juntos, eso sí, esta vez invito yo; una sesión de cine vespertina; y una cena ligera en casa; ¿cómo lo ves?

El plan no me desagradaba y hacía siglos que no pisaba una sala de cine. La última vez que había estado en una, aún no existía ni el 3D ni esos sonidos envolventes que ahora tanto se promocionaban. Además, tampoco estaba al tanto de los últimos estrenos, así que dejé que fuese ella la que eligiese, aun temiendo que apostase por una película romántica.

—Me parece un plan perfecto. ¿Qué película sugieres? A mí no me preguntes; ya ni recuerdo cómo es un cine.

—Pues yo voy a menudo; es una buena manera de entretenerse una tarde de fin de semana. Podemos ir a ver "*Imitation Game*". La han estrenado hace un mes, pero aún está en la cartelera.

Hice un gesto de ignorancia.

—¿De qué va?

—Es la historia del hombre que descifró el código Enigma, utilizado por los nazis para sus comunicaciones secretas durante la segunda guerra mundial. Al pobre, en lugar de condecorarlo, lo metieron en prisión por ser homosexual.

—¿Y si te dijera que no me sorprende? Imagino que en esa época no debía estar muy bien visto ser gay.

—Lo sé; pero que eso sea más importante que lo que consiguió descifrar...

—Bueno, pues ya está; ya tenemos plan para el domingo. ¿Dónde quieres que vayamos a comer?

—Conozco un italiano con una carta magnífica.

—¿Un...italiano? —pregunté sorprendido.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la pasta?

—Sí, claro; me gusta todo tipo de pasta —respondí con seriedad—. Sobre todo, la verde, con dibujos de puentes.

Ella me miró e hizo un gesto de extrañeza.

—¿Qué dices? —preguntó desconcertada; y al darse cuenta de la broma, añadió—. Me estás tomando el pelo ¿verdad? Estás hablando de dinero.

—Pues claro; ¿qué mejor pasta hay? Sin esa no puedes probar la otra ¿no?

—Eres de lo que no hay. ¡Vámonos, anda! Me gustaría pasar por casa para cambiarme de ropa.

Pagué los desayunos y comenzamos a caminar, refugiados bajo mi paraguas, en dirección a su domicilio. Cada vez que la lluvia arreciaba, ella se apretujaba más a mí, lo que nos hacía caminar con paso tambaleante.

No tardamos mucho en llegar a su casa y, mientras ella se cambiaba de ropa, llamé al cabo Jiménez, para excusarme por no haber aparecido el día anterior por el cuartel.

—No pasa nada, Antón. Cómo bien dijiste, los muertos no se van a mover de dónde están. Eso sí, tengo un recado del comandante para ti.

—Tengo un poco de prisa, Jiménez; abrevia.

—Me ha dicho que te diga que te espera mañana a las nueve en el juzgado de Vila Nova; quiere que lo acompañes a ver a su señoría y después a hablar con el concejal de urbanismo de Vila Verde.

—Sin problema. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Averiguar el nombre de los propietarios de los clubes.

—Bien; te veré por la tarde. Hasta mañana.

Colgué en el momento en que Daniela volvió a aparecer en el salón casi una hora después. La miré e hice un gesto de reproche.

—Me hubiese dado tiempo a fumarme media cajetilla. No entiendo por qué las mujeres tardáis tanto en arreglaros.

—Ni se te ocurra; aquí no se fuma. Si te aburres, haz crucigramas —dijo señalando una revista de pasatiempos situada sobre la mesa.

No pude evitar la carcajada.

—¿Nos vamos o no? —pregunté con impaciencia.



—¿Ya tienes hambre?

—Yo siempre tengo hambre —respondí ladino.

No respondió. Salimos del edificio constatando que, por suerte, la lluvia había cesado, al menos momentáneamente. Lo agradecemos y comenzamos a caminar en dirección al restaurante, que se encontraba relativamente cerca y dónde entramos apenas quince minutos después.

El lugar era elegante y acogedor, con una luz tenue que no impedía ver con claridad. No estaba muy concurrido, así que al poco tiempo nos encontrábamos sentados, frente a frente, hojeando nuestras respectivas cartas.

Siempre había sido un poco escéptico con respecto a la comida italiana; en realidad conocía poco de ella aparte de la pizza y los espaguetis a la boloñesa, así que cuando comencé a leer no pude si no sorprenderme. Era cocina italiana sí, pero digamos la versión moderna, con rellenos muy elaborados e incluso un menú degustación.

El camarero se acercó y pedí un plato de pasta con ternera mientras Daniela se decantaba por el menú degustación. Nos recomendaron para beber un vino italiano y aceptamos. Nunca fui muy amigo de las recomendaciones; más de una vez ocultan la necesidad de deshacerse de algo atrasado, pero tuve que reconocer que, en este caso, había superado todas mis expectativas.

Con los platos sucedió algo parecido. La pasta con ternera que había pedido no era de una elaboración compleja, pero estaba espectacular.

Daniela me sugirió que probase alguno de los platos incluidos en el menú degustación, y también tuve que reconocer que no me habría importado lo más mínimo pedir lo mismo. Mientras saboreábamos lo que quedaba del vino, pregunté.

—¿Cómo conociste este sitio?

—Me trajo a comer un compañero una vez. Desde ese día, siempre que decido comer fuera de casa, vengo aquí. Te ha gustado ¿verdad?

—He de admitir que entré algo receloso; pero ahora creo que se han ganado un cliente.

—Sabía que iba a gustarte. ¿Quieres que tomemos el café aquí o prefieres que lo hagamos antes de entrar en el cine? Son ya las cuatro y aún tenemos que comprar las entradas. Hemos de darnos prisa.

—Pues entonces, vamos —respondí levantándome.

Seguía sin llover, y ascendimos las calles del centro en dirección a uno de los centros comerciales de la ciudad que acogía varias salas de cine.

Al llegar comprobé lo obsoleto que me había quedado en cuanto al ocio. Busqué con la mirada la taquilla, pero la antigua ventanilla, tras la cual el vendedor o vendedora te preguntaba dónde querías ubicarte dentro del cine, había desaparecido.

En su lugar, una especie de cajero automático en el que tú mismo elegías película, horario y ubicación, se encargaba de suministrarte las entradas. Eso sí, después de pagar con tarjeta; hasta el efectivo había sido sustituido por el dinero de plástico. No acababa de acostumbrarme a todas esas modernidades, aunque hube de reconocer que Daniela se manejaba en esos menesteres como pez en el agua.

En menos de cinco minutos se había hecho con los dos papelitos que nos permitirían acceder al interior de la sala. Me propuso tomar un café rápido en una de las muchas cafeterías que se ubicaban en el centro comercial y acepté. A las cinco en punto entrábamos en la sala.

La experiencia resultó bastante gratificante. Cuando, dos horas más tarde, salimos del cine, admití sin dudarle que había elegido bien, tanto el restaurante como la película. Mientras caminábamos bajo la lluvia de regreso a su casa comenzó a hablar.

—¿Te ha gustado? A mí sí.

—Ha sido entretenida; y hace pensar.

—¿En qué?

—¿Te das cuenta de que todo lo que sabemos es tan solo lo que quieren que sepamos? ¿De qué todo lo que se cuece en las altas esferas es secreto?

—Por desgracia así es; siempre ha sido así; siempre lo será.

—Vivimos una falsa realidad; una realidad urdida por los que nos gobiernan, tanto política como económicamente. Ellos son los que nos dicen lo que podemos pensar e incluso lo que podemos gastar. Cuando les interesa, nos empujan a consumir desafortunadamente; cuando no, nos aterrorizan con las crisis económicas o con debacles políticas, tan solo para que nuestro miedo les perpetúe en su poltrona. Y la verdadera realidad la esconden en carpetas y les ponen el sello de clasificado o secreto. ¿Y sabes lo peor? Que lo aceptamos como corderos; nos hacen sentir miedo de lobos que no existen solo para conseguir su propio beneficio.

—Te has puesto muy trascendental, pero reconozco que no te falta razón. Y además te olvidas de algo; cuando aparece un genio o una voz discordante, los que mandan se apresuran a tildarlo de loco o se empeñan en buscarle algún

defecto para hacerlo desaparecer.

—Bueno, afortunadamente eso a mí no me ha sucedido —bromeé con fingida presunción.

Ella rio con una risa contagiosa.

—¡Eso es porque aún no te han encontrado, Einstein!

Reímos juntos.

Llegamos a su casa pasadas las ocho de la tarde. Mientras volvía a ponerse la camiseta y el short del día anterior, me asomé a la terraza con la intención de fumarme un cigarrillo. Cuando volvió se extrañó de encontrarme allí.

—¿Pero tú no dijiste que habías dejado de fumar?

—Por desgracia, el monstruito de la nicotina ha vuelto a apoderarse de mí.

—¡Pues vaya tontería! —exclamó mientras se alejaba en dirección a la cocina para preparar algo de cena.

Volví al salón y esperé hasta que volvió a aparecer con un par de bocadillos, que engullimos mientras veíamos las noticias en la televisión. Al terminar, consulté el reloj.

—Tengo que irme, Daniela; se ha hecho tarde y mañana tengo que madrugar. He quedado con el comandante Bermejo a las nueve.

—Aún es temprano; son solo las nueve y media. ¡Quédate un poco más, anda! —me rogó con voz triste.

—Está bien —concedí—. Pero solo hasta las diez.

—¿Y por qué no te quedas a dormir aquí? Tengo una habitación libre.

Durante todo el día me había estado asaltando la idea de que algo no iba del todo bien entre Daniela y yo. Y no se trataba del hecho de que entre ella y yo hubiese algún enfado o discrepancia, sino todo lo contrario. El problema era que las cosas iban demasiado bien. Tenía la impresión de que nos estábamos enganando demasiado y yo no estaba por la labor.

Tal y como le había dicho a Lucía, no tenía la más mínima intención de enamorarme ni de ella, ni de Daniela, ni de nadie. Pero no podía hablar por ellas, claro está. Y tenía la sensación de que Daniela sentía por mí, algo más que una simple amistad. Tenía que aclarar las posiciones y busqué hacerlo de la manera más suave posible. No soportaría otra escena como la que había tenido que sufrir hacía dos días.

—Creo que no es buena idea, Daniela —respondí.

—¿Te has puesto muy serio? ¿Ocurre algo?

—Me gustaría aclarar una cosa.

—¿Tú dirás?

—¿Qué crees que hay entre tú y yo?

Me miró extrañada y se encogió de hombros.

—Supongo que nos gustamos ¿no? Tenemos gustos parecidos; lo pasamos bien juntos; no sé...

—No quiero pecar de presuntuoso ni de vanidoso con lo que te voy a preguntar, pero tengo que hacerlo. ¿Te has enamorado de mí?

Ella tardó unos segundos en responder; unos segundos durante los cuales mantuvo la mirada baja, sin enfrentarse a mis ojos. Cuando contestó, su lacónica respuesta no me dejó del todo satisfecho.

—No.

Esperé; tenía la sensación de que faltaba el “pero”.

—Pero no me importaría hacerlo —añadió susurrando.

Durante unos instantes no supe qué decir. Tan solo sabía que tenía que salir de allí, que no podía seguir alimentando falsas esperanzas.

—Yo no soy lo que tú necesitas.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué me llevas quince años? ¿Tienes algún problema con la edad?

—No es un problema de edad; es algo más...complejo.

—No sé cuál es tu problema, pero sí sé cuál es el mío. No te mentí el otro día cuando te dije que no me fiaba mucho de los hombres, sobre todo después de todo lo que viví; pero reconozco que me sentí atraída por ti desde el día en que te vi; aunque en el restaurante me hubiese comportado de un modo brusco cuando me cogiste la mano. En el fondo lo deseaba ¿sabes? Pero tenía miedo. Ese miedo desapareció cuando me abracé a ti diciéndote que me asustaban los mendigos de la calle; me sentí...no sé...protegida; y me gustó. Cuando te propuse tomar una copa en mi casa y la rechazaste supe que podía fiarme de ti; aunque si quieres que te diga la verdad, tu negativa me decepcionó un poco.

Bebió un sorbo de agua y continuó.

—No estoy enamorada de ti, si eso te hace sentir mejor. Pero no me digas que no eres lo que yo necesito; se elegir por mí misma.

Era la segunda vez que lo escuchaba en una semana.

—Y no me importaría enamorarme de un hombre cómo tú, te lo aseguro. Estoy convencida de que, bajo esa piel de lobo, se esconde otra persona muy

distinta. No sé por qué llevas esa piel ni quiero saberlo; al menos, hasta que tú quieras contármelo. Pero voy a decirte algo: me encuentro a gusto contigo y el hecho de que no estemos enamorados o que no seamos una pareja, no quiere decir que no podamos vernos para comer, salir, ir al cine o...lo que nos apetezca. No busco más que un poco de compañía. Supongo que eso te hace estar más tranquilo.

No supe qué responder. Me acerqué a ella y posé mis labios sobre los suyos; no los rechazó. Cuando me separé la miré con gratitud.

—Gracias por comprenderme.

—No tienes por qué dárme las.

—Me gustaría poder quedarme, pero si lo hago mañana tendría que madrugar muchísimo; y necesito descansar. Pero te garantizo que volveremos a vernos —añadí mientras me levantaba.

Me acompañó hasta la puerta, me despidió con un nuevo beso y cerró inmediatamente, intentando que no viese la furtiva lágrima que corría por su mejilla.

Había vuelto a llover, y caminé lo más rápido que pude en dirección a mi guarida. En el fondo, deseaba quedarme con ella, pero sabía que ni podía ni debía hacerlo.

Quizá tenía razón Lucía y lo único que estaba haciendo era correr a esconderme en mi caparazón, pero en ese momento no tenía fuerzas para mucho más. El miedo a crear falsas esperanzas me dominaba y me empujaba a huir de Daniela. Tenía que poner tierra de por medio, por lo menos unos días, hasta que la conversación que habíamos tenido desapareciese entre las brumas del olvido.

Pero hasta que eso ocurriese, sabía que sus palabras retumbarían en mi cabeza, como así hicieron, durante todo el trayecto hasta mi piso.

Y ni siquiera allí pude librarme de ellas. Lo intenté escuchando algo de música, leyendo, fumando un cigarrillo y tomándome una copa, pero fue imposible. La frase de que no le importaría enamorarse de mí, sonaba una y otra vez, como una letanía, dentro de mi cabeza.

Me acosté, apagué la luz intentando refugiarme en el sueño, pero lo único que conseguí fue revolverme inquieto entre las sábanas. Maldije una y otra vez a las palabras que se negaban a abandonarme, hasta que hartado de luchar con ellas las acallé con la ayuda de un somnífero.



## CAPÍTULO 9

*2 de marzo de 2015, lunes*

El somnífero hizo lo que se esperaba de él y me permitió dormir hasta las siete de la mañana siguiente.

Después del consabido aseo, seguido de un breve café en el mesón contiguo al edificio, salí a las ocho en dirección a Vila Nova, adónde llegué tres cuartos de hora después.

Aparqué en el mismo lugar en el que lo había hecho el sábado y subí las escaleras que conducían hasta la entrada del juzgado. Bermejo ya se encontraba allí. Al verle, me dirigí hacia él.

—Buenos días, comandante.

—Buenos días, Veiga. La jueza aún no ha llegado; ¿le parece que tomemos un café?

Respondí señalando con un gesto la puerta y cruzamos la calle hasta la cafetería situada frente al juzgado. Frente a un par de cafés el viejo guardia comenzó a hablar.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Tranquilo; tranquilo y relajado.

—Me alegro. Veiga...tengo que darle las gracias.

—¿Por qué? —pregunté extrañado—. Y, por favor, llámeme Antón y no me trate de usted. Me hace sentir viejo.

—Porque lo que empezó como una simple investigación de asesinato puede terminar convirtiéndose en algo mucho más importante. ¿Te das cuenta de que pueden rodar muchas cabezas?

—Sí, claro; para eso estamos ¿no?

—Si tienes razón...esto levantará una buena polvareda.

—¿Y eso le preocupa?

—Ahora soy yo el que te pide que me llames Bermejo y me tutees; pero cuando estemos a solas, si no te importa. Y no sé si me preocupa o no, pero...

—Bermejo, estás a punto de jubilarte; has pasado toda tu vida luchando

contra la delincuencia ¿no? Pues sigue. ¿O acaso son menos delincuentes si llevan traje y corbata?

—¡Por supuesto que no! Para mí es lo mismo; me da igual un ratero que da un tirón que un político corrupto que se enriquece admitiendo sobornos. Bueno...quizá pueda entender al ratero.

—Entonces estamos de acuerdo. Haz lo que tengas que hacer; y sé contundente.

—Siempre lo he sido.

—Además, me gustaría que esto acabase con algún ascenso; para ti y para Jiménez. Acabará siendo un investigador de primera.

—Nada me alegraría más.

—Lo imagino. Supongo que para un oficial siempre es agradable que un subordinado destaque en su labor.

—No es solo por eso.

Me intrigó y se lo hice saber.

—Hay un detalle que desconoces.

—Me tienes en ascuas ¿dime?

—Jiménez es mi hijo, Antón.

—¡Qué me dices!

—Bermejo es mi segundo apellido. El primero es Jiménez.

—¡Joder! Vosotros los picoletos sois una caja de sorpresas.

Soltó una carcajada que me contagió.

—Espero que eso no cambie tu forma de comportarte con él.

—Por descontado; seguiré tirándole de las orejas cuando sea preciso.

Pero no te preocupes, es bueno...muy bueno.

—Es mi hijo —dijo con satisfacción.

—Voy a tener que regalarte un babero, Bermejo. Te puede el amor de padre.

Se encogió de hombros.

—¿Y a quién no?

Bajé los ojos y suspiré.

—No sé lo que es eso y...no creo que llegue a saberlo nunca, la verdad.

El comandante tuvo la delicadeza de no continuar la conversación, cosa que agradecí. Nos levantamos, dejé que pagase los cafés y regresamos al juzgado.

Bermejo golpeó con los nudillos en la puerta del despacho de la jueza



hasta escuchar un adelante.

—¿Da su permiso, señoría?

La jueza indicó con un gesto que entrásemos sin levantar la vista del auto que estaba repasando. Cuando levantó la cabeza y nos vio, nos invitó a sentarnos.

El despacho de la jueza Marta Salinas no difería mucho de los de otros jueces con los que me había cruzado en mi vida laboral. Aunque quizá el volumen de los legajos en éste, superaba con creces a cualquier otro que hubiese visto con anterioridad. Imaginé que, al tratarse del mayor partido judicial de la provincia si no en población sí en municipios, ya que abarcaba nueve, los asuntos que trataba debían ser de un volumen considerable.

En cuanto terminó lo que se traía entre manos nos miró fijamente.

—¿Ustedes dirán? Imagino que no están aquí para comprobar la cantidad de trabajo que tengo ¿verdad?

—No, señoría; el asunto que nos trae aquí es más grave y vamos a necesitar su colaboración —aclaró el comandante.

—¡Pues al grano! Tengo la mañana muy liada.

Bermejo me hizo una seña y comencé a hablar.

—Señoría, en la investigación del asesinato de Fernando Quiroga han aparecido indicios de una posible corrupción urbanística en el ayuntamiento de Vila Verde.

—¡Vaya, por Dios! ¡Lo que nos faltaba! Con la política hemos topado.

—Eso no es todo; también puede que nos encontremos con un asuntillo de trata de mujeres.

—Pero ¿ustedes qué son? ¿La Enciclopedia del crimen organizado? ¿Hay algo con lo que no se hayan encontrado?

—Bueno; de momento no tenemos ni ladrones, ni narcos, ni falsificadores, ni traficantes de armas...—añadí con sorna.

—No me sea impertinente, señor Veiga —aclaró con rotundidad.

—No lo pretendía, señoría. Lo cierto es que eso es lo que nos hemos encontrado y necesitamos de usted un par de cosas.

—¿A saber?

—La primera, la autorización para pinchar los teléfonos de Fernando Quiroga y del concejal de urbanismo de Vila Verde, el señor...

—Gerardo Cifuentes —aclaró el comandante.

—Gracias. La segunda, una orden de registro del domicilio de Fernando

Quiroga.

—¿Y qué pinta en todo esto el señor Quiroga?

—Pues que es de él de quién sospechamos en el caso de corrupción.

Permaneció pensativa un instante.

—Bien; supongamos, solo supongamos, que les hago caso y les autorizo a pinchar esos teléfonos y a hacer ese registro; ¿qué le cuento al señor Quiroga y a su abogado cuando me llamen para preguntarme por qué, en lugar de esclarecer la muerte de su padre, lo estamos investigando?

—Señoría, no pretendo ser más papista que el papa, ni mucho menos decirle lo que tiene que hacer —aclaré—, pero si estuviese en su lugar ni le cogería el teléfono. Esta es una investigación por asesinato; y en ella han aparecido circunstancias que implican en hechos delictivos al hijo del difunto; y no podemos pasarlos por alto. Además, tengo el palpito de que ambas cosas están relacionadas.

La mirada severa que me había dirigido cuando comencé a hablar se había suavizado.

—En eso estoy de acuerdo con usted; en lo de no pasar por alto ningún hecho delictivo —aclaró por si me había hecho ilusiones—. Pero tiene que entender que no puedo negarme a hablar con un letrado, por mucho que me disguste la persona que le paga.

—Cómo usted vea.

—Está bien, le diré al secretario judicial que redacte la autorización para pinchar los teléfonos desde este momento, pero con un límite de una semana, se lo advierto. Si en ese plazo de tiempo no tienen algo sólido, se terminan las escuchas. ¿Cuándo quieren efectuar el registro? Lo digo para saber la disponibilidad del secretario.

—De momento, redacte la orden sin fecha, si es posible.

—De acuerdo; esperen fuera un momento, por favor.

Nos levantamos, estrechamos la mano de la magistrada y, después de que el comandante abandonase el despacho, me volví hacia ella.

—Marta.

Ella levantó la cabeza al oír su nombre y se sorprendió al verme todavía allí.

—Gracias.

Me hizo un gesto con la mano para que saliese y, al mismo tiempo, sonrió moviendo la cabeza en señal de negación.

Mientras esperábamos por la orden judicial para intervenir los teléfonos, el comandante Bermejo decidió ir ganando tiempo y llamó al centro de monitorización de la Dirección General para que procediesen al pinchado de los mismos. No tardaron mucho; mientras, ya con la autorización en la mano, nos dirigíamos a Vila Verde, una llamada le comunicó que las líneas ya estaban intervenidas y que ya se había realizado la derivación a la comandancia de Felgueiras. Seguidamente, el comandante llamó al cuartel y dio orden de que uno de los guardias se pusiese a la escucha.

Llegamos a nuestro destino a las diez y media de la mañana. Después de aparcar el coche, el comandante creyó que debía advertirme.

—Antón, tenemos que ir con pies de plomo. Ten en cuenta que es un cargo político y que, de momento, no podemos probar que esté metido en nada turbio.

—Lo tengo en cuenta, Bermejo. Procuraré ir con cuidado.

—Tratándose de ti, permíteme que lo dude un poco —aclaró sonriendo.

—¡Joder! ¡Menuda fama tengo!

—Ni más ni menos que la que te has labrado.

Sonreí, pero evité responder. Lo único que me atreví a pensar fue que me estaba volviendo demasiado transparente. Entramos en el edificio del ayuntamiento y solicitamos ver al señor Cifuentes, a la sazón, concejal de urbanismo del municipio.

Apenas esperamos unos minutos; el uniforme de Bermejo, con la estrella de ocho puntas que le confería el grado de comandante, era llave suficiente para abrir cuantas puertas hiciesen falta.

Cuando, después de seguir a la secretaria, entramos en el despacho del concejal, un hombre bajito, rechoncho, calvo y con unas gafas que le daban el aspecto de un ratón de biblioteca, nos saludó efusivamente, levantándose de su sillón y recibiéndonos en la puerta del despacho.

—¡Buenos días, comandante...!

—Bermejo; buenos días señor Cifuentes; y gracias por recibirnos. Seguro que tiene usted mucho trabajo.

No se me escapó el punto de ironía que impregnó el saludo de mi acompañante. El concejal se dirigió a mí.

—¿Y usted es?

—Antón Veiga, investigador privado.

Si la presencia de un detective junto a un comandante de la Guardia Civil

le resultó extraña, no lo dejó entrever en un primer momento. Volvió a su sillón y nos invitó a tomar asiento.

—Bueno; pues ustedes dirán. ¿En qué puedo ayudarles?

No lo habíamos decidido con anterioridad, pero tomé la palabra y el comandante no se opuso.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas acerca de un asunto que estamos investigando —comencé bajo la mirada extrañada del concejal, al ver que era yo quién tomaba la iniciativa.

—Un detective y la Guardia Civil, juntos; ¿cómo es eso?

—Digamos que colaboro con ellos y ellos me ofrecen apoyo logístico. Como le iba diciendo, estamos investigando un asesinato, pero nos hemos encontrado con algunas cosas extrañas.

—No entiendo que puedo tener qué ver con un caso de asesinato.

—No me interrumpa, por favor —dije tajante; y comprobé como el concejal bajaba los hombros y parecía hundirse en su sillón—. Estamos aquí porque hemos averiguado que el hijo del fallecido posee, en la parroquia de Vila Verde dónde sucedieron los hechos, unas parcelas que deberían figurar como suelo rústico, pero que fueron recalificadas en los últimos años como suelo urbanizable. La casualidad ha hecho que, en el medio de todas esas fincas, se encuentre la casa del principal sospechoso del crimen; lo cual nos deja en una tesitura un tanto enrevesada.

El concejal permaneció en silencio, pero removiéndose inquieto en su sillón, como si mi argumentación le hubiese alterado el ánimo. Aun así, decidió responder con el tono más neutro que encontró.

—Si fueron recalificadas fue porque podía hacerse. Aquí no se hace nada ilegal.

—Nadie ha dicho que se trate de una ilegalidad. En todo caso, es fácil averiguarlo; basta con revisar el plan de ordenación municipal.

—Puede usted hacerlo sin ningún problema. Está a disposición de todo el que quiera verlo.

—Lo haremos, no lo dude. ¿Sabe usted a quién pertenecen esas parcelas?

—No; ¿tendría que saberlo? —preguntó con indiferencia.

—No necesariamente; pero se trata de una gran cantidad de terreno; y totalmente agrupado. Su propietario podría edificar allí lo que quisiese y le reportaría unos buenos beneficios.

El concejal sonrió taimado.

—Eso no es ni más ni menos que actividad empresarial, señor Veiga. Y en los tiempos que corren, no es nada desechable. Le recuerdo que nos encontramos en una economía de libre mercado; y los poderes públicos debemos apoyar cualquier iniciativa que genere empleo y riqueza.

—No intente venderme las ventajas del capitalismo, señor Cifuentes; no voy a comprarle ese argumento.

El semblante del concejal mudó. Su mirada era ahora seria.

—Señores...como ha dicho el comandante al llegar, tengo mucho trabajo. Si me disculpan —dijo levantándose.

Bermejo se levantó, pero yo permanecí sentado. Aún no había terminado de apretar las tuercas.

—¿Conoce usted a Fernando Quiroga? —le espeté.

Me miró fijamente y pude distinguir en sus ojos el brillo del odio y el reflejo del miedo.

—¿Por qué tendría que conocerle?

—Porque es el dueño de esas parcelas.

—Pues no; no le conozco —respondió mordiéndose el labio inferior, señal inequívoca de que mentía.

—En ese caso, gracias por su tiempo y por su información —añadí irónicamente mientras me levantaba.

—De nada —respondió secamente.

En el momento en que iba a cruzar la puerta del despacho me volví. Me estaba mirando fijamente, mientras sus manos se retorcían nerviosas. Necesitaba una vuelta más de tuerca.

—¿Y a Gonzalo Veloso? ¿Lo conoce?

Respondió rápidamente y deduje que, lo que más deseaba el concejal en esos momentos, era perdernos de vista.

—Tampoco lo conozco.

Salimos del edificio y regresamos hasta el coche. Encendí un cigarrillo.

—Bermejo, llama a la comandancia. Diles que estén atentos; o mucho me equivoco o Quiroga está a punto de recibir una llamada de nuestro amable concejal.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Porque lo conoce; de eso estoy seguro. Y a Veloso también. ¿Acaso no has visto la cara que se le ha puesto cuando he mencionado sus nombres?

El comandante efectuó la llamada y, después de finalizar el cigarrillo,

subí al coche y regresamos a la comandancia.

Subimos hasta la sala de escuchas dónde se encontraba el guardia realizando el seguimiento de las llamadas. Frente a la pantalla de un ordenador, con los auriculares puestos, anotaba en un cuaderno fechas y horas. Al vernos llegar, se desembarazó de los auriculares, se levantó y se cuadró ante el comandante, saludándolo militarmente.

—A sus órdenes mi comandante.

—Descanse; continúe con lo que estaba haciendo.

El subordinado obedeció y volvió a tomar asiento, mientras esperaba las preguntas de su superior.

—¿Tenemos alguna noticia del señor Quiroga?

—Pues sí. Desde hace unos veinte minutos su teléfono móvil registra mucha actividad.

—¿Algo interesante?

—No sabría decirle. Tengo grabadas dos conversaciones: una con un tal Gerardo y otra con una persona de la que no pronuncia el nombre, pero es un hombre que le llama “señor” y lo trata de usted. Con el tal Gerardo es más familiar, aunque es el señor Quiroga quién dirige la conversación.

—¿A qué esperamos? Hay que escuchar esas conversaciones. Denos el archivo, agente —pedí sin muchas contemplaciones.

El guardia me miró y luego miró a su superior, solicitando con su silencio el permiso para hacer lo que le había pedido. El comandante asintió con un leve movimiento de cabeza y, sin que el guardia lo viese, me dirigió una mirada cargada de reproche, junto con un movimiento de cabeza negativo. Me limité a sonreír y a encogerme de hombros.

—No tenemos todo el día comandante. Me comprende ¿verdad?

No respondió; cogió el *pen drive* que le entregó su subordinado y nos dirigimos hasta su despacho. Introdujo el dispositivo de memoria en su ordenador y, en el reproductor de sonido pulsó la tecla del *play*. La conversación no tenía desperdicio.

—¿Dígame?

—*Quiroga, soy Gerardo.*

—¿*Qué sucede?*

—*Nada bueno. Hoy ha estado en mi despacho la Guardia Civil. El comandante del cuartel de Felgueiras acompañado por un investigador privado.*

Silencio.

—¿Y qué querían?

—Me han dicho que estaban investigando un asesinato y me han preguntado por ti.

—¿Qué te han dicho exactamente?

—Parece ser que el principal sospechoso tiene una finca que está situada justo en medio de las tuyas. Saben que fueron recalificadas. Y ese investigador me ha preguntado si te conocía.

—¿Y qué les has dicho?

—Que no te conocía y que si las fincas se habían recalificado fue porque podía hacerse.

—Bueno; tranquilízate; no pasa nada. Si vuelven por ahí, dales largas. Y no digas nada.

—Me dijiste que no iba a tener ningún problema.

—Y no lo tienes.

—¿Te parece poco problema que se presenten en mi despacho los picoletos, preguntándome por ti? —gritó el concejal.

—¡Ni se te ocurra gritarme! —cortó tajante Quiroga.

—Lo siento; me he acalorado. Pero entenderás que esto no me guste.

—Te lo repito: tranquilízate; no tienen nada y nada van a tener. Olvídate del tema.

—De acuerdo; perdona por la molestia —se despidió sumiso el concejal Cifuentes.

Quiroga colgó el teléfono. Continuamos escuchando la siguiente conversación. Una voz que no pude identificar contestó a la llamada del gran hombre. El acento era extraño; podía ser sudamericano...o quizá canario.

—¿Sí?

—Soy yo —respondió Quiroga.

—Dígame, señor.

—Tenemos trabajo.

—Ok; ¿qué debo hacer?

—Nos vemos en el sitio de costumbre y te cuento.

—Como ordene.

La conversación terminó justo en el momento en el que hacía su entrada en el despacho el cabo Jiménez. El comandante extrajo el dispositivo de almacenamiento del ordenador y lo guardó en el cajón de su mesa. Nos

miramos en silencio.

—Está claro que el concejal y el señor Quiroga comparten algo más que una amistad ¿no? —expuso el comandante.

—¿Acaso lo dudaba?

—¿Y ahora qué hacemos?

—En principio, continuar con las escuchas; y opino que deberíamos establecer un operativo de seguimiento a Quiroga ¿no le parece?

—De momento no. Antes tenemos que averiguar quién es el interlocutor de Quiroga en la última llamada.

Sonreí.

—Sospecho que va a ser un hombre calvo, alto y ancho de hombros; con aspecto de boxeador.

El comandante y el cabo me miraron inquisitivos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Jiménez.

—Porque el sábado, cuando estuve hablando con Veloso, me contó que el día que se encontró el cadáver de Fernando Quiroga abuelo, estuvieron en la zona dos coches: el todoterreno del suicida y un deportivo, de color rojo, del que bajaron dos hombres. Se dirigieron al lugar en el que apareció el ahorcado y volvieron a los pocos minutos; después se alejaron de allí. Uno de los hombres era calvo, alto y fuerte; Veloso lo definió como un boxeador.

—¿Y por qué no nos dijo nada? —preguntó el comandante con expresión de enfado.

—Según él, porque nadie le preguntó nada.

—Pues tendremos que localizar a ese sujeto.

—Creo que no va a hacer falta —agregó Jiménez.

—¿Por qué?

—Porque creo que lo he encontrado esta mañana.

Miré a Jiménez con expresión de asombro y, al mismo tiempo de satisfacción. Tenía que reconocer que, cada vez, hacía mejor su trabajo.

—Cuenta, Jiménez; ¿qué has descubierto?

—Tal y como se me ordenó estuve averiguando a quién pertenecen los cuatro clubes que se encuentran en la carretera que conduce a Vila Nova. Tres de ellos están cerrados y son del mismo propietario, un sujeto que, en estos momentos, cumple una condena de doce años por tráfico de mujeres y explotación sexual. El cuarto, sigue funcionando y su propietario es Óscar Medina Romero, cuarenta años, natural de Colombia, pero residente en



España desde hace veinticinco años; tiene la doble nacionalidad. He cruzado sus datos con nuestros ficheros y he encontrado que hace cinco años, fue detenido en Madrid por propinarle una paliza a un cliente del club en el que trabajaba como matón. Le tomaron declaración y quedó en libertad bajo fianza, con la obligación de presentarse en el juzgado o en la comisaría todos los días. No acudió ninguno; así que pesa sobre él una orden de busca y captura.

—¿Quién pagó la fianza?

El cabo sonrió.

—¿No te lo imaginas?

—¡No puede ser! No nos lo pueden estar poniendo ahora tan fácil.

—Pues parece que así es. La fianza la pagó Fernando Quiroga, aunque por medio de su abogado.

—De acuerdo; recapitulemos —propuso el comandante—. Tenemos a Fernando Quiroga y al concejal con una relación entre ellos, cuando menos sospechosa. Tenemos al tal Óscar, propietario de un club de alterne, que posiblemente estuvo en la escena del suicidio del abuelo.

—Y que seguramente no es el verdadero propietario del club — interrumpí—. Si trabaja para Quiroga, ejercerá como testafierro.

—¿Qué más tenemos? —preguntó algo enojado Bermejo—. Os lo voy a decir: na—da. No tenemos nada sobre el asesinato; no podemos probar que la recalificación fuese ilegal y no podemos detener a nadie por ser dueño de un club, mientras no infrinja ninguna ley. Tan solo podemos detenerlo porque está en busca y captura. ¿Así qué ya me diréis?

—Comandante, no se me vuelva pesimista. Tenemos muchísimo más de lo que teníamos hace dos días.

—Y no se olvide del informe de la segunda autopsia al cadáver que exhumaron —añadió Jiménez.

—¿Por qué? ¿Qué pone ese informe? —pregunté ansioso.

—No lo he leído todo, tan solo la conclusión; pero es rotunda. El abuelo de los Quiroga fue estrangulado y luego colgado para simular un suicidio.

—¡Pues ya tenemos más, comandante! —exclamé—. Tenemos un asesinato y a alguien que estuvo en la escena del crimen poco antes del hallazgo del cadáver. ¿Le parece poca cosa?

—De acuerdo; no soy tan optimista como vosotros, pero os haré caso. ¿Y ahora qué?

—Ahora, comandante, voy a leer el informe de la segunda autopsia y luego me iré a comer. Volveré a eso de las cuatro. Le agradecería que se pusiese en contacto con su señoría para pedirle una orden de registro y detención a nombre de nuestro amigo Óscar.

—¿Y qué argumento le doy?

—Está en busca y captura, ¿no? Y un testigo lo vio en la escena del crimen. Creo que son suficientes argumentos.

—Veremos qué dice.

Salí del despacho y me dirigí al que solíamos ocupar durante nuestras reuniones, mientras Jiménez se ocupaba en hacerme llegar el dictamen forense. Cuando llegó se sentó frente a mí.

—¿Sabes que hemos tenido mucha suerte?

—¿Por qué lo dices?

—Porque según pone ahí —continuó señalando el informe—, el cadáver estaba...no recuerdo como dice, pero casi estaba intacto.

Comencé a leer en silencio. Según los forenses, el cadáver del abuelo Quiroga, al encontrarse inhumado en un terreno húmedo, frío y sin aire, había sufrido un proceso de saponificación. En palabras simples: la grasa corporal se había convertido en un compuesto céreo, similar al jabón.

Gracias al estado del cuerpo, habían podido descubrir la marca dejada por la cuerda con la que estaba colgado, que rodeaba el cuello desde la tráquea hasta la parte posterior de las orejas, así como la marca que una cuerda más fina había dejado bajo ella, que rodeaba el cuello en su totalidad y que, afirmaban, había sido la que le había producido la muerte por asfixia.

También afirmaban, tal y como había supuesto, que no se habían producido lesiones traumáticas, presentes en el caso de que hubiese habido convulsiones agónicas, ni tampoco lesiones en las arterias cervicales ni en las vértebras, como ocurriría en el caso de una caída brusca del cuerpo, sobre todo teniendo en cuenta el peso de la víctima.

Por todo ello, concluían que Fernando Quiroga abuelo, había sido estrangulado y luego colgado a fin de que pareciese un suicidio.

Cerré el informe y miré al cabo, satisfecho.

—Bueno, Jiménez, pues ya tenemos otro asesinato.

Miré el reloj, pasaban unos minutos de la una y media y mi estómago comenzaba a dar señales de vida. Salí del cuartel y contemplé el día gris y frío, aunque por fortuna, sin lluvia.

Me dediqué a estirar un poco las piernas por el parque antes de dirigirme al bar de costumbre para alimentar a la fiera que rugía dentro de mí.

Acorté el paseo más de lo habitual; las temperaturas se habían desplomado y la presencia del río hacía que una bruma húmeda y fría, envolviese el parque. Por desgracia, mi ajada gabardina no me protegía demasiado de la gélida temperatura, así que di media vuelta y me encaminé hacia el bar esperando que, al menos, tuviesen una sopa caliente en el menú del día.

Volví a las cuatro al cuartel con el estómago lleno y el cuerpo caldeado por la comida. Subí al despacho del comandante y entré al escuchar su autorización. Tenía cara de pocos amigos, así que procuré ir con tiento.

—¿Algún problema, comandante?

—No he podido hablar con la jueza; había tenido que salir y no regresará hasta mañana.

—¿Y por qué no la has llamado? Las órdenes puede firmarlas el juez de guardia si ella se lo dice.

—No tengo su teléfono.

Recordé que yo sí lo tenía.

—Por suerte, yo sí lo tengo; pero en mi despacho. Si quieres cuando llegue a casa la llamo.

Me miró y sentí el temor de que pensase que estaba pasando por encima de él, así que reaccioné inmediatamente.

—Solo por ganar tiempo, claro. Le diré que llamo en tu nombre.

Bermejo sonrió.

—No me seas adulator, Antón, que ya te conozco. De acuerdo, llámala; y no hace falta que menciones mi nombre.

Sonreí, me despedí de él y salí con la intención de volver a casa. La tarde fría me empujaba a buscar cuanto antes el calor de mi guarida, así que conduje lo más rápido que pude y llegué a mi destino antes de que las últimas luces del día desapareciesen.

Durante el trayecto, puse a trabajar mis neuronas en una idea que me rondaba por la cabeza; una idea descabellada, por supuesto, como la mayoría de las que se me habían ocurrido durante mi vida y que siempre habían acabado bien; tal era mi condición: ver lo fácil como difícil y lo difícil como fácil.

Pero para poder llevarla a cabo, necesitaba el concurso de dos personas:

la jueza Marta Salinas y la abogada Daniela Vasile. Y, por desgracia, esta vez no estaba seguro de poder convencerlas.

Antes de subir a casa, me acerqué hasta uno de los supermercados cercanos. Necesitaba compañía; y de la buena. De la que no me reprochaba nada y me ayudaba a conciliar el sueño sin tener que recurrir a fármacos. Con ella escondida en el fondo de la bolsa, que acogía también los ingredientes suficientes para prepararme una cena ligera, subí a casa.

No eran más que las seis de la tarde, pero decidí que mi jornada laboral había terminado. Encendí la estufa, me cambié de ropa y, después de servirme una copa de mi amigo verde, me senté en el sillón contemplando el atardecer y encendí un cigarrillo.

Una hora más tarde, después de darle unas cuantas vueltas más a la idea que me rondaba por la cabeza, decidí probar suerte. Pensé a quién llamar en primer lugar y decidí que fuese Daniela la primera que escuchase mi descabellada propuesta. No tardó en coger el teléfono.

—¡Hola, Antón! Buenas tardes; ¿cómo va todo?

—Hola Daniela; liado, si quieres que te sea sincero. Necesito comentar algo contigo.

—Bien; ¿quieres que nos veamos?

La luz de advertencia comenzó a parpadear. La apagué.

—No, no es necesario. Puedo decírtelo por teléfono, si no estás muy ocupada.

—Está bien; cuéntame —respondió con cierto grado de decepción en su voz.

—Mañana voy a hablar con el comandante Bermejo y le voy a pedir que detengan a Gonzalo Veloso.

—¡Qué! ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Voy a pedirle que lo detengan en calidad de acusado del asesinato de los dos Quiroga.

—¡Te has vuelto loco! ¡No voy a permitirlo! ¡Sabes tan bien como yo que él no lo hizo!

—Si dejas de gritar un poco quizá pueda explicarte lo que pretendo conseguir.

—¡Pues hazlo, porque estoy a punto de colgar el teléfono!

—Hoy hemos estado con el concejal de urbanismo de Vila Verde. Nos dijo que no conocía a Fernando Quiroga, pero en cuanto nos fuimos, le llamó.

Por otro lado, hemos descubierto que uno de sus empleados figura como propietario del club “*El Paraíso*”, el que nos dijo el dueño del restaurante que pertenecía a los Quiroga.

—¿Y eso qué tiene que ver con Gonzalo?

—Nada; pero necesito que Quiroga, el concejal y el empleado ese den un paso en falso. La única manera que se me ocurre es la de dar el caso por cerrado diciéndoles que tenemos al culpable.

—¿Y quieres que Veloso pase por el trago de estar detenido por algo que no ha hecho?

—Tan solo serían setenta y dos horas. Suficientes para coger al verdadero culpable.

La línea permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Daniela? ¿Estás ahí?

—Sí, perdona; estaba pensando. ¿Tendrá que pasar por otro interrogatorio?

—No será necesario. Ni tampoco se le dará ningún tipo de información a los medios. Simplemente se lo diremos a Quiroga, para ver cómo reacciona.

—¿Puedes esperar al menos a que hable con él?

—¿Para qué?

—Para decirle que es un montaje y que no tiene por qué preocuparse. Espero que me crea —añadió dubitativamente.

—De acuerdo; llámale. Pero ahora mismo; cuanto antes pongamos todo en marcha mejor para todos.

—Te llamaré en cuanto sepa algo.

Colgué y busqué en la lista de contactos del teléfono el número de la jueza. Tampoco tardó en responder.

—¿Marta?

—Sí; ¿quién es?

—Deduzco por tu pregunta que has borrado mi número de tus contactos; aunque no esperaba que también hubieses olvidado mi voz. Soy Antón.

—¡Vaya! ¡Está sí es una sorpresa! ¿Qué se le ofrece al investigador privado número uno? —preguntó con ironía.

—Necesito un pequeño favor.

—¿Laboral o...personal?

Su tono de voz, al hacer la pregunta, fluctuó entre la ironía, la sorna y la picardía.

—Laboral.

—¡Vaya, qué pena! Te escucho.

Procedí a exponerle el mismo argumento que minutos antes le había relatado a Daniela. Su reacción fue, si cabe, más brusca.

—¡A ver! Hace un momento me ha llamado el secretario del juzgado diciéndome que el comandante me buscaba para solicitarme otra orden de registro además de una de detención a nombre de un tal Óscar. Ahora me llamas tú y me pides otra más a nombre de otra persona... ¿Pretendéis detener a todo el mundo o es que solo estáis dando palos de ciego?

—Ya te he explicado por qué te la pido. Confía en mí y en setenta y dos horas te daré al culpable de dos asesinatos, al de una corrupción urbanística y al de una explotación sexual. ¿Te parece poco?

Al igual que había sucedido con Daniela, la línea se silenció durante breves segundos.

—No sé si me estoy metiendo en un jardín que no me conviene, pero ven mañana por el juzgado. Tendréis esas órdenes —dijo con resignación.

—Sabía que podía contar contigo.

—Eso es más de lo que yo puedo decir.

Colgó; y el reproche quedó ahí, flotando en la línea.

Hice la tercera llamada, esta vez al comandante para decirle que teníamos las órdenes y que las recogería al día siguiente. No se me pasó por alto el tono de asombro en su voz cuando escuchó que una de ellas iba a nombre de Veloso, pero después de explicarle mis intenciones, se mostró menos dubitativo que mis dos interlocutoras.

Me despedí de él hasta la mañana siguiente y, mientras me dirigía a la cocina con el fin de prepararme algo para cenar, Daniela respondió a la propuesta que le había hecho.

Después de hablar durante bastante tiempo con Gonzalo había conseguido convencerlo; aunque para su asombro, le había dicho que no lo hacía solo por ella, sino también por mí, añadiendo que confiaba en que yo no lo engañaría.

Sonreí para mis adentros y me dije que tenía que serle fiel a aquel hombre, que accedía a pasarse setenta y dos horas en el hotel picoletto solo para que yo pudiese demostrar por completo su inocencia.

Regresé al salón con la cena y me serví una nueva copa. Guardé la botella para no correr el riesgo de refugiarme demasiado en ella y amanecer con resaca y conecté el disco duro portátil, en el que guardaba películas y óperas,

al televisor. Busqué “*La Traviata*” y me dispuse a relajarme durante las dos horas largas que duraba.

## MUERTE

*10 de diciembre de 1938*

Había pasado un año.

Ubaldo retiró con cuidado el papel que envolvía el bocadillo que iba a servirle de comida. Abrió la botella de vino que se encontraba a sus pies y bebió un trago; acto seguido, se la pasó a su compañero.

—Enrique ¿quieres?

El tal Enrique, que no era más que el amigo que lo había acompañado hacía un año, en su visita relámpago a la aldea de la que había tenido que huir, asintió con la cabeza.

Cogió la botella, bebió un largo trago y ambos comenzaron a dar cuenta en silencio de su precaria comida.

—Enrique —comenzó Ubaldo, al terminar el almuerzo—. ¿Recuerdas hace un año, cuando fuimos a ver a la familia?

Enrique asintió con todo su cuerpo.

—¿Cómo para olvidarlo!

—¿Por qué no repetimos?

Su compañero le miró intrigado.

—¿Repetir? ¿El qué?

—La visita ¿qué va a ser?

Enrique negó con la cabeza.

—¿Tú estás loco!

—¿Por qué?

—¿Joder, Ubaldo!

—¿Qué pasa?

—¿Qué va a pasar! Que es peligroso ¿coño!

—Ya; también lo era hace un año y fuimos ¿no?

Enrique permaneció un rato en silencio, intentando encontrar el argumento que hiciese desistir a su compañero de aquella idea descabellada. Al fin, lo encontró.



—¿Acaso no escuchas las noticias?

—Sí, claro; ¿por qué?

—Entonces sabes que Franco tiene la guerra prácticamente ganada ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ubaldo, Galicia está en manos de los sublevados. Hacen y deshacen a su antojo; sobre todo...deshacen.

—¡Bah! Lo mismo ocurría hace un año y no nos fue tan mal.

—Te repito que era distinto.

—¡Joder, Enrique! ¡Y yo te repito que quiero volver! ¡Tengo que ver a mi mujer y a mi hijo! Los echo de menos, ¿lo entiendes?

Enrique no respondió, mientras Ubaldo siguió hablando.

—¡Venga, hombre! ¿Vas a decirme que tú no tienes ganas de ver a los tuyos?

—Pues claro que tengo ganas de verlos; pero tengo miedo.

—Si hacemos lo mismo de la vez anterior, no correremos ningún peligro.

Enrique permaneció pensativo durante unos instantes.

—De acuerdo, Ubaldo —admitió suspirando—. No sé cómo lo haces, pero siempre consigues convencerme.

—No tiene mérito; eres fácil —dijo sonriendo.

—¡Joder, aún encima! Me dejas quedar como un tonto.

—¡No, coño! No pienses eso.

—Pues es lo que parece —dijo Enrique frunciendo el ceño.

—No, hombre. Lo que pasa es que sé que, en el fondo, tú también quieres ir.

—¿Tan transparente soy?

—Un poco —respondió Ubaldo encogiendo los hombros.

—Está bien; cuando terminemos la faena ten todo preparado.

—Ya lo tengo.

Enrique lo miró perplejo.

—¿Y eso?

—Sabía lo que iba a pasar.

Su compañero negó con la cabeza, arrugó el papel con el que había envuelto el bocadillo y lo arrojó con fuerza.

—Lo que yo digo; me dejas quedar como un tonto.

Ubaldo sonrió.

—No te lo tomes así —dijo mientras le ofrecía de nuevo la botella de

vino—. Bebe, anda; un buen trago ahuyentará tu miedo...y este puñetero frío.

—¿Sabes? —comenzó Enrique después de haber bebido—. Ayer estuve hablando con un tipo que acaba de llegar de Vila Nova.

—¿Y qué cuenta?

—Dice que todavía hay algunos milicianos luchando. Parece ser que alguna gente del partido comunista y del socialista se ha echado al monte, junto a unos cuantos anarquistas. Los militares los llaman maquis, pero la gente normal les llama *fluxidos*. Se dedican a una especie de guerra de guerrillas.

Ubaldo asintió con la cabeza. Después, frunció los labios.

—Con ellos es con quién deberíamos estar. No en este puñetero país, enriqueciendo a este condenado constructor.

—No digas tonterías; ¿por qué arriesgar la vida? Cuando todo esto acabe podremos volver y estar de nuevo con nuestras familias. ¿Qué prefieres, eso o morir en el monte?

Ubaldo permaneció pensativo unos segundos.

—¿Sinceramente? No lo sé.

—Pues yo lo tengo muy claro.

—¿Y dónde dice el tipo ese que se esconden?

—Crean que están escondidos por los montes cercanos a Vila Verde.

—¿Qué!

—Eso dicen; ¡pero vete a saber!

—Eso no está muy lejos de nuestras casas, Enrique. No me extrañaría que alguien hubiese ido a preguntar por nosotros —argumentó Ubaldo con preocupación.

—¿Por qué? ¿A quién le vamos a interesar?

—Porque tanto tú como yo pertenecemos al partido socialista. Y en mi caso aún es peor; pertenezco a la dirección provincial. A pesar de que ya han pasado dos años, sigo siendo un buen bocado para los falangistas.

—¿Y aún sigues pensando en volver esta noche?

—Por supuesto —respondió Ubaldo tajante, levantándose y volviendo a su trabajo.

Mientras, a unos cuantos kilómetros de allí, mientras recogía de la mesa los restos de la comida, Carmen escuchó como la llamaban por su nombre en el exterior de la casa.

La persona que la llamaba era una mujer menuda, algo entrada en carnes

y, a pesar de no tener muchos más años que ella, con el rostro lleno de arrugas. Trabajaba como jornalera y, cada día, antes de encaminarse monte arriba hacia el lugar en el que vivía, se detenía en la casa de su amiga, para darle cuenta de las últimas noticias que escuchaba en el bar donde se reunían los vecinos.

Carmen reconoció su voz y salió al camino, mientras se secaba las manos con el delantal.

—Hola, Benita; buenas tardes.

—Hola, Carmen; ¿cómo estás?

—Como siempre —respondió encogiéndose de hombros—. Aquí no cambia nada. ¿Y tú? ¿Vienes de trabajar?

—Sí; estoy echándole una mano a Lucía. Me ha dado unos huevos; ¿quieres media docena?

—Benita...sabes que no puedo pagártelos; y además...tú también tienes un crío.

—¡Déjate de bobadas! Vamos adentro, anda.

Entraron en la cocina y se sentaron al lado de la mesa. Se miraron un rato en silencio y Benita sacó, de la cesta que llevaba, una huevera de alambre. Escogió seis huevos de los más grandes y los dejó sobre la mesa.

—Ahí tienes; seguro que alguno es de dos yemas.

—La verdad es que son preciosos —corroboró Carmen—. ¡Qué suerte tiene Lucía de poder mantener el corral! —exclamó con tristeza—. Yo he tenido que ir matando una a una a todas las gallinas. Antes de que se me muriesen de hambre...al menos hemos comido mi hijo y yo. Y no va a quedarme más remedio que vender la vaca; apenas da leche y ya no puedo mantenerla. Algo de dinero me darán por ella.

Benita asintió; miró a uno y otro lado, como si quisiese cerciorarse de que estaban solas e, inclinándose hacia Carmen, le habló en voz muy baja.

—Tienes que tener cuidado, Carmen.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Parece ser que esta noche van a venir los falangistas y la Guardia Civil. Van a dar una batida por el monte; en busca de algún *fluxido*.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he escuchado abajo, en el bar. Había un par de hombres hablando, sin preocuparse de que los demás escuchasen lo que decían. Uno era Fernando, el fontanero que se fue a vivir a Vila Nova. Iba vestido con un pantalón de esos del ejército ¿sabes?, y una camisa azul oscura, casi negra.

—El uniforme de los falangistas —dijo Carmen con una expresión de desagrado.

—Sí, sí; el otro hombre iba vestido igual; pero a ese no lo conozco. Miraba para todas partes; como si buscara a alguien. Cuando se marcharon, se despidieron con el brazo levantado; y el que te dije que no conozco...

—Sí.

—Pues se quedó mirando a ver si todos los presentes levantábamos el brazo o no y si contestábamos “*arriba*”, cuando dijo “*arriba España*”. Después salieron y subieron a una camioneta donde les esperaban otros hombres.

Carmen se encogió de hombros.

—Benita, ¿y eso qué tiene que ver conmigo? ¿Por qué tengo que tener cuidado?

—Porque escuché que el desconocido le preguntaba a Fernando por un nombre.

—¿Cuál? —preguntó Carmen nerviosa.

—Le preguntó si aquí no era dónde vivía su amigo Ubaldo, el que pertenecía al partido socialista.

—¿Qué! —exclamó Carmen aterrada—. ¿Y qué le contestó Fernando?

—Le dijo que sí, pero que Ubaldo se había ido al comenzar la guerra y no lo habían vuelto a ver más. También le dijo que se rumoreaba que se había ido a las Américas.

—Continúa.

—El desconocido le preguntó si tenía familia por aquí y Fernando le contestó que había dejado a su mujer y a su hijo. El hombre entonces sonrió raro.

—¿Cómo raro?

—Sí; una de esas sonrisas falsas...no sé.

—Irónica.

—Eso será, sí. Bueno, el caso es que mientras reía así, dijo que si tenía aquí a su mujer y a su hijo, él no podía andar muy lejos. Por eso tienes que tener cuidado; puede que esta noche vengan por aquí.

Carmen permaneció en silencio, pensativa.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Benita.

—Estaba pensando en irme.

—¿Irte? ¿Adónde?

—A casa de mi madre; unos días, mientras continúe el revuelo.

—Eso estaría bien —respondió su amiga, asintiendo con la cabeza—. Por lo menos, alejarás al crío de aquí.

—Sí; puede que lo haga.

Benita se levantó.

—Bueno, Carmen, tengo que irme. Lo dicho: ten cuidado; y dale un beso a Gonzalo —añadió mientras salía de la casa.

—Se lo daré. Gracias por todo.

—¡Mujer, no tienes por qué dármelas! Tú hubieses hecho lo mismo; y Ubaldo... Ubaldo ya hizo mucho por nosotros cuando estaba aquí. Por nosotros y por muchos más que ahora dicen no conocerle.

—Ya —respondió Carmen encogiéndose de hombros—. Hay mucha gente con mala memoria.

Permaneció de pie en la puerta, mientras observaba como su amiga se alejaba por el camino. Entró de nuevo en la casa pensando que sí, que quizá era buena idea la de irse unos días a un sitio más tranquilo.

Sin embargo, por otro lado, se negaba a huir y dejar su casa. Al fin y al cabo, Ubaldo no estaba allí; no podían hacerle nada. Y ella jamás había tomado parte en nada que tuviese que ver con la política. No tenía nada que temer; todo lo más que podía ocurrirle sería recibir unos cuantos insultos de cuatro estúpidos que, por el hecho de llevar uniforme, se creían los dueños del mundo.

Al final tomó la decisión: se quedaría. Ocurriese lo que ocurriese.

\*\*\*

—Ocurra lo que ocurra, ¿me entiendes, Enrique? Ocurra lo que ocurra, si mañana al amanecer no estoy aquí, lárgate enseguida —exclamó Ubaldo tajante.

—Está bien; pero ándate con ojo —respondió su amigo.

Se separaron con un apretón de manos y con un abrazo, en el mismo cruce de caminos que hacía ya un año les había visto por primera vez.

Eran las ocho de la tarde y ya había anochecido por completo. No llovía, pero el frío se hacía notar sobremanera y, en el cielo, espesos nubarrones impedían ver la luna y las estrellas.

Ubaldo recorrió de nuevo el mismo camino que la vez anterior. Nada

había cambiado, excepto que la maleza se había hecho más densa. Con la guerra, los brazos que la eliminaban habían desaparecido y los que quedaban en la aldea pertenecían a mujeres, ancianos o niños, carentes de la fuerza necesaria para eliminar los gruesos troncos de los matorrales.

Mientras recorría el sendero que conducía a su morada, Carmen, dentro de la misma, había terminado de darle de cenar al pequeño Gonzalo y le había ordenado que se acostase. Si tenía que venir alguien, prefería que la encontrase sola y que el pequeño no escuchase ni viese nada. Tenía el presentimiento de que algo iba a ocurrir; pero no era un buen presentimiento, sino todo lo contrario. Sentía un nudo en el estómago y una sensación indescriptible de angustia.

Comenzó a dar vueltas por la cocina sin saber qué hacer ni en qué matar el tiempo para intentar no pensar. Cogió su cesta de costura y se dispuso a remendar unos pantalones de Gonzalo. Apenas había empezado, cuando su corazón dio un vuelco.

Habían llamado a la puerta.

Un golpe quedo, pero perceptible.

Se levantó y se acercó a la ventana de la cocina, intentando ver el exterior e identificar a la persona o personas que habían llamado.

Volvió a sentir que su corazón se aceleraba al ver a su marido. Se lanzó hacia la puerta, la abrió rápidamente y, sujetándolo por el capote, lo arrastró literalmente al interior de la casa.

Ubaldo sonrió sorprendido.

—¿Tantas ganas tenías de verme?

—¡Estás loco! ¿Cómo se te ocurre venir? —respondió Carmen aterrada.

—Pensé que ibas a darme una mejor bienvenida. Tenía ganas de veros —respondió mientras se sentaba.

—¡Tienes que irte ahora mismo!

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Porque esta tarde estuvo aquí Benita y me dijo que había escuchado abajo, en la taberna, que esta noche van a dar una batida por el monte, en busca de *fluxidos*.

—Vale —dijo Ubaldo indiferente—. Yo no voy a andar por el monte. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Escucha; en la taberna estaba Fernando, el fontanero, con otro tipo; los dos con el uniforme falangista. El compañero de Fernando le preguntó por ti y

él le dijo que te habías ido.

—Bien, ¿y?

—Cuando el otro hombre se enteró de que tu mujer y tu hijo seguían viviendo aquí, dijo que tú no debías andar muy lejos. Benita me dijo que es probable que vengan esta noche.

—No te preocupes; si vienen, con esconderme...

—¿Y si te encuentran?

Ubaldo sonrió.

—Te repito que no te preocupes. Si tengo que esconderme, será en un sitio en el que ni ellos querrán buscar.

Se acercó a su mujer y la besó mientras la abrazaba. Permanecieron así, abrazados en silencio, hasta que un ruido sordo los hizo separarse.

En el cruce que unía el sendero con la carretera, una camioneta se esforzaba en superar la pequeña pendiente. El conductor increpó a los cuatro ocupantes que iban en la parte trasera para que bajasen y aligerasen la carga del vehículo. Una vez lo hicieron, la camioneta enfiló el sendero sin problemas, deteniéndose en la mitad del mismo.

Carmen se asomó a la ventana y distinguió las luces del vehículo. Dirigió la mirada hacia su marido y en sus ojos brillaba el miedo.

—¡Ubaldo, por Dios, escóndete!

Ubaldo salió al patio y se dirigió apresuradamente al cobertizo donde se encontraba el retrete. Entró en el mismo y arrimó la puerta; abrió la trampilla que lo vaciaba y, cuando dentro del cajón no quedó ningún resto, volvió a llenarlo de agua. Una vez hubo terminado se metió dentro, dejando solo la nariz a flor de agua para poder respirar.

De la camioneta bajaron los dos hombres que todavía permanecían en ella junto al conductor. Eran Fernando y el alférez que lo había acompañado esa mañana en la taberna. Los otros cuatro hombres se unieron a ellos y se dirigieron hacia la casa.

Todos vestían uniformes azul y caqui, con pistolas al cinto y, excepto el que los mandaba, fusiles al hombro. Al llegar a la casa, golpearon con fuerza la puerta.

Carmen abrió, con la angustia y el terror brotando por sus poros en forma de sudor.

—Buenas noches —dijo el alférez que mandaba el grupo.

—Buenas noches —respondió Carmen—. ¿Qué desean?

—Quisiéramos ver a Ubaldo Veloso —pidió el hombre, mientras miraba a hurtadillas hacia el interior.

—No está.

—¿Y dónde está?

—No lo sé. Se fue hace dos años, cuando empezó la guerra.



—¿Y no ha vuelto?

Carmen negó nerviosamente con la cabeza, sin contestar.

El hombre sonrió cruelmente mientras la miraba de arriba abajo. Carmen, violenta, se apretó la bata sobre su pecho con ambos brazos.

—Debe ser una lástima dejar sola a una mujer tan bonita —añadió el alférez con ironía.

—No estoy sola; tengo a mi hijo.

En ese momento, Gonzalo apareció corriendo. Al ver lo que estaba sucediendo, se frenó en seco y se agarró al delantal de su madre.

—Ya veo, ya veo. ¡Eh, muchachos, tened cuidado! La señora está bien protegida —gritó el alférez dirigiéndose a sus hombres y soltando una risotada—. Está bien, señora, ¿va a decirnos dónde está su marido o tendremos que buscarlo nosotros?

—Le repito que mi marido no está aquí.

El oficial encogió los hombros y apretó los labios.

—Bueno, pues...si no hay más remedio... ¡dos de vosotros registrad la casa, los otros dos el patio y las cuadras! —ordenó.

Apartaron de un empujón a Carmen y al niño y penetraron en la casa como elefantes en una cacharrería, destrozando todo lo que encontraron a su paso.

Los otros dos, provistos de un par de candiles, se dirigieron a las cuadras. Mientras, en la puerta de la casa, Carmen contemplaba toda la escena escoltada por Fernando Quiroga, el amigo de la infancia de su marido, y por el alférez que, con los pulgares encasquetados en el cinturón, observaba como sus hombres ejecutaban su mandato.

Fernando se acercó a su jefe y le susurró algo al oído. El hombre lo miró y, asintiendo con la cabeza, sonrió.

Seguidamente se separó de ellos, se hizo con un candil, bajó las escaleras que conducían al patio y se encaminó hacia el retrete. Al llegar a la puerta se detuvo y miró de nuevo a su jefe.

—Señora —dijo éste dirigiéndose a Carmen—. ¿Sería tan amable de dejar a mi hombre usar el retrete?

Carmen asintió titubeando.

Quiroga abrió la puerta del retrete, colgó el candil y dejó su fusil apoyado contra la pared. Mientras se desabrochaba el cinturón miró el agua, donde se reflejaba la luz, y le pareció ver algo. De repente, una burbuja de aire estalló en la superficie.

Se abrochó rápidamente el cinturón y salió al exterior, mirando hacia la puerta de la casa. El alférez, al ver su expresión, bajó rápidamente y se acercó a él. Fernando hizo una seña hacia el cobertizo y el hombre entendió.

—¡Eh, vosotros dos! ¡Mirad ahí dentro! —ordenó a los dos hombres que habían inspeccionado las cuadras sin resultado alguno.

Se dirigieron hacia donde les indicaba su jefe; abrieron con cuidado la puerta e iluminaron la superficie del agua.

Volvió a estallar una burbuja.

—¡Salga de ahí! —gritaron, apuntando con sus fusiles hacia el agua—. ¡Salga o disparamos!

En la superficie del agua apareció la cara de Ubaldo. Salió de su escondite y los dos hombres lo sujetaron por los brazos, llevándolo en volandas al exterior.

El jefe del grupo sonreía.

Carmen se tapaba la boca para no gritar.

Gonzalo observaba.

—Vaya, vaya; cada vez se encuentra más mierda en los retretes —dijo el alférez con sarcasmo.

—Tanta como fuera —respondió Ubaldo, mirando con desprecio al que había sido su amigo.

Uno de los hombres descargó un golpe con la culata de su fusil sobre el estómago de Ubaldo, que se dobló hacia adelante.

—¡Quietos! —ordenó el oficial—. Veremos si sigue siendo tan gallito después de que demos una vuelta por ahí. ¡Llévadle a la camioneta!

—¡No! ¡Déjenle en paz! ¡Él no ha hecho nada!

—No se preocupe, señora. Si no ha hecho nada, nada le pasará; solo queremos dar un paseo y hablar un ratito con él —dijo mientras sonreía de nuevo con crueldad.

El grupo abandonó el patio y salió al camino, llevando a Ubaldo prácticamente a rastras. Lo subieron a la parte trasera de la camioneta y le ataron las manos a la espalda, mientras el conductor hacía retroceder al vehículo, enfilando la carretera que conducía al centro de la aldea.

Ubaldo permanecía en silencio, mirando las caras sonrientes de aquellos hombres que lo custodiaban como a un trofeo de caza.

La camioneta llegó al centro de la aldea y continuó descendiendo por la carretera que conducía a Vila Nova. Apenas cien metros más abajo, tomaron

un camino a la derecha. Ubaldo sabía adónde llevaba: al río; aquel río donde, de crío, se había bañado tantas veces con Fernando, el mismo que lo había delatado y que viajaba, junto con su jefe, al lado del conductor.

Al llegar, bajaron a Ubaldo del vehículo y, a la orden de su jefe, los hombres que lo custodiaban le soltaron las manos. Sintió la tentación de huir, pero la rechazó; apenas habría podido dar un par de pasos antes de caer abatido por los disparos de aquella gente. Pensó en Carmen y en su hijo; en aquel momento estaría a punto de volverse loca; y no se equivocaba.

El jefe del grupo hizo señas a uno de sus hombres, que se acercó a la camioneta y volvió con algo envuelto en un trapo, que entregó al oficial. Éste, se dirigió a Ubaldo.

—Bueno, bueno; vamos a ver si eres buen chico. Si me dices lo que quiero saber, quizá deje que te vayas. Claro que, con algún recuerdo nuestro, por supuesto.

—Yo no sé nada.

—¡Uy, uy, uy! Mal empezamos.

—No sé nada, porque no estoy aquí. Me fui a Portugal hace dos años, cuando empezó la guerra.

—Ya. ¿Vas a decirme que no sabes dónde se esconden tus compañeros socialistas? Sí, esos que se dedican a hacer esa guerrita de guerrillas.

—Le repito que trabajo en Portugal desde hace dos años.

El oficial asintió con la cabeza y encogió los hombros.

—¡Qué lástima! ¡Atadle a un árbol!

Dos de los hombres le apoyaron la espalda contra uno de los anchos eucaliptos que crecían en la ribera del río. Lo amarraron fuertemente al tronco y le separaron los brazos, atándolos también.

Ubaldo desistió de forcejear; cada vez que lo hacía, recibía un culatazo en el vientre que le hacía perder la respiración. El alférez se acercó a él con aquel objeto envuelto en el paño.

—Por última vez, ¿dónde están tus compañeros?

—Le repito que no lo sé.

El hombre se giró y miró a sus hombres, abriendo los brazos.

—¡Ya lo veis! No quiere colaborar; yo no puedo hacer más.

Volvió a dirigirse a Ubaldo.

—Dime una cosa ¿eres diestro o zurdo?

—Diestro, ¿por qué?

—A vosotros, los socialistas, os gusta mucho compartir cosas con la gente ¿no?

—Solo con los que no tienen nada.

—Y tú repartes con la mano derecha, ¿no? Si eres diestro...

—Sí, claro.

—Pues vas a dejar de hacerlo.

Desenvolvió el objeto que llevaba oculto en el paño: un hacha pequeña que sujetó con la mano izquierda, mientras con la derecha hacía un ovillo con el trapo y lo introducía bruscamente en la boca de Ubaldo, que lo miraba con los ojos desorbitados. Quiso gritar, pero el trapo se lo impedía.

El hombre se cambió el hacha de mano, apoyó la mano derecha de Ubaldo sobre el árbol, sujetándole por el brazo, y descargó un golpe brutal sobre la muñeca.

La mano saltó por los aires, mientras un chorro de sangre brotaba del extremo del brazo. Ubaldo no podía verlo, pero sí sentir el dolor lacerante y la humedad de la sangre, corriendo árbol abajo y empapando sus pantalones. Apenas podía respirar, con el trapo embutido en su boca. El oficial volvió a colocarse frente a él, mirándole satisfecho.

—Te dije que ibas a dejar de repartir.

Ubaldo quiso decir algo, pero solo emitió un sonido gutural. El jefe de aquellos asesinos se percató de la intención de su prisionero y le extrajo el paño de la boca.

Ubaldo cogió aire y gritó.

—¡Hijo de puta!

La respuesta que recibió fue un puñetazo en pleno rostro que hizo que comenzase a sangrar abundantemente por la nariz.

El oficial volvió a colocarle el paño en la boca y se colocó a la izquierda de Ubaldo. Apoyó su mano izquierda contra el árbol, al igual que había hecho con la derecha, y repitió la operación, mientras susurraba al oído de su prisionero.

—Esto, para que no vuelvas a levantar el puño.

Ubaldo arqueó su cuerpo con el dolor. Apenas podía respirar, ya que cada vez que intentaba coger aire por sus fosas nasales, se atragantaba con la sangre que seguía manando sin cesar.

Solo deseaba que aquello acabase cuanto antes. Por su cabeza pasaron mil imágenes; toda su vida en un instante. Pero de todas ellas, la que se quedó

fija en su mente fue la de Carmen y Gonzalo. ¿Qué iba a ser de ellos? Maldijo una y mil veces a aquel hombre y al amigo que lo había traicionado.

Pero no tuvo tiempo de pensar mucho. El oficial volvió a plantarse frente a él, le sacó el paño ensangrentado de la boca y llamó a Quiroga, que se acercó.

—Mira, Fernando; en el fondo no es tan valiente ¿verdad?

Éste, no dijo nada.

—Bueno —añadió el oficial negando con la cabeza—. Acabemos con esto de una vez. Fernando, mávalo.

—¿Por qué yo? —preguntó éste aterrado, mirando a su jefe.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? No va a hacerte nada. Además... alguna vez tiene que ser la primera.

Fernando se acercó a Ubaldo sin mirarle a la cara, sacó su pistola y la cargó. Levantó el arma y apuntó a la cabeza. En ese momento, su mirada se cruzó con la de su antiguo amigo, que lo miraba con odio.

—¡Maldito seas, Fernando! ¿Por qué?

Sintió que su cabeza se abría como una sandía y ya no vio nada más.

El jefe del grupo se acercó hasta el árbol. La cabeza de Ubaldo o, mejor dicho, lo que quedaba de ella, descansaba sobre el pecho. El hombre sacó su pistola, la levantó hacia Ubaldo y descargó un nuevo disparo sobre su pecho.

Acto seguido, se giró hacia sus hombres y les hizo un gesto. Subieron todos a la camioneta y abandonaron el lugar, dejando el cuerpo mutilado de Ubaldo atado al árbol, con sus manos al pie del mismo.

Mientras todo aquello ocurría, Carmen, en la casa, lloraba abrazada a su hijo. Sabía que no volvería a ver a su marido con vida, pero no lloraba por ella, sino por su hijo. Sabía la vida que le esperaba siendo hijo de un represaliado; y entonces lo vio claro. Tenía que irse; huir de allí al igual que había hecho Ubaldo, para que su hijo pudiese crecer en paz, lejos del odio que le había arrebatado lo que más quería.

No iba a permitir que lo poco que le quedaba, su hijo, viviese señalado y despreciado porque su padre había sido miembro del partido socialista; un rojo. Para ella tan solo había sido un buen hombre, un buen esposo y un buen padre.



## CAPÍTULO 10

*3 de marzo de 2015, martes*

A las nueve de la mañana subía las escaleras del juzgado de Vila Nova en dirección al despacho de la jueza Salinas. Golpeé la puerta suavemente y al escuchar un adelanto, entré en el mismo. La jueza levantó la cabeza y, al verme, me indicó la silla que se encontraba frente a su mesa.

—Buenos días, Marta.

—Si no te importa, en este despacho soy señorita o jueza Salinas — respondió sin levantar la cabeza del documento que estaba revisando.

—De acuerdo, señorita. Disculpe mi atrevimiento.

Dejó el documento sobre la pila de papeles que tenía a su derecha, abrió una carpeta de cartón y extrajo de ella las tres órdenes que le habíamos pedido el comandante y yo. Fue entregándome una por una y con cada entrega su enojo aumentaba.

—Ahí tienes; orden de registro para el domicilio de Óscar Medina; orden de detención para el mismo y orden de detención para Gonzalo Veloso. ¿Satisfecho?

—Muchas gracias, señorita.

—Y ahora, si me disculpas...tengo mucho trabajo.

Cuando me disponía a salir por la puerta me llamó.

—¡Antón!

Me giré esperando oír lo que no deseaba. Me equivoqué.

—Quiero resultados; y cuanto antes.

Salí del juzgado y me dirigí hacia Felgueiras, adónde llegué media hora después.

Subí inmediatamente las escaleras del cuartel y entré en el despacho del comandante. Le entregué las órdenes y, acto seguido, llamó a Jiménez. Éste se presentó ante su superior en apenas cinco minutos.

—Cabo, usted y dos agentes diríjense al domicilio de Gonzalo Veloso.

—A sus órdenes, mi comandante. ¿Con qué objeto?

El comandante le entregó la orden de detención.

—Procedan al arresto de Gonzalo Veloso, acusado del asesinato de Fernando Quiroga abuelo y Fernando Quiroga padre.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido el cabo.

—¿No me ha entendido?

—Sí, mi comandante; a sus órdenes, mi comandante.

Mientras se dirigía a la puerta me encaré con el cabo.

—Tranquilo; ya te lo explicaré.

Asintió con la cabeza y salió del despacho con gesto serio. Me senté frente al comandante y le expuse el siguiente paso.

—Bermejo, supongo que tienes a alguien en la sala de escuchas ¿no?

—Sí, por supuesto.

—Bien; entonces voy a hacer una llamada. Que estén atentos a lo que sucede a continuación.

Marqué en el teléfono el número de Quiroga y esperé.

—Buenos días, señor Quiroga; soy Antón Veiga.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó airado—. ¿Va a desenterrar a alguien más?

Me la tenía guardada.

—No señor; no creo que haga falta realizar ninguna exhumación más. Simplemente le llamo para notificarle que la Guardia Civil está procediendo, en estos momentos, a la detención de un sospechoso acusado de los asesinatos de su abuelo y de su padre.

Segundos de silencio.

—¿Puedo saber quién es? —preguntó con falsa amabilidad.

—Gonzalo Veloso.

Volvió el silencio.

—¿Sigue ahí, señor Quiroga?

—Sí, sí. Es que no me lo esperaba.

—Bueno; usted siempre dijo que él quería vengarse de su familia ¿no es cierto?

—Sí; pero tenían ustedes tan claro que no había sido que...

—No teníamos pruebas; ahora sí.

—¿Qué pruebas?

—Eso no puedo decírselo; como comprenderá pertenecen al sumario y se ha decretado secreto.



—Así que su trabajo ha terminado ¿no?

Me extrañó la pregunta.

—Sí, puede decirse que sí. Ahora será la Guardia Civil la que continúe con las diligencias.

—Pues le deseo buena suerte.

—Lo mismo le digo, señor Quiroga; lo mismo le digo.

Colgué, le hice una seña al comandante y nos desplazamos hasta la sala de escuchas para comprobar si el pez había mordido el anzuelo.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando el gran hombre se puso en contacto telefónico con el concejal Cifuentes.

—¿Gerardo?

—Sí, ¿quién es?

—Acaso no me reconoces; soy Quiroga.

—Dime, ¿qué pasa?

—Muchas cosas; y todas buenas.

—Pues alégrame el día; tengo al alcalde tocándome los cojones desde que llegué.

—La Guardia Civil está deteniendo en estos momentos a Veloso, acusado de dos asesinatos.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. Acaba de llamarme el gilipollas del detective para decírmelo. Parece ser que tienen suficientes pruebas para acusarle de los asesinatos de mi abuelo y de mi padre. Sabes lo que eso significa, ¿no?

Yo sí sé lo que significa que me llames gilipollas, imbécil; ya te lo demostraré, pensé en silencio.

—Lo intuyo.

—Pues déjate de intuiciones. Si ese desgraciado va al talego, tendrán que subastar su casa para pagarme la indemnización que el juez estipule por los asesinatos. Y ya sabes quién va a comprar la casa en la subasta.

—Imagino que alguno de tus testaferros.

—Así es. Por fin voy a poder conseguir la maldita propiedad. Y gratis. Supongo que ya sabes lo que tienes que hacer ¿verdad?

—Creo que sí; quieres que recalifique la parcela ¿no?

—Eres listo.

El tono de Quiroga era sarcástico.

—El caso es...

—¿Qué?

—Verás, Fernando; no las tengo todas conmigo. Me estoy jugando mucho. Si algo de esto sale a la luz...iré a la cárcel; y no es algo que me apetezca, te lo aseguro.

—¡No me vengas ahora con escrúpulos, imbécil!

—¡No me insultes!

—¡Y tú no me grites! Y no me vengas con gilipolleces, ni con melindres de colegio de curas. Si eres concejal es porque yo te he colocado ahí; todo lo que eres me lo debes a mí. Y si has hecho algo por mí, no es nada comparado con lo que te he pagado. Así que déjate de tonterías y ponte en marcha para recalificar esa finca; la necesito. Sin ella, todas las demás no me sirven de nada. ¡Ah! Y no te olvides: de lo que obtenga con esa operación tú vas a llevarte un buen pellizco. Así que...escrúpulos...los justos ¿Me explico?

—Claramente.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Y si me niego?

Silencio.

—Fernando ¿sigues ahí?

—Sí, sigo aquí. Aunque preferiría no estar y no haber escuchado lo que acabas de decirme. Mira...hablemos claro...Puedes negarte y esgrimir ese ramalazo de integridad que acaba de asaltarte, pero yo no pienso abandonar mis planes. Y ya sabes cómo actúo...si no estás conmigo...estás contra mí. No me gustaría tener que decirle a alguno de mis amigos que traten de convencerte; ¿no sé si me entiendes?

—¿Me estás amenazando?

—No, ni mucho menos, querido concejal —respondió lenta e irónicamente Quiroga—. Te estoy aconsejando. Y mis consejos son los de un buen amigo. Si sabes lo que te conviene...síguelos. Hasta pronto, Cifuentes —terminó con autoridad.

Quiroga cortó la llamada sin esperar la respuesta del concejal. Miré a mis acompañantes en la sala y sonreí. A los pocos segundos entraba una nueva llamada. Su interlocutor era el del acento extranjero.

—Óscar, soy yo.

—Dígame, señor.

—Han detenido a Veloso.

—Eso está bien.

—Pero tenemos un pequeño problema con nuestro concejal. Ha tenido un ataque de moralidad. Me parece que tendremos que darle un susto.

—¿Qué quiere que haga?

—No vayas a por él. Vamos a meterle miedo, no a hacerle daño; al menos, de momento.

—Entonces...lo mejor será ir a por su familia.

—Tiene una hija de unos quince años. Dile que le dé a su padre recuerdos de mi parte y que le diga que no se olvide de lo que hablamos. Y... Óscar...no quiero que te pases, ¿de acuerdo? Solo quiero meterle miedo al padre, no hacerle daño a la chica.

—Mañana por la mañana me acercaré hasta el instituto en el que estudia. Y no se preocupe, señor. Soy un profesional, no un psicópata; se hacer mi trabajo.

—No lo dudaba, pero quería que lo tuvieras claro.

—Meridiano, jefe.

Colgaron. Bermejo y yo nos miramos. El comandante pudo ver en mi rostro una sonrisa de satisfacción.

—¿Por qué está tan contento?

—Porque todo está saliendo tal y como lo había previsto. Póngale mañana vigilancia discreta a la hija del concejal. Con un poco de suerte, mañana tendremos a Óscar sentado en la sala de interrogatorios.

—¡Ojalá tenga razón!

—Ahora, si no le importa, voy a tomarme un café. Son las once y aún no le suministrado ningún combustible a mi cuerpo. Envíeme un mensaje cuando lleguen el cabo y Veloso.

Salí del cuartel y me encaminé al bar de costumbre. Mientras me acercaba contemplé un instante el cielo.

Las nubes grises habían desaparecido y habían sido sustituidas por un embaldosado algodonoso que presagiaba, tal y como decían los viejos, lluvia o viento; aunque, de momento, no sufríamos ni una cosa ni la otra.

El tiempo fue pasando lentamente; reemplacé la taza de café vacía por un par de ellas más y hojeé todos los periódicos que el local tenía a disposición de los clientes. Me extrañaba que Jiménez tardase tanto en regresar. Se acercaban ya las doce del mediodía, cuando entró el mensaje que esperaba. Pagué y volví, casi a la carrera, al cuartel. En el despacho de Bermejo,

Jiménez se excusaba por la tardanza.

—Lo siento, mi comandante; se empeñó en traer algo de ropa; no supe negarme.

—¿Dónde está Veloso? —pregunté.

—Lo he dejado en la sala de interrogatorios.

—Vamos a verle —dije dirigiéndome al comandante.

La sala de interrogatorios era una habitación de unos nueve metros cuadrados, sin ventanas, con un espejo en una de las paredes, tras el cual se podía vigilar todo lo que sucedía en ella, y una mesa metálica con dos sillas bastante incómodas.

Al fin y al cabo, se trataba de que los huéspedes de dicha habitación no estuviesen demasiado cómodos. Al entrar, Veloso levantó la cabeza.

—Buenos días, señor Veiga.

—Hola, Gonzalo; ¿cómo se encuentra?

—Bien; no se preocupe. He estado en sitios peores.

—Soy el comandante Bermejo, señor Veloso. Gracias por participar en esta aventura; si puede llamársele así.

Gonzalo exhibió una mueca de sarcasmo.

—No lo hago por ustedes. Los picoletos no son santos de mi devoción. Lo hago por el señor Veiga y por la señorita Vasile.

—Pero el tío de su padre era Guardia Civil ¿no? —preguntó extrañado el comandante—. ¿Tampoco le caía bien?

—Sí lo era, pero también era una buena persona; y no he encontrado entre ustedes a nadie que reúna esas cualidades.

—¡Vamos, hombre! Alguna habrá. Yo mismo no me tengo por una mala persona ¿o si lo soy, Antón?

—No, Bermejo; no lo eres. Vamos con lo nuestro ¡anda!

—De acuerdo. Señor Veloso, vamos a llevarle ahora a uno de los calabozos. Intentaremos que esté aquí el menor tiempo posible, pero por lo menos, mientras permanezca en el cuartel, queremos que no esté demasiado a disgusto.

Gonzalo asintió con la cabeza sin pronunciar palabra alguna. Se levantó y el comandante lo condujo hasta el lugar en el que iba a pasar las próximas horas. Lo acompañé hasta el último momento y pude comprobar que, al menos, el calabozo estaba bastante bien acondicionado.

Sin ser una habitación de hotel, estaba limpio y no era demasiado frío. No

me apetecía que aquel hombre sufriese más penalidades de las que ya había soportado durante su vida.

—Dentro de un par de horas le traerán algo de comer —aclaró el comandante, antes de cerrar la puerta de la celda.

Veloso siguió completamente mudo; me despedí de él con un gesto triste y acompañé a Bermejo de vuelta a su despacho. Era la una de la tarde cuando decidí volver a casa, no sin antes decirle al comandante que me comunicase cualquier novedad, y después de explicarle a Jiménez por qué habíamos detenido a Veloso.

El cabo escuchó mi explicación sin decir nada, pero cuando terminé de hablar me reprochó que no se lo hubiese dicho antes. Sabía que tenía razón, así que le pedí disculpas y le aseguré que, en adelante, le comunicaría todos mis movimientos.

Dos horas más tarde, sentado en mi sillón habitual, contemplaba en la televisión las noticias del día. Nunca había sido capaz de tragarme por completo un noticiario; la modorra acababa ganándome la batalla y terminaba dormido como un tronco.

Ese día no fue una excepción; aunque no fue un sueño del que despertase relajado. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, demasiadas preguntas sin responder y demasiadas preocupaciones.

Eran las cinco de la tarde cuando, después de comprobar que no llovía, decidí salir a caminar un rato, actividad que me ayudaba a pensar.

En el portal del edificio encendí un cigarrillo y comencé a caminar en dirección al centro, mientras recordaba las conversaciones que había escuchado esa misma mañana. Me resultaba extraño que Quiroga se mostrase tan locuaz por teléfono, sin cortarse lo más mínimo en exigirle al concejal la recalificación de la finca de Veloso, ni en amenazarle con tomar medidas en el caso de que se negase.

Estaba también la conversación con el otro tipo, el tal Óscar. Pedirle a alguien por teléfono que le dé un susto a otra persona es una temeridad. En los tiempos en los que vivíamos, dónde la tecnología avanzaba a pasos agigantados, todo lo que se vertía en las ondas, se escribía en un mensaje o se compartía en internet, podía fácilmente volverse contra uno mismo. Todo quedaba registrado; y las fuerzas de seguridad del estado disponían de unidades perfectamente instruidas para localizar cualquier archivo, por mucho que se intentase esconderlo.

Me detuve de repente.

Sin darme cuenta, mis pasos me habían llevado hasta el edificio en el que vivía Daniela. Sonreí, pensando que mi subconsciente me estaba jugando malas pasadas. Dudé qué hacer.

Por un lado, me apetecía verla, pero por otro la lucecita de advertencia comenzaba a lanzar fugaces destellos. Olvidé los avisos de peligro y entré en el portal aprovechando el momento en que una mujer salía del edificio. Mientras esperaba por el ascensor pensé en lo que ella me había dicho el domingo por la noche y supe que tenía razón.

No había nada de malo en que dos adultos que congenian bien se vean de vez en cuando para charlar, tomar un café o lo que surja.

Frente a su puerta, respiré hondo y pulsé el timbre. Cuando la puerta se abrió, esboqué una sonrisa al ver la cara de asombro de Daniela.

— ¿Qué haces tú aquí?

—En realidad no lo sé. Salí de casa con la intención de pasear un poco y de repente me encontré frente a tu portal; así que decidí hacerte una visita. ¿Espero que no te moleste?

—¿Cómo iba a molestarte? Lo que me molesta es que no hayas venido antes. Pasa, anda.

## CAPÍTULO 11

*4 de marzo de 2015 — miércoles*

Desperté con el recuerdo de Daniela todavía anclado en mi cerebro, lo que me hizo recordar la tarde anterior.

Después de un café, acompañado de unas cuantas preguntas intrascendentes, me estuvo interrogando sobre lo sucedido con Veloso. La informé de todo, sin obviar ningún detalle y, después de cenar, regresé a mi vivienda.

Después de constatar que eran casi las ocho y media de la mañana, pensé en el día que se me presentaba por delante. Tenía la sensación de que, con un poco de suerte, entre hoy y mañana mi investigación llegaría a su fin y quedaría todo aclarado. Me levanté, me aseo y me vestí; tomé un café rápido y me dirigí hacia Felgueiras.

Mientras conducía escuché el tono de llamada del teléfono. Por descontado, me cuidé muy mucho de cogerlo para no incurrir en ninguna infracción; además, tenía la ligera sospecha de que quien me llamaba era Bermejo, lo cual pude constatar al llegar a mi destino pasadas las diez y media.

Cuando entré en el despacho del comandante su rostro irradiaba felicidad.  
—¡Buenos días, Antón! Te he estado llamando.

—Lo sé; pero venía conduciendo y me temo que si me dan un regalito por utilizar el teléfono mientras conduzco no vais a perdonármelo ¿verdad?

—Las normas son las normas; ya lo sabes.

—¿Y a qué se debe esa cara de felicidad? ¿Lo has pasado bien esta noche?

Bermejo me miró escandalizado.

—¡Qué dices!

—¡Vaya por Dios! Otro como Jiménez.

—¿Qué pasa con el cabo?

—Nada, nada; cosas mías. Bueno, ¿vas a decirme a que se debe tanta

alegría o no?

—Se trata de la hija del concejal.

—¿Qué ha ocurrido?

—Esta mañana he enviado a dos guardias de paisano a que la siguiesen desde su casa hasta el instituto. Cuando iba a entrar en el mismo, se le acercó un hombre. Estuvo hablando con ella durante unos minutos y, cuando el sujeto se alejaba, mis dos guardias llamaron a la chica, abordaron al hombre y le solicitaron la documentación. Después, estuvieron hablando con la hija del concejal, que les dijo que el tipo le había dado un recado para su padre.

—¿Qué recado?

—Según ella, le pidió que le dijese a su padre que no se olvidara de lo que le había hablado con su amigo y de lo que le había pedido. Y que le mandaba recuerdos.

—¿Le hizo daño?

—No, simplemente habló con ella, pero la chica manifestó que se había sentido acosada, así que lo hemos detenido. Está en la sala de interrogatorios; ¿quieres verle?

—Por supuesto.

Nos dirigimos a la misma sala en la que habíamos estado con Veloso. Cuando tuve al tal Óscar ante mí no pude evitar una sonrisa.

Sentado, con las manos esposadas, se encontraba un hombre de casi dos metros, con unos hombros anchos y fuertes, calvo y con la nariz típica de un boxeador. Me miró y me devolvió la sonrisa.

—Usted debe ser el detective ¿me equivoco? —preguntó con el acento inconfundible que habíamos escuchado en las conversaciones telefónicas.

—¿Nos conocemos? —pregunté con sorna.

—Usted a mí no. Yo a usted...bastante.

Su respuesta me hizo pensar que Quiroga también se había dedicado a vigilarme.

—Entonces ya sabrá cómo me las gasto.

Sonrió con desprecio, pero permaneció en silencio.

—¿De qué conoce a la hija del concejal Cifuentes?

Silencio.

¿Por qué fue a hablar con ella?

De nuevo, el silencio.

—Tengo la impresión de que no va a colaborar mucho —dije



dirigiéndome al comandante.

—Eso parece.

—¿Le apetece un café? —pregunté a aquella mole.

—Solo doble, por favor.

Salí de la sala y me dirigí a la máquina situada en el pasillo. Saqué el café que me había pedido y volví a entrar. Puse el vaso de plástico frente a él y me senté.

—Tenga cuidado; está caliente —le advertí.

Sopló suavemente sobre el líquido y, mientras le daba pequeños sorbos, seguí preguntando.

—¿Qué relación tiene con Fernando Quiroga?

Silencio. Estaba empezando a cansarme.

—Mire, señor... ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—No lo he dicho.

—Se llama Óscar Medina Romero —apuntó Bermejo.

—Bien, señor Medina. Por lo que veo no está dispuesto a colaborar con nosotros.

—No diré nada hasta que no llegue mi abogado.

—Bien; pero por si no lo sabe, hay una orden de busca y captura contra usted dictada por un juzgado de Madrid. Así que, por muchos abogados que tenga, no va a salir de aquí como no sea en dirección a la capital. Más le vale mostrarse un poco más colaborador; quizá eso le beneficie más.

—No voy a colaborar en nada con ustedes. Y con respecto a lo de enviarme a Madrid...eso ya se verá. Esperemos a que llegue mi abogado.

—Como usted desee, señor Medina —dije levantándome—. Aunque me temo que se está usted equivocando. Y le comunico que tenemos una orden de registro de su domicilio.

La única respuesta que obtuve fue un encogimiento de hombros.

Salí de la sala y del cuartel con la intención de fumarme un cigarrillo. En las campanas de la iglesia cercana dieron las doce. Acabé el cigarrillo y arrojé con fuerza la colilla, justo en el momento en el que Jiménez salía por la puerta del cuartel y se acercaba hasta mí.

—Antón, dice el comandante que no te vayas; te invita a comer.

—Vaya, ¡qué rumboso!

—Me ha dicho lo que ha pasado en la sala de interrogatorios. ¿Crees que sacaremos algo de ese tipo?

—No lo sé; depende de lo que podamos asustarlo.

—Parece un tipo duro.

—Lo es; tengo la impresión de que ya se ha visto más de una vez en esta situación; y creo que ha salido bien parado de todas ellas.

—Imagino que será Quiroga quién le pague el abogado ¿no?

—Es de suponer.

—Por cierto, Antón, me gustaría decirte algo.

Le miré extrañado. A ver con qué me iba a salir ahora.

—¿Y qué quieres? ¿Qué te dé permiso para hablar? Yo no soy un superior tuyo, ya lo sabes.

—Ya, ya lo sé. Es en relación con lo que te conté el otro día, lo de mis problemas.

—¿Los conyugales? —pregunté mientras sonreía.

—Sí, esos. El caso es que ya están solucionados.

—¡Vaya! ¡Pues me alegro por ti, hombre!

—Mi mujer y yo hemos decidido tener un hijo.

—Bueno; no puedo decir que me alegre que haya un españolito más sufriendo la crisis y con el futuro más que incierto, pero si vosotros lo queréis así... ¡Es broma, hombre! —exclamé al ver la cara de terror que había puesto Jiménez—. Me alegro por los dos; verás como ese crío te va a traer suerte.

—A ver si es verdad; y gracias por haberme escuchado el otro día.

—Jiménez, deja de darme las gracias por todo. Si te escuché es porque te aprecio, pero ni se te ocurra ponerte sentimental, que te calzo un guantazo, aunque me arresten por agresión a la autoridad.

—Lo tendré en cuenta —respondió sonriendo.

En ese momento un coche de gran cilindrada aparcó frente al cuartel. De él, bajó un hombre joven, con una imagen que se asemejaba más a un modelo de revista que a cualquier otra cosa.

Cuerpo atlético, engominado, rasurado al máximo, traje y zapatos de marca...lo que en estos tiempos se denomina un metrosexual. No supe por qué, pero tuve la impresión de que estaba a punto de conocer al abogado del señor Quiroga.

Pasó por delante de nosotros con un “buenos días” y se dirigió al guardia que se encontraba en la puerta. Después de identificarse como el abogado del hombre al que habíamos detenido, entró en el edificio.

—¡Vamos allá, Jiménez! Empieza la fiesta —dije, mientras con un

empujón le obligaba a caminar delante de mí.

Nos dirigimos directamente a la sala de interrogatorios, en la puerta de la cual se encontraban el comandante y el abogado. Parecían discutir.

—¿Qué ocurre? —pregunté interrumpiendo su discusión.

El abogado me miró de arriba abajo.

—¿Y usted quién es? —pregunto con suficiencia.

—Antón Veiga —dije ofreciéndole mi mano—. Investigador privado.

—¡Ah, sí! El detective.

Fruncí el ceño.

—Detectives eran Philip Marlowe y Hércules Poirot. Yo soy investigador privado ¿captas la diferencia, picapleitos? —dije despectivamente.

Me miró de nuevo con la misma sonrisa de suficiencia.

—Yo no soy picapleitos. Soy abogado, abogado penalista; y muy bueno, señor...investigador privado —respondió recalcando las últimas palabras.

—Bien, pues ahora que ambos hemos exhibido nuestros atributos, sin acabar de decidir quién los tiene más grandes ¿le importaría decirme qué ocurre?

—Quiero ver a mi cliente.

—¿Y supongo que querrá verlo a solas?

—Si no es mucha molestia.

—Ninguna; ¿verdad comandante?

—Por eso discutíamos precisamente; debería estar presente un guardia.

—No creo que sea necesario. Aquí, míster España, tendrá cosas personales que tratar con su amigo. Deberíamos concederles un rato de intimidad —añadí con ironía, guiñándole un ojo al comandante sin que el abogado se percatase.

—Está bien; si tú lo dices...

Permitimos que el abogado entrase en la sala de interrogatorios y nos dirigimos a la sala situada tras el espejo, dónde podríamos observarlos sin ser vistos y escuchar todo lo que hablaban, gracias a los micrófonos situados dónde se encontraba el detenido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el abogado.

—No lo sé —respondió Óscar—. Me detuvieron después de darle un recado del jefe a la hija del concejal. ¿Has hablado con él?

—Aún no. Y no se te ocurra decir su nombre. Tienes que ser cuidadoso con lo que dices; seguro que están escuchando. ¿Te han acusado de algo?

—Dicen que estoy detenido porque estoy en busca y captura.

—Ya; lo de Madrid. Pues no lo tenemos fácil. Lo único que puedo hacer es hablar con el juez e intentar que anule la orden diciéndole que estás dispuesto a presentarte en el juzgado y pagar una multa.

—¡Pero si me presento me mandarán al talego!

—¡No seas imbécil! El juicio aún no se ha celebrado; hasta que eso ocurra pueden pasar muchas cosas ¿entiendes?

—Sí, claro.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Si te interrogan, no sabes nada y no conoces a nadie. El encargo te lo hicieron por teléfono y no sabes quién es la persona que te lo hizo; ¿de acuerdo?

Óscar asintió con la cabeza y el abogado se levantó.

—Pues vamos a decirles a los picoletos y al detective que pueden pasar.

Golpeó la puerta y le solicitó, al guardia que se encontraba al otro lado de ella, ver al comandante. Salimos de la sala en la que nos encontrábamos y nos dirigimos al encuentro de aquel maniquí. Nos recibió con una sonrisa que distaba mucho de ser amistosa y sí de seguridad.

—Mi cliente está dispuesto a hablar con ustedes.

—¡Qué amable! —exclamé sarcástico.

El abogado me fulminó con la mirada. Luego, volvió a esgrimir su sonrisa.

—¿Tiene que estar presente este señor? —preguntó al comandante.

—Señor... ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Álvarez, Agustín Álvarez.

—Bien, señor Álvarez; por si no se ha dado cuenta, está usted en una comandancia de la Guardia Civil, y yo soy su comandante. Aquí, el que decide y el que manda soy yo. Limítese a hacer su trabajo y ni se le ocurra darme órdenes; ¿me ha entendido?

—Perfectamente.

—Pues entonces vamos allá; acompáñame Antón.

Le seguí, después de dirigirle al leguleyo una mirada socarrona y encogerme de hombros.

—Mala suerte, socio —dije al pasar junto a él.

No contestó; se limitó a seguirnos y después de entrar se arrimó a la pared y permaneció en silencio, mientras nos sentábamos frente al detenido.

—Bien, señor Medina —comenzó el comandante—. Su abogado nos ha

dicho que está usted dispuesto a responder a nuestras preguntas.

Obtuvimos por toda respuesta un movimiento de cabeza.

—¿Por qué fue a ver a la hija del concejal Gerardo Cifuentes? — pregunté.

—Tenía que darle un recado para su padre.

—¿Qué recado?

—Le dije que le recordase a su padre lo que le habían pedido.

—¿Y qué le habían pedido?

Negó con la cabeza.

—Eso no lo sé.

—¿Y quién le pidió que lo hiciese?

—Tampoco lo sé. Recibí una llamada encargándome el trabajo; me dijeron que me pagarían y que recibiría el dinero por un mensajero.

—¿Cuánto le pagaron?

—No me pagaron nada; me dijeron que lo harían, pero aún no he recibido nada. Y, visto lo visto, no creo que llegue a cobrar nada. No me imagino a un mensajero viniendo aquí a entregarme nada —dijo sonriendo torcidamente.

—¿Quién sabe! A lo mejor hasta viene Papá Noel a visitarte. Todo depende del tiempo que estés aquí.

—Espero que no mucho.

—Eso ya se verá; de momento, vas a quedarte aquí.

—¿Por qué?

—Primero, porque estás en busca y captura. Segundo, porque a lo mejor tenemos suerte y podemos acusarte de algo más.

—¿Cómo qué?

—Asesinato, por ejemplo.

Miró a su abogado, que en ese momento había abandonado su postura indolente y se había puesto en guardia.

—¡No diga estupideces! Yo no he matado a nadie.

—Eso aún no lo sabemos, pero tenemos la declaración de un testigo que asegura que te vio hace diez años en el escenario de un crimen. Esta tarde vas a acompañarnos a tu domicilio, para un registro y...

—Supongo que tienen una orden —interrumpió el abogado.

Lo miré fijamente.

—Sí, la tenemos; y haga el favor de no interrumpirme. Como te decía — continué dirigiéndome a Óscar—, está tarde vamos a registrar tu piso, a ver

que encontramos; y vas a quedarte aquí setenta y dos horitas.

—No pueden hacer eso —volvió a interrumpir el abogado.

—Sí, sí que podemos —respondió el comandante—. Mientras sea un sospechoso de asesinato podemos retenerle el tiempo máximo que nos permite la ley; y eso son tres días. Y haga el favor de no volver a interrumpir ¡coño!

Éste reculó y volvió a su posición, pegado a la pared. Su defendido mostraba signos de preocupación.

—Le repito que yo no he matado a nadie; tiene que creerme.

—No tengo por qué creerle, pero mi experiencia me obliga a concederle el beneficio de la duda. Ya veremos quién de los dos tiene razón. Comandante —dije volviéndome a Bermejo—, creo que de momento hemos terminado.

Se llevaron a Óscar a una de las celdas y el abogado salió de la sala, no sin antes regalarnos una mirada poco amistosa.

—Tendrán noticias mías.

—No sabe cuánto las espero —respondí con sorna.

Bermejo me miró y sonrió.

—¿Vamos a comer?

Antes de que tuviese tiempo de consultar la hora en mi reloj, mi estómago emitió un rugido perfectamente audible.

—Parece que ya han respondido por ti.

—Mi estómago va por libre, Bermejo; como otras muchas partes de mi cuerpo.

Fuimos a buscar a Jiménez y los tres nos encaminamos hasta el bar en el que habíamos comido la última vez. A las dos y media ya estábamos de vuelta en el despacho del comandante.

Mientras él y el cabo preparaban el registro en la casa de Óscar, decidí asomarme a la ventana para fumar un cigarrillo. En esas labores estaba cuando la puerta del despacho se abrió y un guardia solicitó permiso para entrar.

—Adelante, Regueira; ¿qué se le ofrece?

—A sus órdenes, mi comandante. Le traigo un archivo de audio con dos conversaciones del señor Quiroga. Creo que debería escucharlas.

Arrojé el cigarrillo a la calle, cerré la ventana y me senté mientras el comandante insertaba el dispositivo en el portátil. Al poco rato la voz de Fernando Quiroga invadió la estancia.

—*Hola Cifuentes; ¿ocurre algo?*

—*Eres un hijo de puta.*

Silencio.

—¿Me has oído?

—Sí, Cifuentes; te he oído, pero no me ha gustado lo que has dicho. Que yo sepa no te he faltado al respeto.

—Ah, ¿no? ¿Entonces por qué has mandado a uno de tus matones a hablar con mi hija?

—Yo no he mandado a nadie a ningún sitio.

—¡No me tomes por imbécil!

—Te dije ayer que no me gritases. No se lo consiento a nadie; y menos a un don nadie cómo tú.

—¿Qué me has llamado?

—Te he llamado lo que eres: don nadie. Solo eres un puto concejal que yo he colocado en el ayuntamiento; ya te lo dije ayer. Y de la misma manera que te he colocado te puedo quitar cuando quiera; así que no me toques los cojones. Tu hija te dio el recado ¿verdad? Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Y no vuelvas a llamarme a no ser que sea para darme una buena noticia; no tengo tiempo de escuchar gilipollices, ni de hablar con estúpidos. ¿Te ha quedado claro, concejal?

—Sí —respondió lacónico y con voz temblorosa.

La línea enmudeció. El comandante me miró sin decir nada mientras esperábamos a que se cargase el siguiente archivo. De nuevo, la voz de Quiroga invadió el despacho.

—Hola Agustín, ¿qué sucede?

—Han detenido a Óscar.

Silencio.

—¿Me ha escuchado, señor Quiroga?

—Sí. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Le detuvieron después de darle el recado a la hija del concejal. Por desgracia, va a ser difícil sacarlo. Tiene una orden de busca y captura dictada por el juzgado de Madrid que lleva el asunto aquel de la agresión.

—Pues tendrás que hacerlo; lo necesito fuera.

—No sé señor; ya le digo que va a ser difícil. Además, el interrogatorio lo llevó el detective que colabora con los picoletos. Dijo que iban a registrar su domicilio y que quizá lo acusasen de asesinato.

—¡Mierda! Eso no es una buena noticia, Agustín. Ese gilipollas no tendrá en casa nada que pueda relacionarme con el club ¿verdad?

—*Espero que no.*

—*Habrá que ocultar todo, como hicimos en el 96. Bueno, por lo menos esta vez no tenemos menores. Haz todo lo que puedas, pero si la cosa se complica, tendremos que prescindir de él. Si alguien tiene que caer, mejor él que yo.*

—*Lo que usted diga, señor.*

Cuando la conversaci3n termin3 yo ya no me encontraba en aquel despacho.

Mi mente estaba en una conversaci3n mantenida el mi3rcoles de la semana pasada. Una conversaci3n sobre una redada en un club en el año 96. Puede que solo fuese una coincidencia, pero como ya he dicho muchas veces, no creo en las casualidades y menos cuando est n relacionadas con hechos delictivos.

El golpe que había recibido al escuchar la conversaci3n fue tan fuerte que me cost3 reaccionar; y no lo hice hasta que Jim3nez me zarande3 por los hombros.

—* Ant3n!  Est s bien?  Qu3 te sucede?*

*Sacud  la cabeza y volv  a la realidad.*

—*S , estoy bien; no te preocupes.*

—*Parecías ido.*

—*Y lo estaba, Jim3nez; y lo estaba.*

—* Ocurre algo?*

—*Bueno; ya sabemos qui3n es el verdadero propietario del club  no?*

—* Y saber eso ha hecho que te pusieras así?*

—*No fue por eso. Pero por ahora no puedo contaros más.*

*El comandante se levant3.*

—*Vamos a efectuar ese registro cuanto antes. Puede que el abogado tenga una copia de las llaves de  scar y le d3 por pasarse por all .*

Llegamos al edificio d3nde tenía la residencia nuestro detenido a las cuatro y media de la tarde, despu3s de pasar por el juzgado para recoger al secretario judicial que debía levantar acta de lo que nos llev amos.

El piso era un apartamento de unos cincuenta metros cuadrados, distribuidos en dos habitaciones, una de matrimonio, un sal3n con cocina americana y un baño.

Bajo la atenta mirada de  scar, comenzamos a rebuscar por cajones y estanterías intentando encontrar algo que nos permitiese incriminarlo en el



asesinato del abuelo Quiroga.

Por desgracia, no encontramos nada que pudiese relacionarlo con aquel suceso, pero obtuvimos un pequeño premio al encontrar, en una de las mesitas de noche, una especie de cuaderno de contabilidad. En el figuraban nombres de mujeres y al lado de cada uno cantidades de dinero. Le dijimos al secretario que nos lo lleváramos, así como una tablet que encontramos en el salón.

Cuando, una hora más tarde, nos disponíamos a salir del piso, recordé que nos faltaba algo por registrar.

—Óscar, ¿dónde tiene usted el coche?

Se rio a carcajadas.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—¿Dónde lo voy a tener? Aparcado en el sitio en el que me detuvieron. ¿Acaso cree que fui a Vila Verde andando?

—¡Maldita sea, comandante! ¡Cómo no han llevado ese coche al cuartel!

—Llamaré ahora mismo para que vayan a recogerlo. ¿Qué coche es?

—Un BMW Z3, rojo; está aparcado frente al instituto.

Bermejo llamó al cuartel y dio orden de que el coche fuese retirado inmediatamente y que no se tocara nada en él. Seguidamente, se dirigió al secretario.

—Señor secretario, necesitaríamos que refleje en el acta que vamos a registrar también el coche; a no ser que prefiera acompañarnos a Felgueiras, claro.

—No hay problema ninguno; lo hago constar.

Volvimos rápidamente al cuartel y, en la misma puerta, esperamos la llegada de la grúa que traía el coche del detenido. Cuando llegó y lo pusieron a nuestra disposición comenzó el registro y llegó la sorpresa.

En la guantera, envueltos en un papel arrugado se encontraban dos cartuchos de postas vacíos.

—¿Eres cazador? —le pregunté a Óscar mostrándole los cartuchos.

—No son míos.

—Ya; han aparecido ahí por arte de magia, ¿verdad?

Después de llevar los cartuchos al interior del cuartel para comprobar si tenían huellas y de devolver a Óscar a la celda, subimos hasta el despacho del comandante. El resultado de la búsqueda de huellas tardaría apenas unos minutos, pero después tendríamos que cotejarlas con la base de datos de la

Guardia Civil para saber a quién correspondían.

Hubo suerte. Media hora más tarde un guardia asomaba por la puerta del despacho con el resultado. Habían encontrado huellas de dos personas: una desconocida, la otra de nuestro querido amigo Óscar Medina. Se imponía un nuevo interrogatorio.

La imagen del hombre que ahora se sentaba frente a nosotros en la sala de interrogatorios, distaba mucho de ser la imagen chulesca y arrogante de la mañana. Aun así, le dio por esbozar una sonrisa.

—Borra esa sonrisa de la cara, Óscar. No creo que tengas nada de que alegrarte. Tienes problemas; y graves.

El detenido oscureció su semblante.

—A ver, como te dije por la mañana, tenemos un testigo que afirma haberte visto en la escena de un crimen cometido hace diez años; a ti y a tu precioso y llamativo coche rojo. Y, además, ahora tenemos tus huellas en dos cartuchos de postas que, si los análisis lo confirman, fueron utilizados en un asesinato cometido hace dos meses.

—Ya le he dicho que yo no he matado a nadie. Y mi coche solo tiene cinco años; mal pudieron verlo hace diez.

—Pues para no haberlo hecho estás metido en todas las fiestas. Y por lo del coche, no te preocupes; averiguaremos que coche tenías hace diez años. No sé por qué, pero sospecho que tenías el mismo modelo y el mismo color. Los malotes tenéis los gustos muy limitados.

Guardó silencio. El comandante salió de la sala para ordenar que se procediese a investigar qué vehículo poseía nuestro detenido en la fecha de la muerte del abuelo Quiroga y volvió a entrar.

—¿No tienes nada qué decir? —preguntaba yo en ese momento a nuestro hombre.

—No voy a hablar si no es delante de mi abogado.

Asentí con la cabeza.

—Mira, socio, voy a darte un consejo; y gratis. Deberías empezar a colaborar un poquito. Más que nada porque, de momento, eres sospechoso de dos asesinatos, porque hemos descubierto que eres propietario de un club y te podemos endilgar el delito de explotación sexual y, además porque me temo que van a dejarte con el culo al aire; ¿no sé si me entiendes?

Siguió callado.

—Mira, tu jefe, Fernando Quiroga y ese abogado tan guapo y chulo que

tiene estuvieron hablando de ti este mediodía. Una conversación muy interesante, te lo aseguro. ¿Cómo acababa? ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Quiroga le decía al guapito “si alguien tiene que caer, mejor él que yo”. ¿Qué te parece?

—No me lo creo,

—De acuerdo. Comandante, ¿podemos dejar que escuche la conversación?

—Eso no puede hacerse, Antón.

—Quedará entre nosotros tres, no se preocupe.

Bermejo salió y volvió al cabo de unos minutos con un portátil y el archivo de sonido con la grabación de la conversación mantenida entre Quiroga y su abogado.

Conforme la conversación iba transcurriendo, el rostro de Óscar se iba ensombreciendo. Cuando terminó, se hallaba derrotado, con los ojos cerrados y la cabeza baja.

—Y ahora... ¿sigues pensando en esperar a tu abogado?

Levantó la cabeza y me miró fijamente.

—Mi jefe lo subestima; es usted mejor de lo que él piensa.

—Eso ya lo sé —dije sonriendo con satisfacción—. Pero adularme no te va a servir de mucho. ¿Vas a colaborar o no?

Suspiró y se recostó en la silla.

—¿Qué quieres saber?

Me eché hacia adelante, y pulsé en la grabadora el botón que iba a permitirme registrar todo lo que aquel hombre nos dijese.

—Antes de nada, no creo haberte dado permiso para tutearme, pero lo pasaré por alto. Quién sabe, quizá acabemos siendo buenos amigos.

Hizo una mueca.

—Comienza por decirme por qué están tus huellas en esos cartuchos; que yo sepa, no tienes licencia de caza.

—Yo no he matado a nadie.

Le miré asombrado, abriendo mucho los ojos.

—No me mires así; te repito que no he matado a nadie, pero sí toqué los cartuchos.

—Eso no es suficiente; tendrás que contarme algo más.

—Mi jefe me dijo que me deshiciese de ellos, por eso están ahí mis huellas.

—¿Y tu jefe se llama?

—Ya sabes cómo se llama.

—Sí, pero quiero oírtelo decir a ti. Es un capricho.

—Se llama Fernando Quiroga.

—¿Te dijo por qué quería deshacerse de ellos?

—No; simplemente me lo ordenó. Y sus órdenes no se discuten, simplemente se acatan.

De eso no me cabía la menor duda. Decidí, como en los toros, cambiar de tercio.

—¿Estuviste en el lugar en el que encontraron ahorcado al abuelo del señor Quiroga, el mismo día que apareció, hace diez años?

No respondió.

—¡Vamos, Óscar! ¡Esto no es un juego! Tenemos un testigo que afirma que te vio a ti y a otro tipo ese día; y también afirma haber visto un deportivo de color rojo. De momento no me has dicho nada para que deje de acusarte de dos asesinatos. ¿Vas a tener que ser un poco más convincente?

Volvió a suspirar.

—¿Puedo beber un poco de agua?

Me levanté, salí de la sala y volví a los pocos segundos con una botella de agua que coloqué frente a él.

—Ahí tienes. Aclárate bien la garganta; todavía tienes muchas cosas que contarnos.

Bebió un largo trago de agua y, con la botella entre las manos, volvió a hablar.

—Sí, estuve allí; pero yo no lo maté.

—Ya; se suicidó ¿verdad?

—No; no se suicidó.

Miré al comandante y alcé las cejas. Al menos, teníamos la confirmación de que había sido un asesinato.

—¿Por qué dices eso? Los forenses han dicho que fue un suicidio.

—Tú sabes tan bien cómo yo, que no fue así. Al abuelo del señor Quiroga lo estrangularon con una cuerda y después lo colgaron.

—¿Quién lo hizo? ¿Quién lo mató y luego lo colgó?

—Su nieto lo estranguló; después yo le ayudé a colgarlo.

No me lo podía creer; por fin teníamos la confesión de alguien que había estado presente en el asesinato.

—¿Me estás diciendo que Fernando Quiroga estranguló a su abuelo y que

después entre los dos lo colgasteis?

—Así es.

—¿Y por qué lo mató?

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

—¿Mató también a su padre?

—Eso no lo sé. Me dijo que había ido al monte a pegar un par de tiros, pero que no había querido dejar allí los cartuchos vacíos, por si los encontraba la Guardia Civil. No era época de caza.

—¿Y por qué no te deshiciste de ellos?

—Fui un estúpido. Los guardé en la guantera con la intención de tirarlos en cualquier lugar lejos de esta zona y me olvidé.

—Solo una pregunta más, para ahorrarle al comandante unas gestiones que nos harían perder el tiempo. ¿Qué coche tenías hace diez años y de qué color?

—Tú lo dijiste antes. Igual que el que tengo ahora, un BMW Z3 de color rojo.

—Te dije que eráis de gustos limitados.

—Me gusta el modelo y me gusta el color; para qué cambiar —añadió encogiéndose de hombros.

—Está bien, Óscar; de momento eso es todo. Ahora volverás a tu celda, pero no te preocupes, seguiremos hablando.

Bermejo y yo salimos de la sala y regresamos a su despacho.

—Bueno, Antón, parece que todo ha salido a pedir de boca. No fue tan mala idea detener a Veloso; todos los implicados han dado un paso en falso.

—Esto aún no se ha acabado, Bermejo. Falta detener al culpable y vamos a tener que conseguir algo muy sólido para poder hacerlo. Su abogado puede dismantelar el relato de Óscar sin ningún problema; y Veloso vio a alguien sí, pero hace diez años y desde tan lejos que cualquier defensa desmontaría esa prueba. Tenemos que conseguir cuanto antes los resultados de los análisis de los cartuchos; hay que averiguar si fueron los que se dispararon contra Quiroga padre.

—Llamaré al laboratorio y les meteré prisa.

—Tengo que irme; son más de las siete y todavía tengo que hacer una gestión.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

No respondí.

—¿Qué te ocurrió antes, cuando escuchaste la conversación entre Quiroga y su abogado? Parecías...ausente.

—No puedo decírtelo ahora, Bermejo; pero te aseguro que lo haré tan pronto pueda.

De repente, una idea iluminó mi mente.

—¿Puedes hacerme un favor? Necesito una fotografía de Óscar; ¿puedes proporcionármela?

—Sí, claro; ¿para qué la necesitas?

—A su tiempo, Bermejo; a su tiempo.

El comandante alzó los hombros e hizo una mueca de disgusto, pero no dijo nada. Me acompañó hasta dónde se encontraba Jiménez y me proporcionó la fotografía que le había solicitado. La guardé en el bolsillo de mi chaqueta, me despedí de ellos hasta el día siguiente y salí a la calle.

Ya dentro del coche, permanecí unos segundos pensando en lo que debía hacer. Cogí el teléfono y marqué el número de Daniela. No tardó en responder.

—¡Hola, Antón!

—Hola; ¿estás ocupada?

—No, ¿por qué? Suenas serio, ¿ha ocurrido algo?

—Necesito que vengas a mi casa esta noche, sobre las nueve ¿podrás?

—Por el tono de tu voz intuyo que no me estás llamando para nada agradable ¿verdad?

—Tengo que hablar contigo sobre un tema importante.

—Está bien, allí estaré.

Colgué y marqué el siguiente número.

—¿Manolo?

—Sí, ¿quién es?

—Soy, Antón; necesito verte, es urgente.

—¿Sucede algo?

—Es largo de contar; ¿puedes venir a mi casa a eso de las nueve? Hablaremos con más calma.

—De acuerdo; a las nueve.

Arrojé el teléfono sobre el asiento del copiloto y arranqué el coche, disponiéndome a volver a mi domicilio.

Llegué apenas media hora antes de la cita que tenía con Daniela y con el comisario. Subí rápidamente a mi piso y, antes de que llegaran, me serví una copa para reunir las fuerzas necesarias para relatar todo lo que había

descubierto, que no era poco.

El primero en llegar fue el comisario. Le estreché la mano y, al ver mi gesto serio, permaneció en silencio, esperando que fuese yo el que comenzase a hablar. Lo conduje hasta el salón y le pedí que tomase asiento.

—¿Quieres un café?

—Preferiría ir al grano; deduzco por tu cara que hay o tienes problemas.

—Todavía falta alguien por llegar, Manolo.

—¿Quién? —preguntó el comisario justo en el momento en el que sonaba el timbre del portal.

—Ahora lo sabrás.

Conduje a Daniela hasta dónde se encontraba el comisario, después de saludarla con dos besos. Cuando se vieron no podían disimular su asombro.

—¡Daniela! ¿Qué haces tú aquí?

—Pues supongo que lo mismo que tú, Manolo. Antón me ha dicho que tenía que contarme algo.

Ambos me miraron interrogadores.

—¿Vas a decirnos qué pasa?

—¿No os apetece nada? ¿Un café, una copa?

Ambos negaron con la cabeza.

—Quizá después lo aceptéis.

Aguardaron. Me senté frente a ellos, cogí aire y comencé a hablar.

—Ambos sabéis que estaba investigando un asesinato; y que en el transcurso de la investigación descubrimos que lo que se había catalogado como un suicidio hace diez años, resultó ser también un asesinato ¿verdad?

Ambos asintieron.

—Hemos descubierto al culpable de los dos crímenes.

—¿Y quién es? —preguntó Daniela impaciente.

—Fernando Quiroga.

—¿Qué estás diciendo! Quiroga mató a su abuelo y a su padre ¿por qué?

—El motivo es lo que todavía se me escapa un poco, aunque estoy a punto de descubrirlo. Pero esa no es la razón por la que os he hecho venir. Hay algo más.

—¡Venga Antón! ¡Déjate ya de rodeos, coño! —exclamó el comisario—. ¡Suéltalo de una vez!

—Fernando Quiroga es propietario de un club en la carretera que conduce a Vila Nova, aunque no lo tiene a su nombre sino al de un tal Óscar Medina.

Hemos pinchado el teléfono de Quiroga y tenemos grabada una conversación mantenida con su abogado esta misma tarde.

Hice un alto para beber un sorbo de mi copa y pude comprobar cómo el semblante de Daniela se había ido oscureciendo.

—En esa conversación hace referencia a una redada efectuada en el año 96 en el club. Le dice a su abogado que oculte todo como hizo en esa fecha y se alegra de que, esta vez, no haya menores en el local. Supongo que os imagináis como me quedé al escuchar esa conversación ¿verdad?

No respondieron. Daniela temblaba nerviosa y el comisario se limitó a alargar su brazo y cogerla de la mano.

—¿No vais a decir nada?

—¿Qué quieres que digamos? —preguntó el comisario.

—Manolo, aún no me has dicho en qué club efectuasteis la redada en la que encontraste a Daniela y no sé vosotros, pero yo tengo la sospecha de que fue en el de Fernando Quiroga dónde la tuvieron retenida. Tenemos la posibilidad de cerrar de una vez su caso y detener a los que la secuestraron y la obligaron a prostituirse.

—Tienes razón, no te lo dije porque no quería que indagases por tu cuenta. El club se llamaba “*El Paraíso*”, pero dime, ¿para qué empezar de nuevo? —preguntó con enojo Lamas.

—Es que no se ha terminado, Manolo; ni lo hará hasta que los culpables estén entre rejas.

—No sé. ¿Qué dices tú Daniela?

Alzó la cabeza y pude ver el brillo acuoso de sus ojos. Estaba a punto de romper a llorar, pero tragó saliva y respondió lo más tajantemente que pudo.

—Si tienes la oportunidad de cogerlos, hazlo —dijo con ira.

Asentí con la cabeza. Me levanté, me dirigí hasta dónde tenía la chaqueta y saqué la fotografía que me había proporcionado el comandante. Volví hasta dónde se encontraban y se la mostré a Daniela.

—¿Reconoces a este hombre?

Al ver la fotografía dudó; la cogió entre sus manos, la observó fijamente y me la devolvió temblando.

—Sí; era uno de los dos tipos armados que nos estaban esperando cuando llegamos al club.

—Bien, muy bien. Te aseguro que voy a ir a por ellos. Esta vez no van a conseguir huir. Este, por lo menos, ya está detenido. Y ahora ¿queréis ese café



o esa copa?

—Yo sí necesito una copa —dijo Daniela.

Se la serví. El comisario rechazó las dos cosas. Se levantó y se despidió de Daniela con un abrazo paternal y dos besos.

—Tengo que irme, Antón. Aurora no se encuentra bien, ya lo sabes; y mañana tengo que madrugar. Mantenme informado y llámame si necesitáis cualquier información relativa al caso.

Lo acompañé hasta la puerta, le di las gracias y me despedí de él con un apretón de manos.

Volví al salón. Daniela sujetaba fuertemente la copa con ambas manos. Me arrodillé frente a ella, le quité la copa y sujeté sus manos mientras la miraba fijamente.

—No te preocupes; todo va a salir bien.

—Quisiera pedirte un favor.

—Tú dirás.

—No quiero estar sola esta noche.

—No iba a dejarte sola, no temas. Sobre todo, esta noche —dije sonriendo, mientras le acariciaba la mejilla—. Puedes quedarte aquí a dormir; sabes que tienes tu propia habitación.

Ella me abrazó, comenzó a temblar y supe, sin verla, que estaba llorando.

## CAPÍTULO 12

*5 de marzo de 2015, jueves*

Desperté antes de que sonase la melodía habitual y desactivé rápidamente la alarma del teléfono para evitar que Daniela pudiese escucharla. Me deslicé fuera de la cama y me dirigí al cuarto de baño para asearme.

Tenía por delante un día ajetreado que terminaría, a poco que nos sonriese la diosa Fortuna, con Fernando Quiroga en los calabozos de la comandancia de Felgueiras. Y reconozco que tenía prisa porque eso sucediera. La imagen que mi mente había formado, la de Fernando Quiroga saliendo esposado de su casa, me provocaba una grata sensación; no podía negarlo.

Pensé en salir de casa sin despertar a mi huésped, pero me pareció una falta de cortesía y, además, no sabía lo que podría pensar al encontrarse sola. Así que entré en la habitación en la que se encontraba, me aproximé a ella, aparté el pelo de su cara y la besé en la mejilla. Se removió y entreabrió los ojos. Al verme con la gabardina puesta se incorporó.

—¿Te vas?

—Sí; se me hace tarde; y hoy tengo un día complicado. ¿Irás a trabajar?

—No; no me siento con fuerzas. ¿Te importa que me quede aquí? Prometo no curiosear.

Sonreí.

—Puedes curiosear todo lo que quieras; no tengo nada que esconder. Lo que no te prometo es que tengas mucho donde elegir para prepararte algo de comida.

—No importa.

—Si necesitas comprar algo, hay un supermercado a poca distancia del edificio.

—¿Vendrás a comer?

Hice un gesto de disgusto.

—No creo; pero lo intentaré.

Me echó los brazos al cuello, me atrajo hacia ella y me besó. Cuando se

separó tenía una mirada melancólica. Me dirigí hacia la puerta y antes de salir pude escuchar como murmuraba un te quiero. Hice como que no escuchaba y salí sin responder.

Mientras conducía en dirección a Felgueiras pensé en Daniela. Las dos palabras con las que me había despedido retumbaban en mi cabeza, haciendo encender todas las luces de advertencia. Había dicho, días atrás, que no le importaría enamorarse; y tenía el palpito de que eso estaba sucediendo. Y no podía permitírmelo. El recuerdo de la conversación que habíamos mantenido ese día, vino acompañado del recuerdo de Lucía. No había vuelto a saber nada de ella; y eso también me preocupaba. Decidí llamarla durante el día, si tenía un momento libre.

Después de aparcar el coche, me dirigí directamente al despacho del comandante Bermejo. Al entrar, comprobé que su semblante era serio y de enojo.

—Buenos días, Bermejo. ¿A qué viene esa cara?

—He recibido una llamada que me ha amargado el día.

—¿Puedo preguntar de quién?

—De mis superiores. Parece que el abogado de Quiroga tiene buenos contactos. Y no le debe haber gustado el desplante que le hiciste cuando interrogaste a Óscar Medina. Mis jefes me han preguntado por ti; querían saber qué hacías interrogando a un detenido en nuestra comandancia y por qué te permití hacerlo.

—¿Qué les has dicho?

—Que habías sido tú el que había investigado el caso y que te habías puesto en contacto con nosotros al descubrir que se trataba de dos asesinatos, no de uno, y de un caso de corrupción política. Pero no se han quedado muy convencidos. Me han dicho que tome las riendas del asunto y que te deje al margen.

Sonreí.

—Espero que no se te ocurra hacerlo.

Se encogió de hombros e hizo una mueca.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué me enfrente a mis superiores?

—No; simplemente que no les hagas caso.

—Sabes perfectamente que no puedo hacerlo; me debo a una disciplina.

—Ya; la famosa obediencia debida.

—Exactamente.

Me levanté dispuesto a irme.

—Haz lo que quieras, pero yo no voy a abandonar. Si no puedo contar contigo seguiré solo y compartiré lo que descubra únicamente con la jueza.

Hice ademán de marcharme, pero Bermejo se levantó rápidamente y me sujetó por el brazo.

—Espera, Antón; entiéndeme, por favor.

—¡No! ¡Entiéndeme tú a mí! Teníamos un trato: tú me prestabas ayuda y yo, si encontraba algo jugoso, te lo ponía en bandeja para que te colgaras una medalla ¿recuerdas? No he sido yo el que lo ha roto.

—Lo sé; y lo siento.

—¡No me vengas con paños calientes! Si lo sientes, haz caso omiso a lo que te han dicho. Además, con un poco de suerte, hoy quedará todo resuelto.

—¿Tan seguro estás?

—Bastante.

Bermejo volvió a su mesa y se sentó. Era la viva imagen de un hombre indeciso. Decidí tensar un poco más la cuerda, aún a riesgo de romperla.

—Bueno, ¿qué hago? ¿Me voy o vamos a registrar la casa de Quiroga?

Se levantó.

—Tú ganas. De esta, o me cuelgo una medalla o me expulsan del cuerpo.

Le di una palmada en el hombro.

—¡No seas agonías, comandante!

Cuando íbamos a salir del despacho apareció el cabo Jiménez. Traía un informe en la mano y venía exultante.

—A sus órdenes, mi comandante.

—¿Qué ocurre Jiménez?

—Le traigo el resultado de los análisis realizados a los cartuchos que encontramos en el coche del señor Medina.

—Dime que hemos tenido suerte, Jiménez —pedí.

—La hemos tenido. Los restos encontrados en el cuerpo de Fernando Quiroga padre, proceden de estos dos cartuchos. Son de una marca poco conocida.

—¿Y de la otra huella sabemos algo?

El cabo negó con la cabeza.

Salimos los tres del despacho y nos dirigimos, junto con otros cuatro guardias, hacia Vila Nova. Por el camino, les conté a mis dos acompañantes lo sucedido el día anterior con Daniela, la identificación que había hecho de

Óscar como uno de los integrantes de la red de tráfico de mujeres que la había tenido secuestrada. Hasta ese momento, ambos desconocían esa parte de la vida de la abogada y sus gestos fueron de asombro.

—Así que ya veis —concluí—; tenemos otro cargo más que imputarle al señor.

Antes de proceder al registro de la casa de Quiroga, teníamos que pasar por el juzgado para recoger al secretario judicial y, al mismo tiempo, informar a la jueza Salinas de todo lo que habíamos averiguado. Estaba bastante ocupada, según nos dijo, pero nos concedía diez minutos. Más de lo que necesitábamos.

—¿Tienen alguna novedad?

—Sí, señoría —respondí—. El señor Óscar Medina ha confesado que él ayudó a colgar el cuerpo del abuelo de los Quiroga, pero que no lo mató.

—¿Ha dicho quién lo hizo?

—El señor Fernando Quiroga.

—¿Está usted de broma?

—De ninguna manera, señoría. El detenido ha confesado que su jefe estranguló a su abuelo y luego, con su ayuda, lo colgó para simular un suicidio. Por otro lado, en su coche hemos encontrado dos cartuchos de postas vacíos, cuyo análisis ha confirmado que fueron los que se utilizaron para disparar al padre de los Quiroga. Según el detenido, su jefe se los dio para que se deshiciese de ellos. Para terminar, un testigo lo ha identificado como una de las personas que, en el año 1.996, formaba parte de una red de tráfico de mujeres, que operaba en el club “*El Paraíso*”, situado en la carretera que llega a Vila Nova y del que el señor Medina figura como propietario, aunque de una de las conversaciones interceptadas entre el señor Quiroga y su abogado, se puede deducir perfectamente que el verdadero propietario es Fernando Quiroga.

—¿O sea que al final tenía usted razón, señor Veiga?

—Como le dije le estoy entregando al autor de dos asesinatos y al responsable de una red de tráfico de mujeres.

—Le falta demostrar un delito ¿no?

—Para eso necesito de nuevo su ayuda.

—Dígame qué necesita; se lo ha ganado.

—Una orden de detención a nombre de Fernando Quiroga y otra a nombre del concejal, Gerardo Cifuentes. También necesitamos registrar el domicilio

de este último e investigar sus cuentas bancarias. La de detención de Quiroga la necesitaríamos ahora, a poder ser.

La jueza sonrió.

—No me gusta que me metan prisa, pero por esta vez se lo pasaré por alto. Esperen fuera; en diez minutos tendrán las órdenes que me han pedido.

Esta vez fue la jueza la que pronunció mi nombre cuando estaba a punto de salir de su despacho.

—¡Antón!

Me giré; ella sonreía.

—Bien hecho; sigues siendo el mejor.

—No me adules, Marta. Solo hago mi trabajo; pero gracias.

Quince minutos más tarde nos dirigíamos hacia la casa de Fernando Quiroga, adónde llegamos a eso de las doce. Aparcamos los coches frente a la entrada de la finca y el comandante estableció el orden de registro. Dos de los guardias registrarían la casa y otros dos, el garaje y las edificaciones anejas.

Los perros nos recibieron tan pronto pulsamos el botón del portero automático. Al instante, la voz de la mujer con la que habíamos hablado días antes respondió.

—¿Quién es?

—Guardia Civil, señora; traemos una orden de registro.

Los perros desaparecieron y la puerta se abrió. Caminamos hasta la entrada de la casa y descubrimos que en ella nos esperaba Fernando Quiroga junto a su abogado. No pude sino esbozar una sonrisa malévolamente. Iba a disfrutar.

—Buenos días, señores; ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó desde su pedestal el gran hombre.

—Traemos una orden de registro, señor Quiroga.

—¿Puedo verla? —preguntó el abogado.

Mientras comprobaba que la orden estaba en regla, Quiroga siguió preguntando.

—¿Una orden de registro? ¿A santo de qué? ¿No sería mejor que registrasen la casa de Veloso? —preguntó airado.

—Eso es cosa nuestra. Por favor, hágase a un lado.

Quiroga miró a su abogado que asintió en silencio. Ambos dejaron el paso libre y entramos en la casa, seguidos por el secretario y por los dos guardias que se desplegaron para realizar el registro de la casa, mientras los

otros dos se dirigían al garaje. Fernando Quiroga nos siguió hasta el salón y se sentó en uno de los sillones.

—¿Desean tomar algo? —preguntó condescendiente.

—No, gracias —respondió el comandante Bermejo—. ¿Tiene usted caja fuerte?

—Por supuesto.

—¿Podría mostrárnosla y abrirla?

Quiroga se levantó y se dirigió a uno de los cuadros situados junto a la chimenea. Al apartarlo, haciéndolo girar sobre las bisagras que lo sujetaban a la pared, apareció una pequeña caja fuerte empotrada. Introdujo la combinación y la abrió, haciéndose a un lado para mostrar su contenido. Jiménez, que permanecía con nosotros, se enfundó unos guantes de látex y se adelantó para vaciar el contenido de la caja sobre la mesa.

No había gran cosa: una pequeña cantidad de dinero, una carpeta con documentos y un sobre. Jiménez lo abrió y extrajo la carta que se encontraba en su interior. Después de echarle un vistazo se volvió hacia nosotros con ella en la mano.

—La tenemos. Esta es la carta que escribió su abuelo —dijo señalando con la cabeza a Quiroga.

El comandante y yo nos miramos satisfechos. Jiménez volvió a guardar la carta en el sobre e introdujo éste en una bolsa de plástico. Luego, abrió la carpeta. Contenía certificaciones del registro, así como escrituras de propiedad de fincas e inmuebles, entre los que figuraba el famoso club. Después de echarle un vistazo rápido, el cabo volvió a guardar todo en la carpeta e hizo lo mismo que con el sobre, introducirla en una bolsa.

—El dinero puede guardarlo, señor Quiroga —dijo Bermejo.

—Muy amable, comandante. Pero si me dijese que está buscando quizá pudiese ayudarlo.

—Lo que estamos buscando ya lo hemos encontrado, al menos una parte.

—¿Se refiere a esas escrituras? No creo que sea ilegal poseer un patrimonio conseguido con mucho trabajo y esfuerzo.

—Ciertamente, no; pero si ese patrimonio hubiese sido recalificado ilegalmente...Estaríamos hablando de otra cosa, ¿verdad?

—No sé a qué se refiere.

—Quizá el señor Cifuentes, el concejal, ¿lo conoce? Quizá él pueda aclararnos algo.

—Lo conozco, pero dudo que él pueda decirles algo sobre mis negocios inmobiliarios.

—Eso ya lo veremos.

Me acerqué a Quiroga sigilosamente, mientras hablaba con el comandante y me coloqué a su espalda.

—¿Y qué me dice de la carta? —pregunté de repente.

Quiroga se sobresaltó y se volvió rápidamente, topándose con mi cara sonriente.

—¿Le he asustado?

—No, no...es que no le había oído acercarse —dijo con voz temblorosa.

—Igual que le ocurrió a su padre ¿verdad?

Me miró fijamente.

—¿A mi padre? ¿Qué tiene que ver mi padre con todo esto? —preguntó nervioso.

—Nada, tranquilícese; era simplemente un comentario.

Se volvió hacia el comandante.

—La carta pertenecía a mi abuelo; era parte de su testamento. Es una carta personal dirigida a mi padre.

—Lo sabemos —dijo Bermejo asintiendo.

En ese momento entraron en el salón los dos agentes que habían registrado la casa, sin encontrar nada que pudiese servirnos y los dos que habían registrado el garaje. Estos últimos parecían haber tenido mejor suerte.

—¿Algo de interés? —preguntó el comandante.

—Sí, mi comandante. Hemos encontrado una escopeta de caza y munición para la misma. Son cartuchos de postas de la marca que buscábamos.

El comandante se volvió hacia el gran hombre.

—Bien, señor Quiroga, tendrá que acompañarnos al cuartel.

—¿Qué dice! ¿Y eso por qué? —preguntó el abogado.

—Porque tenemos una orden de detención, picapleitos —exclamé agitando frente a su cara el papel.

—¿Y por qué iban a detenerme a mí?

Fue el comandante el que respondió.

—Señor Quiroga, queda usted detenido por los asesinatos de su abuelo y de su padre, por el delito de cohecho y por el de explotación sexual.

—¿Qué está diciendo? ¿Se ha vuelto usted loco?

—Cabo, póngale las esposas. Señor Quiroga, le aconsejo que no se



resista. Añadir a la lista el delito de resistencia a la autoridad no va a favorecerle mucho.

Se levantó, colocó las manos a la espalda y Jiménez procedió a colocarle las esposas. Mientras salía del salón me dirigió una mirada que distaba mucho de ser amistosa. Al pasar junto a mí, me acerqué a él y le susurré al oído.

—Seguro que no imaginaba usted que un detective gilipollas lo dejaría en pelotas ¿verdad?

No respondió. Los guardias lo introdujeron en uno de los coches y pusimos rumbo a Felgueiras. Al llegar, condujeron a Quiroga a uno de los calabozos; habíamos decidido interrogarlo por la tarde y concederle un poco de tiempo para reflexionar. Al mismo tiempo, Bermejo puso en libertad a Gonzalo Veloso. Con el culpable identificado y detenido, ya no tenía ningún sentido que continuase allí. Lo esperé en la puerta del cuartel. Cuando me vio se acercó a mí sonriendo.

—Parece que al final ha conseguido su objetivo.

—Sí; y gracias a usted.

—Tampoco ha sido para tanto; aunque las camas de este hotel son un poco duras.

Ambos reímos a carcajadas. Se despidió de mí con un apretón de manos y me reiteró la invitación para volver a su casa cuando lo desease.

—Lo haré, descuide. Por cierto, ¿cómo va a volver a casa?

Se encogió de hombros.

—Cogeré un taxi; y si no, volveré caminando.

—¿Me permite que lo lleve?

—No hace falta que se moleste.

—Insisto, Gonzalo.

—Bien; si se empeña.

Subimos a mi coche y conduje hasta su casa; la misma por la que Fernando Quiroga había sentido una atracción en absoluto desinteresada, como había pretendido que creyese cuando me entrevisté con él por primera vez en su casa. Dejé a Veloso en la entrada del camino y regresé a Felgueiras.

A las cuatro de la tarde, después de haberle suministrado a mi cuerpo el combustible necesario para que siguiese funcionando, volví al cuartel.

Me reuní con el comandante y nos dirigimos a la sala de interrogatorios para tener una charla con nuestro ilustre detenido. Cuando llegó, pude comprobar que su arrogancia y su prepotencia no habían disminuido ni un

ápice. Se sentó, colocó las manos esposadas sobre la mesa y se mantuvo recto y erguido durante el tiempo que duró el interrogatorio.

—Parece que esto ha tomado un giro un poco distinto ¿verdad? — pregunté sonriendo.

No contestó.

—Señor Quiroga, ¿va a contestar a mis preguntas?

—Me temo que mientras no hable con mi abogado, no.

—No sé por qué, pero me lo esperaba.

Sonrió irónicamente.

—Eso quiere decir que es usted muy listo.

—Muchas gracias por el cumplido, pero adularme no va a ayudarme. Dígame, ¿mató usted a su abuelo y a su padre? Y si es así, ¿por qué?

—Ya le he dicho que no voy a decir nada.

Me levanté y me dirigí al comandante.

—En ese caso, la conversación ha terminado.

Salimos de la sala y volvimos al despacho de Bermejo, dónde nos esperaba el cabo. Nos sentamos, mientras Jiménez permanecía de pie a la espera de órdenes.

—Cabo, póngase en contacto con el abogado del detenido y cítele para mañana por la mañana.

—A sus órdenes, mi comandante.

Salió del despacho y Bermejo y yo nos quedamos solos, mirándonos con una sonrisa en los labios.

—Al final, vas a colgarte una medalla, comandante.

Sonrió.

—Eso no le desagrada a nadie, pero creo que después de esto, pediré la jubilación. Ya no estoy para estos trotes.

—Déjate de chorradas. Todavía te quedan muchos chorizos por trincar.

—Lo dejaré para mi hijo. Quizá se haya ganado un ascenso.

—Seguro que sí.

—Y tú ¿qué vas a hacer?

—Pues sentarme a esperar otro caso; cosa que espero que suceda pronto. Presiento que mis honorarios esta vez van a ser bastante exiguos.

—Espero que tengas suerte.

—Por cierto, mañana voy a traer a la abogada de Veloso, para ver si identifica a Quiroga como integrante de la red de tráfico de mujeres.

—Me parece bien. Mi gente está analizando los movimientos de las cuentas del concejal y preparando el operativo para presentarnos en su domicilio, efectuar un registro y arrestarlo. ¿Vendrás con nosotros?

—Esta vez no; os cederé ese momento de gloria. Tengo en casa un huésped que tengo que atender. Mañana será otro día.

—¿Y cómo lo hacemos mañana?

—Interrogaremos primero a Cifuentes; es el eslabón más débil. Si encontramos en sus cuentas lo que creo que encontraremos, se vendrá abajo. Eso nos ayudará después con Quiroga.

—Bueno, pues hasta mañana entonces.

—Hasta mañana, Bermejo —dije levantándome.

Cuando iba a salir del despacho, el comandante me llamó.

—¡Antón!

Me giré.

—Pásalo bien con tu huésped —añadió irónico.

Levanté el pulgar en señal de asentimiento y salí.

Cuando llegué a casa, a media tarde, encontré a Daniela sentada en el salón, dormida y con un libro sobre sus piernas desnudas. Se había puesto la camiseta que le había cedido la última vez que había estado allí y había encendido la estufa. El calor que invadía la estancia había hecho que el sueño la venciese.

Me quité la gabardina, me acerqué a ella y le acaricié la mejilla. La frialdad de mi mano hizo que se despertase sobresaltada. Me miró y tuve la fugaz impresión de que no me reconocía.

—Tranquila; soy yo.

—Me has asustado; me puse a leer y me quedé dormida.

—No tienes nada que temer. ¿Cómo estás?

Se desperezó.

—Un poco aburrida. He salido a comprar algo de comida, pero he vuelto a casa enseguida.

—¿Quieres que salgamos a dar un paseo?

—No; prefiero quedarme aquí. ¿Cómo ha ido el día?

—Ya se ha acabado todo. Hemos detenido a Quiroga esta mañana y al concejal van a detenerlo esta misma tarde. Por cierto, necesito que me acompañes mañana a Felgueiras.

—¿Para qué?

—Quiero que veas a Quiroga, por si lo reconoces.

—No sé si me apetece mucho.

—Te lo pido por favor. Hazlo por mí.

Sonrió, asintió con la cabeza y me lanzó una mirada repleta de deseo.

—¿Y tú que harás por mí?

—Todo lo que me pidas; no lo dudes.

## Capítulo 13

*6 de marzo de 2015, viernes*

Era el último día de la semana y esperaba que, con algo de fortuna, fuese también el último de mis continuos viajes a Felgueiras. El gasto suplementario de gasolina había hecho mella en mi cuenta corriente, y estaba deseando concluir la investigación para proceder a su recuperación.

Daniela y yo llegamos al cuartel a las diez y media de la mañana, no sin antes pasar por el establecimiento de costumbre para concedernos un par de cafés. Al entrar en el cuartel, Jiménez salió a nuestro encuentro.

—Buenos días, Antón. Hola Daniela. El comandante me ha dicho que se reunirá con vosotros en la sala de interrogatorios.

Daniela se volvió hacia mí.

—¡Me dijiste que no iba a verme! —exclamó nerviosa.

—Y así es. Entraremos el comandante y yo. Tú te quedarás con Jiménez al otro lado de la sala. Podrás verlo, pero él a ti no.

—Gracias —respondió más calmada.

Jiménez la acompañó hasta la habitación desde la que se podía ver y escuchar todo lo que sucedía en la sala de interrogatorios y yo me dirigí al encuentro del comandante. Lo encontré esperándome en la puerta de la sala, con un café en la mano.

—Buenos días, Bermejo. ¿Empezamos?

Arrojó el vaso de plástico a la papelera y entramos en la sala, dónde aguardaba el concejal Gerardo Cifuentes.

—Buenos días, señor Cifuentes —saludé después de tomar asiento frente a él.

Levantó la cabeza y me miró. Era la imagen de un hombre derrotado y asustado. A poco que supiésemos apretarlo cantarían de plano.

—¿Sabe por qué está aquí?

Asintió con la cabeza, sin hablar.

—Se le acusa de un delito de corrupción urbanística, cohecho y

prevaricación. ¿Cómo se declara?

—Soy inocente; yo no he hecho nada —respondió susurrando.

—Le agradecería que hablase un poco más alto, si es posible. Verá, tenemos las grabaciones de varias conversaciones mantenidas entre usted y el señor Fernando Quiroga, dónde éste último le da instrucciones para proceder a la recalificación de una finca, declarada rústica, en una parroquia de Vila Verde; dónde usted mismo le dice que ha recalificado las que él posee y dónde el señor Quiroga afirma haberle pagado a usted por ello. Asimismo, hemos estado comprobando el saldo de sus cuentas bancarias y, o es usted una hormiguita, o con el sueldo de concejal de un pequeño ayuntamiento, es bastante difícil conseguir tal cantidad. Por no hablar de ciertas transferencias periódicas recibidas de la cuenta del señor Quiroga. ¿Sigue afirmando que es usted inocente, señor Cifuentes?

Permaneció en silencio.

—Callarse no le va a beneficiar mucho. Por el contrario, si colabora, puede que la jueza lo tenga en cuenta.

—¿Qué quiere saber?

—¿Recalificó usted ilegalmente las fincas que posee Fernando Quiroga?

—Sí.

—¿Recibió usted algún tipo de pago por ello?

—El señor Quiroga me dijo que, si hacía lo que me pedía, recibiría cada mes una cantidad de dinero. Al principio acepté, pero desde la visita que me hicieron ustedes en el ayuntamiento, quise dejarlo. Entonces, el señor Quiroga me amenazó y envió a uno de sus matones a hablar con mi hija, para que me diese el recado de que no me olvidase de lo que tenía que hacer. ¿Qué quería que hiciese? Tenía miedo; no por mí, por mi familia.

Comprobé que estaba haciendo un verdadero esfuerzo por no romper a llorar.

—¿Está usted dispuesto a firmar lo que acaba de declarar?

—Sí; quiero acabar con esto cuanto antes.

El comandante salió en busca de la declaración y yo me quedé observando a aquel hombre que en pocos minutos había empequeñecido. Le ofrecí un cigarrillo y lo aceptó. Mientras lo fumaba, comenzó a hablar.

—¿Tendrá en cuenta la jueza mi colaboración?

—No puedo responderle con seguridad; pero normalmente suelen hacerlo.

—¿Y qué va a pasar con Quiroga?

Sonreí.

—No se preocupe; no tiene que temer nada de él. Va a pasarse en la cárcel una larga temporada. Aparte de por el delito de cohecho, está acusado de dos asesinatos y de explotación sexual.

—¡Ese hijo de puta!

El comandante regresó con la declaración en la mano. Puso el documento delante del concejal y le ofreció un bolígrafo, indicándole dónde tenía que firmar. Cuando hubo estampado su firma en el papel el comandante lo guardó y se dirigió a Cifuentes.

—Ahora vendrán a buscarle para trasladarle a las dependencias judiciales. Su señoría decidirá si ingresa en prisión o si le impone una fianza.

Cifuentes asintió en silencio, se levantó y, acompañado por dos guardias, salió de la sala.

—Ahora toca el pez gordo.

—Por cierto, ya ha llegado su abogado —me informó el comandante.

—Diles que traigan a Quiroga y que vea a su abogado.

El comandante salió de la sala y yo me dirigí hasta el lugar en el que se encontraban Daniela y Jiménez.

—Daniela, ahora va a entrar Fernando Quiroga. Fíjate bien en él; tómate tu tiempo. Necesito que me digas si lo reconoces con total seguridad.

Asintió nerviosa, mordiéndose el labio inferior.

Cuando Quiroga entró en la sala acompañado por su abogado, dirigió la vista hacia el espejo situado en la misma, tras el cual nos encontrábamos. Daniela abrió los ojos sorprendida, se tapó la boca con una mano para reprimir un grito y se aferró a mi brazo, clavándome las uñas.

—¿Qué ocurre? ¿Lo reconoces?

Movió la cabeza repetidamente en señal de asentimiento.

—Es él; el que nos dijo que trabajaríamos para él hasta pagar nuestra deuda. El que me pegó y me forzó —dijo echándose a llorar.

La abracé contra mi pecho y le acaricié el pelo. Jiménez no sabía qué hacer. Se sentía violento.

—Tranquilízate —susurré al oído de Daniela—. Ahora sí ha acabado todo.

Me separé de ella y me dirigí al cabo.

—Jiménez, llévatela de aquí. Y déjale que llame al comisario Lamas para informarle.

—Ahora mismo, Antón. Acompáñame, Daniela.

Salieron en dirección al despacho del comandante, mientras yo me reunía con el mismo en la puerta de la sala de interrogatorios.

—Bermejo, la abogada ha identificado a Quiroga como el que la obligó a prostituirse, después de pegarle y forzarla.

—¡Pues menudo cabrón tenemos ahí dentro!

—Hoy se le acabará todo, te lo aseguro —dije sin poder reprimir la ira que impregnaba mis palabras.

Entramos en la sala y me senté frente a aquel desgraciado.

—Buenos días, señor Quiroga...y la compañía —dije mientras miraba con desprecio al abogado.

—Buenos días, detective —respondió el letrado.

Moví negativamente la cabeza.

—Señor Álvarez...creí haberle dejado claro que soy investigador privado, no detective.

—Discúlpeme, lo había olvidado —respondió con ironía.

—Pues procure recordarlo. ¿Va a responder a nuestras preguntas, señor Quiroga?

—Mi cliente no va a decirles nada —aclaró el abogado.

—En ese caso, seré yo quien hable, si no le importa.

—Puede usted decir lo que quiera, pero ya le he dicho que mi cliente no va a responder a ninguna pregunta, ya que es inocente de todo lo que le acusan.

—Señor Quiroga, acabamos de tener una conversación muy interesante con el concejal Gerardo Cifuentes. Ha reconocido que recalificó ilegalmente unas fincas de su propiedad, así como que en pago a dicha recalificación recibe en su cuenta transferencias de dinero mensuales procedentes de una de sus cuentas. ¿Niega usted esos pagos?

—Mis cuentas las administra un contable. No sé qué pagos realiza ni a quién, pero estoy seguro de que no hace nada ilegal.

—No responda, señor Quiroga —advirtió el abogado.

—¿Es usted el propietario del club denominado “*El Paraíso*”, situado en la carretera que conduce a Vila Nova?

—¿Está a mi nombre?

—Señor Quiroga, no responda —repitió el abogado.

—¡Cállate un poco, Agustín! No voy a acusarme de nada, pero todavía puedo torear a este morlaco —dijo señalándome con un gesto de cabeza.



Sonreí con ironía.

—No, señor; no está a su nombre. Pero tenemos un testigo que afirma que usted la llevó a ese club y la obligó a prostituirse, después de golpearla y forzarla. Y el señor Óscar Medina, a quien tendrá que nombrar empleado del mes, ha reconocido que el verdadero propietario del club es usted.

—¿Y usted va a creer a un sudaca de mierda, antes que a un honrado empresario español?

—Señor Quiroga, ¿quiere usted añadir a sus delitos el de xenofobia? Le advierto que la lista de los que se le acusa ya es bastante larga.

En ese momento, se abrió la puerta de la sala, entró en ella un guardia y le susurró al oído algo al comandante. Lo miré y me hizo una seña para que saliese. Fuera, me comunicó que habían conseguido identificar la otra huella aparecida en los cartuchos vacíos; correspondía a Fernando Quiroga. Además, habían averiguado que esa marca de cartuchos se vendía solo en internet y que el único comprador en toda la comarca era él. Cuando volví a entrar, no pude evitar sonreír de satisfacción.

—Continuemos, señor Quiroga. De esos dos delitos, el de cohecho y el de explotación sexual podemos acusarle sin problema ninguno. De hecho, tenemos grabadas las conversaciones telefónicas que mantuvo con el concejal Cifuentes, solicitándole la recalificación de la finca de Veloso, así como sus amenazas en el caso de que se negase a hacerlo. También tenemos grabada la conversación que mantuvo con su abogado, aquí presente, en la que le pide que oculte todo lo relacionado con el club tal y como hicieron en 1996.

—Eso es del todo ilegal —interrumpió el abogado—. ¿Quién ha autorizado esas escuchas?

—La jueza Marta Salinas, por supuesto. Y le rogaría que no me interrumpiese —respondí mirándolo furioso—. Hablemos ahora de su abuelo y de su padre, señor Quiroga.

—¿Qué pasa con ellos? Ya tiene al asesino de mi padre ¿no?

—El señor Veloso está en su casa, descansando. Él no mató a su padre... ni a su abuelo —respondí con la sonrisa más irónica que pude encontrar—. Fue usted.

Quiroga no reprimió una sonora carcajada.

—¿Usted está mal de la cabeza!

—No creo. Voy a contarle una historia, a ver qué le parece. Su abuelo, Fernando Quiroga, antes de morir, decidió lavar su conciencia por lo que le

había hecho al padre de Gonzalo Veloso durante la guerra civil. Se puso en contacto con él y le dijo que, a su muerte, hablase con su hijo. Había decidido añadir al testamento, una carta, en la que se hacía constar su voluntad de entregarle a Veloso una cierta cantidad de dinero, como compensación por todo el sufrimiento que le había infligido. Usted tuvo conocimiento de esa decisión y se opuso a ella, argumentando que, si recibía el dinero, Veloso nunca vendería la casa que usted necesitaba para completar el terreno que necesitaba. Pero su abuelo no dio el brazo a torcer; su carácter era como el suyo y no estaba dispuesto a que su nieto le dijese lo que tenía que hacer. Así que redactó la carta y la añadió al testamento. Usted se enteró y decidió zanjar el asunto por la vía rápida. Una de las veces que su abuelo subió a la parroquia para pasear por el monte, usted y Óscar lo siguieron, lo abordaron en el castañar y usted lo estranguló, colgándolo seguidamente con la ayuda de su empleado, para simular un suicidio.

—¡Lo dicho, está usted loco!

—No me interrumpa, por favor. Y no estoy loco; tengo la declaración del señor Medina. Continúo. A la muerte de su abuelo se abre el testamento y usted y su padre descubren la famosa carta. Su padre se muestra dispuesto a cumplir la voluntad de su abuelo, pero usted consigue convencerlo de que, si lo hace, jamás conseguirá la casa. En un principio, su padre acepta sus razones, pero con el tiempo se va ablandando y decide cumplir con lo que figura en la carta. Cuando usted descubre sus intenciones, vuelve a actuar. Sorprende a su padre mientras recoge castañas. Él, al verle armado, teme por su vida e intenta huir corriendo. Por desgracia, el corazón no soporta el esfuerzo y cae desplomado, víctima de un infarto. Cuando lo ve en el suelo se da cuenta de que, si la autopsia dictamina que la muerte ha sido natural, nadie la va a investigar. Y usted necesita que se investigue para que las sospechas recaigan sobre Gonzalo Veloso. ¿Quién si no iba a odiar tanto a su familia? Así que, para que la Guardia Civil abra una investigación le dispara a su padre dos disparos en el pecho. Después, se cuida mucho de que todo el mundo sospeche de Veloso diciendo, siempre que tiene ocasión, que está loco; que va por ahí diciendo que su abuelo mató a su padre; que está vengándose... Un plan perfecto. Con Gonzalo en la cárcel, la casa se subastaría para hacer frente a la indemnización que se estipulase en el juicio; la compraría cualquiera de sus testaferros y usted se haría con la finca completamente gratis.

—¿No sabe usted lo que dice! ¡No puede probar nada de eso!

—Sí que puedo, señor Quiroga. Tengo dos cartuchos de postas usados con las huellas del señor Medina y las suyas y los restos encontrados en la herida del pecho de su padre, cuando se le realizó la autopsia, pertenecen a esos cartuchos. No son de una marca muy común; solo se venden por internet y casualmente el único comprador de esa marca en toda la comarca es usted.

Hice un alto y bebí un trago de agua.

—¿Le ha gustado la historia?

—No tiene ni pies ni cabeza.

—Y usted, abogado, ¿opina lo mismo?

—¿Puedo hablar a solas con mi cliente?

—Por supuesto —respondí mientras me levantaba y salía de la sala seguido por el comandante.

—¿Te apetece un café, Antón?

—Sí, claro.

Estuvimos esperando en el pasillo unos cinco minutos. Al cabo de ese tiempo, el abogado salió y nos indicó que podíamos pasar. Volví a sentarme frente a Quiroga. Su semblante había cambiado.

—Mi cliente quiere hacer una declaración.

—Le escucho.

—Mi abuelo era un hombre valiente. Cuando comenzó la guerra civil, se dio cuenta enseguida de que bando iba a ganar, así que, inteligentemente, se unió a él. No como el padre de Veloso, que huyó como un cobarde a Portugal. Y sí, tiene usted razón, mi abuelo formaba parte del pelotón que lo detuvo y que lo ajustició. ¿Sabe dónde estaba escondido el muy cobarde? En un retrete, como la mierda. Cuando terminó la guerra, mi abuelo comenzó a hacer negocios en Portugal, pero tuvo que huir para no arruinarse en el año 74, cuando lo de la revolución. Continuó con sus negocios en Madrid hasta que mi padre y yo nos hicimos cargo de ellos. Un día nos dijo que había decidido dejarle algo de dinero a Veloso, como compensación por lo que le había hecho pasar y sí, me negué. Le expliqué los planes que tenía para la casa de Veloso, pero me mandó callar. Me dijo que estaba decidido y que así se haría, así que no tuve más remedio que deshacerme de él. Cuando se abrió el testamento, mi padre y yo leímos la carta que mi abuelo había escrito. En ella le pedía perdón a Veloso por haber traicionado y matado a su padre. Le decía que sentía mucho todo lo que eso le había supuesto a él y a su madre: el hecho de tener que

marcharse del pueblo y de malvivir exiliado. También le decía por qué lo había traicionado y...señor Veiga...no se lo va a creer. Mi abuelo estaba enamorado de la madre de Veloso, pero ella lo había rechazado y había elegido a su padre. En el fondo, no lo mató por temas políticos, fue por despecho

Hizo un alto y pidió agua. Se la dimos.

—Para compensar esa traición, mi abuelo ordenaba que se le entregase a Gonzalo Veloso una considerable suma. Yo me opuse de nuevo, pero mi padre, un don nadie con el que cualquiera podía hacer lo que quisiera, estaba dispuesto a cumplir la voluntad de mi abuelo. Muchas veces hablé con mi padre y le conté el proyecto que tenía para la parcela de Veloso. Había conseguido hacerme con el resto de fincas colindantes y tenía en mente la construcción de una zona residencial. Le propuse a mi padre canjearle a Veloso el dinero por la casa y la finca, pero él no estaba de acuerdo. Quería darle el dinero sin más. Hablé también con Veloso y le propuse el canje, pero el muy desgraciado no aceptaba; así que no me quedaba otra opción que tomar medidas drásticas. Cuando mi padre sufrió el infarto, supe que no iba a investigarse al igual que no se había investigado el suicidio de mi abuelo, con lo que nadie sospecharía de Veloso, así que tuve que dispararle cuando ya estaba muerto, para captar la atención de la Guardia Civil.

—¿Tanto significa para usted el dinero como para ensañarse con el cadáver de su propio padre? —pregunté asqueado.

—Tenía que hacerlo. Esa cantidad de dinero suponía un golpe demasiado fuerte para nuestra empresa. Además, me quedaría sin opción alguna de conseguir la casa de Veloso y no me serviría de nada todo el esfuerzo en conseguir y recalificar el resto de parcelas. Y mi padre se lo merecía; era un pelele.

—¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Adelante.

—En el año 96, usted era el propietario del club “*El Paraíso*”, ¿verdad?

—Sí, lo era.

—¿Puede decirme el nombre de la persona que trajo a las chicas desde Rumanía? El nombre de su socio.

—Puedo, pero no va a servirle de mucho.

—Déjeme decidir eso a mí.

—No va a servirle porque se encuentra en la cárcel, cumpliendo una larga

condena.

—No importa; siempre puede caerle algo más.

Se encogió de hombros.

—Como quiera, pero no se puede juzgar a nadie dos veces por el mismo delito, ya lo sabe.

—¡Venga, dígamelo ya! Hágame ese obsequio.

—Se llama Gustavo Loureiro.

Al escuchar aquel nombre palidecí. Ahora entendía la razón por la que Varela había conseguido el empleo de guardaespaldas de Quiroga.

—Se ha puesto usted pálido, señor Veiga. ¿Le ocurre algo?

—No; simplemente no me hace gracia recordar ese nombre.

—¿Se conocen usted y el señor Loureiro?

—Digamos que si está en la cárcel es gracias a mí.

—¡Vaya, qué coincidencia! ¿Y eso?

—Investigué la desaparición de su hija y descubrí que la prostituía y que se dedicaba a traficar con drogas. No sabía que, además, se dedicase al tráfico de mujeres.

—No era un mal negocio.

Me levanté y me despedí de Fernando Quiroga.

—Adiós, señor Quiroga; espero no volver a verle.

—Nunca se sabe, señor Veiga; nunca se sabe.

Salimos de la sala y me dirigí al despacho de Bermejo, dónde aguardaban Daniela y el cabo.

—Se acabó —dije al llegar.

—¿Ha confesado? —preguntó Jiménez.

—Todo. Los dos asesinatos, el cohecho y el tráfico de mujeres —respondí esperando la reacción de Daniela.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Ahora te invito a comer; y a ti también Jiménez.

—Tengo que esperar al comandante.

—Bien, pues cuando llegué os acercáis al lugar de siempre —dije cogiendo a Daniela por el brazo y saliendo del despacho.

Al llegar a la calle efectué dos llamadas. La primera al comisario, para decirle que todo había terminado y que lo esperaba en mi casa a las ocho, para informarle. La segunda, a Lucía. Tenía que hablar con ella y decirle lo que había descubierto sobre su ex marido. Tardó en coger el teléfono, pero lo hizo.

—Hola, Lucía. ¿Puedo hablar un momento contigo?

—¿Qué quieres? —preguntó secamente.

—Tan solo decirte que ya he terminado el trabajo.

—Me alegro.

—Hay algo que tengo que decirte, y no es agradable.

—Últimamente dices muy pocas cosas agradables.

He de reconocer que su sarcasmo me hirió.

—Supongo que sabes que Daniela me ha contado su historia. Doy por hecho que la conoces.

—Sí, pero no me interesa.

—En mi investigación he descubierto el nombre de las dos personas que formaban parte de la red de tráfico de mujeres que la secuestró y la obligó a prostituirse. Una es el asesino que buscábamos; la otra...

—¿Qué pasa con la otra?

—Lo siento, Lucía; es...tu ex marido.

—¡Qué!

—Siento decírtelo; imagino que no te hace ninguna gracia recordar lo sucedido con él y con tu hija.

—Bueno; peor para él. Con un poco de suerte le caerán unos años más de cárcel. No siento ninguna lástima.

—Tenía que decírtelo; tarde o temprano ibas a enterarte.

—Pues muchas gracias. Hasta luego.

Colgó sin darme ocasión de decir nada más. Me quedé mirando la pantalla del teléfono, pensando que tendría que volver a hablar con ella y aclarar todo lo ocurrido entre nosotros, pero ya habría tiempo.

Entré en el bar con Daniela, pedimos un par de cervezas y esperamos a que apareciesen el comandante y el cabo.

No tardaron en hacerlo y pude observar en la cara del comandante una sonrisa de felicidad que no había visto nunca. Parecía exultante. Durante la comida no dejó de hablar de la investigación y del resultado de la misma. Fue al terminar, en la sobremesa, cuando decidí preguntarle a qué se debía tanta alegría.

—Tengo buenas noticias, Antón.

—Pues venga, suéltalas.

—He estado hablando con mi superior para informarle de que la investigación había terminado y de los delitos que habíamos conseguido

probarles a los detenidos. Me ha felicitado, aunque me ha dicho que, en el futuro, me abstenga de utilizar colaboradores ajenos.

—¡Vaya por Dios!

—Aunque me lo ha dicho en tono distendido. Además, me ha comunicado que iba a proponernos, a Jiménez y a mí, para un ascenso.

—Eso es una buena noticia, sí señor.

Media hora más tarde, después de despedirnos de ambos guardias, Daniela y yo regresamos a la ciudad y a mi casa. Nos echamos un rato para descansar mientras esperábamos la llegada del comisario Lamas. Cuando llegó, le ofrecí una taza de café y comencé a relatarle todo lo sucedido durante el día. Me escuchaba nervioso, así que decidí abreviar un poco para llegar al momento que él esperaba.

—Manolo, Daniela identificó a Fernando Quiroga como una de las personas integrantes de la red que desarticulasteis en el 96, concretamente fue la persona que le dijo en qué iba a trabajar y la que la agredió física y sexualmente.

—¡Menudo hijo de puta! —exclamó el comisario.

—Pero hay más. Le pregunté quién era su socio en la red y me lo dijo, aunque también me dijo que no iba a poder hacerle nada porque ya estaba en la cárcel.

—¿Quién es?

—Gustavo Loureiro, el ex marido de Lucía.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente; además el nombre figura en la declaración que firmó Quiroga.

—Pues me temo que tendremos que reabrir el caso, Daniela. Siento hacerte pasar por todo eso de nuevo.

—No te preocupes. Haré lo que tenga que hacer para que ese cabrón se pudra en la cárcel. Y tengo que decirte algo, Manolo. He estado dándole vueltas a una idea y creo que voy a intentar realizarla. No voy a presentarme a las oposiciones a jueza.

—¿Y eso por qué?

—Porque he decidido presentarme a las oposiciones para ingresar en el cuerpo nacional de policía.

—¿Te has vuelto loca? —preguntamos al mismo tiempo el comisario y yo.

—No, no me he vuelto loca. He decidido que prefiero cazar a ese tipo de

gente antes que tener que defenderla en un turno de oficio, o dejarla libre, si me toca juzgarla, por falta de pruebas. La decisión está tomada.

—No tomes una decisión de ese tipo tan a la ligera, Daniela. Además —añadí sonriendo—, tampoco te creas que el sueldo es muy bueno, ¿verdad Manolo?

Asintió sonriendo.

—No me preocupa el dinero; me preocupa que esa gentuza ande suelta.

Lamas se levantó.

—Déjala Antón; es más terca de lo que crees. Si quiere hacerse policía, lo hará; te guste o no. Ahora, debo irme.

Daniela se despidió del comisario con besos en ambas mejillas y yo lo hice con un abrazo y un apretón de manos. Cuando salió del piso volví al salón, donde Daniela se encontraba mirando a través de la ventana. Me acerqué a ella, la abracé, se giró hacia mí y la besé.

—He besado a alguna abogada y también a alguna jueza, pero nunca había besado a una policía.

—Todavía no lo soy.

—Como ha dicho Manolo: si quieres serlo, lo serás.



## EPÍLOGO

*15 de abril de 2015*

Durante una buena temporada dejé de ver a Daniela.

Ella se había enfrascado en la preparación de las oposiciones a policía nacional y apenas salía de casa, más que para ir al gimnasio a preparar las pruebas físicas; y a mí me vino bien estar de nuevo solo en mi guarida.

Tampoco conseguí hablar con Lucía.

La grieta que se había abierto entre nosotros fue agrandándose con el tiempo hasta convertirse en un abismo que se había tragado nuestra amistad. Alguna vez la vi, de lejos, en algún centro comercial de la ciudad, pero jamás me atreví a acercarme a ella. Sabía que me rechazaría.

Así que volví a mis rutinas de antaño. Mientras esperaba un nuevo caso en el que poder entretenerme me dediqué a estar al tanto de las últimas noticias.

Así supe que al concejal le habían caído doce años de inhabilitación por prevaricación y dos años de cárcel por cohecho. Al final, la jueza había sido benévola y había tenido en cuenta su colaboración. Al no tener antecedentes no ingresaría en prisión y si lo hacía, saldría a los pocos meses en libertad condicional.

Peor lo había tenido Fernando Quiroga. Le habían caído seis años por cohecho, veinte por cada uno de los asesinatos, ocho por el de tráfico de mujeres, doce por la violación de Daniela al ser menor de edad cuando se produjo y ocho años por obligarla a prostituirse siendo menor. En total setenta y cuatro añitos que iba a pasarse el gran hombre en el talego.

Y no me olvidaba del ex marido de Lucía, Gustavo Loureiro. También había sido condenado por los delitos de trata de mujeres y de explotación sexual, lo que había hecho que la condena que ya estaba cumpliendo se hubiese incrementado en unos cuantos años.

Como iba diciendo, volví a mis rutinas y a la soledad de mi guarida; a mi música y, cómo no, a mi cigarrillo y a mi viejo amigo irlandés. Sabía que no

debía hacerlo, que tanto el comisario como Lucía estarían en desacuerdo, pero ya daba igual. De perdidos al río, como suele decirse. Había emprendido un camino que ya no tenía vuelta atrás y debía asumir todas las consecuencias. Además, me encontraba en un punto en el que sabía que mi vida no iba a mejorar por mucho que yo me empeñase. Tampoco tenía mucho sentido hacerle frente a lo que ya no tenía solución, por mucho que los demás hubiesen intentado convencerme de lo contrario.

Como había dicho Freddie Mercury muy acertadamente “El espectáculo debe continuar”.

\*\*\*

El teniente coronel Bermejo y el sargento Jiménez, ambos estrenando nueva graduación, entraron por la puerta de la comisaría. Se dirigieron al mostrador de información y preguntaron por el despacho del comisario Manuel Lamas, argumentando que habían sido citados por él. El agente que los atendió llamó a uno de sus compañeros y le dijo que los acompañase a la sala de reuniones. Cuando llegaron allí, descubrieron a Daniela, que esperaba mientras repasaba el temario de las oposiciones que estaba preparando. Los tres se saludaron efusivamente y se sentaron.

—¿Sabéis que pasa? —preguntó Daniela dirigiéndose a Jiménez.

Éste negó con la cabeza.

—El comisario nos llamó y nos citó aquí. Nos dijo que era un asunto importante, pero no nos adelantó nada. Por cierto, hemos sabido que estás preparando las oposiciones para el ingreso en la policía.

—Así es —respondió sonriendo.

—Bueno, si no las apruebas siempre puedes intentarlo en la Guardia Civil —añadió Jiménez sonriendo.

—Lo siento, pero no me veo de militar; y no creo que el tricornio me favoreciese mucho.

Los tres rieron y continuaron esperando.

Mientras aguardaban, entró en la sala una mujer. Cuando Daniela la vio sonrió, pero Lucía no le devolvió la sonrisa. Lo único que surgió en su semblante fue una mueca torcida.

—Buenos días —dijo mientras se sentaba—. ¿Y el comisario?

—Aún no ha llegado —respondió Daniela.

—Pues esperemos que no tarde; tengo cosas qué hacer.

Aún no había acabado de decir la frase, cuando la puerta se abrió de nuevo e hizo su aparición el comisario Manuel Lamas. Saludó uno por uno a todos los presentes y les pidió que se sentasen.

—¿Qué ha ocurrido, Manolo? ¿Quién es toda esta gente? —preguntó nerviosa Lucía.

—Lucía, te presento al teniente coronel Bermejo y al sargento Jiménez, de la comandancia de la Guardia Civil de Felgueiras. A Daniela ya la conoces. Señores, esta es Lucía Prado —añadió dirigiéndose a los guardias—; una amiga común.

—¿Por qué nos has citado? —preguntó Bermejo—. ¿Y por qué no está también Antón?

—Antón no va a poder venir a esta reunión. Tengo una noticia que daros y me temo que no es agradable.

—Pues dila cuanto antes —dijo Lucía—. No soporto las esperas; me crisan los nervios.

—Está bien. Ayer tarde, el servicio de emergencias recibió una llamada solicitando auxilio. La persona que efectuó la llamada había sufrido un infarto y se encuentra en estos momentos en el hospital, en coma, aunque no se teme por su vida.

Los guardias se miraron entre ellos, Daniela miró al comisario y Lucía paseaba su vista sobre todos.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros? —preguntó Jiménez.

—Eso, ¿qué pintamos nosotros en ese asunto? —añadió Lucía.

—Todos vosotros conocéis a ese hombre.

—¿Todos? —preguntó Daniela.

—Sí Daniela; la persona que está en coma en el hospital es Antón Veiga.